



RJ ROMAN

CUANDO LA MUERTE SE ENAMORA

TRILOGÍA
ETERNOS

LIBRO 1

CUANDO LA MUERTE SE ENAMORA

LIBRO 1 SERIE ETERNOS

RJ.ROMAN



Derechos de autor © 2024 RJ ROMAN

Este es un trabajo de ficción. Nombres, personajes, negocios, lugares, eventos, locales e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con eventos actuales, es pura coincidencia.

Se advierte que esta obra contiene lenguaje fuerte, referencias sensibles y escenas que podrían resultar perturbadoras para algunos lectores. Se recomienda discreción.

La novela pertenece a la saga Eternos, una trilogía que explora mundos donde lo tangible y lo intangible se entrelazan. Es una apasionante narrativa romántica con protagonistas del mismo sexo (hombre-hombre), situada en un universo oscuro y complejo, repleto de intrigas, sacrificios y conexiones más allá de lo físico. Este universo ficticio, creado por el autor, aborda temas de amor, redención y equilibrio en mundos fantásticos únicos. Aunque comparte elementos característicos del género, se distingue por su propio lore y enfoque. Aquí, las relaciones trascienden las barreras impuestas por las realidades, y los vínculos emocionales y espirituales son el motor de cada historia.

La trilogía Eternos no solo se centra en las dinámicas románticas, sino en cómo las decisiones de los personajes afectan su entorno y los planos donde habitan. En este mundo, el amor no es solo un sentimiento, es un poder que tiene la capacidad de destruir o salvarlo todo.

Gracias por acompañarme en este viaje a través de los confines de la realidad, donde las sombras y la luz se encuentran, y donde el corazón humano desafía incluso las fuerzas más implacables del universo.

Leer con precaución.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Prólogo](#)

[ACTO 1](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[ACTO 2](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[ACTO 3](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[ACTO 4](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[Latidos de lo prohibido](#)

Prólogo

El Tiempo: Un Mecanismo Infinito...

En el Salón de las Arenas, un espacio atemporal donde la existencia se mide en granos de arena suspendidos, los relojes flotaban como testigos silenciosos de cada destino humano, cada cristal contenía una vida, algunos irradiando una luz serena, otros temblando al borde del desvanecimiento.

Elías Blackwood, un segador experimentado, observaba un reloj diminuto cuya arena descendía con una urgencia inquietante. El nombre grabado en su base: Aidan Hart. No era más que otra alma en su extenso registro, y, sin embargo, algo en la velocidad desesperada de sus granos lo atraía con una intensidad que desafiaba toda lógica conocida.

En el plano terrenal, Aidan Hart experimentaba una opresión inexplicable. Bajo la luz espectral de la luna, capturaba con su cámara sombras alargadas en un parque sumido en un silencio casi tangible: Una figura oscura lo observaba desde la distancia, una presencia que trascendía lo mundano.

Cuando finalmente sus miradas se encontraron, algo primitivo y profundo emergió: Un reconocimiento más allá de lo racional, una conexión que desafiaba las leyes del universo. "¿Quién eres?" Aidan preguntó, conteniendo una mezcla de terror y fascinación irrefrenable. Elías guardó silencio. No por elección, sino porque en ese preciso instante comprendió que su misión no era recolectar un alma, sino protegerla. Una decisión que amenazaba con desgarrar el tejido mismo de la realidad.

Las consecuencias fueron inmediatas: Las fisuras entre planos comenzaron a abrirse, revelando criaturas caóticas que emergían de dimensiones olvidadas, El Consejo de los Segadores dirigió su mirada hacia Elías, conscientes de que algo fundamental estaba a punto de cambiar.

Las preguntas flotaban en el aire como partículas de un universo en desconcierto:

¿Qué sucede cuando la muerte desafía sus propias reglas por amor?

¿Qué ocurre cuando un segador se enamora del alma que está destinado a recolectar?

¿Qué se pierde cuando se rompe el equilibrio, y qué se gana al desafiarlo?

La muerte, ese concepto absoluto que había gobernado los destinos desde el origen de los tiempos, nunca se había enfrentado a algo tan impredecible como la vida misma. Y el universo, en toda su inmensidad, jamás había contemplado una fuerza tan desestabilizadora como el corazón humano.

CUANDO LA
MUERTE
SE ENAMORA



ACTO 1



Capítulo 1

Encuentro con el Destino

El Salón de las Arenas no era un lugar que un simple mortal pudiera imaginar, mucho menos comprender a ciencia cierta. Allí, el tiempo se suspendía como una melodía en pausa, y la inmensidad del espacio parecía respirar con una calma inquietante, las paredes de mármol negro se extendían hacia arriba, desapareciendo en una oscuridad infinita; mientras que el suelo brillaba como cristal pulido, reflejando la única luz que llenaba el espacio: Los relojes de arena. Miles de ellos, estaban suspendidos en el aire, girando lentamente en órbitas irregulares, cada uno representaba una vida, un destino, una historia, y las arenas en su interior caían con ritmos que solo los segadores entendían. Algunos relojes eran pequeños, con cristales opacos y arenas de color grisáceo, casi apagadas, marcando vidas que se desvanecían lentamente; otros brillaban como estrellas, con arenas doradas que parecían contener la luz del amanecer, pulsando con la energía de aquellos que vivían cada momento con intensidad. En este vasto espacio, los sonidos parecían distorsionarse, como si el aire mismo estuviera cargado de secretos, el tintineo suave de la arena al caer creaba una sinfonía silenciosa, un recordatorio constante del paso inexorable del tiempo; las sombras danzaban entre los relojes, proyectando patrones hipnóticos en el suelo cristalino, creando la ilusión de que el espacio mismo estaba vivo. Elías Blackwood caminaba entre ellos, un espectador más de aquel espectáculo eterno; su figura alta y delgada estaba envuelta en un abrigo oscuro que se agitaba a su paso, casi como si compartiera su melancolía, el tejido parecía absorber la luz de una manera antinatural, creando la ilusión de que las sombras lo seguían voluntariamente; su cabello negro, desordenado como si el viento hubiera jugado con él, caía sobre su frente en mechones rebeldes, enmarcando un rostro que parecía haber sido tallado por manos divinas, pero lo que más destacaba de él eran sus ojos: Negros como el vacío, profundos y silenciosos, ventanas de un alma que había visto demasiado y sentido aún más. Sus pasos, aunque firmes, tenían una cualidad etérea, como si no terminara de tocar el suelo, cada movimiento suyo era una danza practicada durante siglos, un ritual que había perfeccionado con el paso de incontables vidas humanas; además, sus manos, pálidas y elegantes, ocasionalmente rozaban los relojes a su paso, un gesto casi inconsciente que le permitía sentir el pulso de las vidas que contenían; había pasado siglos en este lugar, cumpliendo su deber sin cuestionarlo, como un reloj más en este inmenso engranaje, sus días se fundían unos con otros en una eternidad que había aprendido a sobrellevar con una resignación que rozaba la indiferencia, pero aquel día, algo lo hizo detenerse, rompiendo la monotonía de su existencia con la fuerza de un relámpago en una noche clara. Frente a él flotaba un reloj que brillaba con una intensidad que lo hacía imposible de ignorar: Su cristal era tan puro que parecía no existir, como si el aire mismo se hubiera solidificado para contener las arenas en su interior, y esas arenas... tenían un resplandor dorado casi vivo, pulsando con un ritmo que parecía sincronizado con los latidos de un corazón invisible; cada grano parecía contener un fragmento de sol, una chispa de vida tan intensa que casi dolía mirarla. Elías inclinó la cabeza, intrigado por esta anomalía en su rutina eterna, extendió una mano hacia el reloj, sus dedos se movieron con una excitación impropia de él; el cristal parecía llamarlo, como si contuviera un secreto que solo él pudiera descifrar. Entonces, el contacto envió una chispa cálida a través de su brazo, una sensación eléctrica que lo

obligó a retirar la mano con sorpresa, porque no era común que los relojes reaccionaran así; en su trabajo, había visto miles de vidas llegar a su fin, había tocado incontables relojes, pero nunca había sentido una conexión como esta: Era como si el reloj mismo estuviera vivo, consciente de su presencia. "¿Te detuviste por algo interesante?" La voz repentina resonó detrás de él, profunda y firme, cargada de una autoridad que no admitía contestaciones; el sonido pareció hacer que los relojes cercanos vibraran ligeramente, como si incluso ellos reconocieran el poder que contenía.

Elías no necesitó voltear para saber quién era: Lucian Graves, el jefe de los segadores caminaba hacia él con su característica mezcla de elegancia y poder contenido. "Es... curioso." Le respondió sin apartar la vista del reloj, su voz fue suave, pero firme, un contraste directo con la presencia dominante de su superior. Lucian llegó a su lado, su figura proyectaba una sombra que parecía envolverlo todo, como si la oscuridad misma lo reconociera como su maestro. Su cabello negro, perfectamente arreglado en un corte Mullet, enmarcaba un rostro de facciones atractivas y perfectas, como si hubiera sido esculpido en mármol por un artista obsesionado con la perfección; sus ojos grises, siempre fríos y calculadores, estudiaron el reloj con la misma precisión con la que un general observaba un mapa antes de una batalla importante. "Aidan Hart." Murmuró, con una voz que era más un veredicto que un nombre. "Veintiocho años, fotógrafo. Su tiempo termina al amanecer." Agregó sin emoción, y las palabras cayeron en el espacio entre ellos como piedras en un estanque, creando ondas invisibles de tensión. Elías permaneció en silencio, observando cómo las arenas doradas del reloj de ese chico caían a un ritmo constante, hipnótico; había algo en ese nombre que resonaba en su mente, algo que no podía ignorar, como una melodía medio recordada que se negaba a ser olvidada. "Umm... El brillo de la arena es diferente." Dijo finalmente, con sus palabras cuidadosamente medidas. "Casi parece... viva." Añadió reflexivo. Lucian lo miró de reojo, una sonrisa casi imperceptible curvó sus labios perfectos. Fue una expresión que no llegó a sus ojos, los cuales permanecían fríos como un lago congelado. "Como la muerte, no te corresponde interpretar los detalles, Elías. Nuestro deber es simple y directo, no permitas que una curiosidad innecesaria desvíe tu camino." Las palabras tenían un peso adicional, una advertencia velada que el muchacho no podía ignorar. Entonces, se giró en sus talones para enfrentar a su jefe, y sus ojos oscuros se encontraron con los grises de su superior. Durante un momento, el Salón pareció volverse aún más silencioso, como si el tiempo mismo contuviera la respiración. "Cumpló con mi deber." Le aclaró, con un tono que buscaba sonar neutral, pero que contenía un matiz de desafío apenas perceptible. "Siempre lo haces." Concedió Lucian, pero su voz tenía una nota de algo más, algo que no era fácil de definir; tal vez era duda, quizás era una amenaza velada, o puede que fuera simple curiosidad. El chico más alto extendió una mano hacia el reloj del humano, sus dedos largos y elegantes rozaron el cristal con una delicadeza inusual. "Este caso no tiene nada de especial, Elías." Murmuró, aunque sus ojos permanecían fijos en el reloj como si estuvieran buscando algo que no querían encontrar. "No lo parece." El muchacho refutó, y aunque su tono fue tranquilo, había una nota de desafío en sus palabras que no pasó desapercibida. Lucian dejó escapar un suspiro, con un sonido extrañamente humano viniendo de él; se cruzó de brazos mientras lo observaba con una intensidad que parecía querer desnudar su alma. "Recuerda lo que está en juego." Le advirtió, con su voz descendiendo a un susurro cargado de significado. Elías no respondió, pero algo en su interior se tensó, como una cuerda de violín a punto de romperse. Lucian dio un paso atrás, rompiendo el contacto visual con una frialdad calculada que parecía bajar la temperatura del aire a su alrededor. "Que no se repitan las dudas de tu última asignación." Dijo antes de girarse y desaparecer entre las sombras del salón, su figura se desvaneció como humo en el aire. Ugh, Elías permaneció inmóvil durante varios minutos, su

mente era un torbellino de pensamientos y emociones que no debería estar sintiendo; observó el reloj una vez más, estudiando cómo la luz jugaba con el cristal, cómo cada grano de arena parecía contar una historia diferente. Algo en su interior le decía que esta misión sería diferente, aunque no entendía por qué, era una sensación que no había experimentado en siglos, una inquietud que no podía ignorar.

Finalmente, tomó el reloj entre sus manos: El cristal era cálido al tacto, como si guardara dentro el calor de un día de verano; entonces con un movimiento fluido, el Salón de las Arenas desapareció de repente con todo a su alrededor, y fue reemplazado por la realidad del plano humano: Un parque. El lugar estaba bañado por los tonos cálidos del atardecer, el cielo era un lienzo impresionista teñido de naranjas y violetas que se desvanecían en el horizonte como acuarelas difuminadas, y las hojas de los árboles susurraban secretos con la brisa, creando una melodía natural que se mezclaba con los sonidos distantes de la ciudad. El aire tenía un aroma fresco, limpio, con notas de hierba recién cortada y flores silvestres, como si la naturaleza misma se hubiera detenido para contemplar el momento. Elías apareció bajo la sombra de un roble centenario, su figura oscura se quedó perfectamente inmóvil mientras observaba la escena frente a él; el árbol parecía reconocer su presencia, sus hojas se movían en un patrón diferente al resto del parque, como si intentara protegerlo de miradas indiscretas. En ese momento apareció el chico de su misión: Aidan Hart, quien corría por un sendero pavimentado; su figura se movía con una gracia natural que captaba la atención, su cabello castaño oscuro se agitaba con el viento, capturando destellos de la luz del atardecer que lo hacían brillar como bronce pulido. Su calzado de deporte golpeaba el suelo con un ritmo constante, casi musical, y su rostro, ligeramente enrojecido por el esfuerzo, mostraba una sonrisa que irradiaba vida y alegría pura. Elías parpadeó ante la escena, Cielos, ¿Por qué demonios alguien así de vivo estaría a punto de morir? Había algo en el humano que no podía explicar, algo que iba más allá de su apariencia física atrayente, era una vitalidad, una luz interior que lo hacía destacar incluso en este lugar lleno de vida. Uff, cada uno de sus movimientos parecía estar lleno de propósito y alegría, como si cada segundo fuera un regalo que apreciaba completamente. Por las tinieblas, Elías sabía que debía mantenerse al margen, observar desde las sombras como siempre lo hacía, era el protocolo, la regla no escrita que había seguido durante siglos. Ugh, pero maldición, sus pies permanecieron firmes en el suelo, incapaces de moverse, y por primera vez en su larga existencia, dudaba de su papel como la muerte... de su propósito como segador. El humano se detuvo de repente, inclinándose para recuperar el aliento, una gota de sudor rodó por su sien, capturando la luz del sol poniente como un diamante líquido. Luego levantó la vista, sus ojos azules, del color del océano en un día claro, recorrieron el parque hasta detenerse exactamente donde él estaba parado. "¿Quién está ahí?" Preguntó con voz firme, pero teñida de una curiosidad genuina que resultaba desconcertante. Elías frunció el ceño, un gesto casi imperceptible que alteró momentáneamente la perfección de sus facciones. ¿Qué carajos? Era imposible que el humano pudiera verlo, los segadores existían en un plano intermedio, invisibles para los mortales, como sombras entre las sombras. Ugh, pero los ojos de Aidan estaban enfocados en él con una precisión que no podía ser casual, como si pudiera ver a través del velo que separaba sus mundos. "Si esto es una broma, no tiene gracia." El chico añadió, avanzando un paso hacia el árbol, su postura no mostraba miedo, solo una curiosidad casi infantil que resultaba fascinante. Elías salió de las sombras, su figura capturó la luz del atardecer de una manera que lo hacía parecer irreal, como una pintura que hubiera cobrado vida. El aire a su alrededor pareció enfriarse ligeramente, y las sombras se alargaron de forma antinatural. "¿Qué haces aquí?" Aidan averiguó, con su tono cambiando de cautela a genuina curiosidad. Sus ojos recorrieron la figura oscura con interés, como si estuviera

intentando memorizar cada detalle. Elías lo observó en silencio durante unos segundos que parecieron estirarse como años, y cuando finalmente habló, su voz fue suave, pero cargada de un poder antiguo: "Lo peligroso sería que no estuviera." Las sombras y los demonios eran peligrosos, no había que confiarse de ellos. El humano entrecerró los ojos, como si intentara descifrar el significado oculto detrás de esas palabras crípticas; luego dejó escapar una risa breve y cristalina que pareció iluminar el aire a su alrededor, relajándose ligeramente como si estuviera en presencia de un viejo amigo en lugar de un ser sobrenatural. "Bueno, si vas a quedarte ahí de pie como un asesino nocturno creepy, al menos podrías decirme tu nombre, niño gótico." Dijo con una sonrisa que hacía brillar sus ojos con luz propia. Elías parpadeó, ¿Niño? Pero si él tenía más de mil años. Maldición, sabía que no debería haber respondido, porque no era su lugar interactuar con los humanos, mucho menos darles su nombre; los nombres tenían poder, especialmente en su mundo, y compartir el suyo era una violación de las reglas más básicas de su existencia, pero algo en el humano lo hacía querer romper esas reglas, aunque no entendiera por qué. Era como si una fuerza mayor que su voluntad lo empujara a responder. "Elías." Dijo al fin, su nombre sonó extraño en sus propios labios, como una palabra de un idioma olvidado. "Aidan." Le respondió el humano, inclinando ligeramente la cabeza con una sonrisa que iluminaba todo su rostro atractivo. "Aunque parece que ya lo sabías." La observación hizo que Elías se tensara imperceptiblemente, la perspicacia de este humano era desconcertante; la mayoría de los mortales, incluso aquellos raros que podían percibir a los segadores, solían estar demasiado asustados o confundidos para notar detalles así. "¿Cómo...?" Comenzó, pero se detuvo, inseguro de qué exactamente quería preguntar. ¿Cómo podía verlo? ¿Cómo mantenía esa calma ante su presencia? ¿Cómo brillaba su alma con tanta intensidad? Uff.

El humano se acercó un paso más, y el aire entre ellos pareció cargarse de una energía extraña, como la calma antes de una tormenta; la luz del atardecer jugaba con sus facciones, creando sombras y luces que lo hacían parecer casi tan etéreo como el propio Elías. "¿Sabes? Siempre he tenido la sensación de que hay más en el mundo de lo que podemos ver." Señaló con voz suave, pero segura. "Como fotógrafo, paso mi vida intentando capturar esos momentos que existen entre los segundos, esos instantes de magia que la mayoría de la gente pasa por alto." Oh, sacó una pequeña cámara del bolsillo de su chaqueta deportiva, un gesto tan natural como respirar. "La luz, las sombras, los espacios entre las cosas... todo cuenta una historia si sabes cómo mirar." Elías observó la cámara con una mezcla de curiosidad y aprensión, porque en todos sus siglos de existencia, nunca había sido fotografiado; no estaba seguro de si era posible capturar la imagen de un segador en película o píxeles. "No funcionará." Advirtió, con una voz más suave de lo que pretendía. Aidan bajó la cámara, pero su sonrisa no flaqueó. "¿Por qué? ¿Eres como un vampiro gótico? ¿No apareces en las fotos?" Soltó una risita. La comparación era tan inesperada que Elías casi sonrió. Casi. "Algo así." Respondió, permitiéndose un momento de diversión ante lo absurdo de la situación. Un viento frío sopló a través del parque, agitando las hojas del roble y haciendo que el abrigo del segador ondulara como alas oscuras, el sol estaba más bajo ahora, pintando el cielo de tonos más profundos, convirtiendo el oro en carmesí. "Deberías volver a casa." Le aconsejó, notando cómo las sombras se alargaban. El tiempo, ese concepto que para él era tan flexible, seguía su marcha inexorable para el humano, cada minuto que pasaba era uno menos en su reloj de arena. "¿Es una amenaza o una preocupación?" Aidan le preguntó, ladeando la cabeza con curiosidad. "Una sugerencia." Elías respondió, aunque la palabra sabía amarga en su boca. Uff, era más que una sugerencia, era una súplica silenciosa; cada momento que pasaba con este humano hacía más difícil mantener la distancia profesional que su trabajo requería. El humano asintió lentamente, como si estuviera considerando algo más allá de las simples palabras.

"¿Volveré a verte, chico gótico?" La pregunta golpeó a Elías como un puño físico. Sí, lo vería de nuevo, pero no como Aidan esperaba, porque lo vería en su momento final, cuando llegara para recoger su último aliento, para guiar su alma al otro lado. Extraño. Muy extraño. Rarísimo, porque el pensamiento le provocó una sensación de vacío en el pecho que no había experimentado en siglos. "El mundo es más pequeño de lo que parece." Respondió al fin, eligiendo sus palabras con cuidado. "Supongo que esa es tu manera enigmática de decir sí." Aidan rio, luego se ajustó la chaqueta y dio un paso atrás, preparándose para reanudar su carrera. "Hasta pronto entonces. Elías, alias el chico lindo misterioso." Le hizo un guiño y con eso, volvió a correr, con su figura atlética alejándose por el sendero como si los últimos minutos hubieran sido solo un sueño. Elías parpadeó perplejo, joder ¿Lindo? Nadie antes lo había llamado así... Nadie. ¿Qué demonios? Miró al humano una vez más, hasta que desapareció en la distancia con su silueta recortada contra el cielo cada vez más oscuro. Entonces, cuando finalmente estuvo solo, sacó el reloj de arena de un bolsillo que parecía existir entre las dimensiones, y observó que las arenas doradas continuaban cayendo, pero ahora parecían moverse más rápido, como si el encuentro hubiera acelerado el tiempo, o tal vez era solo su imaginación jugándole trucos después de siglos de certezas. "¿Qué rayos estoy haciendo?" Murmuró para sí mismo, restregándose la cabeza; aunque sabía que no había una respuesta para esa pregunta. Cielos, por primera vez en su existencia como segador, sentía que estaba perdiendo el control de la situación, y lo más perturbador era que no estaba seguro de querer recuperarlo. Ugh, con un movimiento fluido, guardó el reloj y se fundió con las sombras del atardecer, dejando el parque tan silencioso como lo había encontrado, pero algo había cambiado en el aire, una tensión sutil que sugería que el destino mismo estaba conteniendo la respiración, esperando ver qué sucedería a continuación. Al mismo tiempo, en algún lugar del Salón de las Arenas, un reloj en particular brillaba con más intensidad que antes, sus granos dorados danzaban con una energía que desafiaba las leyes naturales, y en la oscuridad, Lucian Graves observaba, con sus ojos grises brillando con una mezcla de preocupación y algo que podría haber sido anticipación. El juego había comenzado, y las reglas estaban a punto de cambiar para siempre.

Capítulo 2

Reglas del Equilibrio

El Consejo de los Segadores era un lugar de solemnidad absoluta, un santuario atemporal tallado en las entrañas de una realidad que los mortales jamás podrían comprender. La sala circular de obsidiana pulida se elevaba hacia una cúpula invisible, sus paredes negras como el vacío mismo parecían absorber cada sonido, cada emoción, cada suspiro, dejando solo un eco de palabras que resonaban como sentencias definitivas en el espacio; no era solo un lugar de reunión, era un recordatorio constante de su propósito, una manifestación física del poder que ejercían sobre la vida y la muerte. En el centro de esta imponente estructura, un podio elevado se alzaba como un pilar de autoridad, bañado por una luz plateada que no parecía provenir de ninguna fuente visible, como si la misma esencia del lugar hubiera decidido manifestarse en ese punto específico, creando un halo etéreo que envolvía la figura imponente de Lucian Graves: Su presencia alta y majestuosa, con su túnica negra que ondulaba suavemente sin necesidad de viento, era un recordatorio viviente del poder que residía en aquellas paredes. Elías permanecía de pie en la periferia de la sala, su figura esbelta se mezclaba con las sombras que danzaban entre los tronos de piedra antigua, estos asientos, tallados con símbolos que contaban historias más antiguas que la humanidad misma, rodeaban a Lucian como testigos silenciosos de cada palabra pronunciada. El aire estaba cargado de una tensión palpable, una atmósfera que siempre acompañaba las reuniones del Consejo, pero esta vez la presión parecía más densa, más amenazante, como el preludio de una tormenta inevitable; los otros segadores ocupaban sus respectivos lugares, cada uno emanando un aura de poder contenido, sus rostros, aunque diversos en apariencia, compartían esa misma cualidad intemporal que los distinguía de los mortales, algunos mostraban siglos de experiencia en sus ojos, mientras que otros mantenían una juventud engañosa que ocultaba su verdadera naturaleza. "Todos conocen el propósito de nuestra existencia." Lucian comenzó a hablar, su voz grave resonó con una autoridad que parecía hacer vibrar las mismas piedras del recinto: Cada palabra caía como un martillo sobre un yunque, forjando verdades innegables en el aire. "El equilibrio no es un ideal, no es una sugerencia ni una guía. Es una ley inquebrantable, tan fundamental como la gravedad que mantiene unidos los mundos; y sin embargo..." Su mirada, penetrante como el filo de una daga de hielo, recorrió la sala con una precisión calculada, sus ojos grises, que parecían contener toda la sabiduría y el peso de los siglos, se detuvieron brevemente en cada uno de los segadores presentes; entonces, cuando su mirada encontró la de Elías, el tiempo pareció detenerse por un instante. Ese momento de contacto visual se extendió lo suficiente para que el mensaje fuera inequívoco: Esto no era una advertencia casual. "...últimamente he visto fisuras. He notado dudas que serpentean como grietas en un cristal perfecto, he observado desviaciones que amenazan con desestabilizar todo lo que hemos construido y protegido durante milenios." El silencio que siguió a sus palabras fue ensordecedor, cargado de significado y acusaciones no pronunciadas, aunque Lucian no mencionó nombres específicos, la tensión en el aire parecía señalar directamente hacia un punto en específico de la sala. Ugh, Elías mantuvo su postura serena, su rostro fue una máscara de indiferencia perfectamente cultivada, pero podía sentir el peso de las miradas que se posaban sobre él, expectantes y acusadoras, como buitres esperando el momento preciso para descender.

Idiotas. "La última vez que hubo una falla en el sistema." Lucian continuó, con su tono adoptando un matiz más frío que el acero templado. "Se necesitaron siglos para reparar el daño causado, generaciones de mortales vivieron y murieron antes de que pudiéramos restaurar el equilibrio. No permitiré que eso ocurra de nuevo bajo mi vigilancia." El silencio que seguía amenazaba con cristalizarse cuando una voz, tan suave como el terciopelo, pero con un filo oculto, se alzó desde el extremo opuesto de la sala. "Claro que no lo permitirás, Lucian." El comentario, pronunciado con un aire de burla apenas disimulado, cortó el aire como una navaja envenenada. Julian Ashcroft, con su elegancia innata y su perpetua sonrisa burlona, se inclinó ligeramente hacia adelante en su trono; su cabello color miel captaba y reflejaba la luz plateada como si tuviera vida propia, y sus ojos brillaban con una mezcla de diversión y malicia apenas contenida: Era evidente que disfrutaba su papel de disruptor en esta coreografía de poder. "Después de todo." Julian añadió, estirando las palabras como si fueran caramelos que saboreaba con deleite. "El deber es lo más importante, es nuestra razón de ser, nuestra única verdad; y todos cumplimos con él de manera impecable... ¿Verdad, Elías?" La mención directa de su nombre cayó en la sala como una piedra en un estanque, creando ondas de tensión que se expandieron hasta los rincones más oscuros del recinto. Julian no había necesitado levantar la voz; el tono insinuante en su pregunta había sido suficiente para transmitir su verdadera intención, los otros segadores presentes se movieron imperceptiblemente en sus asientos, como predadores atentos al menor signo de debilidad. Elías, sin embargo, se mantuvo inmutable, su rostro, tallado en la misma piedra que las paredes que los rodeaban, no traicionó emoción alguna; de hecho, ignoró deliberadamente las miradas que ahora lo escrutaban con renovado interés, como si cada par de ojos intentara penetrar su coraza y descubrir los secretos que guardaba en su interior. Lucian levantó una mano un gesto simple, pero cargado de autoridad que ordenaba silencio inmediato. "Esto no es un debate, Julian." Irrumpió, con tono contenido, pero cargado de una advertencia que hizo que incluso el aire pareciera más frío. "Por supuesto, jefe." Replicó el chico advertido, con una ligera inclinación de cabeza que rozaba la insolencia; la sonrisa en sus labios persistía, como si conociera un secreto particularmente divertido que el resto ignoraba. Lucian continuó el discurso sin perder el ritmo, su voz resonó con una finalidad que no admitía discusión. "Las reglas son claras y absolutas: No interferir con el destino, no involucrarse emocionalmente con los humanos y no cuestionar el equilibrio. Cualquier desviación de estas reglas será tratada con la máxima severidad." Las palabras flotaron en el aire como una sentencia definitiva, y uno a uno, los segadores comenzaron a levantarse de sus tronos; sus figuras se desvanecían en las sombras de la sala como fantasmas retornando a la oscuridad que los había engendrado. Sin embargo, cuando Elías hizo el ademán de marcharse, una mano firme se posó en su brazo, y el contacto se sintió frío como el hielo, incluso a través de la tela de su manga. "Quédate." Lucian le ordenó, con su voz ahora apenas en un susurro que contenía el peso de montañas. El silencio volvió a reinar en la sala cuando todos los demás desaparecieron, dejando solo el eco de sus pasos como último testimonio de su presencia. Elías se quedó en pie, manteniendo una distancia prudente, mientras Lucian permanecía en el centro del podio, su figura se mostraba recortada contra la luz plateada que parecía intensificarse ahora que estaban solos.

Por un momento que pareció extenderse eternamente, el jefe de los segadores no habló, sus ojos grises se fijaron en la luz que caía desde arriba, como si estuviera buscando respuestas en su brillo sobrenatural, o quizás las palabras adecuadas para lo que necesitaba decir. Finalmente, rompió el silencio con palabras que parecían pesar toneladas: "Te he visto dudar, Elías." Ugh, el muchacho mencionado, no se inmutó, pero sus labios se tensaron ligeramente, un gesto casi imperceptible que no escapó a la mirada aguda de Lucian. "No entiendo a qué te refieres."

Respondió, con voz controlada y neutral. Su jefe se giró lentamente, y clavó los ojos en los de Elías con una intensidad que no admitía escapatoria. "¿No lo entiendes?" Su tono fue bajo, pero en la quietud de la sala, resonó como un trueno distante. "He notado cómo te demoraste en tu última asignación, cómo observas más de lo necesario; incluso ahora, sé que estás ocultando algo que amenaza con destruirte." Diablos, Elías respiró con calma antes de contestar: "Cumpló con mi deber." Mantuvo un tono frío como el hielo. "No hay nada más que decir sobre el asunto." Agregó sin emoción. "¡No es suficiente!" Replicó Lucian, acercándose un paso hacia él. La luz plateada pareció seguirlo, creando sombras que danzaban en su rostro. "No puedes permitir que un humano nuble tu juicio, lo que sea que estás sintiendo, lo que sea que te está distrayendo de tu propósito, debe terminar ahora." Advirtió con ojos brillantes. Elías exhaló. "¿Y qué demonios crees que estoy sintiendo, Lucian?" La pregunta salió como un desafío velado, pero Lucian no retrocedió. En cambio, sus ojos se suavizaron por un instante, mostrando una vulnerabilidad que desapareció tan rápido como había llegado, solo para endurecerse nuevamente con una determinación férrea. "No importa lo que sea." Respondió con una voz que parecía cargar el peso de siglos. "No puedes permitirlo. Elías, tú eres..." Se detuvo abruptamente, como si las palabras se atoraran en su garganta, negándose a ser pronunciadas. Finalmente, dio un paso atrás, retomando su postura rígida y distante. "No voy a perderte." Dijo en voz baja, casi inaudible, antes de girarse hacia las sombras que parecían llamarlo. Elías permaneció inmóvil, procesando las palabras que no se habían dicho, los significados ocultos tras cada silencio, antes de desvanecerse del lugar como una bruma matutina ante el sol naciente.

El plano humano, con su caos y fragilidad, siempre era un contraste abrumador con la calma solemne del Salón de las Arenas. Elías apareció en la esquina de una calle vacía, envuelto en las sombras de los edificios cercanos que se alzaban como gigantes dormidos contra el cielo nocturno; el aire húmedo y el sonido distante del tráfico eran un recordatorio constante de la vida que pulsaba en este reino, tan diferente de la quietud eterna a la que estaba acostumbrado. "Siempre eliges los lugares más lúgubres para tus momentos de reflexión." La voz familiar lo sacó de sus pensamientos como un ancla que lo arrastrara de vuelta a la realidad presente. Elías se giró para ver a Caleb, quien se acercaba con su característico andar relajado, como si el peso de sus responsabilidades nunca lo hubiera tocado realmente, con su cabello rubio ceniza que brillaba tenuemente bajo las luces de la ciudad y su sonrisa fácil, Caleb era un contraste casi insultante con el ambiente sombrío que generalmente rodeaba a los segadores. "Supongo que no tienes nada mejor que hacer que seguirme." Dijo, con un tono seco que ocultaba una familiaridad nacida de siglos de interacción. "Por supuesto que no." Caleb respondió, deteniéndose a su lado y observando las luces de la ciudad que se extendían frente a ellos como un mar de estrellas terrestres. "Siempre es un placer vigilar a un amigo mientras decide si romper las reglas o no." Murmuró risueño. Elías lo miró de reojo, sin molestarse en ocultar su irritación ante la precisión del comentario. "Vamos, viejo." Continuó su amigo, apoyando un codo en su hombro con una familiaridad que pocos se atreverían a mostrar. "Sé que Lucian probablemente te dio uno de sus discursos épicos sobre el deber y el equilibrio, pero déjame decirte algo: Todos los segadores necesitan un ancla. Algo que los mantenga conectados con el propósito de su existencia; solo ten cuidado de que tu ancla no te hunda en las profundidades de donde no podrás regresar." Elías apartó el codo de Caleb con un movimiento brusco, pero controlado. "¿Por qué te importa tanto lo que hago?" Resopló. El chico rubio sonrió, pero esta vez su expresión fue más seria, más sincera. "Porque no quiero verte caer, Elías. He visto a muchos como tú a lo largo de los siglos, incluso los más fuertes pueden romperse cuando el peso de la eternidad se vuelve demasiado para soportar solos." El silencio que siguió fue breve, pero cargado de significado, como una

conversación completa contenida en el espacio entre palabras. Finalmente, Caleb dio un paso atrás y desapareció con la misma facilidad con la que había llegado, dejando a Elías solo con sus pensamientos y el peso de las decisiones que tendría que tomar. La ciudad seguía viva a su alrededor, con sus luces y sonidos llenando el aire nocturno, pero para el muchacho, el ruido parecía lejano, como si proviniera de otro mundo; todo lo que podía escuchar eran las palabras de Lucian y Caleb resonando en su mente, cada una empujándolo hacia una dirección que aún no estaba listo para enfrentar, cada una recordándole que incluso en la eternidad, algunas decisiones no pueden posponerse indefinidamente.

Capítulo 3

Segundo contacto

El parque se extendía como una isla de serenidad en medio del bullicio de la ciudad, un santuario verde que parecía respirar con un ritmo propio, ajeno al frenético latido urbano que lo rodeaba. Durante el día, era un lugar lleno de vida: familias paseando, sus risas entrelazándose con el rumor de las hojas; niños corriendo entre los árboles centenarios, sus pasos ligeros como notas de una melodía infantil; corredores avanzando al ritmo de sus propias respiraciones, dibujando surcos invisibles en los caminos de tierra y asfalto gastado. No obstante, en la madrugada, el parque se transformaba en un lienzo de misterio y quietud, la niebla descendía suavemente, como un pintor invisible que difuminaba los contornos de la realidad, envolviendo los caminos con un velo etéreo que parecía susurrar secretos antiguos; el silencio se volvía casi tangible, tan profundo que solo lo interrumpían los susurros del viento entre las ramas desnudas, que sonaban como murmullos de fantasmas olvidados, y el crujir de las hojas secas bajo los pies de algún transeúnte solitario, cuya sombra se difuminaba entre los árboles como un espectro errante. Los bancos de madera, testigos mudos de incontables historias, parecían cobrar vida propia en esa penumbra, sus superficies gastadas por el tiempo guardando el eco de conversaciones pasadas; las farolas proyectaban círculos de luz temblorosa que apenas lograban penetrar la densa bruma, creando un paisaje de sombras y penumbras que invitaba a la contemplación y al misterio. Era como si el parque, despojado de su vestidura diurna de alegría y movimiento, revelara su verdadera naturaleza: Un ser antiguo y silencioso que guardaba los secretos de la ciudad entre sus raíces y sus sombras. De hecho, Elías permanecía bajo la sombra de un gran roble, su figura alta y oscura era casi indistinguible entre la oscuridad; había llegado antes de que el sol comenzara a teñir el cielo, observando desde lejos al hombre que ahora se encontraba sentado en un banco, ajeno al destino que le aguardaba. Aidan Hart. Incluso a esta distancia, podía percibir la energía que irradiaba de él, era algo magnético en la forma en que el chico miraba el horizonte, con una expresión tranquila que parecía desafiar al tiempo mismo; su cabello castaño oscuro, ligeramente desordenado, caía sobre su frente, mientras sus ojos azules, profundos como el cielo despejado, seguían el lento movimiento de la niebla. Elías sabía que no debería estar tan cerca, porque su deber era observar desde las sombras, aprender los patrones de Aidan, asegurarse de que el equilibrio no se alterara cuando llegara el momento de recolectar su alma. Ugh, pero no podía evitarlo, algo en este hombre lo atraía, algo que no podía identificar, pero que lo hacía permanecer allí, incapaz de alejarse. Aidan bostezó y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas, la luz de la farola más cercana bañaba su rostro con un brillo cálido, y por un momento, Elías sintió que todo el parque giraba en torno a esa figura. "¿Hay alguien ahí?" La voz del humano rompió el silencio como un eco inesperado. Mierda. Elías se tensó, ¿Qué demonios estaba pasando con este chico? Era imposible que Aidan pudiera verlo... De nuevo. Uff, los segadores existían en un plano intermedio, invisibles para los ojos humanos, pero los ojos azules de este sujeto se fijaron en su dirección, llenos de curiosidad y una ligera inquietud. Imposible, era imposible, esto... "Si estás escondido, no tiene gracia." Aidan añadió, con un tono más relajado, pero aún alerta. Elías dudó por un momento, debería retroceder, regresar a las sombras antes de que la situación se complicara, e informar a sus superiores sobre

esta anomalía, pero algo en él, algo que no podía controlar, lo empujó a dar un paso hacia adelante, dejando que la luz de la farola rozara su figura. Aidan se enderezó al instante, sus ojos brillaron al ver al hombre que emergía de la oscuridad: Elías, con su cabello negro desordenado y su abrigo largo que ondeaba ligeramente con el viento, parecía una aparición, un espectro que no pertenecía del todo a este mundo. "Oh, el chico gótico." Sonrió. "Oye, en serio, ¿Quién eres?" Preguntó con voz firme, pero teñida de curiosidad. Elías no respondió de inmediato, sus ojos negros, profundos como el vacío, se fijaron en los de Aidan, intentando descifrar qué era lo que lo hacía tan diferente de los demás humanos. Finalmente, luego de unos segundos de mutismo, habló: "Alguien que no debería hablar contigo." Su voz fue baja y tranquila, como un susurro que parecía surgir de las mismas sombras. Aidan arqueó una ceja, cruzándose de brazos. "¿Eso es una respuesta o un intento de ser misterioso?" Soltó una risita. Elías no pudo evitar que la sombra de una sonrisa cruzara sus labios, aunque desapareció tan rápido como llegó. Este humano era diferente, no solo lo percibía; lo sabía. "No soy un peligro para ti." Advirtió, con un tono que buscaba tranquilizar al humano sin revelar demasiado. "Bueno, eso es un alivio." Aidan respondió con un toque de sarcasmo, aunque la tensión en sus hombros comenzó a relajarse. "Pero sigue sin explicar qué haces aquí, en medio de un parque desierto, mirándome desde las sombras." Ugh, escuchándolo hablar de esa manera, sonaba como todo un acosador en acción, aunque en estricto rigor lo era, porque lo estaba vigilando, cuidándolo de las criaturas sobrenaturales que se levantaban cuando los humanos daban su último aliento.

Elías vaciló un momento, ya que no podía decirle la verdad. No podía decirle que su presencia aquí tenía un propósito mucho más oscuro del que él podía imaginar; así que hizo lo que mejor sabía hacer: Evitó la pregunta. "Este lugar... tiene una calma única." Dijo, desviando la conversación. Aidan lo observó por un momento más antes de soltar un suspiro. "Sí, supongo que sí. Por eso vengo aquí, es un buen lugar para pensar, sabes." Elías no respondió, solo lo observó mientras el chico volvía a mirar hacia el horizonte, como si la conversación no lo hubiera perturbado del todo. Era extraño, la mayoría de los humanos habrían sentido miedo, habrían intentado alejarse de un desconocido que emergía de las sombras vestido con ropas oscuras y aterradoras, pero Aidan parecía genuinamente interesado, como si viera algo más allá de lo que él mostraba. "¿Vienes aquí a menudo?" Le preguntó después de un rato, rompiendo el silencio. "No." Elías contestó con sinceridad, porque este plano le había sido asignado hace poco por Lucian, desde que le entregó la misión de recolectar su alma. Aidan giró la cabeza hacia él, estudiándolo con más detenimiento. "Entonces, ¿Es casualidad que estés aquí ahora?" Uff, Elías sostuvo su mirada, pero no respondió, las palabras que quería decir se negaban a salir, atrapadas en un nudo de emociones que no comprendía del todo. "Bueno, sea lo que sea.", Aidan espetó, levantándose del banco. "Supongo que no tengo que preocuparme. Aunque deberías saber que no es muy común ver a alguien vestido de negro completo, escondiéndose entre los árboles." La sonrisa que acompañó sus palabras fue ligera, pero su calidez atravesó las defensas de Elías como nada lo había hecho antes. "Quizás nos veamos de nuevo." Añadió, antes de alejarse por el sendero. Elías lo observó mientras desaparecía entre la niebla, con su figura desvaneciéndose lentamente como un sueño que se escapaba entre los dedos. Uff, no debió haber hablado con el chico, no debió permitir que ese momento ocurriera, pero ahora que había pasado, sabía que algo en él había cambiado. El humano era alguien fácil de hablar, no emitía malas vibras como los segadores, además parecía entender su silencio y no le exigía respuestas. En fin, el amanecer comenzaba a teñir el cielo cuando tuvo que regresar al Salón de las Arenas; los relojes flotaban en un silencio absoluto, como testigos indiferentes del paso del tiempo, pero la familiaridad del lugar ya no le brindaba la misma calma que antes. "¿Algo que reportar?" La voz despreocupada

de Caleb rompió la quietud, sobresaltándolo ligeramente. Elías se giró para encontrar a su amigo detrás de él, apoyado contra un reloj flotante, con su típica sonrisa ladeada y las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta. "Todo está bajo control." Le contestó con un tono neutral, tratando de mantener la compostura. "¿Ah, ¿sí?" Caleb arqueó una ceja, cruzándose de brazos mientras lo observaba con la mirada analítica que tanto lo caracterizaba. "Porque no pareces exactamente '*en control*', amigo." Elías se quedó en silencio, desviando la vista hacia los relojes, sabía que Caleb era persistente y no dejaría el tema tan fácilmente. "Déjame adivinar." Su amigo continuó, con un aire ligero que no encajaba del todo con la intensidad de sus palabras. "Hay un humano, no cualquier humano, claro, sino uno que te está complicando la existencia. Y ahora estás aquí, con esa cara de '*he cometido un error*', pero demasiado orgulloso para admitirlo." Ugh, Elías chasqueó la lengua. "Es solo un caso más." Replicó, con tono distante, como si intentara convencer a ambos. Caleb soltó una risa breve, baja, pero su mirada seguía fija en Elías, buscando una grieta en su fachada. "Claro que sí. Solo un caso más, por eso estás aquí, con los hombros tensos y esa forma peculiar de evitar mirarme a los ojos. Vamos, viejo, te conozco mejor que eso." Elías apretó la mandíbula, no tenía ganas de discutir, pero tampoco podía negar que su amigo lo había atrapado. "Dime algo." Caleb, susurró enderezándose y acercándose un poco más. "¿Qué tiene este humano que te pone así? ¿Es especial de alguna forma? ¿O es solo que algo dentro de ti está... cambiando?" Alzó una de sus rubias cejas. "¿Cambiar? No estoy cambiando." Elías espetó con frialdad, aunque incluso mientras decía las palabras, sentía que no eran completamente ciertas. "¿Ah, ¿no?" Caleb se detuvo justo frente a él, inclinándose ligeramente hacia adelante. "Porque el Elías que yo conozco nunca se demoraría en una misión, nunca se permitiría interactuar con un humano más allá de lo estrictamente necesario. Pero aquí estás, hablando con un tipo que claramente te ha dejado pensando más de lo que deberías."

Uff, Elías cruzó los brazos, mirándolo con una mezcla de irritación y resignación. "No tiene sentido discutir contigo, ¿Verdad?" Resopló. "Absolutamente ninguno." Caleb respondió con una sonrisa radiante. "Así que, mejor ahórrate la pelea y cuéntamelo. ¿Qué pasó exactamente? ¿Te detuviste a hablar con él? ¿Te miró a los ojos de esa forma que tienen algunos humanos de colarse justo bajo tu piel?" Elías no respondió de inmediato, en lugar de eso, dejó escapar un suspiro y cerró los ojos por un momento, como si buscara las palabras correctas en el fondo de su mente. "Es... diferente. No sé cómo explicarlo, hay algo en él, algo que lo hace... destacar. No es solo un humano cualquiera, es como si... brillara." Suspiró. Caleb lo miró en silencio por un momento, su expresión cambió de la burla ligera a algo más genuino, más serio. "¿Te refieres a que literalmente brilla o estás hablando metafóricamente? Porque si es lo primero, necesitamos investigar eso." Por las tinieblas, Elías dejó escapar una risa breve, la primera en mucho tiempo. "Metafóricamente. Aunque..." Hizo una pausa, con su mirada perdida en el vacío. "No sé. Es difícil de explicar, cuando estoy cerca de él, siento... algo." El chico rubio a su lado alzó las cejas. "Ahí está." Dijo, señalándolo con el dedo como si hubiera descubierto un gran secreto. "Eso. Esa sensación. ¿Sabes qué es, Elías?" El muchacho pelinegro sacudió la cabeza. "No tengo idea." Se encogió de hombros. Caleb sonrió. "Es conexión." Habló con una claridad inusual en él, como si estuviera compartiendo algo que había reflexionado durante mucho tiempo. "No pasa muy a menudo, pero cuando ocurre, te sacude hasta los cimientos. Lo sé porque me ha pasado." Elías frunció el ceño, con su curiosidad despertándose. "¿A ti? ¿Cuándo?" Preguntó curioso. "Hace mucho tiempo." Su amigo respondió, su tono se tornó un poco más apagado. "Y no terminó bien. Pero no estamos hablando de mí ahora, ¿Verdad?" Elías lo miró fijamente, intentando leer algo más en su expresión, pero Caleb ya había recuperado su sonrisa habitual. "Escucha, amigo." El rubio continuó, dando un paso atrás y cruzándose de brazos. "No estoy

aquí para decirte qué hacer, solo quiero que tengas cuidado. Todos necesitamos algo que nos conecte, algo que nos recuerde por qué hacemos esto, pero a veces, lo que nos conecta también puede destruirnos." Elías desvió la mirada hacia los relojes, procesando las palabras de Caleb; había verdad en lo que decía, una verdad que lo hacía sentir incómodo. "Entonces, ¿Qué sugieres que haga?" Preguntó finalmente, con un tono más resignado que desafiante. "Primero, no lo ignores." Caleb aconsejó, volviendo a apoyar un codo en su hombro con familiaridad. "Si sigues fingiendo que no pasa nada, terminará explotando en el peor momento posible. Y segundo..." Hizo una pausa, bajando la voz como si estuviera compartiendo un secreto. "Descubre qué es lo que realmente te atrae de él, tal vez encuentres una respuesta que ni siquiera sabías que estabas buscando." Elías lo miró de reojo, pero no dijo nada; había algo inquietantemente sabio en las palabras de Caleb, algo que no estaba seguro de querer aceptar. "Y tercero." El chico añadió con una sonrisa más amplia, volviendo a su tono habitual. "No dejes que Lucian te atrape en una de sus interminables conferencias sobre el deber, ya tienes suficiente con tus propios problemas." Elías dejó escapar un suspiro, aunque esta vez su tensión pareció disminuir ligeramente. "Siempre tienes algo que decir, ¿Verdad?" Sonrió. "Es mi talento." Caleb le devolvió la sonrisa, dándole una palmada ligera en el hombro antes de retroceder. "Nos vemos, viejo. Trata de no complicarte demasiado... aunque dudo que me hagas caso." Con esas palabras, Caleb desapareció en el aire, dejándolo solo en el Salón. El silencio volvió a llenar el espacio, pero ahora no parecía tan opresivo como antes, Elías permaneció inmóvil por un momento más, mirando los relojes flotantes y reflexionando sobre lo que su amigo había dicho. Cielos, tal vez tenía razón, quizás era hora de dejar de ignorar lo que sentía y enfrentar lo que sea que Aidan Hart había despertado en él.

Capítulo 4

La humanidad de Elías

La luz de la luna bañaba la ciudad con un resplandor pálido y silencioso, como si el astro nocturno hubiera derramado plata líquida sobre el paisaje urbano, y las calles vacías se envolvían en una calma inquietante que parecía suspender el tiempo mismo. Desde el tejado de un edificio centenario, cuyas gárgolas de piedra le hacían compañía silenciosa, Elías observaba el mundo humano con una expresión que fluctuaba entre la fascinación y la melancolía, sus ojos eternos reflejaban el peso de incontables años de existencia; abajo, las luces de las ventanas y los ocasionales faros de los coches dibujaban patrones erráticos en la oscuridad, como luciérnagas perdidas en un baile sin fin. Estos destellos de vida le recordaban el caos controlado que definía este plano mortal, tan diferente de la ordenada eternidad a la que pertenecía, el viento nocturno jugaba con su cabello oscuro y agitaba su gabardina negra, mientras sus dedos, acostumbrados a sostener la guadaña del oficio, tamborileaban distraídamente sobre el borde de hormigón del edificio. Se suponía que los segadores no debían quedarse demasiado tiempo en el mundo de los vivos, era la primera regla, grabada en su esencia desde el momento de su creación, pero desde su primer encuentro con Aidan, él había comenzado a romper las reglas, una por una, como hilos de un tapiz que se deshilachaba lentamente; no era algo consciente al principio, sus pasos como atraídos por una fuerza magnética invisible, simplemente lo llevaban al parque donde el humano solía correr al amanecer, a las calles que recorría camino al trabajo, y a los lugares que parecían ser parte de su rutina diaria: Cada movimiento de Aidan dibujaba un mapa en la ciudad que Elías no podía evitar seguir. Ahora, por ejemplo, mientras observaba a Aidan desde la distancia, con su figura moviéndose bajo las luces amarillentas de las farolas como un barco en un mar de sombras, Elías se daba cuenta de que esto ya no era solo su misión: Era algo más, algo profundo y peligroso que se arraigaba en su ser como las raíces de un árbol antiguo. Era un sentimiento que no debería existir en el corazón de un segador, un anhelo que amenazaba con desdibujar las líneas entre los mundos de los vivos y los muertos; y lo más aterrador era que, a pesar de conocer las consecuencias, no podía, ni quería, detenerlo. En la ventana del apartamento de Aidan, una luz cálida iluminaba la escena, el chico estaba de pie frente a su escritorio, con una cámara en las manos, enfocando un pequeño objeto sobre la mesa. Elías no podía distinguir qué era, pero la expresión concentrada en el rostro de Aidan capturó toda su atención; había algo hipnótico en la forma en que sus labios se fruncían ligeramente mientras ajustaba el lente, en cómo su cabello castaño oscuro caía sobre su frente, y en la manera en que la luz destacaba el tono dorado de su piel. No entendía qué era lo que lo fascinaba tanto, porque había observado a miles de humanos a lo largo de los siglos, pero ninguno lo había afectado de esta manera. Quizás era la forma en que Aidan parecía estar completamente inmerso en lo que hacía, ajeno al paso del tiempo, o tal vez era la vitalidad que irradiaba, una vitalidad que contrastaba dolorosamente con la quietud eterna de su propia existencia. Aidan dejó la cámara a un lado y se giró hacia la ventana, por un momento, Elías pensó que lo había visto, pero los ojos de Aidan solo miraron hacia el cielo, perdiéndose en las estrellas. Uff, Elías dio un paso hacia atrás, escondiéndose en las sombras del tejado, algo dentro de él se agitaba, un sentimiento que no lograba definir. ¿Era curiosidad? ¿Deseo? ¿O tal vez una conexión que nunca había sentido antes? No sabía lo que le sucedía con

este humano, pero la noche siguiente, lo siguió de nuevo. Aidan caminaba por las calles iluminadas por los faroles, llevando una bolsa de papel con víveres en una mano, su paso era tranquilo, como si no tuviera prisa, y saludaba con una sonrisa a las pocas personas que pasaban cerca. Elías lo seguía desde las sombras, manteniendo una distancia segura, pero lo suficientemente cerca como para escuchar fragmentos de sus interacciones. "Gracias por las flores, señora Marlowe." Aidan le habló a una mujer mayor que arreglaba un pequeño jardín frente a su casa. La mujer, visiblemente complacida, le devolvió una sonrisa. "Oh, querido, espero que alegren tu apartamento, siempre trabajas tanto; necesitas algo que te haga sentir acompañado." Aidan rió suavemente, un sonido cálido que resonó en el aire. "Las flores ayudan, pero creo que necesitaré algo más fuerte que eso." Elías sintió un nudo en el pecho, había algo en la forma en que Aidan pronunciaba esas palabras, como si escondieran una soledad que no compartía con nadie. Cuando Aidan finalmente llegó a su edificio, Elías se quedó en la acera de enfrente, oculto en las sombras de un árbol, observó cómo el hombre subía los escalones, equilibrando la bolsa de víveres mientras buscaba sus llaves. Entonces, hubo un momento breve, un segundo de torpeza en el que Aidan casi dejó caer la bolsa, pero la recuperó con una risa que se perdió en la noche. Elías, desde la distancia, dejó escapar un suspiro, había algo tan humano en esos pequeños momentos que le resultaba imposible apartar la vista. Más tarde esa noche, se sentó en el borde del tejado, mirando las luces parpadeantes de la ciudad, la conversación con Caleb seguía resonando en su mente. '*Conexión*.' Le dijo con facilidad, la palabra parecía simple, pero no podía evitar sentir que era mucho más compleja de lo que su amigo había sugerido. Ugh, porque si lo que sentía por Aidan era conexión, entonces ¿Qué carajos significaba eso para él como segador? Maldición. Cerró los ojos, dejando que la brisa nocturna acariciara su rostro, y por un momento, su mente lo llevó a un recuerdo que había enterrado hacía siglos; un recuerdo de su vida pasada, de cuando aún era humano. De hecho, apenas podía recordar los detalles, pero lo que nunca había olvidado era la sensación de ser parte de algo, de tener un propósito que no estaba dictado por las reglas del equilibrio. Elías abrió los ojos de golpe, no podía permitirse pensar en el pasado, no ahora. Con un movimiento de su anillo en su dedo, el plano cambió y regresó a su mundo.

La madrugada siguiente, lo siguió de nuevo, pero esta vez las cosas fueron diferentes. Aidan había salido temprano, llevando una mochila al hombro mientras caminaba hacia el parque, Elías lo observó desde las sombras, como siempre, pero esta vez algo dentro de él lo empujó a acercarse más. Entonces, el humano se detuvo en un claro del parque, sacando de la mochila una libreta y un lápiz, se sentó en un banco y comenzó a escribir, con su rostro concentrado, pero relajado. Elías, moviéndose con una cautela que parecía natural para él, se acercó lo suficiente como para verlo sin ser notado; podía escuchar el suave rasgueo del lápiz contra el papel, un sonido casi hipnótico en la quietud del amanecer. De repente, Aidan levantó la cabeza, con su mirada fija en un punto entre los árboles, Elías se congeló, pensando que lo había descubierto, pero el chico solo sonrió y dejó la libreta a un lado. "Es un buen momento para caminar." Dijo en voz alta, como si estuviera hablando consigo mismo. Elías lo observó mientras se ponía de pie y comenzaba a caminar por el sendero, algo en su actitud relajada lo hizo bajar la guardia, y antes de que pudiera detenerse, comenzó a seguirlo de cerca. El sendero los llevó a un pequeño puente de madera que cruzaba un arroyo, Aidan se detuvo en el centro, apoyándose en la barandilla mientras miraba el agua correr.

"Sé que estás ahí." Dijo con voz agradable. Las palabras lo tomaron por sorpresa, Elías se detuvo en seco, su mente trabajó frenéticamente para decidir qué hacer. Las reglas eran claras: No debía interactuar más de lo necesario con los humanos; sin embargo, en este momento, esas reglas

parecían más débiles que nunca. "No tienes que esconderte." Aidan continuó, girándose lentamente hacia él. "He notado tu presencia estos últimos días." Confesó con voz casual. Mierda, Elías dejó salir un suspiro imperceptible antes de dar un paso hacia adelante, emergiendo de las sombras como un espectro silencioso. Su figura alta y oscura se recortó contra la luz suave del amanecer, y por un instante, Aidan pareció contener la respiración. "Supongo que debería estar asustado." Dijo con voz ligera, pero con un matiz de curiosidad. "No hay razón para temerme." Le respondió, con tono grave y sereno, aunque internamente sentía una turbulencia que no podía explicar. Aidan inclinó la cabeza ligeramente, como si intentara descifrarlo. "¿No? Bueno, si alguien me hubiera dicho que encontraría a un extraño vestido de negro, acechando entre las sombras en medio del parque, probablemente no lo habría creído." Elías permaneció en silencio, observándolo con una mezcla de desconcierto y fascinación; había algo en la actitud de Aidan, en su calma aparente, que desafiaba toda lógica. "¿Quién eres?" Le preguntó finalmente, con sus ojos azules fijos en los negros suyos. Elías dudó por un momento, porque no podía decirle la verdad, pero tampoco quería mentirle. "Un observador." Habló por fin, con voz baja, y con las palabras pesando en el aire entre ellos. "¿Un observador?" Aidan repitió las palabras con una ligera sonrisa, como si encontrara el concepto interesante. "Eso es bastante misterioso. ¿Observas algo en particular?" Alzó una de sus cejas. "Podría decirse que sí." Le contestó, con un tono que era más evasivo que afirmativo. El castaño se apoyó contra la barandilla del puente, cruzándose de brazos. "¿Sabes? La mayoría de la gente intentaría explicar lo que está haciendo aquí, especialmente si los pillan espiando. Pero tú... tú simplemente estás aquí, como si no hubiera nada extraño en todo esto." Elías sintió un impulso de apartar la mirada, pero no lo hizo, porque había algo magnético en los ojos de Aidan, algo que lo mantenía atrapado en este momento. "No estoy espiándote." Dijo con calma. "¿No?" Aidan arqueó una ceja, divertido. "Porque, desde donde estoy, parece exactamente eso. Aunque..." Hizo una pausa, su expresión se suavizó. "No parece que tengas malas intenciones." Elías dio un paso más hacia él, lo suficientemente cerca como para notar cómo los primeros rayos del sol iluminaban sus mechones castaños. "No las tengo." Confesó con firmeza. "Entonces, ¿Por qué estás aquí?" Aidan insistió, con un tono más curioso que desconfiado. Elías vaciló, porque no había una respuesta simple a eso, al menos no una que pudiera decir en voz alta. "Supongo que hay algo en ti... algo que me hace quedarme." Decidió no mentir. El chico parpadeó, claramente sorprendido por la honestidad de esa declaración. "¿Algo en mí? Bueno, esa es una respuesta que no esperaba." Soltó una risita. "Yo tampoco." Elías admitió, con su voz descendiendo a un murmullo casi inaudible. Por un momento, el silencio entre ellos fue palpable, pero no incómodo; el sonido del arroyo fluyendo bajo el puente llenó el aire, como si la naturaleza misma quisiera darles espacio para procesar la extraña conexión que se estaba formando. Aidan fue el primero en romper el mutismo: "Sabes, hay algo en ti también. Algo que no puedo explicar." Elías frunció el ceño, intrigado. "¿Cómo qué?" Preguntó con viva curiosidad. "No lo sé." Aidan lo miró con sinceridad, con sus ojos buscando respuestas en el rostro inexpresivo de Elías. "Pero... no me siento incómodo contigo. Es raro, porque en cualquier otra circunstancia estaría llamando a la policía o alejándome lo más rápido posible, pero contigo es diferente." Elías sintió que su pecho se tensaba, como si las palabras hubieran tocado algo profundo en su interior, algo que había estado dormido durante siglos. No sabía cómo responder, ugh ni siquiera si debía hacerlo, pero no podía ignorar la sinceridad en los ojos de Aidan, la conexión inexplicable que parecía formarse entre ellos. "Tal vez no deberías sentirte así." Murmuró al fin, con un tono bajo y casi apagado. Aidan arqueó una ceja, inclinándose ligeramente hacia él. "¿Por qué no? ¿Eres peligroso?" Lo miró de cerca y Elías retrocedió un paso. "No de la forma en que imaginas." Murmuró con un parpadeo cuando el

chico se acercó de nuevo. "Eso suena... interesante." Aidan dejó escapar una risa breve, con su sonrisa ligera, pero a la vez llena de curiosidad. "¿Siempre eres tan evasivo, o es solo conmigo?" Preguntó sonriente. Elías dudó antes de responder, su mirada se desvió y fijó en el agua que corría bajo el puente. "No suelo hablar con humanos." Confesó con una lamida de labios. "De hecho, pocos nos pueden ver." Agregó. "Bueno, eso explica un poco las cosas." Aidan apoyó los codos en la barandilla, observándolo con una mezcla de paciencia y expectación. "Pero ¿Sabes? Si esto es algo que no haces a menudo, debo sentirme especial." Elías lo miró, incapaz de evitar que una sombra de una sonrisa cruzara su rostro. "Tal vez lo eres." Aidan se enderezó ligeramente, sorprendido por la respuesta; durante un instante, sus ojos se encontraron, y el silencio que siguió estuvo cargado de algo más que palabras no dichas. "Esto es extraño." Espetó finalmente, rompiendo el momento, pero sin apartar la mirada. "No te conozco, pero siento que debería, como si... ya hubieras estado aquí antes." Ugh, Elías sintió una punzada en su pecho, una mezcla de sorpresa y reconocimiento; Aidan no tenía idea de lo cerca que estaba de la verdad.

"No estoy seguro de lo que quieres decir." Le respondió, aunque su tono traicionaba una leve inseguridad. "Ni yo." Aidan admitió con una sonrisa ladeada. "Pero supongo que no importa, ya que hay algo en ti que me hace confiar. Aunque probablemente debería ser más cuidadoso con las personas misteriosas que aparecen en los parques al amanecer." Elías no pudo evitar una ligera risa, un sonido breve que sorprendió incluso a él mismo. "Tal vez deberías." Se encogió de hombros. "¿Y qué hay de ti?" Aidan lo miró fijamente, como si intentara leer algo más allá de sus palabras. "¿Debería confiar en ti?" La pregunta lo tomó desprevenido, pero Elías no apartó la mirada. En lugar de eso, habló con una sinceridad que no entendía del todo. "Sí." El chico asintió lentamente, como si aceptara la respuesta sin necesidad de más explicaciones. Luego, echó un vistazo al cielo, donde el sol comenzaba a elevarse, pintando el horizonte de tonos dorados y naranjas. "Supongo que debería volver a casa antes de que la gente empiece a preguntarse qué hago por aquí." Señaló, ajustando la correa de su mochila. Elías dio un paso atrás, permitiendo que Aidan pasara, pero antes de que se alejara por completo, sintió el impulso de hablar una vez más: "Aidan." El chico se detuvo, girándose hacia él con una expresión de sorpresa. "¿Cómo sabes mi nombre?" Elías vaciló, pero luego dejó escapar un suspiro. "Escuché a alguien llamarte en el parque; la señora con las flores." Aidan pareció considerar la respuesta por un momento antes de sonreír. "Bueno, Elías..." Pronunció su nombre con un tono deliberado, como si probara cómo se sentía decirlo. "Nos vemos por aquí." Y con eso se alejó, dejándolo solo en el puente. Elías permaneció allí durante mucho tiempo después de que Aidan desapareciera de su vista, observando cómo el sol iluminaba el arroyo bajo sus pies, sentía que algo había cambiado dentro de él, aunque no sabía exactamente qué era. Por primera vez en siglos, el peso de su eternidad parecía un poco más ligero.

Capítulo 5

La advertencia de Lucian

El Salón de las Arenas se extendía ante Elías como un vasto océano de luz y sombras danzantes, las paredes de obsidiana pulida reflejaban el resplandor de miles de relojes flotantes, creando un espectáculo hipnótico de destellos plateados que se entrelazaban con la oscuridad; incluso el aire mismo parecía vibrar con una energía antigua y misteriosa, como si el tiempo fuera una entidad tangible que se pudiera tocar con solo extender la mano. Aquella noche, sin embargo, había algo diferente en la atmósfera del lugar, la luz que emanaba de los relojes parecía más tenue, más melancólica, como si el mismo salón pudiera sentir el peso de las decisiones que se cernían sobre sus ocupantes; las sombras se arrastraban más densas por los rincones, y el silencio tenía una cualidad casi física, pesada y envolvente. Elías se movía entre los relojes con la gracia silenciosa que caracterizaba a los de su clase, su figura alta y esbelta proyectaba sombras cambiantes sobre el suelo negro, y su rostro, normalmente impasible, mostraba una sutil tensión en la mandíbula que traicionaba su aparente serenidad; sus ojos oscuros, profundos como pozos sin fondo, buscaban con una familiaridad inquietante el reloj de Aidan Hart. Cuando lo encontró, se detuvo, porque el reloj de Aidan siempre había sido diferente de los demás, pero esta noche la diferencia parecía más pronunciada que nunca: El cristal emitía un resplandor dorado único, cálido y acogedor, tan distinto de la fría luz plateada que dominaba el salón. Las arenas en su interior caían con un ritmo propio, como si siguieran una música que solo ellas podían escuchar, cada grano parecía brillar con vida propia, y su danza hipnótica tenía algo casi musical, una cadencia que resonaba en lo más profundo del ser de Elías. Entonces, se acercó más, observando cómo la luz dorada bañaba sus manos cuando las acercaba al cristal; había algo magnético en ese reloj, algo que iba más allá de su deber como segador. Cada vez que lo miraba, sentía una conexión que desafiaba todo lo que le habían enseñado sobre su naturaleza y propósito, los segadores existían para mantener el equilibrio, para ser los guardianes imparciales del tiempo y la muerte. No estaban hechos para sentir, para anhelar, para dudar; y, sin embargo, aquí estaba él, perdido en la contemplación de un reloj que representaba mucho más que una simple asignación.

"Sigues mirándolo."

La voz de Lucian cortó el aire como una daga de hielo, y Elías sintió cada músculo de su cuerpo tensarse en respuesta, se giró con una lentitud deliberada, encontrándose con la imponente figura de su superior. Lucian se alzaba como una estatua tallada en mármol y sombras, con su presencia llenando el espacio con una autoridad innegable; su traje negro, impecablemente cortado, parecía absorber la luz de los relojes, y sus ojos grises brillaban con una intensidad que hacía honor a su posición como líder de los segadores. "Es mi asignación." Le respondió, manteniendo su voz controlada a pesar de la tormenta de emociones que amenazaba con desbordarse en su interior. Las palabras sonaron huecas incluso para sus propios oídos, una excusa débil que apenas ocultaba la verdad que ambos conocían. Lucian avanzó, y cada paso resonó en el suelo de obsidiana como el tictac de un reloj implacable, su movimiento era fluido, casi felino, y la luz plateada jugaba sobre sus facciones aristocráticas, acentuando los ángulos afilados de su rostro.

"Lo sé." Indicó, con su voz descendiendo a un tono más íntimo, más peligroso. "Lo que no entiendo es por qué sigues tan enfocado en él. Nunca te habías detenido tanto en una misión." El aire entre ellos se volvió más denso, cargado de tensión no expresada, Elías podía sentir el peso de su mirada, escrutando cada micro movimiento de su rostro, buscando las grietas en su fachada profesional. "Solo estoy asegurándome de que todo esté en orden." Manifestó, pero las palabras sonaron falsas incluso mientras las pronunciaba; su mirada se desvió involuntariamente hacia el reloj de Aidan, como si fuera un imán que no pudiera resistir. "¿En orden?" La voz de Lucian goteaba escepticismo, y dio otro paso más cerca, invadiendo el espacio personal de Elías con una deliberación que hizo que el aire entre ellos chisporroteara con tensión contenida. "Elías, eres el segador más eficiente que he conocido en siglos, nunca has necesitado '*asegurarte*' de nada. Hasta ahora." El silencio que siguió fue ensordecedor, Elías podía sentir el calor que emanaba del cuerpo de Lucian, tan cerca del suyo, y la intensidad de su presencia hacía que fuera difícil mantener la compostura, Los relojes a su alrededor parecían ralentizar su ritmo, como si el tiempo mismo contuviera la respiración. "Te he visto dudar." Lucian continuó, con su voz descendiendo a un susurro que contenía tanto amenaza como preocupación. Su mano se alzó, rozando el borde del reloj de Aidan con una delicadeza que contrastaba con la dureza de su mirada. "Y no puedes permitírtelo. No con este humano."

Ugh, las palabras golpearon a Elías como un puñetazo físico, y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no retroceder. "Estoy cumpliendo con mi deber." Reiteró, pero incluso mientras las palabras salían de su boca, sabía que sonaban vacías, una mentira transparente que no engañaba a ninguno de los dos. "Eso no es lo que parece." Lucian se acercó aún más, y ahora estaban tan cerca que Elías podía distinguir los matices más oscuros en sus ojos grises, las pequeñas variaciones que los hacían parecer más profundos que el océano. "Lo que estás haciendo es peligroso, y no solo para ti." Elías exhaló. "Lo sé." Indicó. "¿Lo sabes?" Lucian contrarrestó y la pregunta flotó entre ellos, cargada de significado, su jefe inclinó ligeramente la cabeza, y por un momento, su máscara de autoridad se agrietó, dejando entrever algo más vulnerable, más personal. "Porque desde donde estoy, parece que no tienes idea de lo que estás arriesgando." La tensión entre ellos alcanzó un punto crítico, el aire prácticamente estaba crepitando con emociones no dichas. Lucian levantó una mano, sus dedos rozaron apenas la mejilla de Elías en un gesto tan ligero como el aleteo de una mariposa, pero que envió ondas de choque a través de todo su ser. "Te importa, ¿Verdad?" Las palabras fueron apenas un susurro, pero golpearon a Elías con la fuerza de un trueno. El mutismo que siguió fue sepulcral, Elías abrió la boca para responder, pero las palabras se negaron a salir. ¿Cómo podía explicar algo que ni él mismo entendía completamente? ¿Cómo podía poner en palabras esa conexión inexplicable que sentía cada vez que miraba el reloj de Aidan, cada vez que lo observaba desde las sombras? "Eres más que solo un segador para mí, Elías." La confesión de Lucian llegó con una intensidad que le robó el aliento al chico mencionado, porque había vulnerabilidad en su voz, una emoción cruda que nunca antes había mostrado. "Tienes que saberlo." Agregó. El momento se extendió entre ellos como cristal fundido, frágil y peligroso, los ojos de Lucian, normalmente fríos y distantes, ahora ardían con una intensidad que hacía difícil sostener su mirada; había deseo allí, mezclado con algo más profundo, más complejo. "Lucian, yo..." Fue interrumpido. "No digas nada." Su jefe retrocedió un paso, con su expresión volviendo a endurecerse como hielo formándose sobre agua turbulenta. "Solo recuerda lo que está en juego." Con esas palabras, se desvaneció entre las sombras, dejándolo con un torbellino de emociones que amenazaba con ahogarlo. El Salón de las Arenas pareció más vacío de repente, más frío, a pesar de los miles de relojes que seguían brillando a su alrededor.

Horas más tarde, cuando Elías se materializó en el plano humano, la noche había envuelto la ciudad en un manto de quietud, las farolas proyectaban círculos de luz amarilla sobre las aceras vacías, y el aire fresco llevaba el aroma de la lluvia reciente. El apartamento de Aidan se alzaba frente a él, con una ventana iluminada brillando como un faro en la oscuridad. No había planeado acercarse tanto esta noche, pero algo lo atraía inexorablemente hacia esa luz; ya que, desde su posición, podía ver a Aidan sentado en el suelo de su sala de estar, rodeado de fotografías como si fueran pétalos caídos de una flor; la luz cálida de una lámpara cercana bañaba la escena en tonos dorados, reminiscentes del resplandor de su reloj en el Salón de las Arenas. Las fotografías dispersas contaban historias silenciosas: Un amanecer captado en el momento exacto en que la luz atravesaba la niebla del bosque, creando rayos de oro entre los árboles; olas furiosas rompiendo contra acantilados antiguos, la espuma blanca congelada en el tiempo; un niño riendo bajo la lluvia, su rostro iluminado por una alegría tan pura que hacía doler el corazón. Cada imagen era un fragmento de vida capturado con una sensibilidad que revelaba tanto sobre el fotógrafo como sobre sus sujetos. Cuando Aidan levantó la mirada hacia la ventana, Elías sintió que el tiempo se detenía, había algo en sus ojos, una profundidad que resonaba con algo dentro de él, algo que no debería existir en un segador, debería haberse desvanecido en las sombras, mantener la distancia que su naturaleza exigía.... Pero no lo hizo. Aidan se levantó con movimientos deliberados y abrió la ventana, la brisa nocturna entró en la habitación, haciendo revolotear algunas de las fotografías y llevando consigo el aroma de la noche urbana: Asfalto mojado, hojas húmedas y ese indefinible toque de electricidad que precede a los cambios importantes. "Sabía que estabas aquí." Aidan le habló, y su sonrisa fue como un rayo de sol atravesando nubes de tormenta; tenía una calidez en su voz que lo desarmó completamente, deritiendo sus defensas como hielo bajo el sol del verano. Elías emergió de las sombras, sintiendo cada paso como si estuviera cruzando un umbral invisible. "No quería molestarte." Contestó con voz suave. "No lo haces." La mirada de Aidan lo estudió con una curiosidad que carecía de miedo, algo extraordinario considerando lo que Elías era. "Aunque... debo admitir que todavía no entiendo por qué sigues viniendo." Ladeó la cabeza. Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, una pregunta que exigía una respuesta que Elías no estaba seguro de poder dar. ¿Cómo explicar algo que desafiaba toda lógica, toda regla que había conocido durante su existencia como segador? "Hay algo en ti." Dijo finalmente, las palabras salieron suaves y sinceras, más verdaderas de lo que pretendía.

La risa de Aidan fue suave, musical, pero sus ojos mantenían una intensidad que sugería que veía más de lo que Elías quería mostrar. "Eso es lo que dijiste la última vez. Y sigue sin explicar nada." Espetó. "No sé cómo explicarlo." Elías admitió rápidamente, y la honestidad de esa confesión lo sorprendió tanto como pareció complacer a Aidan. "Está bien." Murmuró, luego apoyó la barbilla en su mano, y la luz de la lámpara creó sombras suaves en su rostro, resaltando la curva de su sonrisa. "¿Sabes? Cuando te miro, siento que debería estar más preocupado, pero no puedo. Es extraño." Elías sintió algo revolverse en su pecho, una emoción que no tenía nombre en el vocabulario de los segadores, la forma en que el humano lo miraba, sin miedo y con una aceptación que no merecía, hacía que todo lo que creía saber sobre su propósito se tambaleara peligrosamente. "Quizás no deberías confiar tanto en mí." Susurró, aunque cada palabra se sentía como una traición a la conexión que crecía entre ellos. "Quizás no." La sonrisa de Aidan se volvió más suave, más íntima. "Pero lo hago. No sé por qué, pero lo hago." El silencio que siguió estaba lleno de posibilidades no dichas, de caminos que se abrían ante ellos como ramas de un árbol extendiéndose hacia el cielo. La conexión entre ellos era casi tangible, un hilo dorado que brillaba con la misma intensidad que el reloj en el Salón de las Arenas.

"Elías." Aidan murmuró después de un momento, su voz fue suave como terciopelo en la noche. "Sea lo que sea esto... gracias. No suelo encontrar gente que simplemente esté ahí, es... reconfortante." Las palabras se hundieron en Elías como piedras en un estanque tranquilo, creando ondas que alterarían para siempre el curso de su existencia. En ese momento, mirando a los ojos de Aidan, supo que había cruzado una línea invisible, un punto sin retorno. Y lo más aterrador era que no estaba seguro de querer volver atrás.

ACTO 2



Capítulo 6

Lazos que se tejen

El amanecer se desplegaba sobre la ciudad como una sinfonía silenciosa de color, con tonos de oro y rosa que se entrelazaban en el cielo como pinceladas etéreas; las primeras luces del día se derramaban sobre los edificios, creando un mosaico de sombras y reflejos que bailaban sobre las ventanas, el aire fresco de la mañana llevaba consigo el aroma de rocío y café recién hecho, mientras las calles apenas comenzaban a despertar del letargo nocturno. Elías permanecía inmóvil en el borde de un tejado cercano al apartamento de Aidan, su figura oscura recortada contra el lienzo del amanecer; desde su posición privilegiada, observaba cada movimiento del hombre que, varios pisos más abajo, disfrutaba tranquilamente de su café matutino en el balcón. La escena era simple, cotidiana incluso, pero había algo en ella que lo mantenía cautivado, incapaz de apartar la mirada. Estudiaba la forma en que Aidan sostenía la taza entre sus manos, como si buscara consuelo en el calor que emanaba de la porcelana, sus dedos, largos y elegantes, propios de alguien acostumbrado a manejar una cámara con delicadeza, trazaban patrones distraídos sobre la superficie; su mirada vagaba hacia el horizonte, perdiéndose en pensamientos que Elías solo podía imaginar, mientras el vapor del café se elevaba en espirales perezosas frente a su rostro. No había regresado al Salón de las Arenas desde su encuentro con Lucian, las palabras de su superior se habían convertido en un eco persistente en su mente, una melodía inquietante que se negaba a desvanecerse. *'Te importa, ¿Verdad?'* La pregunta seguía resonando en sus pensamientos, cargada de implicaciones que no se atrevía a explorar completamente. Ugh, el muchacho apretó su mandíbula, intentando desterrar la voz de Lucian de su consciencia, el recuerdo de aquella conversación traía consigo una mezcla turbulenta de emociones que amenazaba con desequilibrar el delicado balance que había mantenido durante siglos; no podía permitirse pensar en lo que significaban esas palabras, en la forma en que los ojos de Lucian lo habían atravesado, viendo más allá de sus cuidadosamente construidas defensas. Un movimiento en el balcón captó su atención, arrastrándolo de vuelta al presente: Aidan había terminado su café y ahora se inclinaba sobre la barandilla, con su postura relajada mientras observaba la ciudad que despertaba bajo sus pies. La luz del amanecer jugaba con su cabello castaño, creando destellos dorados que le daban un aspecto casi etéreo, y antes de que Elías pudiera reaccionar, el chico levantó la vista y sus miradas se encontraron a través de la distancia. Mierda. El momento se congeló, cargado de una electricidad invisible que pareció hacer que el aire entre ellos vibrara, la expresión de Aidan cambió de sorpresa a una sonrisa tranquila, como si encontrar a alguien observándolo desde un tejado fuera lo más natural del mundo. "¿Te gusta observar, ¿eh?" Su voz atravesó la distancia con luz cristalina, llevando un tono de diversión que hizo que algo se agitara en el pecho de Elías.

Con un movimiento fluido que desafiaba la gravedad, el muchacho pelinegro descendió del tejado, materializándose en la calle frente al edificio, la transición fue tan suave como el agua fluyendo, tan natural como la respiración. Desde esta nueva posición, podía ver mejor la forma en que la luz de la mañana jugaba con las facciones de Aidan, creando sombras suaves bajo sus

pómulos y haciendo que sus ojos brillaran con una intensidad particular. "No es mi intención incomodarte." Se excusó, con su voz apenas en un susurro que el viento matutino se llevó consigo. "No lo haces." Aidan respondió, apoyándose más cómodamente en la barandilla del balcón. Su sonrisa se suavizó, volviéndose más íntima. "Aunque debo admitir que es... interesante. No todos los días alguien aparece y desaparece como tú." El silencio que siguió estaba cargado de preguntas no formuladas, de verdades a medio decir; Elías podía sentir el peso de la mirada de Aidan sobre él, estudiándolo con una curiosidad que carecía por completo de miedo. Era desconcertante, esa ausencia de terror que debería inspirar su presencia. "¿Por qué no subes?" La invitación llegó con naturalidad, como si invitar a un ser sobrenatural a su espacio personal fuera lo más normal del mundo. "Es un poco extraño tener una conversación a esta distancia." Bromeó. Elías dudó, con su mente librando una batalla silenciosa entre el deber y el deseo, porque subir significaba cruzar otra línea más, acercarse peligrosamente al humano que ya había comenzado a desmoronar siglos de certezas, pero había algo en la forma en que Aidan lo miraba, una mezcla de calidez y desafío en sus ojos, que hizo que sus pies se movieran antes de que su mente pudiera protestar. El apartamento era un reflejo perfecto de su ocupante: Pequeño pero acogedor, con una personalidad distintiva que se manifestaba en cada rincón. La luz de la mañana se filtraba a través de las ventanas, creando patrones dorados sobre los suelos de madera y haciendo brillar el polvo suspendido en el aire como diminutas estrellas, los muebles modernos se mezclaban armoniosamente con piezas antiguas, cada objeto pareciendo contar su propia historia. Libros se apilaban en precario equilibrio sobre una mesa de café de cristal, con sus lomos gastados sugiriendo lecturas frecuentes, también una cámara profesional descansaba sobre un sofá de cuero marrón que mostraba el desgaste del uso y el tiempo, sus arrugas y marcas añadiendo carácter en lugar de restarle belleza. Las paredes estaban cubiertas de fotografías enmarcadas, cada una capturando momentos de vida con una sensibilidad que hacía que incluso Elías, acostumbrado a la eternidad, sintiera algo removerse en su interior. "Perdón por el desorden." Aidan se disculpó mientras cerraba la puerta, el sonido del pestillo encajando resonó con una finalidad que hizo que Elías fuera dolorosamente consciente de su presencia en este espacio tan íntimo. "A veces no tengo tiempo de organizar todo." Continuó. "No está desordenado." Le respondió, con sus ojos recorriendo la habitación con fascinación apenas disimulada. Cielos, había vida en este aparente caos, una vitalidad que contrastaba dramáticamente con la perfección estéril del Salón de las Arenas. Aidan sonrió, pasándose una mano por el cabello en un gesto que Elías ya comenzaba a reconocer como un hábito nervioso, el movimiento dejó su cabello más despeinado, dándole un aspecto vulnerable que hizo que algo se tensara en su pecho. "¿Quieres café? Es lo único que puedo ofrecerte ahora mismo." La pregunta flotó en el aire entre ellos, cargada de una domesticidad que hacía que todo esto pareciera surreal. Elías tardó un momento en responder, porque su atención estaba captada por los detalles del espacio: El suave tictac de un reloj en la pared, el aroma a café y papel viejo, la forma en que la luz creaba sombras suaves en las esquinas. "Está bien. Gracias." Murmuró.

Mientras Aidan desaparecía en la cocina, se permitió explorar más de cerca la sala, y se detuvo frente a una fotografía particularmente impactante: El retrato en blanco y negro de un anciano, cada arruga de su rostro capturada con una precisión que rozaba lo doloroso. Había historia en esos ojos, sabiduría en las líneas que surcaban su piel, y algo más, algo que él reconocía de sus propias observaciones de la humanidad: Resistencia. "Fue mi primer retrato profesional." Aidan confidenció, regresando con dos tazas humeantes. Su voz llevaba un tono de orgullo mezclado

con nostalgia. "Ese hombre tenía una historia increíble. Había viajado por el mundo, vivido cosas que la mayoría de nosotros solo podemos imaginar." Elías tomó la taza ofrecida, consciente de que no bebería, pero apreció el calor que se filtraba a través de la porcelana. "Tienes un talento para capturar más que la imagen." La risa suave de Aidan llenó el espacio entre ellos, cálida y genuina. "Eso es un gran cumplido viniendo de alguien que parece haber visto mucho más de lo que muestra." El silencio que siguió estuvo cargado de significado, Elías no respondió, incapaz de explicar cuánta verdad había en esas palabras. Había sido testigo de más historia de la que cualquier humano podría comprender, pero esa existencia eterna parecía cada vez más vacía cuando la comparaba con la intensidad de vida que veía en los ojos de Aidan. "Elías." La forma en que Aidan pronunció su nombre envió un escalofrío por su columna. "No sé por qué sigues viniendo aquí, pero me alegra que lo hagas. Es raro encontrar a alguien con quien simplemente... estar." Aidan se sentó en el sofá, haciendo un gesto para que lo imitara, el cuero crujió suavemente bajo su peso cuando Elías se sentó, manteniendo una distancia prudente que parecía más simbólica que física. "No debería estar aquí." Murmuró, aunque las palabras sonaron huecas incluso para él. "¿Por qué no?" La pregunta de Aidan llegó sin juicio, solo curiosidad genuina. "No pareces alguien que haga cosas sin una razón." Sus miradas se encontraron, y Elías se sintió expuesto bajo el escrutinio de esos ojos azules que parecían ver más allá de su fachada cuidadosamente construida, existía algo en la forma en que Aidan lo miraba, una mezcla de calidez y desafío, que hacía imposible mantener sus defensas habituales. "Hay algo en ti." Le admitió finalmente, con sus palabras saliendo como si fueran arrancadas de lo más profundo de su ser. "Algo que me hace... quedarme." La sonrisa que se formó en los labios de Aidan fue lenta, genuina, iluminando su rostro de una manera que hizo que el corazón de Elías se contrajera de una forma que no creía posible. "Eso es lo más honesto que te he escuchado decir." El mutismo que siguió fue cargado de posibilidades no dichas, la proximidad entre ellos parecía hacer que el aire se volviera más denso, más significativo. Elías podía sentir cada respiración de Aidan, cada pequeño movimiento, con una claridad que lo desconcertaba. "Sea lo que sea esto, estoy dispuesto a averiguarlo." Aidan le habló con voz suave pero firme, cargada de una determinación que hizo que algo se agitara en su interior.

Elías bajó la mirada hacia la taza que sostenía, usando el movimiento del vapor como ancla para sus pensamientos turbulentos: En su interior, emociones que creía olvidadas hacía siglos comenzaban a despertar, una mezcla vertiginosa de miedo y esperanza que amenazaba con desbordarlo. El tiempo pareció perder significado mientras permanecían allí, la luz del sol moviéndose lentamente a través de la habitación, marcando el paso de las horas. La conversación fluyó hacia temas más ligeros, y Elías se encontró absorbiendo cada palabra de Aidan sobre sus proyectos, sus inspiraciones, las pequeñas alegrías que encontraba en la vida cotidiana, existía una pasión en su forma de hablar que resultaba contagiosa, una apreciación por la vida que hacía que él se cuestionara siglos de distanciamiento emocional. Cuando finalmente se levantó para marcharse, el sol ya estaba alto en el cielo, bañando el apartamento en una luz dorada que hacía que todo pareciera más suave, más real. Aidan lo acompañó hasta la puerta, con sus pasos resonando suavemente sobre el suelo de madera, se detuvo justo antes de abrirla, girándose para mirarlo por una última vez. "Gracias por venir." Indicó con voz más baja, más íntima, cargada de un significado que iba más allá de las simples palabras. "Realmente espero que vuelvas." Elías lo miró, consciente de que cada fibra de su ser gritaba que debía alejarse, cortar este lazo antes de que se volviera demasiado profundo, demasiado real, pero había algo en la forma en que la luz jugaba con las facciones de Aidan, en la honestidad cruda de su mirada, que hacía imposible hacer lo correcto. "Quizás lo haga." Respondió, con las palabras saliendo como una promesa no

intencionada antes de desvanecerse en las sombras del pasillo, llevándose consigo la imagen de la sonrisa de Aidan y la certeza de que, sin importar las consecuencias, volvería.

Capítulo 7

Límites que se desdibujan

El cielo nocturno se extendía sobre la ciudad como un manto de terciopelo negro, salpicado de estrellas que parpadeaban tímidamente entre las luces artificiales de los edificios, la contaminación lumínica difuminaba gran parte del firmamento, pero aun así, algunas estrellas persistían, como testigos silenciosos de lo que estaba por suceder; la brisa nocturna se deslizaba entre los edificios, acariciando las hojas de los árboles urbanos y llenando el aire con un susurro tranquilo que parecía querer contar secretos antiguos. Elías observaba desde el tejado de un edificio cercano al apartamento de Aidan, como había comenzado a hacer casi todas las noches durante las últimas semanas, se había convertido en una rutina que no se atrevía a reconocer ante sí mismo, un hábito que sabía debería romper pero que no encontraba la fuerza para hacerlo. La altura le proporcionaba una vista perfecta de la ventana iluminada donde Aidan pasaba sus noches, ajeno, o quizás no tanto, a su presencia. Desde su posición privilegiada, podía ver a Aidan sentado en su escritorio, inclinado sobre un cuaderno con la cabeza apoyada en una mano, en una pose que denotaba concentración y cierto cansancio; su cabello castaño caía desordenado sobre su frente, creando sombras cambiantes sobre su rostro cada vez que se movía. La luz de la lámpara de escritorio proyectaba un halo dorado alrededor de su figura, destacando sus rasgos definidos y creaba un contraste fascinante con las sombras que lo rodeaban. Elías se recordó a sí mismo, por enésima vez, que debería marcharse, se había prometido que no volvería tan pronto, que mantendría la distancia necesaria antes de cruzar una línea que, una vez traspasada, no tendría vuelta atrás. Ugh, sus propias reglas, establecidas a lo largo de siglos de existencia, parecían desdibujarse cuando se trataba de Aidan, había algo en él, algo indefinible pero poderoso, que lo atraía con una fuerza que desafiaba toda lógica y razón. El viento nocturno agitó su gabardina oscura mientras contemplaba la posibilidad de desaparecer en las sombras, como tantas otras veces había hecho; sin embargo, antes de que pudiera tomar una decisión, Aidan levantó la vista de su trabajo, como si algún sentido oculto le hubiera alertado de su presencia, se giró hacia la ventana, y sus ojos azules, brillantes incluso a esa distancia, se encontraron directamente con los suyos. "¿Qué tal si bajas?" Su voz atravesó la distancia entre ellos, cálida y clara como si estuviera a su lado, sin un atisbo de sorpresa o temor ante su presencia. Elías permaneció inmóvil durante varios segundos, su figura recortada contra el cielo nocturno mientras luchaba contra el impulso de aceptar la invitación; su mente le gritaba que se alejara, que mantuviera la distancia que había sido su refugio durante tanto tiempo, pero su corazón, esa parte de él que creía dormida hacía eones, latía con una intensidad que no podía ignorar.

Finalmente, cedió. Con un movimiento fluido y antinatural para ojos humanos, descendió del tejado y apareció en la acera frente al edificio, Aidan sonrió al verlo, una sonrisa que iluminó su rostro mientras se inclinaba para abrir más la ventana. "Es un poco tarde para visitas, pero definitivamente no me quejo." Comentó con un tono ligero, mientras señalaba hacia la puerta del edificio. "Sube." Elías dudó solo un instante antes de dirigirse hacia la entrada, cada paso que daba por las escaleras resonaba en su interior como un recordatorio de lo que estaba en juego; se

preguntaba, con cada escalón que subía, por qué no podía mantenerse alejado, por qué este humano en particular había logrado atravesar siglos de cuidadosa distancia y autocontrol. El apartamento de Aidan era un refugio de calma en medio de la ciudad nocturna, una suave melodía de jazz fluía desde un pequeño altavoz en la esquina de la sala, mezclándose con el aire cálido y acogedor que emanaba de las lámparas estratégicamente colocadas. Aidan se había movido junto a la ventana, sosteniendo una taza de té humeante entre sus manos como si fuera un ancla a la realidad del momento. "¿Te apetece algo? ¿Té, agua... tal vez un intento de conversación interesante?" Ofreció con una sonrisa que contenía tanto calidez como curiosidad, con su tono desarmando las defensas de Elías con una facilidad desconcertante. "No necesito nada." Le respondió, aunque su voz había perdido su habitual frialdad, reemplazada por un tono más suave que ni él mismo reconocía. Aidan asintió, tomando un sorbo de su té antes de dirigirse al sofá, se sentó con una naturalidad que contrastaba con la tensión que emanaba de Elías, y con un gesto invitó a su visitante a hacer lo mismo. Elías se sentó con cautela, manteniendo una distancia que consideraba segura, aunque cada fibra de su ser parecía gravitar hacia el chico. "¿Siempre eres así de misterioso?" Éste le preguntó, inclinándose ligeramente hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas, y su postura denotando un interés genuino que iba más allá de la simple curiosidad. Elías parpadeó. "¿Así cómo?" Preguntó. Aidan sonrió antes de hablar: "Como si existieras entre dos mundos. Como si estuvieras aquí, físicamente presente, pero tu esencia estuviera luchando por mantenerse en otro lugar." Ugh, Elías dejó escapar un suspiro casi imperceptible, con el peso de siglos de existencia reflejándose en ese simple gesto. "Es complicado." Murmuró, jugando con sus manos. "Entonces explícamelo." Aidan lo miró directamente, sus ojos azules brillaron con una mezcla de desafío y comprensión que hacía difícil mantener las barreras levantadas. "No tienes que contarme todo, pero dame algo. Porque estoy aquí, intentando entenderte, y siento que tú también estás tratando de entender algo... solo que no logro descifrar qué es." Elías desvió la mirada hacia la ventana, donde las luces de la ciudad creaban un mosaico de vida y movimiento en la distancia; las verdades que no podía revelar pesaban en su interior como plomo, mientras que las palabras que sí podía decir parecían inadecuadas e insuficientes. Sin embargo, algo en la sinceridad de Aidan, en la conexión inexplicable que sentía cada vez que sus miradas se encontraban, lo empujó a hablar: "No pertenezco aquí." Comenzó, con cada palabra saliendo de sus labios como si fuera arrancada de lo más profundo de su ser. "Lo que soy... no es algo que puedas comprender fácilmente. No es algo que debería estar compartiendo contigo." Lamió sus labios.

Aidan mantuvo su mirada fija en él, su expresión se suavizó, pero no perdió intensidad. "¿Por qué no dejas que sea yo quien decida lo que puedo o no puedo comprender?" Dijo con voz calmada. Elías lo miró, y por un momento, las barreras que había construido durante siglos se tambalearon. "Soy alguien que observa, que existe para garantizar que las cosas sigan su curso natural, pero no debería estar tan cerca. No de ti. No de nadie." Exhaló. Aidan frunció el ceño ligeramente, procesando esas palabras con una seriedad que contrastaba con su usual ligereza. "¿Y por qué estás cerca, entonces?" La pregunta quedó suspendida en el aire entre ellos, cargada de significado. El pelinegro permaneció en silencio durante lo que pareció una eternidad, buscando una respuesta que pudiera expresar la complejidad de sus sentimientos sin revelar demasiado. "No lo sé." Admitió finalmente, con su voz apenas un susurro. "Pero no puedo evitarlo. Es como si algo en ti me llamara, desafiando todo lo que creía saber sobre mí mismo." Aidan se inclinó más hacia él, reduciendo el espacio físico entre ellos de una manera que hacía que el aire pareciera cargado de electricidad. "No estoy seguro de entender completamente lo que estás diciendo, pero... lo que sí sé es que no me importa por qué estás aquí. Me gusta que estés

aquí, Elías. Me gusta lo que sea que está sucediendo entre nosotros." Sus palabras lo impactaron con una fuerza física, haciendo que se levantara abruptamente del sofá. Carajo, necesitaba distancia, necesitaba aire, necesitaba recuperar el control que sentía escaparse entre sus dedos como arena fina. Se acercó a la ventana, buscando en el cielo nocturno la claridad que parecía haber perdido. "Hey." La voz de Aidan lo siguió, tranquila pero firme. "No tienes que huir." Sonrió. Mostrándose calmado. "Esto es un error." Elías respondió, con sus puños, mientras luchaba contra el torbellino de emociones que amenazaba con consumirlo. "No lo creo." Aidan se levantó también, sus pasos fueron lentos, pero decididos mientras se acercaba. "Si fuera un error, no estaríamos aquí, ahora mismo. Lo que sea que estés sintiendo, no tienes que enfrentarlo solo." Elías se giró para mirarlo, sus ojos oscuros encontraron los de Aidan en una conexión que parecía trascender lo físico. "No entiendes lo que dices, esto no puede funcionar. No debería funcionar." Espetó con voz nerviosa. "¿Por qué no?" Aidan se detuvo a escasos centímetros de él, su presencia era como una fuerza tangible que hacía que el aire entre ellos vibrara con posibilidades no dichas. "Dime por qué no, y entonces dejaré de intentarlo. Dejaré de buscar esta conexión que sé que tú también sientes." Las palabras murieron en la garganta de Elías antes de poder ser pronunciadas. ¿Cómo explicar lo inexplicable? ¿Cómo racionalizar algo que desafiaba toda lógica y razón? "Eso pensé." Aidan murmuró, con una sonrisa suave curvando sus labios mientras sus ojos mantenían cautivos los de Elías. El silencio entre ellos se volvió denso, cargado de significado y posibilidades, la música jazz continuaba sonando suavemente en el fondo, creando una atmósfera íntima que solo intensificaba la conexión entre ellos. "Esto no terminará bien." Elías advirtió, aunque su voz había perdido parte de su convicción. Aidan dio un último paso, eliminando casi por completo la distancia entre ellos. "Tal vez no. Pero eso no significa que no valga la pena intentarlo. Algunas cosas valen el riesgo, ¿No crees?" Elías permaneció inmóvil, dividido entre el deseo de acercarse más y el impulso de desaparecer en las sombras, por primera vez en siglos, se sentía completamente perdido y, paradójicamente, más vivo que nunca. Cuando finalmente se despidió esa noche, el peso de sus emociones lo acompañó mientras caminaba por las calles desiertas, cada paso lo alejaba físicamente de Aidan, pero su mente y su corazón permanecían en ese apartamento, en ese momento de conexión que amenazaba con cambiar todo lo que creía saber sobre sí mismo. Se preguntaba si había cruzado una línea de la que no había retorno, y más importante aún, si quería regresar, la ciudad dormía a su alrededor, ajena al drama que se desarrollaba en sus calles, mientras la noche guardaba silencio sobre los secretos que acababa de presenciar.

Capítulo 8

Tentación y revelación

La noche era densa, casi palpable, como si el aire mismo se hubiera convertido en una sustancia tangible que envolvía la ciudad en un manto de silencio místico, solo el ocasional susurro del viento entre los edificios se atrevía a perturbar aquella quietud sobrenatural, creando melodías etéreas que parecían resonar con los pensamientos turbulentos de Elías, quien caminaba lentamente por las calles vacías, con las manos hundidas en los bolsillos de su largo abrigo negro, que ondeaba suavemente con cada paso que daba sobre el pavimento húmedo por la bruma nocturna. Los faroles proyectaban halos de luz difusa que creaban sombras danzantes a su alrededor, como si incluso la oscuridad quisiera recordarle su naturaleza sobrenatural; había intentado mantenerse alejado del apartamento de Aidan, convencer a su mente antigua de que necesitaba distancia, pero su voluntad parecía desmoronarse como arena entre sus dedos cada vez que el rostro de Aidan aparecía en sus pensamientos. Era una lucha constante, un tira y afloja entre el deber y el deseo que lo estaba desgastando de maneras que no había experimentado en siglos, desde que había conocido a Aidan, algo en su interior había cambiado fundamentalmente, como si una grieta se hubiera formado en los cimientos de su existencia, permitiendo que la luz se filtrara en rincones que habían permanecido en la oscuridad durante eones. El reloj de Aidan seguía marcando el paso inexorable del tiempo en el Salón de las Arenas, cada grano de arena era un recordatorio constante de que su destino estaba sellado, que no había manera de alterar lo inevitable; sin embargo, cada vez que veía su rostro, cada vez que escuchaba su voz resonando con una calidez que desafiaba la frialdad de los siglos, sentía que esa certeza se desmoronaba como un castillo de naipes ante una brisa suave. Finalmente, Elías se detuvo frente al edificio de Aidan, con sus ojos oscuros elevándose hacia la ventana iluminada que brillaba como un faro en la noche. A través del cristal, podía ver a Aidan sentado en el sofá, su figura recortada contra la luz cálida de la lámpara sostenía un libro entre sus manos, sus dedos acariciaban distraídamente las páginas mientras sus ojos recorrían las palabras con una concentración que lo hacía parecer ajeno al mundo exterior. Había algo casi etéreo en la forma en que la luz suave bañaba su rostro, como si fuera una pintura renacentista cobrada vida, destacando la curva elegante de su mandíbula y el brillo hipnótico de sus ojos azules. La racionalidad le gritaba que se alejara, que cada paso que daba hacia Aidan era un paso más hacia el abismo, pero su cuerpo parecía tener voluntad propia, y antes de que pudiera procesar la decisión, sus pies ya lo estaban llevando hacia la puerta del edificio, como si una fuerza magnética invisible tirara de él. Cuando el humano abrió la puerta, su rostro se transformó en una sonrisa que pareció iluminar todo el pasillo, una expresión tan genuina y cálida que hizo que algo dentro de él se estremeciera. "Elías." Pronunció su nombre como si fuera algo precioso, con una mezcla de sorpresa y alegría que danzaba en su voz. "No esperaba verte hoy." Elías lo miró fijamente, fascinado por cómo una simple sonrisa podía desarmar siglos de autocontrol, haciendo que se sintiera más vulnerable que nunca. "No planeaba venir." Admitió, en un tono de voz más suave de lo habitual. "Bueno, me alegra que lo hicieras." Aidan abrió la puerta por completo, haciendo un gesto acogedor. La luz del apartamento se derramó sobre él, creando un halo dorado alrededor de su silueta.

"Adelante." El apartamento era un refugio de calidez que contrastaba con la frialdad de la noche exterior, el aire estaba impregnado de un aroma reconfortante a hogar y té recién hecho, una combinación que hacía que el espacio se sintiera íntimo y acogedor. Aidan cerró la puerta suavemente, y el sonido pareció sellar el mundo exterior, creando un espacio donde solo existían ellos dos. "¿Todo bien?" Preguntó, inclinando la cabeza con una expresión de genuina preocupación en sus ojos azules. La luz de la lámpara jugaba con los matices de su cabello castaño, creando reflejos dorados que captaban la atención de Elías, quien asintió mecánicamente, aunque la verdad era mucho más compleja. Una inquietud persistente ardía en su interior, una batalla constante entre lo que sentía crecer en su pecho y lo que siglos de existencia le habían enseñado que era correcto. "Me alegra que hayas venido." El chico continuó, sentándose en el sofá con una gracia natural. Palmeó el espacio a su lado, una invitación silenciosa que parecía resonar en el aire entre ellos. "Estaba pensando en ti." Elías permaneció de pie un momento más, como una estatua antigua contemplando la modernidad que Aidan representaba. Finalmente, cedió y se sentó, manteniendo una distancia que sentía necesaria pero que su cuerpo ansiaba reducir. "¿Por qué?" Aidan sonrió, apoyando un brazo en el respaldo del sofá mientras lo miraba, la postura casual contrastaba con la intensidad de su mirada. "No sé. Eres... intrigante. Y siento que hay mucho de ti que no entiendo, pero que me gustaría entender." Su voz tenía un timbre suave, casi musical, que parecía envolverlo como una caricia invisible. Elías apartó la mirada, fijándola en las fotografías que decoraban la pared, instantáneas de momentos de vida que él nunca podría compartir verdaderamente. "No soy tan interesante como piensas." Murmuró, aunque cada palabra parecía una mentira incluso para sus propios oídos. "Discrepo." Aidan se inclinó ligeramente hacia él, reduciendo el espacio entre ellos de una manera que hizo que el aire pareciera cargarse de electricidad, su voz bajó a un tono más íntimo, como si compartiera un secreto. "Eres diferente a cualquiera que haya conocido. Y no lo digo solo por la forma en que apareces y desapareces como si nada." Soltó una risita. Su cercanía enviaba ondas de calor a través de su cuerpo, despertando sensaciones que creía olvidadas hacía siglos. Ugh, una punzada aguda atravesó su pecho, una mezcla embriagadora de emoción y miedo primitivo, porque no podía recordar la última vez que alguien lo había mirado de esa manera, como si quisiera desenterrar todos sus secretos con solo el poder de su mirada. "Eres demasiado curioso." Murmuró, con su voz apenas en un susurro que parecía perderse en el aire cargado de tensión entre ellos. "Tal vez." La sonrisa de Aidan se suavizó, pero sus ojos mantenían una intensidad magnética mientras buscaban algo en las profundidades oscuras de su mirada. "Pero hay algo en ti que no puedo ignorar, algo que me hace querer saber más, que me atrae como un imán."

Cielos, Elías sintió cada músculo de su cuerpo tensarse, luchando contra el impulso dual de huir y de acercarse más; permaneció inmóvil, atrapado en el campo gravitacional de la presencia de Aidan, incapaz de escapar de la intensidad del momento. "No deberías querer saber más." Logró articular, con su voz traicionando una vulnerabilidad que no había permitido mostrar en siglos. "¿Por qué no?" Aidan se acercó otro poco, el movimiento fue tan sutil como significativo, el calor de su cuerpo parecía irradiar a través del espacio que los separaba. "¿Por qué no me dices qué es lo que te detiene?" Elías apretó los labios, sus ojos buscaron refugio en la ventana donde la noche parecía observarlos con curiosidad. "Porque lo que soy no pertenece a este mundo. Y no debería estar aquí, contigo." Las palabras salieron cargadas de un peso antiguo, de verdades que no podía revelar completamente. "Eso no me importa." La mano de Aidan se movió, tocando suavemente su brazo. El contacto, aunque ligero, envió una corriente eléctrica a través del cuerpo de Elías, despertando sensaciones que creía dormidas por milenios. "Lo único que me importa es

que estás aquí ahora." El pelinegro se volvió hacia él, incapaz de resistir la atracción magnética entre ellos, sus ojos encontraron los de Aidan, y el mundo pareció detenerse: El aire entre ellos se volvió denso, cargado de posibilidades no dichas y deseos apenas contenidos. La atracción era casi tangible, una fuerza que amenazaba con destruir cada barrera que había construido a lo largo de los siglos. "Esto es un error." Susurró, aunque su cuerpo se negaba a moverse, cautivado por la proximidad del chico a su lado. "Entonces déjame cometer ese error contigo." Le respondió, en un susurro íntimo que pareció acariciar el aire entre ellos, mientras se inclinaba más cerca, reduciendo el espacio a casi nada. Por un instante eterno, Elías sintió que el universo contenía el aliento. Todo su mundo se redujo a ese momento: La proximidad embriagadora de Aidan, el calor que emanaba de su cuerpo, y el brillo hipnótico de sus ojos que lo miraban como si fuera la única estrella en un cielo nocturno. El tiempo pareció detenerse, suspendido en ese momento de posibilidad infinita, pero el peso de los siglos y el conocimiento de lo inevitable se impuso como una ola helada, entonces con un movimiento brusco que pareció rasgar el tejido mismo del momento, se levantó, alejándose hacia la ventana como si buscara escape en la noche que los observaba. "No puedo." Declaró, su voz se sacudió con el peso de mil verdades no dichas.

Aidan lo observó desde el sofá; su rostro una obra maestra de emociones contradictorias: Frustración, comprensión, y algo más profundo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar. "Elías..." Lo interrumpieron. "No entiendes." Elías exhaló, su voz se quebró ligeramente bajo el peso de emociones que no había permitido sentir en siglos. "Si cruzo esta línea, no habrá vuelta atrás. Y no sé si estoy preparado para eso." Las palabras parecían inadecuadas para expresar la magnitud de lo que estaba en juego. Aidan se levantó con movimientos deliberados, pero mantuvo la distancia, como si entendiera instintivamente que necesitaba ese espacio. Su mirada era suave pero firme, un faro en la tormenta emocional que agitaba el interior de Elías. "No estoy pidiéndote que tomes una decisión ahora, solo quiero que sepas que estoy aquí. Que lo que sea que esto signifique para ti, significa algo para mí también." Elías se giró para mirarlo una última vez, con sus ojos oscuros rebosantes de una emoción tan antigua como el tiempo mismo. Por un momento, el peso de todos los secretos que guardaba amenazó con desbordarse, con convertirse en palabras que cambiarían todo. Pero el silencio se impuso, pesado y significativo, cargado de todas las cosas que no podían ser dichas; y entonces, como si la noche misma lo reclamara, se desvaneció en las sombras, dejando a Aidan solo en la habitación iluminada; el aire aún vibraba con la tensión de su presencia, como si incluso su ausencia fuera tangible. La noche continuó su curso inexorable, mientras el reloj en el Salón de las Arenas seguía contando momentos que nunca podrían ser recuperados, y secretos que amenazaban con cambiar el destino mismo permanecían suspendidos en el silencio entre dos mundos.

Capítulo 9

Fragmentos del pasado

La oscuridad de la noche envolvía el mundo como un manto pesado, interrumpida solo por la luz parpadeante de un viejo farol en una esquina solitaria, la oxidada estructura metálica chirriaba suavemente con cada soplo de viento, proyectando sombras danzantes sobre el pavimento agrietado. Elías estaba de pie frente al parque donde había conocido a Aidan por primera vez, con su silueta tan inmóvil como las estatuas que adornaban los senderos abandonados; los árboles parecían susurrar entre ellos con cada ráfaga de viento, sus hojas secas produciendo una melancólica sinfonía, y el aire estaba impregnado de un frío que calaba hasta los huesos, recordándole su propia naturaleza sobrenatural. Cielos, había perdido la cuenta de cuántas veces había regresado a este lugar, atraído por algo que no podía definir, como una polilla irremediabilmente atraída hacia una llama destructiva. Uff, todo lo que sabía era que, cada vez que estaba cerca de Aidan, algo en su interior se agitaba, algo que llevaba siglos dormido, como un antiguo leviatán despertando en las profundidades de su ser. No podía escapar del conflicto interno que lo acosaba, un tormento que se manifestaba en cada fibra de su existencia; por un lado, su deber como segador lo mantenía atado a las reglas inquebrantables del equilibrio, cadenas invisibles forjadas por siglos de tradición y propósito. Por otro, Aidan despertaba en él emociones que lo hacían cuestionar todo lo que alguna vez había creído, como si cada certeza se desmoronara cual castillo de arena ante la marea. "¿Qué estoy haciendo?" Dijo para sí mismo, apenas en un susurro que se perdió en la noche. Con un soplo, cerró los ojos mientras la brisa agitaba los mechones de su cabello oscuro, con cada hebra moviéndose como sombras líquidas en la penumbra. Sus pensamientos fueron interrumpidos por un sonido suave detrás de él, el crujir de hojas bajo unos pasos deliberadamente lentos, como si el recién llegado quisiera anunciar su presencia sin sobresaltarlo. Elías se giró de inmediato, con movimientos fluidos y precisos, encontrando la figura de Caleb acercándose desde las sombras, su forma emergía gradualmente de la oscuridad como si esta misma lo hubiera dado a luz. "Siempre supe que eras un tipo melancólico, pero esto está en otro nivel." Caleb bromeó, con una sonrisa jugando en sus labios mientras se detenía a unos pasos de él, cruzándose de brazos. Su postura aparentemente relajada contrastaba con la tensión apenas perceptible en sus hombros, revelando una preocupación que intentaba ocultar tras su habitual humor. Elías no respondió de inmediato, en lugar de eso, volvió la mirada hacia los árboles, con una expresión fría y distante como el hielo de un glaciar milenario. Sus ojos, normalmente agudos y alertas, parecían perdidos en un punto indefinido del horizonte.

"¿Qué haces aquí?" Su voz surgió grave y controlada, pero con un matiz de advertencia apenas contenido. "Lo mismo que tú, supongo. Pensando en cosas que no debería." Caleb se apoyó contra el tronco de un árbol cercano, la corteza rugosa crujió bajo su peso. Su tono, más serio de lo habitual, revelaba una faceta raramente vista de su personalidad. "Lucian está preocupado por ti. Y no es el único." Las palabras flotaron en el aire como una niebla densa, cargadas de significado no dicho. Elías tensó la mandíbula, los músculos de su rostro se contrajeron en una máscara de control forzado; su silencio era más elocuente que cualquier respuesta verbal. "Sé

que algo está pasando contigo, viejo." Caleb continuó, su voz se suavizó como si hablara con un animal herido. "He visto cómo te estás alejando del camino, y sé que tiene que ver con ese humano." Sus palabras, aunque gentiles, cayeron entre ellos como piedras en un estanque quieto. "Cuidado con lo que dices, Caleb." Le advirtió, con un tono bajo, pero agudo como el filo de una guadaña. El aire alrededor de él pareció enfriarse varios grados, manifestación física de su turbulencia interior. "No estoy aquí para juzgarte." Su amigo respondió, levantando las manos en señal de paz, sus palmas brillaron pálidamente en la luz mortecina del farol. "Solo quiero entender, porque si sigues así, sabes que esto terminará mal. Y no quiero verte caer." Su voz transmitía una preocupación genuina, teñida de una sabiduría nacida de experiencias amargas. Elías dejó escapar un suspiro, su postura se relajó ligeramente, como si el peso de sus pensamientos fuera demasiado para mantener la guardia en alto. "No puedo explicar lo que siento. Ni siquiera sé si tiene sentido." Las palabras salieron de él como una confesión reluciente, cada sílaba cargada de confusión y anhelo reprimido. Caleb asintió, tenía una expresión más comprensiva, los años de amistad se reflejaron en sus ojos antiguos. "¿Quieres un consejo de alguien que ha cometido más errores de los que puede contar?" Elías lo miró, su silencio fue expectantemente suficiente para invitarlo a continuar. La luz del farol proyectaba sombras cambiantes sobre sus rostros, como si la noche misma quisiera escuchar lo que seguía. "Sea lo que sea que estás sintiendo, no lo ignores. Pero tampoco te dejes consumir por ello, encuentra un equilibrio; porque si te dejas arrastrar demasiado lejos, no habrá vuelta atrás." Sus palabras resonaron con el peso de la experiencia, cada una cuidadosamente elegida. "Me voy, iré a cazar penumbras en el lado oeste. Últimamente esos malditos monstruos están saliendo con más frecuencia de las sombras." Hizo un guiño y desapareció, dejando un pequeño vapor en el lugar. Su consejo resonó en su mente mientras este se alejaba, su figura se desvaneció entre las sombras del parque como si nunca hubiera estado allí; solo el vapor y el eco de sus pasos sobre las hojas secas confirmaba que no había sido una aparición. Elías permaneció allí durante un largo rato, inmóvil como una estatua más del parque, contemplando lo que había dicho, pero sin encontrar respuestas claras en la noche que lo envolvía, el farol continuaba parpadeando, testigo silencioso de su tormento interior, mientras las estrellas observaban impasibles desde su lejano reino de luz.



La penumbra del Salón de las Arenas pesaba como una manta sofocante aquella noche, mientras miles de relojes flotantes contenían su aliento en una sincronía sobrenatural, la figura de Elías se recortaba contra el resplandor dorado del reloj de Aidan, sus ojos estaban fijos en cada grano de arena que caía con precisión implacable, cada uno pulsando con una energía que lo llamaba como un canto de sirena, recordándole que el tiempo del chico se desvanecía inexorablemente. "No puedes seguir haciendo esto, Elías." La voz de Lucian atravesó el silencio como una daga de hielo, grave y controlada, pero cargada de una autoridad que erizó cada fibra de su ser. Elías permaneció inmóvil, reconociendo en ese tono la inevitabilidad de una conversación que llevaba tiempo gestándose. "Estoy cumpliendo con mi deber. Cuido el reloj." Respondió con voz tensa, con las palabras sonando huecas incluso para él mismo, como monedas falsas cayendo sobre mármol. La presencia de Lucian se materializó a su lado como una onda de energía eléctrica, su figura alta y elegante eclipsó el brillo del reloj. "¿Cumpliendo con tu deber?" La burla en su voz cortó el aire entre ellos. "Lo que yo veo es un segador perdiendo el control." La mandíbula de Elías se tensó mientras sus ojos permanecían clavados en el reloj, como si este pudiera ofrecerle las respuestas que necesitaba. "No sabes lo que dices." Espetó. "¿No?" Lucian se acercó más,

hasta que el calor de su cuerpo se fundió con el de suyo. "Entonces explícame por qué estás aquí, mirando este reloj como si tu propia existencia pendiera de cada grano de arena." El giro de Elías fue brusco, enfrentándolo con una mirada cargada de desafío y algo más profundo, más turbulento. "Esto no tiene nada que ver contigo." Sonsacó. "Lo tiene todo que ver conmigo." La voz de Lucian descendió a un susurro intenso mientras acortaba aún más la distancia entre ellos. "Eres mi responsabilidad, Elías. Siempre lo has sido." La tensión entre ellos se espesó como niebla en el aire, con cada respiración volviéndose más pesada, más consciente. La mirada de Lucian lo desarmaba, exponiendo capas que él ni siquiera sabía que existían. "Te estás exponiendo." Murmuró, con su aliento rozándole la piel. "Y lo peor es que ni siquiera te das cuenta." Agregó. "¿Exponiéndome a qué?" La pregunta salió como un desafío velado, mientras el espacio entre ellos se reducía a nada. "A él." La palabra cayó como una sentencia. "A ti mismo. A algo que no puedes controlar." Evidenció lo innegable. El silencio que siguió vibró con una intensidad casi palpable, los ojos de Lucian, grises como el acero fundido, lo atravesaron hasta el alma con una intensidad que robaba el aliento.

En esa mirada habitaba algo más allá de la preocupación o el reproche: Un deseo contenido, una necesidad apenas controlada; cuando su mano se elevó para rozar su mandíbula, el contacto envió ondas de electricidad por todo su cuerpo. El gesto, inesperadamente tierno, desató una tormenta de sensaciones que Elías no pudo contener. "Elías." Su nombre en los labios de Lucian sonó como una plegaria y una advertencia. "No quiero verte destruirte." El mundo pareció contraerse hasta ese momento, hasta ese espacio minúsculo entre sus labios. La mirada de Lucian descendió hacia su boca, y el corazón de Elías comenzó a latir con una fuerza que amenazaba con destrozar su pecho, el aire entre ellos chisporroteaba con posibilidades, con deseos no pronunciados. Lucian se inclinó, reduciendo la distancia hasta que sus alientos se mezclaron en el aire cargado de electricidad; por un momento eterno, el universo entero pareció contener el aliento, pero justo antes de que sus labios se encontraran, Lucian se detuvo, sus ojos se cerraron con una expresión de dolor contenido, como si librara una batalla interna que lo desgarraba. "Esto no puede pasar." Susurró contra sus labios, con su mano aun acariciándole suavemente la mandíbula, contradiciendo sus propias palabras. El paso que Elías retrocedió fue titubeante, como si su cuerpo se resistiera a romper el contacto; el aire entre ellos se volvió denso, cargado de palabras no dichas y deseos contenidos. "Lucian, yo..." Comenzó, pero las palabras se evaporaron en el aire electrificado. "No digas nada." Lo interrumpió, y su mano descendió lentamente, dejando un rastro de fuego fantasmal sobre su piel. Su expresión se endureció, aunque sus ojos seguían ardiendo con una intensidad apenas contenida. "Solo recuerda quién eres, y lo que está en juego." Elías asintió en silencio, incapaz de formar palabras coherentes. Lucian sostuvo su mirada un momento más, como grabando cada detalle de su rostro, antes de girarse y desvanecerse en las sombras, dejándolo solo con el eco de lo que casi fue.

Después de eso la noche avanzó, y sus pasos lo llevaron inevitablemente hasta el apartamento de Aidan, buscando respuestas para preguntas que ni siquiera podía formular. El encuentro con Lucian ardía en su memoria, un fantasma de calor y deseo no consumado que solo aumentaba su confusión. Cuando Aidan abrió la puerta, su sonrisa cálida y familiar actuó como un bálsamo sobre sus emociones turbulentas. "Parece que no puedes mantenerte lejos." Una risa breve y nerviosa escapó de los labios de Elías, un gesto tan impropio de él que lo sorprendió. "Supongo que no." La invitación de Aidan fue silenciosa, y la aceptó sin dudarlo, dejándose envolver por la calidez del apartamento, y mientras se acomodaban en el sofá, la presencia reconfortante de Aidan comenzó a disipar la tormenta que había estado rugiendo en su interior. "¿Todo bien?" Le

preguntó, inclinándose hacia él con genuina preocupación. Elías lo miró, sintiendo cómo las palabras de Lucian resonaban en su mente mientras la paz que encontraba junto a Aidan lo envolvía; este humano ejercía sobre él una atracción inexplicable, una fuerza gravitacional que lo aterrorizaba y fascinaba a partes iguales. "Estoy... lidiando con algunas cosas." Admitió con voz suave, pero honesta. "Si quieres hablar de ello, estoy aquí." El castaño respondió con una comprensión que desarmó sus últimas defensas. El silencio que siguió fue cómodo, natural, se permitió existir en ese momento, junto a Aidan y en la película que el proyector desplegaba en la pared, mientras su mente procesaba el torbellino de emociones que lo consumían, con cada minuto que pasaba, era más consciente de que estaba cruzando líneas que no tendrían retorno, y por primera vez en su existencia, la idea no lo aterrorizaba.

Capítulo 10

Ecós de las sombras

La oscuridad del Salón de las Arenas parecía más densa aquella noche, como si el lugar mismo estuviera conteniendo el aliento ante un conflicto inminente; las sombras danzaban en los rincones, proyectando formas caprichosas sobre las antiguas paredes de piedra, mientras el aire vibraba con una energía inquietante que solo los segadores podían percibir. En uno de los balcones elevados, Julian observaba en silencio, su figura se mostraba esbelta recortada contra la penumbra como una estatua viviente; desde allí, tenía una vista perfecta del reloj de Aidan Hart, que flotaba en el aire con su brillo distintivo, con cada grano de arena cayendo con una precisión hipnótica. "Llevas horas aquí, observando ese reloj como si fuera a revelar los secretos del averno." La voz de Marcus, otro segador y quizás el único al que Julian podría considerar un verdadero aliado, rompió la quietud del momento; el hombre se materializó de las sombras con la gracia felina característica de su especie, con su rostro enmarcado por una sonrisa enigmática que ocultaba siglos de sabiduría. "El infierno es predecible, Marcus." Julian contestó, sin apartar la vista del reloj. "Son los sentimientos los que complican todo." Agregó. Marcus se acercó, apoyándose en la barandilla junto a él, la luz mortecina se reflejaba en sus ojos dorados, creando destellos que parecían contener historias antiguas. "¿Es eso lo que te preocupa? ¿Los sentimientos de Elías?" Julian dejó escapar una risa breve, aunque el sonido carecía de humor. "Los sentimientos son una debilidad que no nos podemos permitir: Somos segadores, Marcus. Nuestro propósito es mantener el equilibrio, no perturbarlo." Chasqueó la lengua. Marcus lo observó por unos segundos. "Sin embargo, aquí estás." Dijo con voz teñida de una curiosidad casi paternal. "Vigilando a Elías como un halcón. ¿Es preocupación lo que veo en tus ojos, viejo amigo?" Alzó una ceja. Julian finalmente se giró hacia él, con sus ojos brillando con una intensidad que habría hecho retroceder a cualquier otro. "Lo que ves es pragmatismo; el idiota de Elías está perdiendo el norte, y cuando un segador pierde su camino, las consecuencias son... devastadoras." Exhaló con un bajo gruñido. "¿Y tu historia con él no tiene nada que ver?" Marcus arqueó una ceja, y su pregunta flotó en el aire como una daga velada. "Nuestra rivalidad es irrelevante." Escupió Julian, aunque su tono sugería lo contrario. "Lo que importa es el presente, y en este momento, Elías está jugando con fuego." Exhaló. "Y todos se están dando cuenta de ello." Torció los labios. Marcus guardó silencio por un momento, estudiando el perfil afilado del chico. "El fuego puede iluminar tanto como destruir, Julian. Quizás lo que Elías ha encontrado no es una debilidad, sino una revelación." Se encogió de hombros. El muchacho a su lado resopló. "Las revelaciones son peligrosas en nuestro mundo." Dijo, con su voz bajando hasta convertirse en un susurro amenazador. "Y yo me aseguraré de que esta no nos destruya a todos." Con un chasquido de su guadaña, desapareció del Salón, Marcus sacudió la cabeza y finalmente también abandonó el lugar.

Mientras tanto, en el plano humano, el aire nocturno de la ciudad vibraba con una energía diferente. En la terraza de un café íntimo, bajo el resplandor cálido de faroles vintage, Aidan compartía una mesa con Nathaniel, su mejor amigo desde la universidad; el contraste entre ambos era evidente: Aidan, con su presencia tranquila y meditativa, y Nathaniel, rebosante de

una energía contagiosa que iluminaba el espacio a su alrededor. "A veces me pregunto si no estoy perdiendo la cabeza." Aidan confesó, girando distraídamente su taza de café. "Es como si últimamente el mundo hubiera cambiado, pero no puedo señalar exactamente cómo." Nathaniel inclinó la cabeza, sus ojos verdes brillaron con comprensión. "El mundo siempre está cambiando, Aidan. La pregunta es: ¿Qué ha cambiado en ti?" Bebió de su taza de té. Aidan lamió sus labios. "Todo y nada." Mostró una sonrisa frustrada. "Es como... como si hubiera despertado de un sueño largo, pero siguiera soñando, y luego está Elías..." Mordió su labio inferior ahora. "Ah, el misterioso Elías." Nathaniel sonrió, aunque había un destello de preocupación en sus ojos. "Hablas mucho de él últimamente." Dijo observándolo. "Es diferente." Aidan se inclinó hacia adelante, bajando la voz como si compartiera un secreto. "Hay algo en él que no puedo explicar. Cuando está cerca, es como si el tiempo se detuviera, como si el mundo entero contuviera el aliento." Nathaniel se rascó la barbilla antes de comentar: "Suenan peligrosos." Su tono se escuchó cuidadosamente neutral. "Tal vez lo es." Aidan admitió, una sonrisa melancólica curvó sus labios. "Pero por primera vez en mi vida, siento que estoy realmente despierto." Después de eso, y como si las palabras de Aidan lo hubieran invocado, una figura alta y oscura apareció en la entrada del café: Elías se movía con una gracia sobrenatural, con su presencia alterando sutilmente el aire a su alrededor. Se detuvo junto a su mesa, con sus ojos oscuros fijos en Aidan con una intensidad que hacía parecer que el resto del mundo había desaparecido. "Aidan." Su voz fue suave, pero cargada de una emoción contenida. "No esperaba encontrarte aquí." Señaló. "Elías." La sonrisa de Aidan se ensanchó, iluminando su rostro. "¿Te gustaría unirse a nosotros?" Nathaniel observó el intercambio con ojos agudos, notando la forma en que la realidad parecía distorsionarse ligeramente alrededor de Elías, como si su presencia fuera demasiado grande para ser contenida en una forma humana. "Otro día, quizás." Le respondió, con sus ojos desviándose brevemente hacia Nathaniel con un destello de algo primitivo y territorial. "Solo pasaba para asegurarme de que estabas bien." Antes de que Aidan pudiera responder, Elías se había desvanecido en las sombras, dejando tras de sí un silencio cargado de preguntas no formuladas. "Interesante amigo tienes ahí." Nathaniel comentó, su voz fue casual pero sus ojos alertas. "No parece... del todo humano." Aidan se estremeció ligeramente, aunque no podría decir si fue por las palabras de Nathaniel o por el súbito frío que pareció instalarse en sus huesos. "¿Qué quieres decir?" Dijo nervioso, dándole un sorbo a su taza. "Solo que deberías tener cuidado." Nathaniel extendió una mano sobre la mesa, apretando brevemente la de Aidan. "Hay cosas en este mundo que es mejor no perturbar." Expresó con sabiduría en sus ojos.

Al mismo tiempo, en un callejón cercano, las sombras se arremolinaban como si estuvieran vivas. Julian emergió de la oscuridad, con su figura alta interceptando a Elías antes de que pudiera desaparecer. "Cada vez eres más descuidado." Su voz cortó el aire como un látigo de seda. "¿Qué pasó con el Elías que conocí? ¿El que entendía la importancia del equilibrio?" Le reprochó con boca venenosa. Elías se detuvo, su postura se tensó como la de un depredador acorralado. "Tal vez ese Elías estaba equivocado, quizás hay más en nuestra existencia que simplemente mantener el equilibrio." Murmuró reflexivo, un pensamiento humano que no era muy característico de los segadores. Nadie hablaba de esa manera después de trascender, nadie cuestionaba las reglas después de recibir la amnesia que los mantenía alejados de su deber; y, por supuesto que nadie las desobedecía. "¿Más?" Julian soltó una carcajada amarga, como si esas palabras no tuvieran cabida en su cabeza. "¿Como qué? ¿Amor? ¿Conexión? Tsk, somos segadores, Elías. Nos llaman La Muerte; ese apodo de los humanos es nuestro compañero constante." Arrojó con ojos brillantes, pero Elías no se quedó callado. "¿Y si estuviéramos equivocados?" Se giró hacia él, con sus ojos brillando con una intensidad febril. "¿Y si todas

estas reglas, todas estas restricciones, fueran solo cadenas que nos impusimos a nosotros mismos?" Julian dio un paso adelante, y su presencia llenó el espacio entre ellos como una tormenta contenida. "Las reglas existen por una razón. Sin ellas, el caos reinaría. ¿Es eso lo que quieres? ¿Destruir todo por lo que hemos trabajado durante siglos?" Gruñó. "Quiero la verdad." Elías le refutó con voz firme, a pesar de la proximidad amenazadora del chico. "Y por primera vez en mi existencia, siento que estoy cerca de encontrarla." Añadió con seguridad. "La verdad." Julian escupió la palabra como si fuera veneno. "La verdad es que estás jugando con fuerzas que no entiendes. Ese humano, Aidan... ¿Crees que es una coincidencia que te afecte de esta manera? ¿Qué te haga cuestionar todo?" Dijo con exaltación. "No me importa si es una coincidencia o no." Elías dio un paso adelante, enfrentándolo directamente. "Lo que siento cuando estoy cerca de él es más real que cualquier verdad que me hayas enseñado." Tsk, Julian lo estudió en silencio por un momento, sus ojos antiguos brillaron con una mezcla de ira y algo que podría haber sido tristeza. "Entonces ya estás perdido, asno." Espetó con labios chuecos. "Tal vez." Elías sonrió, con una expresión triste y desafiante a la vez. "O tal vez, por primera vez, estoy encontrándome a mí mismo." Se miraron fijamente por lo que pareció una eternidad, el aire entre ellos estaba cargado de siglos de historia compartida y promesas rotas. Finalmente, Julian retrocedió, y las sombras comenzaron a envolverlo. "Recuerda mis palabras, Elías." Su voz resonó en la oscuridad. "Cuando todo se derrumbe, y lo hará, estaré allí para ver las consecuencias de tu elección." Y con eso, desapareció, dejándolo solo en el callejón, con el peso de sus decisiones pesando sobre sus hombros como una capa de plomo; y, en la distancia, el reloj de arena de Aidan brillaba con una luz tenue, con cada grano cayendo inexorablemente, marcando el tiempo que quedaba antes de que todo cambiara para siempre. Los pasos de Elías resonaron en las calles vacías mientras se alejaba del callejón, con cada paso marcando un ritmo discordante con los pensamientos que atravesaban su mente; las palabras de Julian seguían reverberando en su consciencia, no tanto como una amenaza sino como un eco de sus propias dudas. El aire de la noche parecía más pesado, cargado con el peso de decisiones que amenazaban con alterar el tejido mismo de su existencia. En el café, Aidan permanecía sentado con Nathaniel, aunque su mente claramente vagaba hacia el encuentro con Elías, sus dedos tamborileaban distraídamente sobre la mesa, creando un patrón irregular que parecía sincronizarse con el latido acelerado de su corazón. "Hay algo que no me estás contando." Nathaniel irrumpió finalmente, terminando el silencio contemplativo que se había instalado entre ellos. "Sobre ese chico. Sobre todo, esto." Aidan levantó la mirada, encontrándose con los ojos preocupados de su amigo. "Hay cosas que ni yo mismo entiendo, Nate. Es como si desde que lo conocí, el mundo hubiera... cambiado. Como si pudiera ver más allá de lo que siempre di por sentado. Ugh, no lo sé ¿Sí? Es loco y aterrador, pero a la vez me siento cómodo con su compañía." Sonrió, restregándose el cabello mientras su codo permanecía en la mesa. "¿Y eso te asusta?" El chico le preguntó, inclinándose hacia adelante. "Lo extraño es que no." Aidan sacudió la cabeza, con una sonrisa débil curvando sus labios. "Debería, ¿Verdad? Pero en lugar de miedo, siento... Curiosidad, fascinación, como si estuviera al borde de descubrir algo extraordinario." Nathaniel guardó silencio por un momento, sus ojos estudiaron el rostro de su amigo con una intensidad inusual. "Solo recuerda que algunos descubrimientos vienen con un precio, Aidan. Y a veces, ese precio es más alto de lo que estamos dispuestos a pagar."



Mientras tanto, en el Salón de las Arenas, Marcus encontró a Julian de nuevo en su posición

habitual, aunque ahora su postura era más rígida, más cargada de tensión. "¿Cómo fue tu pequeña charla con Elías?" Preguntó, aunque su tono sugería que ya conocía la respuesta. Julian no respondió inmediatamente, sus ojos seguían fijos en el reloj de Aidan, que ahora parecía brillar con una intensidad casi dolorosa. "Está más perdido de lo que pensaba, el idiota ha comenzado a cuestionar el sistema mismo, Marcus. Tsk, y sabes tan bien como yo lo peligroso que eso puede ser." Apretó los labios. "¿Y si sus preguntas tienen mérito?" Marcus sugirió suavemente. "No serías el primer segador en cuestionarte estas cosas." Se encogió ligeramente de hombros, entonces Julian se giró bruscamente, sus ojos brillaron con una mezcla de ira y algo más profundo, más vulnerable. "Las preguntas son un lujo que no podemos permitirnos. Recuerda: El sistema existe por una razón. Sin él, sin nosotros, el equilibrio se rompería. ¿Es eso lo que quieres? ¿Un mundo sumido en el caos?" Sus palabras se escucharon por todo el salón, calientes y poderosas como el fuego eterno. "Lo que quiero..." Marcus comenzó con calma. "Es entender por qué esto te afecta tanto. Elías no es el primer segador en desarrollar una... fascinación por un humano, pero tu reacción sugiere que hay algo más en juego." Un silencio pesado se instaló entre ellos, roto solo por el suave tintineo de los granos de arena cayendo en el reloj de Aidan. Finalmente, Julian habló: "Hace tiempo, hubo otro segador que cuestionó las reglas, que creyó que podía desafiar el sistema y salirse con la suya." Sus ojos se oscurecieron con el peso de memorias antiguas. "El precio de su rebeldía fue... devastador." Exhaló. Marcus lo observó con atención. "¿Es por eso que vigilas tan de cerca a Elías? ¿Temes que cometa los mismos errores? Pensé que la rivalidad entre ustedes era tema para querer desearle el mal." Comentó con malicia. Julian lo miró con veneno. "No seas idiota: Temo que nos arrastre a todos con él en su caída, sobre todo a Lucian..." Se aclaró la garganta. "¡Ejem! En fin, Elías no sabe en lo que se está metiendo, el bastardo ha llegado muy lejos con este interés por ese humano." Soltó un soplo y continuó con una emoción que raramente mostraba. "Porque esta vez, Marcus, presiento que las consecuencias serán mucho peores." Con un chasqueo de su guadaña en el piso sin fondo, desapareció en la penumbra del Salón de las Arenas, dejando a Marcus solo con sus reflexiones.

Mientras tanto en el plano humano, Elías yacía sobre un tejado, observando la ciudad nocturna que se extendía ante él; las luces urbanas parpadeaban como estrellas terrenales, cada una representando una vida, una historia, un destino que algún día tendría que segar, pero por primera vez en su larga existencia, esa idea le provocaba una inquietud profunda. Cerró los ojos, intentando encontrar la paz que siempre había hallado en su deber, pero en su lugar solo encontró el rostro de Aidan, con sus ojos llenos de una luz que desafiaba toda lógica y razón. ¿Cómo podía un simple humano provocar tal caos en su ser? Ugh, las reglas existían por una razón, pero ahora sonaban huecas, como un eco distante de una verdad que ya no estaba seguro de creer. A su vez, el apartamento de Aidan se encontraba sereno, el muchacho se preparaba para dormir, pero el sueño lo eludía; ya que palabras de Nathaniel se mezclaban en su mente con la imagen de Elías, creando un torbellino de preguntas sin respuesta. Sin pensarlo, se levantó de la cama y se acercó a su ventana, sintiendo una extraña conexión con la noche que lo rodeaba, pero no encontró nada... No encontró a Elías, así que regresó de vuelta al dormitorio. Sin que él lo supiera, su reloj de arena en el Salón de las Arenas brillaba con una intensidad inusual, como si respondiera a sus pensamientos inquietos; los granos de arena caían con un ritmo peculiar, casi musical, creando patrones que ningún segador había visto antes. Julian lo observaba todo desde las sombras, con su rostro convertido en una máscara de preocupación, porque él sabía algo que los demás apenas comenzaban a sospechar: que el vínculo entre Elías y Aidan era más que una simple anomalía. Era el principio de un cambio que amenazaba con sacudir los cimientos

mismos de su mundo, y mientras la noche avanzaba, las sombras parecían susurrar secretos antiguos, promesas olvidadas y advertencias no escuchadas; el destino de todos pendía de un hilo tan delgado como los granos de arena que marcaban el tiempo de Aidan, y nadie podía predecir hacia qué lado se inclinaría la balanza cuando finalmente cayera el último grano.

Capítulo 11

Sombras y secretos

El atardecer derramaba su luz dorada sobre la ciudad, tiñendo el cielo con una paleta de naranjas y púrpuras que se fundían en el horizonte como acuarelas sobre un lienzo húmedo, las sombras, cual dedos alargados, se extendían por las calles mientras el sol se despedía con reluctancia del día, proyectando siluetas fantasmales que danzaban sobre las fachadas de los edificios antiguos. El aire vibraba con una quietud expectante, como si la ciudad entera contuviera el aliento ante la llegada del crepúsculo, y en medio de este espectáculo vespertino, Elías avanzaba por un callejón solitario, con sus pasos resonando como susurros contra el pavimento gastado; el eco de sus pisadas rebotaba entre las paredes estrechas, creando una melodía solitaria que acompañaba sus pensamientos turbulentos. Había intentado mantener la distancia de Aidan durante días, sumergirse en la rutina centenaria que había sido su refugio durante tanto tiempo, pero el magnetismo que lo atraía hacia él era como una corriente invisible e inexorable, imposible de resistir, cada fibra de su ser le advertía del peligro, le recordaba los siglos de disciplina y propósito, pero su voluntad se desmoronaba como arena entre sus dedos cada vez que pensaba en aquellos ojos azules. Las hojas de los árboles susurraban secretos antiguos mientras emergía del callejón hacia el parque, ese lugar que se había convertido en el epicentro de su tormento personal, el aire estaba impregnado con el aroma dulce de las flores tardías y la fragancia terrosa de la hierba recién cortada, una sinfonía de aromas que intensificaba la sensación de irrealidad del momento. De repente, la silueta de Aidan emergió en la distancia, una figura solitaria sentada en aquel banco donde sus caminos se habían cruzado por primera vez, donde el destino, o quizás algo más oscuro y profundo, había comenzado a tejer su red. El humano estaba sentado con una postura que delataba cierta melancolía: El cuerpo inclinado hacia adelante, los codos descansando sobre las rodillas, y la mirada perdida en el horizonte teñido de oro. La luz del atardecer acariciaba su rostro con delicadeza, como si el mismo sol quisiera memorizar sus rasgos antes de ocultarse, realzando el azul cristalino de sus ojos y definiendo los ángulos de su mandíbula con sombras suaves; su cabello castaño se movía suavemente con la brisa, y había algo en su quietud que lo hacía parecer una pintura viviente, una obra de arte que respiraba y existía en perfecta armonía con el atardecer. Algo se agitó en el interior de Elías, una tormenta de emociones que no lograba, o tal vez no se atrevía, a descifrar. Era como si cada célula de su cuerpo vibrara en una frecuencia diferente cuando estaba cerca de este humano, como si siglos de existencia se condensaran en cada momento que compartían; entonces, se detuvo bajo la protección de un roble centenario como siempre lo hacía, con sus dedos rozando inconscientemente la corteza rugosa mientras observaba desde las sombras, convertido una vez más en un espectador silencioso de la vida de este chico. El viento cambió sutilmente de dirección, trayendo consigo el susurro de las hojas y el eco distante de risas infantiles desde algún rincón del parque; y entonces, como si el aire mismo hubiera susurrado su presencia, la voz de Aidan atravesó la distancia entre ellos. "Sé que estás ahí." Las palabras flotaron en el aire como notas de una melodía antigua, sacudiendo a Elías de su contemplación; sus ojos se encontraron a través del espacio que los separaba, y una sonrisa sutil se dibujó en los labios de Aidan, una sonrisa que contenía secretos y promesas no pronunciadas. "No tiene sentido

esconderse." Añadió, con un tono que mezclaba desafío y calidez. "Ven aquí." La duda mantuvo a Elías inmóvil por un instante, sus pies estaban anclados al suelo mientras su mente libraba una batalla silenciosa entre el deber y el deseo; el tiempo pareció ralentizarse mientras consideraba sus opciones, cada segundo se estiraba como la miel que fluye lentamente de un tarro. Finalmente, como si una fuerza superior a su voluntad lo impulsara, cedió ante la invitación, abandonando la protección de las sombras para acercarse al banco, cada paso lo llevaba más cerca de aquello que tanto temía y anhelaba a la vez, cada movimiento era un paso más allá del punto sin retorno. "Pensé que habías desaparecido." Aidan murmuró, recostándose contra el respaldo mientras sus ojos seguían cada movimiento de Elías con una intensidad que parecía quemar. "No te he visto en días." La brisa jugueteaba entre ellos, llevando consigo fragmentos de conversaciones lejanas y el aroma dulce de las flores nocturnas que comenzaban a abrir sus pétalos. "No debería estar aquí." Le respondió al fin, con su voz apenas un susurro que se mezclaba con los sonidos del atardecer. El chico sonrió. "Siempre dices lo mismo, pero aquí estás." Contraatacó, con una suavidad que ocultaba firmeza. "Y eso me hace preguntarme por qué." Elías desvió la mirada hacia el horizonte, donde el sol pintaba el cielo en tonos cada vez más profundos de púrpura y carmesí, era más fácil contemplar el crepúsculo que enfrentarse a aquellos ojos que parecían ver más allá de su fachada, que amenazaban con desentrañar siglos de secretos cuidadosamente guardados. "No es tan simple." Susurró. "Nada lo es." Aidan se inclinó hacia adelante, acortando la distancia entre ellos como si fuera atraído por una fuerza gravitacional invisible. "Pero hay algo en ti, Elías. Algo que no puedo ignorar, por más que lo intente." Las palabras resonaron en el pecho de Elías como campanas distantes, haciendo eco en cavernas emocionales que creía selladas por el tiempo, siglos de existencia dedicados al deber, de emociones sepultadas bajo capas de responsabilidad y propósito, amenazaban con desmoronarse ante la proximidad de este humano; había algo en él que erosionaba sus defensas, que despertaba sensaciones dormidas durante eras o quizás nunca experimentadas.

Mientras esta escena íntima se desarrollaba en el parque, las sombras del crepúsculo ocultaban otra conversación más siniestra no muy lejos de allí; Nathaniel caminaba por una calle arbolada, con su figura recortándose contra el cielo cada vez más oscuro, su aparente tranquilidad, esa máscara de normalidad que había perfeccionado durante tanto tiempo, se vio interrumpida por el crujir de hojas secas bajo pasos ajenos. El sonido, aunque sutil, resonó en sus oídos como una alarma, una advertencia del peligro que acechaba en las sombras: La voz de Julian, afilada como una daga y fría como el hielo, cortó el aire nocturno: "Sabía que no eras un simple humano." Las palabras se deslizaron entre las sombras como serpientes venenosas, cargadas de amenaza y satisfacción. El segador emergió de entre las sombras de los árboles como una aparición, con su presencia alterando el aire mismo a su alrededor, su sonrisa burlona contrastaba con la tensión del momento, una máscara de diversión que apenas ocultaba la amenaza latente en sus ojos. Nathaniel se giró con una calma estudiada, aunque sus ojos brillaban con una alerta apenas contenida, como un depredador evaluando a otro. "No sé de qué estás hablando." Respondió, manteniendo un tono neutral que contradecía la electricidad que crepitaba en el ambiente, cada músculo de su cuerpo estaba tenso, preparado para cualquier movimiento repentino. "Por favor." Julian avanzó con la gracia depredadora que lo caracterizaba, con cada paso calculado y preciso. "He visto cómo te mueves, cómo observas a Aidan. No eres diferente a Elías, ¿Verdad? Ocultando tus verdaderas intenciones bajo una fachada de humanidad." La mandíbula de Nathaniel se tensó imperceptiblemente, un gesto mínimo que traicionaba la tormenta interior que sus palabras habían desatado. Sin embargo, su compostura permaneció intacta, producto de años, quizás siglos, de práctica en el arte del engaño. "Aidan es mi amigo. Eso es todo." Espetó. "¿De

verdad esperas que me crea eso?" Julian ladeó la cabeza, su sonrisa se ensanchó como una grieta en el hielo, la luz mortecina del atardecer se reflejaba en sus ojos, dotándolos de un brillo sobrenatural. "Tienes un secreto, Nathaniel. Y no me iré hasta descubrirlo." La tensión creció entre ellos como una cuerda a punto de romperse, el aire mismo parecía vibrar con la intensidad del momento. Nathaniel dio un paso adelante, abandonando por un instante su fachada de normalidad, su voz, cuando habló, era baja pero cargada de una amenaza antigua y poderosa: "Puedes intentar lo que quieras, pero te advierto algo: Si lastimas a Aidan, te enfrentarás a algo mucho más peligroso de lo que puedes imaginar." Julian arqueó una ceja, intrigado por la promesa velada en aquellas palabras, por el poder apenas contenido que pulsaba bajo la superficie. "Vaya, parece que tenemos un guerrero entre nosotros." Sin más, se desvaneció entre las sombras como humo en el viento, dejando tras de sí un rastro de inquietud que persistió en el aire nocturno como el eco de una amenaza no pronunciada.

De vuelta en el parque, el tiempo parecía haberse detenido alrededor de Elías y Aidan, como si el universo contuviera el aliento ante lo que estaba a punto de suceder; el primero finalmente cedió ante lo inevitable, sentándose junto al segundo en el banco, aunque manteniendo una distancia que más que física parecía emocional, un último bastión de resistencia ante lo inevitable. "¿Por qué haces esto?" Elías preguntó, sus palabras fueron apenas audibles sobre el susurro del viento entre las hojas; la pregunta contenía siglos de soledad, de autoimpuesto aislamiento, de barreras cuidadosamente construidas que ahora amenazaban con derrumbarse. "Porque me importas." Aidan respondió sin vacilación, cada palabra cayó como gotas de lluvia sobre tierra sedienta. La simplicidad de su respuesta contenía una verdad tan profunda que sacudió los cimientos mismos del mundo de Elías, cuya respuesta lo golpeó con una fuerza inesperada, removiendo capas de soledad acumuladas durante siglos como sedimentos en el fondo de un río antiguo. Sus ojos se encontraron, y en ese momento el mundo pareció contener la respiración, como si toda la creación se hubiera detenido para presenciar este momento singular, la distancia entre ellos se fue reduciendo como si una fuerza invisible, tan antigua como el tiempo mismo, los atrajera mutuamente. Fue Aidan quien finalmente cruzó el umbral invisible que los separaba, sus labios encontraron los de Elías en un beso que combinaba ternura y pasión contenida, siglos de espera y un momento de perfecta eternidad. Elías se tensó inicialmente, sobrecogido por la calidez del contacto, por la avalancha de sensaciones que amenazaba con arrastrarlo, pero algo en su interior, algo antiguo y a la vez nuevo, algo que había dormido durante eones se quebró como el hielo en primavera, permitiéndole responder con una torpeza que evidenciaba siglos de soledad. El beso, aunque breve en términos mundanos, alteró el universo personal de ambos, redefiniendo los límites de lo posible y lo imposible: Comenzó como un roce casi tímido, un acercamiento que parecía detener el tiempo, los labios de Aidan eran cálidos y firmes, contrastando con la frialdad etérea que Elías había sentido durante toda su existencia. Por un momento, éste se quedó inmóvil, sorprendido por la suavidad del contacto y la intensidad de las emociones que despertaba en él; el aire entre ellos parecía vibrar con una energía silenciosa, mientras Aidan profundizaba el beso con una suavidad paciente, Elías sintió que su rigidez comenzaba a desvanecerse, como si cada capa de su ser estuviera cediendo bajo el calor de ese momento. Así que lentamente respondió con la misma torpeza, sus labios se movieron con una inexperiencia casi infantil, como si estuviera aprendiendo algo completamente nuevo y al mismo tiempo fundamental. La sensación fue abrumadora, el ósculo no era solo un acto físico; era un puente hacia algo que él nunca había experimentado, era calidez, conexión, y una chispa de vida que hacía temblar todo su ser; sintió como si el universo entero se hubiera reducido a ese momento, a ese contacto, a esa persona. La mano de Aidan subió con suavidad hasta su rostro, sus dedos

rozaron su piel con una delicadeza que lo hizo sentir vulnerable y, al mismo tiempo, inexplicablemente seguro: Era como si cada caricia rompiera una barrera invisible que él ni siquiera sabía que había construido. Cuando finalmente se separaron, sus respiraciones estaban entrecortadas, y el silencio que los rodeaba parecía cargado de significados, los labios de Elías aún hormigueaban con el eco del beso, y sus ojos, oscuros y profundos, brillaban con una mezcla de confusión y asombro, había sido más que un beso; había sido una revelación, una ventana a algo que no sabía que existía en él: Algo que ahora ya no podía ignorar. " Elías." Aidan susurró, con su voz teñida de preocupación y algo más profundo, algo que resonaba con las verdades no dichas que flotaban entre ellos. "¿Estás bien?" Los ojos oscuros de Elías brillaban con una mezcla de confusión y despertar, como si algo dormido durante siglos comenzara a cobrar vida bajo la luz del crepúsculo. "No lo sé." Admitió, con su voz quebrándose ligeramente ante el peso de la verdad, ante la magnitud de lo que acababa de suceder. Aidan sonrió con dulzura, levantando una mano para acariciar su mejilla con una delicadeza que contradecía la intensidad del momento, sus dedos eran cálidos contra la piel eternamente fría de Elías, un contraste que parecía simbolizar todo lo que los separaba y, paradójicamente, todo lo que los unía. "Está bien. No tienes que saberlo todo ahora." Elías cerró los ojos ante la caricia, permitiéndose, por primera vez en una eternidad, simplemente sentir, el parque a su alrededor se sumió en un silencio respetuoso, mientras las últimas luces del día se desvanecían en el horizonte, testigos silenciosos de un momento que cambiaría el curso de sus existencias para siempre; las estrellas comenzaban a asomar en el cielo cada vez más oscuro, como si el universo mismo quisiera presenciar este momento de transformación, este instante en que las barreras entre lo eterno y lo mortal, entre el deber y el deseo, comenzaban a desdibujarse bajo el manto de la noche naciente.

Capítulo 12

La fragilidad del tiempo

El amanecer desplegaba su lienzo sobre la ciudad con delicadeza, tiñendo el firmamento con suaves degradados de azul y oro que se fundían en el horizonte como acuarelas en un lienzo húmedo. Elías permanecía inmóvil junto a la ventana abierta del apartamento de Aidan, su figura esbelta recortada contra la luz naciente, mientras dejaba que la brisa matutina acariciara su rostro con dedos invisibles; el murmullo lejano de una ciudad que despertaba se entremezclaba con el trino de los pájaros, componiendo una sinfonía que marcaba el inicio de un nuevo día, un día más en la cuenta regresiva que él se negaba a aceptar. La noche había sido un torbellino de pensamientos incontrolables, una turbulencia de emociones que no lograba descifrar ni contener, desde aquel beso, el mundo había perdido su predictibilidad, transformándose en un caleidoscopio de sensaciones inexploradas que lo dejaban vulnerable y expuesto; sus ojos, profundos como pozos de eternidad, se desviaron hacia el sofá donde Aidan dormía plácidamente, su figura bañada por la luz dorada del amanecer que lo envolvía como un halo etéreo, magnificando su mortalidad de una manera que hacía que su corazón se contrajera dolorosamente. La respiración acompasada de Aidan, el suave movimiento de su pecho al respirar, la forma en que su cabello desordenado caía sobre su frente como pinceladas oscuras sobre un lienzo pálido... cada detalle se grababa en su memoria con una intensidad abrumadora; la fragilidad de ese momento, la delicada belleza de lo efímero provocaba en él una sensación de vértigo existencial que nunca había experimentado en sus siglos de existencia. Los recuerdos del beso persistían como brasas ardientes en su memoria, una huella indeleble que había resquebrajado siglos de certezas y protocolos, no había sido solo un contacto físico; había sido el despertar de algo profundo y antiguo que ahora amenazaba con desbordarse y arrastrarlo a un territorio desconocido y peligrosamente tentador; la certeza del tiempo, esa verdad implacable que siempre había sido su compañera constante, ahora se tornaba en una carga insoportable que pesaba sobre sus hombros como un manto de plomo. El movimiento sutil de Aidan al despertar interrumpió sus cavilaciones, trayéndolo de vuelta al presente con la suavidad de una pluma cayendo, sus ojos se abrieron lentamente, encontrándose con su mirada intensa, y una sonrisa somnolienta iluminó su rostro como el sol naciente: El intercambio de buenos días que siguió estuvo cargado de una intimidad silenciosa que ninguno de los dos se atrevió a nombrar, pero que flotaba entre ellos como una promesa tácita. En la pequeña cocina, mientras el humano preparaba café con movimientos fluidos y familiares, el aire entre ellos vibraba con palabras no dichas y promesas silenciosas, el aroma del café recién hecho llenaba el espacio, creando una atmósfera de domesticidad que hacía que el corazón de Elías doliera con una dulzura agri dulce; la confesión de que el beso había significado algo para ambos flotaba en el ambiente como una melodía suave, creando un puente invisible entre sus mundos tan distintos. La propuesta de Aidan de *'ver a dónde nos lleva'* resonaba en su mente con una simplicidad esperanzadora que contrastaba brutalmente con la complejidad de su situación; cada segundo que pasaba juntos era un regalo robado al tiempo, un desafío a las leyes que regían su existencia como segador.

Más tarde, cuando Elías se materializó en el Salón de las Arenas, sus pasos resonaban con una

determinación nacida de la desesperación y el amor naciente, lo que provocó una perturbación en el aire que Lucian percibió instantáneamente desde su sillón privado. Sus dedos se crisparon sobre el antiguo libro que sostenía, mientras su cuerpo reaccionaba involuntariamente a la presencia de quien había sido objeto de su deseo contenido durante siglos, por lo que se permitió un momento de debilidad, cerrando los ojos para saborear la familiar sensación de anhelo que la cercanía de Elías siempre le provocaba, antes de adoptar la máscara de líder estoico que había perfeccionado con el paso de los milenios. Los pasos de Lucian resonaron con una cadencia estudiada mientras se acercaba al lugar donde Elías contemplaba el reloj de arena de Aidan, la visión de su figura esbelta, bañada por el resplandor etéreo de los relojes flotantes, le robó el aliento por un instante. Siempre había sido así: Elías poseía una belleza atemporal que trascendía incluso los cánones de los inmortales, una gracia natural que hacía que el deseo de Lucian ardiera como brasas eternas bajo las cenizas de su autocontrol. "No puedes detenerlo." Pronunció, con su voz más ronca de lo que pretendía, traicionando la tormenta emocional que rugía en su interior. La proximidad entre ambos era casi dolorosa; el aire parecía crepitar con una electricidad invisible que amenazaba con consumirlos. Elías se giró para enfrentarlo, y Lucian tuvo que recurrir a siglos de disciplina para no dejarse arrastrar por el magnetismo de aquellos ojos oscuros que lo observaban con una mezcla de desafío y vulnerabilidad. "No estoy tratando de detenerlo." Respondió, pero ambos sabían que era una mentira. Lucian dio un paso más, acortando la distancia entre ellos hasta que el espacio personal se convirtió en un concepto difuso, el aroma distintivo de Elías era una mezcla de eternidad y algo indefiniblemente único, que inundó sus sentidos, nublando momentáneamente su juicio. Sus dedos se movieron por voluntad propia, rozando apenas su brazo en un gesto que podría haber pasado por casual, pero que envió ondas de electricidad a través de ambos. "Lo que estás sintiendo..." Comenzó, en un susurro íntimo que acarició el rostro de Elías. "No es algo que puedas permitirte." Las palabras estaban cargadas de un doble significado que hacía referencia tanto a Aidan como a la tensión no resuelta entre ellos mismos. Elías no retrocedió, sus ojos se mantenían fijos en los de Lucian con una intensidad que amenazaba con quebrar siglos de autocontrol. "¿Y qué hay de lo que tú sientes?" La pregunta, apenas en un susurro, golpeó al otro chico como un leñazo físico. El silencio que siguió fue denso, cargado de siglos de deseo no expresado, Lucian alzó una mano, permitiéndose por primera vez en siglos rozar con sus dedos la línea de la mandíbula de Elías, un toque tan ligero como el aleteo de una mariposa pero que contenía el peso de milenios de anhelo. "He visto a otros segadores caer por menos." Murmuró, con su voz quebrándose ligeramente mientras su pulgar se demoraba en la comisura de sus labios. "Los he visto consumirse por deseos que no podían satisfacer, por amores que desafiaban las leyes naturales." Sus ojos se desviaron involuntariamente hacia los otros labios, recordando todas las veces que había soñado con probarlos. "No quiero verte seguir ese camino." El muchacho permaneció inmóvil bajo el toque de Lucian, pero su respiración se había vuelto más profunda, más consciente. "¿Es eso lo que te preocupa? ¿O temes que alguien más haya logrado lo que tú has deseado durante tanto tiempo?" La pregunta fue como una daga directa al corazón de Lucian, su mano se tensó, ahora acunando completamente el rostro de Elías, mientras la otra se cerraba en un puño a su costado, luchando contra el impulso de atraerlo hacia sí y reclamar lo que había codiciado durante siglos. "No tienes idea." Susurró, con voz teñida de una pasión apenas contenida. "De lo que he deseado. De las veces que he tenido que contenerme, de las noches que he pasado imaginando..." Se interrumpió, consciente de que estaba revelando demasiado, pero incapaz de detenerse. "Pero nunca actué sobre ello porque sé lo que significa ser quien soy, lo que significa ser quienes somos." Elías llevó su propia mano hasta la muñeca de Lucian, sus dedos la envolvieron en un

agarre que era tanto una caricia como una advertencia. "Y, sin embargo, aquí estás, tocándome como si tuvieras derecho a ello, hablando de deseos mientras me adviertes sobre los míos." El aire entre ellos se volvió casi irrespirable, cargado de tensión sexual y emocional. Lucian podía sentir el pulso de Elías bajo sus dedos, un ritmo que había memorizado a lo largo de los siglos sin jamás haberlo tocado hasta ahora. "Si eso es lo que significa protegerlo." Elías declaró finalmente, con sus palabras cayendo como gotas de ácido sobre las esperanzas no pronunciadas de su jefe. "Entonces que así sea." Lucian dejó caer su mano como si el contacto con la piel de Elías lo quemara, retrocediendo un paso mientras la máscara de líder volvía a caer en su lugar, aunque sus ojos seguían ardiendo con deseo no satisfecho. "Espero que sepas lo que estás haciendo." Dijo nuevamente, con voz controlada, aunque un ligero temblor traicionaba su emoción. La tensión sexual no resuelta flotaba entre ellos como un velo tangible, mezclándose con la amargura del rechazo y la inevitabilidad del destino. Lucian observó cómo Elías se alejaba, y cada paso era como una puñalada a su corazón inmortal, sabiendo que lo había perdido no solo como objeto de su deseo, sino también como la única persona que realmente había importado en sus milenios de existencia.



Esa noche, cuando Elías encontró a Aidan en el parque, el contraste entre ambos encuentros no podría haber sido más marcado, la paz que emanaba de ese momento compartido bajo las estrellas era como un bálsamo para su alma turbada; sentados en el césped, compartieron un momento de conexión pura que trascendía las palabras y las barreras entre sus mundos. La reflexión de Aidan sobre las estrellas y el significado de la vida resonaba con una sabiduría que hacía que el tiempo pareciera detenerse, sus palabras sobre la importancia de cada momento, sobre cómo incluso las vidas más pequeñas tienen significado, golpearon a Elías con una fuerza reveladora que sacudió los cimientos de su existencia. "¿Sabes qué es lo que más me gusta de las estrellas?" Aidan preguntó, su voz suave se mezcló con el susurro del viento nocturno, con la pregunta flotando entre ellos como una invitación a compartir algo más profundo que simples palabras. Elías lo miró en silencio, cautivado por la forma en que la luz de las estrellas se reflejaba en sus ojos, creando constelaciones propias en sus profundidades, el momento era perfecto en su simplicidad, tan diferente de la tormenta emocional que había experimentado horas antes en el Salón de las Arenas. "Que nos recuerdan lo pequeños que somos." Aidan continuó, sus palabras estaban cargadas de una sabiduría que trascendía su juventud. "Que hay un universo entero allá afuera, lleno de cosas que ni siquiera podemos imaginar, pero también me recuerdan que cada momento aquí importa. Que incluso las vidas más pequeñas tienen significado." Estas palabras resonaron en el corazón de Elías con una verdad que sacudió siglos de distanciamiento emocional, la realización de que había pasado tanto tiempo observando la vida sin realmente comprenderla lo golpeó con una claridad dolorosa, con Aidan, cada momento era una revelación, cada palabra una nueva perspectiva sobre la existencia misma. "Eres importante para mí." Le confesó, la frase escapó de sus labios antes de que pudiera contenerla, cargada con el peso de siglos de soledad y la promesa de algo nuevo y precioso. La mirada que Aidan le devolvió estaba llena de una comprensión que iba más allá de las palabras. "Tú también lo eres para mí." Respondió, con su voz suave pero firme, como una ancla en medio de la tormenta que era la existencia de Elías. Bajo el manto estrellado, compartieron un silencio que decía más que mil palabras, el tiempo, ese río implacable que Elías había vigilado durante siglos, parecía ralentizarse, como si incluso él respetara la sagrada intimidad de ese momento; la brisa

nocturna jugaba con sus cabellos, llevando consigo promesas silenciosas y sueños imposibles. En ese instante, mientras las estrellas brillaban sobre ellos como testigos silenciosos, Elías comprendió que estaba dispuesto a desafiar no solo el tiempo, sino también su propia naturaleza, por proteger lo que estaba naciendo entre ellos, la tensión no resuelta con Lucian, el peso de sus responsabilidades como segador, todo parecía distante frente a la claridad de lo que sentía por Aidan. El parque a su alrededor estaba sumido en una quietud casi mágica, como si el mundo entero contuviera la respiración ante la magnitud de lo que estaba sucediendo, las sombras de los árboles danzaban suavemente sobre el césped, creando patrones que recordaban a los granos de arena caer en el reloj de la vida de Aidan, pero por primera vez, Elías se permitió ignorar ese recordatorio de la mortalidad. En ese momento, bajo el cielo infinito, no eran un segador y un mortal, sino simplemente dos almas que habían encontrado algo precioso en medio del caos del universo; y aunque el tiempo seguía su marcha inexorable, por esa noche, en ese parque, bajo las estrellas que tanto fascinaban a Aidan, se permitieron soñar con la posibilidad de un futuro diferente, uno donde el amor pudiera triunfar sobre el destino mismo.

Capítulo 13

La carga del equilibrio

La ciudad se desvanecía en el crepúsculo, sus contornos se difuminaban entre la luz menguante y las sombras crecientes, el cielo ardía en tonalidades carmesí y dorado, como si el firmamento mismo reflejara la batalla interna que se libraba en el Salón de las Arenas. Elías permanecía inmóvil, como una figura solitaria cuya silueta se recortaba contra el resplandor etéreo de los innumerables relojes, su mirada, intensa y profunda, no se apartaba del reloj de Aidan, observando la danza implacable de cada grano dorado que marcaba el paso del tiempo con una precisión bastante cruel. Uff, el aire del Salón, normalmente ligero y etéreo, parecía haberse vuelto denso y pesado, cargado de presagios no pronunciados, los relojes de arena, testigos silenciosos de incontables destinos, parecían contener la respiración ante la escena que se desarrollaba: En las sombras, Lucian lo observaba con una intensidad que rivalizaba con la gravedad misma, incapaz de apartar la mirada de aquella figura que había comenzado a representar mucho más que un simple segador bajo su mando; los siglos de existencia no lo habían preparado para el torbellino de emociones que ahora amenazaba con desbordar su cuidada y cultivada fachada de control. Había algo en la manera en que Elías se mantenía erguido, en cómo su presencia parecía fusionarse con el resplandor místico de los relojes, que despertaba en él un anhelo largo tiempo dormido, la racionalización era inútil; y sus intentos de atribuir su interés a una mera preocupación profesional se desmoronaban ante la verdad innegable de sus sentimientos. "Elías..." El nombre escapó de sus labios como un suspiro, perdiéndose en la vastedad del Salón. Los recuerdos fluyeron sin permiso: La primera vez que lo había notado realmente, siglos atrás, cuando era apenas una presencia distante y enigmática, aquella figura que entonces parecía tallada en hielo ahora irradiaba una calidez desconcertante, transformada por su conexión con ese humano: Esta metamorfosis despertaba en Lucian sentimientos contradictorios, una mezcla de temor y fascinación que no podía ignorar. El eco de sus pasos resonó en el silencio cuando finalmente se decidió a avanzar. "No puedes cambiar lo que está escrito." Las palabras surgieron con una firmeza que no reflejaba la turbulencia de sus emociones. Elías se giró con una gracia sobrenatural, y cuando sus miradas se encontraron, el aire entre ellos pareció cargarse de electricidad. "Ya te dije que no estoy tratando de cambiarlo." Respondió, pero la mentira flotaba transparente entre ellos, tan visible como el polvo dorado que danzaba en los rayos del atardecer. Lucian acortó aún más la distancia, con cada paso resonando con el peso de siglos de tradición y responsabilidad. "Lo que estás sintiendo... no es algo que puedas permitirte." Su voz traicionaba una nota de algo más profundo que la simple advertencia. "¿Y tú?" La pregunta de Elías nuevamente surgió como un desafío inesperado, cortando el aire como una daga. "¿Qué sientes tú? Tampoco es correcto lo que sientes, Lucian." Espetó lentamente, pero con una calma poderosa y peligrosa. El silencio que siguió fue ensordecedor, la máscara de control de su jefe vaciló momentáneamente, su mirada descendió involuntaria hacia los labios de Elías antes de apartarse con visible esfuerzo. "Solo espero que no te pierdas en algo que no puedes salvar." Dijo con evasión, porque las palabras sonaron huecas incluso para él mismo, y sin esperar respuesta, Lucian se desvaneció entre las sombras, dejando tras de sí un vacío casi tangible. Elías arrugó la nariz, chasqueó la lengua y decidió abandonar el plano inmortal,

entonces su transición al mundo mortal fue como emerger de un sueño profundo; el muchacho se materializó, dirigiendo su presencia a un parque solitario, donde las farolas comenzaban a encenderse una a una, como estrellas terrestres despertando al anochecer. La quietud del lugar ofrecía un contraste marcado con el tumulto de sus pensamientos, pero esta soledad fue efímera, ya que la presencia de Nathaniel, el supuesto '*amigo*' de Aidan, se manifestó como una ondulación en el aire nocturno, con su figura emergiendo de las sombras con una naturalidad inquietante. "Pensé que te encontraría aquí." La voz de Nathaniel flotó en el aire como una melodía discordante, casual en su superficie, pero cargada de intenciones ocultas. Elías mantuvo su posición, con su postura reflejando una cautela instintiva. "¿Me estabas buscando?" Dijo en calma. El otro chico lo miró por unos cuantos segundos antes de hablar: "Tú y yo tenemos algo en común, parece." Avanzó con pasos medidos, con movimientos fluidos como agua oscura. "Ambos estamos demasiado interesados en Aidan." Confesó sin rodeos.

La tensión se acumuló en los hombros de Elías, pero su voz permaneció controlada. "¿Qué quieres decir con eso?" Sostuvo su mirada. "Solo que pareces estar olvidando tu lugar, segador." Las palabras de Nathaniel danzaban en el aire como hojas en el viento, aparentemente ligeras pero cargadas de amenaza. "Los mortales no son piezas que podamos mover sin consecuencias; incluso los segadores deben temer al equilibrio." El contraataque surgió de los labios de Elías antes de que pudiera contenerla: "¿Quién eres realmente?" La sonrisa de Nathaniel fue su única respuesta antes de fundirse nuevamente con las sombras, dejando tras de sí un rastro de preguntas sin responder y sospechas crecientes. ¿Qué demonios? Elías rodó los ojos, luego con un movimiento de su anillo plateado en su dedo, cambió el plano y se transportó más allá del parque, con sus pensamientos confusos. Las horas se deslizaron como arena entre los dedos, y encontró sus pasos llevándolo por calles cada vez más vacías, hasta que de repente la figura familiar de Julian emergió de la penumbra, con una sonrisa afilada brillando bajo la luz mortecina de un farol solitario. "Te estás divirtiendo mucho últimamente." Le dijo, con su voz en un cocktail de burla y amenaza velada. "Déjame solo." Respondió, caminando por su lado, pero Julian agarró su antebrazo. "No puedes detener el reloj, Elías. Está escrito que se detenga, y ¿Qué crees? Tú eres el encargado de recolectarlo..." Sonrió con ojos brillantes, con burla. "Aunque, si quieres mi ayuda con eso..." Fue interrumpido por el filo de la guadaña de Elías en su rostro. Nunca la mostraba, porque su herramienta designada y que usaba para segar las almas era su anillo, pero la situación lo ameritaba. "Te callas o te callo." Gruñó con voz sombría. " Julian rodó los ojos, pero retrocedió. "Solo te estoy advirtiendo. Si los rumores de '*tus dudas*' llegan al Consejo Supremo, no será fácil para Lucian ayudarte con ello." Y diciendo eso, desapareció entre las sombras, dejándolo con más peso en sus hombros que al principio. Ugh, Elías se dedicó a caminar por el parque, no tenía deseos de regresar a su mundo, la advertencia de Julian lo dejó más perturbado que nunca, y sus palabras sobre Lucian resonaban en su mente como campanas discordantes; la noche lo llamaba, y sin poder resistir más el impulso, se encontró materializado frente al apartamento de Aidan. Cuando la puerta se abrió, la sonrisa del chico fue como un rayo de sol en la oscuridad, iluminando todo a su alrededor. "Estaba empezando a pensar que no volverías." Le habló con un tono de voz cargado de un alivio apenas contenido. "No podía quedarme lejos." Elías confesó, y antes de que Aidan pudiera responder, dio un paso adelante, eliminando la distancia entre ellos; sus labios se encontraron en un beso suave, tentativo al principio, como si estuvieran redescubriendo algo precioso y frágil, y Aidan respondió inmediatamente, con sus manos encontrando el camino hacia el rostro de Elías, sosteniéndolo como si temiera que pudiera desvanecerse en cualquier momento. Cuando se separaron, sus ojos brillaban con una intensidad que rivalizaba con las estrellas. "Entra." Susurró, y Elías no pudo

resistirse a esa invitación.

El apartamento estaba bañado en la suave luz de una lámpara de pie, creando sombras danzantes en las paredes, Elías observó cómo Aidan se movía por el espacio, notando cada pequeño gesto, cada movimiento, consciente de que cada segundo era precioso y finito. "¿Quieres salir?" Preguntó, girándose hacia él. "Hay un lugar que quiero mostrarte." Agregó. Elías asintió, después de eso la noche los envolvió mientras compartían momentos bajo el manto estrellado, en un rincón tranquilo del parque donde el mundo parecía detenerse solo para ellos. Aidan compartía sus sueños y temores con una honestidad desarmante, mientras Elías absorbía cada palabra como si fueran gotas de agua en un desierto interminable; se sentaron en un banco alejado, donde la luz de las farolas apenas llegaba, Aidan se acercó más, hasta que sus hombros se tocaron, y el calor de su cuerpo se filtró a través de la ropa. Elías podía sentir cada latido de su corazón, cada respiración, cada momento precioso de vida que fluía a través de él. "¿Sabes qué es lo que más temo?" Su pregunta flotó en el aire nocturno, sus ojos buscaron los de Elías con una intensidad que cortaba la respiración. "Que esto se acabe." Continuó, y cuando confesó su miedo al tiempo limitado, a las posibilidades no realizadas, Elías sintió que su mundo se desmoronaba y se reconstruía al mismo tiempo. Sin palabras que pudieran expresar lo que sentía, se inclinó y capturó los labios de Aidan en un beso profundo, desesperado, vertiendo en él todo lo que no podía decir. El castaño respondió con igual fervor, sus manos se enredaron en su cabello, atrayéndolo más cerca; el beso se profundizó, transformándose en algo más intenso, más urgente. Cuando finalmente se separaron, jadeantes, Aidan apoyó su frente contra la de Elías. "A veces." Murmuró, con su voz apenas en un susurro. "Cuando estás conmigo así, siento como si el tiempo se detuviera." La ironía de esas palabras no se perdió en Elías, quien respondió con otro beso, más suave esta vez, pero no menos significativo, sus labios se movieron juntos en una danza lenta y dulce, como si intentaran memorizar cada sensación, cada momento. "Hay algo en ti." Aidan continuó cuando se separaron, sus dedos trazaron suavemente el contorno de su rostro. "Algo que no puedo explicar, como si pertenecieras a otro mundo." Cielos, Elías cerró los ojos ante esas palabras, permitiéndose por un momento perderse en la sensación de los dedos de Aidan sobre su piel, y cuando los abrió nuevamente, la mirada del chico estaba fija en él, llena de una mezcla de curiosidad y afecto que hacía que su corazón se contrajera dolorosamente. Se besaron nuevamente bajo las estrellas, cada beso era como una promesa silenciosa, cada caricia un juramento no pronunciado; el tiempo pareció detenerse a su alrededor, como si el universo mismo contuviera la respiración ante la vista de un amor que desafiaba sus leyes más fundamentales. En ese momento, suspendido entre el deber y el deseo, entre la eternidad y lo efímero, Elías comprendió que algunas decisiones, una vez tomadas, tenían el poder de alterar el tejido mismo de la realidad; y mientras Aidan lo sostenía en sus brazos, sabía que haría cualquier cosa, rompería cualquier regla, desafiaría cualquier maldita jodida ley, para proteger lo que ellos habían encontrado juntos. La noche los envolvió en su manto protector, mientras las estrellas continuaban su danza eterna en el cielo, testigos silenciosos de un amor que desafiaba las leyes mismas del universo; en la oscuridad, sus besos se volvieron más suaves, más tiernos, cada uno una pequeña batalla ganada contra el tiempo mismo del reloj de arena en el salón del plano inmortal.

Capítulo 14

Conexión

Algunos días después

El apartamento de Aidan estaba envuelto en una quietud casi tangible, un espacio apartado del caos del mundo exterior, el aroma del café recién hecho flotaba en el aire, mezclándose con el tenue resplandor de las lámparas que iluminaban las esquinas del lugar, la lluvia golpeaba suavemente contra las ventanas, en un tamborileo constante que aportaba un ritmo melancólico a la noche, y el suave murmullo de los truenos a lo lejos completaba una atmósfera que parecía haber sido diseñada para acercar las almas. Elías estaba sentado en el sofá, con la espalda recta y las manos apoyadas en las rodillas, inmóvil como una estatua, observando cada movimiento de Aidan mientras éste iba de un lado a otro de la cocina, habían pasado días desde los besos que compartieron bajo las estrellas, pero la sensación de aquel contacto seguía vibrando dentro de él como una melodía que no podía apagar; había creído que las emociones humanas eran algo que nunca experimentaría, pero ahora, sentado en ese sofá y mirando a Aidan, sentía que algo en su interior había despertado. El castaño se movía con una gracia natural, sus pasos eran ligeros y precisos mientras colocaba platos sobre la pequeña mesa, el resplandor cálido de las luces acariciaba su rostro, resaltando los contornos suaves de su mandíbula y el brillo despreocupado en sus ojos, y cuando terminó de organizarlo todo, levantó la mirada hacia Elías y sonrió, una sonrisa que tenía el poder de desarmar cualquier barrera. "Espero que no te importe algo sencillo." Dijo con tono ligero, pero cargado de una hospitalidad genuina. "No soy exactamente un chef, pero hago lo que puedo." Elías inclinó ligeramente la cabeza, un gesto que parecía un intento de relajar la tensión que cargaba en los hombros. "No es necesario que te esfuerces. Yo no... necesito comer." Indicó con un intento de sonrisa. "Lo sé." El chico le respondió, mientras tomaba asiento frente a él. "Pero esto no es solo por la comida, es por la compañía; y creo que necesitas aprender a disfrutar las pequeñas cosas." Elías lo miró en silencio, dejando que esas palabras se hundieran en él: Las pequeñas cosas. Había pasado siglos recorriendo un mundo lleno de vidas humanas, pero jamás había pensado en detenerse para observar las cosas simples que parecían darles significado; ahora, sentado frente a Aidan, sintió una punzada de algo parecido a arrepentimiento por todo lo que había ignorado. Mientras el muchacho cortaba un pedazo de comida y lo llevaba a su boca, su expresión relajada y despreocupada parecía un contraste abrumador con la tensión que bullía dentro de él, la forma en que Aidan interactuaba con el mundo era fascinante, había una conexión en cada uno de sus movimientos, como si todo, incluso los actos más simples, tuviera un propósito. "¿Te gusta cocinar?" Le preguntó, rompiendo el silencio con una voz baja, como si temiera interrumpir algo sagrado. Aidan se encogió de hombros y dejó el tenedor sobre el plato. "No diría que me apasiona, pero lo disfruto. Es algo tangible, algo que puedo hacer con mis manos, me conecta con el presente, ¿Sabes? Creo que todos necesitamos algo que nos ancle, algo que nos recuerde que estamos aquí." Elías asintió, aunque no estaba seguro de comprender del todo, porque para él, el presente siempre había sido un flujo constante de obligaciones, una existencia marcada por reglas y deberes que

nunca cuestionó hasta ahora, pero con Aidan, algo estaba cambiando, había empezado a preguntarse si existía algo más allá de ese deber, algo que valiera la pena buscar. Finalmente, cuando el chico terminó de comer, comenzó a recoger los platos, pero Elías lo detuvo al levantar una mano. "Déjame ayudarte." Aidan arqueó una ceja, divertido. "¿Vas a lavar los platos? Eso quiero verlo." Bromeó con una risita divertida. "No veo por qué no podría hacerlo." Elías respondió, con su tono ligeramente seco, pero con un destello de humor que hizo que Aidan se detuviera, porque era la primera vez que lo escuchaba bromear, y la calidez de ese momento le arrancó una risa breve pero genuina; así que, ambos llevaron los platos a la cocina, compartiendo una rutina doméstica que parecía fuera de lugar para alguien como Elías, pero que, de alguna manera, encajaba: La familiaridad de esos pequeños gestos comenzó a erosionar las defensas que había mantenido durante tanto tiempo, haciéndolo sentir, aunque fuera por un momento, como si perteneciera a algo más que al sistema al que había servido toda su existencia.

Más tarde, mientras la lluvia continuaba cayendo con fuerza, se acomodaron en el sofá, Aidan había encendido un par de velas, cuyos destellos anaranjados iluminaban el espacio con un brillo suave y oscilante, y Elías se permitió relajarse, aunque fuera ligeramente, dejando que el sonido de la lluvia llenara los silencios entre ellos. "Cuéntame más sobre ti." Aidan murmuró finalmente, girándose para mirarlo. Elías no respondió de inmediato, sus ojos permanecieron fijos en la ventana, donde las gotas de lluvia corrían como pequeños ríos sobre el cristal. Finalmente, habló, con su voz baja y medida. "No hay mucho que contar." Lamió sus labios. Aidan sonrió. "Vamos, no puedo creer eso." Replicó, con una mezcla de curiosidad y desafío en su tono. "Has vivido mucho más que yo, debes tener historias, recuerdos, algo." Ugh, Elías vaciló. Había partes de su existencia que prefería no recordar, fragmentos de una vida que se había desvanecido con el tiempo, y que, con la amnesia recibida por el Consejo Supremo al momento de convertirse en segador, no ayudaba mucho. "Creo que he olvidado quién era." Admitió con un suspiro, sus palabras cayeron como un susurro en la penumbra. Aidan extendió una mano, cubriendo la de Elías con la suya, su toque era cálido, una conexión que parecía llenar los vacíos que él no sabía que tenía. "Tal vez deberías intentarlo, recordar podría ayudarte a entender quién eres ahora." Elías levantó la vista, y por un momento, sus ojos se encontraron en un intercambio silencioso que dijo más que cualquier palabra, había algo en la mirada de Aidan, una comprensión tan profunda que lo desarmaba de formas que nunca había experimentado. "Eres importante para mí." Aidan susurró con un tono de voz cargado de sinceridad. Uff, Elías no supo qué decir, las palabras se atascaron en su garganta, incapaz de expresar todo lo que estaba sintiendo, pero antes de que pudiera responder algo, Aidan se inclinó hacia él, y sintió su aliento cálido contra su piel; el beso que siguió fue como la apertura de una puerta que Elías no había sabido que estaba cerrada: Era diferente al anterior, más profundo, más seguro, las manos de Aidan se deslizaron hasta su cuello, atrayéndolo más cerca, y él respondió con una torpeza que solo añadió más intensidad al momento. Luego de eso, los ruidos externos desaparecieron, el mundo desapareció: No había relojes de arena, ni reglas, ni equilibrio. Solo estaban ellos, dos almas que se habían encontrado en medio del caos. Cuando el beso se rompió, Aidan dejó sus dedos descansar suavemente en la mejilla de Elías, con sus ojos buscando una respuesta en los de él. "No tienes que luchar contra esto." Susurró. Elías cerró los ojos, permitiendo que las palabras lo envolvieran, pero cuando los abrió, su mirada estaba llena de algo que no podía nombrar. "No sé cómo.... no sé hacerlo." Habló con torpeza y Aidan sonrió suavemente, volvió a acercarse con sus labios rozando los suyos en un gesto que prometía enseñarle cómo dejar de luchar. "La cama podría ser más cómoda." Señaló sin aliento, Elías asintió y entonces, en un movimiento rápido, se dio cuenta de que Aidan lo había levantado, y lo estaba cargando; el sonido que se le escapaba

de su garganta era un jadeo, impotente y necesitado. Cielos, esa acción por lo increíble que se escuchara se fue directamente a su miembro, era una clase de excitación, una inundación de deseo, y a la vez una molestia insoportable, que hace mucho siglos no sentía. Aidan lo llevó a la cama sin esfuerzo, luego se detuvo como si estuviera pensando, Elías abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera decir algo, Aidan ya lo estaba moviendo, levantándolo fácilmente más alto para que sus piernas se sentaran a horcajadas sobre sus hombros, mientras que sus brazos se enroscaron alrededor de su espalda. "¿Qué estás...?" Comenzó a preguntar, solo para quedarse callado y sin palabras cuando lo acercó y tomó su miembro en su boca. Carajo, hubo un destello de excitación cuando sintió las manos de Aidan presionar contra sus caderas, pero se olvidó rápidamente, porque su boca estaba caliente y húmeda, se sentía extraña, pero a la vez bien; sin embargo, cuando succionó.... Cielos, casi soltó un gruñido. Maldición, Aidan lo succionó con avidez, y la extranjera sensación que recorrió por todo su cuerpo hizo eco en su interior, luego cuando se miraron a los ojos, ambos sintieron la misma sensación: Placer.

Elías escuchó a Aidan gemir alrededor de su miembro, y el bucle de retroalimentación de placer fue tan intenso que apenas pudo evitar correrse en ese momento. "Espera, es raro, desconocido y..." Jadeó, agarrándose desesperadamente del cabello de Aidan, y enrollando un brazo en su cuello: El placer que sacudía su cuerpo era diferente a todo lo que había sentido en siglos, como una corriente eléctrica que lo atravesaba y amplificaba cada sensación a alturas vertiginosas. "Acaba." Escuchó el comando ahogado de Aidan, con su lengua moviéndose insistentemente contra la cabeza de su pene, y eso fue todo lo que hizo falta, porque ahogó un grito mientras se corría con fuerza, escuchándolo gemir de satisfacción alrededor de su verga mientras sentía cada chorro cuando sus caderas empujaron por voluntad propia en su boca. Por un momento, todo lo que pudo ver fueron estrellas, y cuando pudo ver de nuevo, jadeando y cesando, Aidan ya estaba sentado en la cama; lo había jalado para sentarlo en su regazo, observándolo con atención. Había deseo hambriento destellando en sus ojos azules, pero parecía cuidadosamente moderado mientras lo sostenía. "Quiero estar dentro de ti." Murmuró con un retumbar bajo, que resonó en lo profundo de su pecho. Sin decir palabra, Elías asintió, sintiendo una anticipación nerviosa que derivaba de la excitación; una que no sabía que hasta ahora poseía. Cualquier miedo que todavía persistiera en su pecho estaba dominado por la lujuria, por una necesidad ardiente de hacer algo más, de sentir cosas que nunca había sentido, o quizás sí, pero que había olvidado. No obstante, incluso con su permiso, Aidan seguía siendo cuidadoso y lento, se inclinó hacia atrás, tirando de su cuerpo hacia él, de modo que lo recostó en la cama y se sentó a horcajadas, dejando que sus manos recorrieran primero sus costados, luego tomando puñados firmes de su trasero. Separándolo, presionó con cautela un dedo contra su dolorida entrada; se deslizó sin esfuerzo, provocando un suave gemido de cada uno de ellos. "Debo hacer esto primero." Murmuró, mientras agregaba rápidamente un segundo dedo. Elías cerró los ojos con fuerza, sintiéndose extraño, pero también sorprendido por las nuevas y desconocidas sensaciones que estaba experimentando. "Me tienes que avisar si sientes molestias. Dios, estás bastante tenso." Aidan susurró sin quitar los dedos. "Es algo nuevo." Elías contestó sin aliento, balanceando sus caderas, se sentía extraño, pero eso no significaba que quería parar. "Dicen que hacerlo sin previa preparación es algo doloroso. No te quedes callado ¿Sí?" Aidan señaló seriamente, encontrado su mirada con avidez. "Sí." Fue lo único que le pudo decir, estremeciéndose bajo sus dedos, con su miembro nuevamente duro y ansioso por más. Su respiración se entrecortó, luego jadeó cuando un tercer dedo trabajó dentro de él, estirándolo, sabiendo que con eso podía sentir mucha anticipación y también desesperación. "Creo que estoy listo." Susurró, incapaz de soportar la idea de esperar más. Aidan negó con la cabeza, con sus dedos todavía moviéndose

insistentemente dentro de él. Por las tinieblas, Elías gimió. "¡Hablo en serio!" Se retorció como nunca pensó lo haría, y con eso pudo sentir el miembro de Aidan contraerse donde estaba presionado contra su vientre. Uff, eso pareció ser todo lo que necesitó para convencerlo, ya que apartó su mano, y Elías gimió ante el repentino vacío que sintió en su interior, pero pronto fue reemplazado por la presión de la cabeza de la verga de Aidan, la cual presionaba contra su entrada, cubierta con el preservativo. "Lo haré." Susurró, arrastrándose a su oído, lo que causó una nueva conexión de placer. Elías asintió, mordiendo su labio a medida que la presión en su interior se expandía, luego jadeó profundamente, porque las sensaciones que ahora estaba experimentando le estaban volando los sesos. Gimoteó con chillidos raros y roncacos, sintiendo ya el estiramiento ardiente de su entrada, experimentando algo de dolor, al mismo tiempo que, sentía un placer indescriptible. Aidan le succionó el cuello mientras se hundía más fuerte y con más fuerza en él, y jadeaba en su oído izquierdo enviándole espasmos por todo el cuerpo. En un momento, deslizó una de sus manos por sus caderas y llegó hasta su miembro, el cual comenzó a acariciar murmurando palabras y susurros sin aliento en su oído. Elías soltó un gemido, el placer lo recorrió, ahogando la incomodidad en un mar de nuevas y ricas sensaciones que lo hicieron gritar como jamás pensó lo haría; Aidan tomó sus labios ahora, y su lengua empezó a acariciar la suya, haciendo con eso que la experiencia fuera más placentera que nunca. Pronto tuvo todo dentro de él, sintiéndose insoportablemente lleno, pero desesperado por más, los movimientos de Aidan fueron lentos y cuidadosos, permaneció perfectamente sincronizado mientras le decía lo bien que se sentía, balanceándose hacia adelante y hacia atrás contra él, hasta que no soportó más la presión poco familiar en su vientre y explotó en un gemido altamente audible que lo empujó hasta el borde. Trató de hablarle, pero el orgasmo ya estaba latiendo a través de él, y todo lo que se le escapó fue un balbuceo sin palabras; su cuerpo se apretó con fuerza alrededor de Aidan, quien gimió y finalmente movió las caderas más rápido, follándolo para encontrar su propio orgasmo. Así que, en unas pocas embestidas rápidas, se vino dentro de él; y pudo sentir el pulso caliente llenarlo, luego su miembro se retiró, y un chorro de líquido se derramó de él mientras se quitaba el preservativo. "Carajo, esto fue genial y sobrenatural." Se desplomó encima de su cuerpo, abrazándolo y aplastándolo mientras respiraba con dificultad. Durante un largo momento, permanecieron inmóviles, jadeando y recuperando el aliento en el resplandor de su consumación; Elías observó el rostro de Aidan mientras el placer que los inundaba lentamente retrocedía a través de los minutos, asentándose en un cómodo hormigueo. Los ojos azules del castaño se abrieron y se encontraron con su mirada, una inesperada sensación de logro brotó en él, y una leve sonrisa jugó en sus labios que le devolvió sin vacilar; había un cierto dolor definido mientras estaba recostado, pero no tanto como podría haber esperado. Aidan lo miró con atención, como si temiera que pudiera desmayarse, pero él lo miró fijamente. "Estoy bien." Indicó mirándole a los ojos brillantes. Ante eso, Aidan se rió entre dientes y lo abrazó, quedándose dormido, mientras él reflexionaba sobre la regla que acababa de romper.

Capítulo 15

Ecos del deseo

El Salón de las Arenas parecía aún más vasto y silencioso que de costumbre, como si el tiempo mismo se hubiera detenido entre sus muros antiguos, las luces etéreas que flotaban entre los relojes de arena proyectaban un resplandor azul plateado, una luminosidad espectral que danzaba entre las sombras, iluminando las interminables filas de vidas suspendidas en un equilibrio frágil, tan delicado como el cristal más fino. Elías caminaba entre ellas, con su figura elegante y estirada recortada por el tenue brillo, sus pasos eran ligeros, casi etéreos, pero cada movimiento resonaba como un eco interminable en la inmensidad del lugar, rompiendo el silencio con una música de soledad y melancolía; aún llevaba en su mente, grabado con fuego en cada recoveco de su memoria, el recuerdo de la noche anterior: Un recuerdo que ardía más intenso que cualquier luz, más profundo que cualquier sombra. Aidan se había rendido a él con una confianza absoluta, una entrega tan completa que desafiaba todas las convenciones, todas las barreras que habían construido entre ellos, sus cuerpos habían encajado como si estuvieran destinados el uno al otro desde el principio de los tiempos, como si cada célula, cada latido, cada respiración hubiera sido diseñada para encontrarse en aquel preciso instante; cada roce había sido una caricia del destino, cada susurro un secreto compartido que ningún otro podría comprender jamás. Cielos, ahora, el vacío del Salón contrastaba brutalmente con el calor que había sentido al lado de Aidan, ugh, era un recordatorio cruel de la separación entre sus mundos, un abismo insalvable que se abría entre lo prohibido y lo permitido, las reglas que había roto no eran simples normas, sino estructuras ancestrales, tradiciones que se remontaban a generaciones, y las consecuencias que se avecinaban amenazaban con destruirlo todo: Su posición perfecta como segador, su récord, su honor, su futuro. Con un suspiro que parecía contener toda la tristeza del universo, cerró los ojos por un momento, respirando profundamente mientras trataba de apartar el recuerdo de los labios de Aidan, de sus manos deslizándose suavemente por su piel como si estuvieran trazando mapas de un territorio sagrado, pero no podía, era imposible; su presencia estaba tatuada en él, más allá de la carne y del espíritu, una marca indeleble que desafiaba todo lo que había conocido hasta ahora, cada rincón del Salón de las Arenas parecía guardar el eco de aquella noche, cada sombra susurraba su secreto, cada reflejo plateado era un testigo silencioso de un amor que no debería existir pero que ardía con más intensidad que mil soles. "Elías." La voz cortó el aire como una hoja, y el muchacho pensativo abrió los ojos de golpe: Frente a él, al final del pasillo de relojes, estaba Lucian, con su postura rígida, y su rostro iluminado por la luz azul, el cual parecía más severo de lo habitual; ya que había algo en sus ojos plateados que lo hizo detenerse, era una mezcla de decepción, preocupación y algo más, algo que no podía nombrar. "Sabía que estarías aquí." Murmuró, acercándose con pasos firmes. "Siempre vuelves a este lugar cuando estás confundido." Comentó con voz calmada, como si lo conociera muy bien. Elías lo miró sin moverse, sus hombros se tensaron mientras su mente intentaba prepararse para lo que sabía que venía. "¿Por qué me buscabas?" Preguntó con una lamida de labios, mirando a cualquiera otra parte menos a su jefe; no quería hablar con él, pero Lucian era de esa clase de sujetos insistentes que no aceptaban un no como respuesta al momento de una conversación profunda, así que sabía que si lo ignoraba: No funcionaría. Lucian se detuvo a pocos pasos de él,

con su figura imponente proyectando una sombra larga sobre el suelo brillante. "Porque necesito respuestas." El tono de su voz era controlado, pero Elías percibía las grietas debajo de la superficie, como si estuviera luchando por mantener la compostura. "Sabes que no puedes seguir así." Continuó, con su mirada clavada en él. "Cada acción tuya pone en peligro el equilibrio, cada vez que te acercas más a él, estás rompiendo las reglas que juraste obedecer." Dijo con voz seria, sin quiebres, duras y poderosas. Elías tomó una gran bocanada de aire antes de responder: "¿Qué esperas que haga?" Las palabras salieron con una frialdad que no sentía, pero tenía que aclarar su postura; así que, continuó hablando: "¿Qué esperas que sienta cuando lo veo? ¿Que lo deje morir sin hacer nada? No puedo. No lo haré." Manifestó sin vacilaciones, no después de lo de anoche. Lucian avanzó un paso más, la tensión en el aire entre ellos creció con cada segundo. "No es solo sobre él, Elías: Es sobre ti. Te estás poniendo en peligro, y no puedo permitirme perderte." Ugh, esas palabras lo golpearon con una fuerza inesperada, porque joder, había algo en la manera en que Lucian las había pronunciado, una vulnerabilidad que rara vez mostraba, que lo desarmó por completo. Cielos, no sabía cómo tratarlo, lo estimaba, claro que sí, pero no de la forma que Lucian esperaba. "¿Qué quieres decir con eso?" Lo enfrentó, mientras buscaba respuestas en su rostro.

Lucian desvió la mirada por un momento, como si estuviera luchando consigo mismo, y cuando volvió a mirarlo, esta vez su voz fue más baja, casi un susurro. "No es solo sobre el equilibrio. Esto también es sobre mí, porque no estoy seguro de cuánto más puedo soportar verte destruirte a ti mismo." Uff, Elías se quedó inmóvil, con su mente tambaleándose ante la confesión implícita, porque Lucian siempre había sido una figura de autoridad, distante e inalcanzable, por eso lo estimaba y respetaba, pero ahora, había una fragilidad en él, una emoción cruda que nunca había mostrado. "Lucian..." Comenzó, pero no tuvo la oportunidad de continuar, las palabras se le atoraron en la garganta, quizás de la impresión, tal vez por la confusión y también.... Un suave aplauso resonó en el Salón, interrumpiendo el momento, entonces ambos se giraron rápidamente hacia el sonido, y allí, apoyado casualmente contra una de las columnas de mármol negro, estaba Julian. "Qué conmovedor." Dijo con una sonrisa burlona, sus ojos brillaron con una mezcla de diversión y algo más oscuro. "Nuestro gran líder mostrando su lado más humano; nunca pensé que viviría para verlo." Espetó con voz pesada, ronca y grave. Lucian frunció el ceño, su rostro se endureció al instante. "Esto no te concierne, Julian." Gruñó desde su posición. Elías sólo tragó saliva, observándolo en silencio, porque no deseaba otro enfrentamiento, no de este tipo. "Oh, pero creo que sí." Julian contrarrestó, enderezándose mientras avanzaba hacia ellos con pasos tranquilos. "Después de todo, parece que nuestro querido Elías está rompiendo todas las reglas, y tú... Estás dejando que lo haga." Pronunció lo evidente. Elías sintió cómo su cuerpo se tensaba ante la acusación, pero fue Lucian quien habló primero: "Ten cuidado con tus palabras." La advertencia fue clara, su voz fue baja y peligrosa. Sin embargo, Julian no pareció intimidarse; de hecho, su sonrisa se ensanchó mientras se detenía a pocos metros de ellos. "¿Por qué debería? Es evidente que estás demasiado... Involucrado para ser imparcial." Comentó con labios chuecos, con ojos brillantes y con una mirada retadora. El aire entre los tres se volvió más pesado, como si la tensión pudiera cortarse con un cuchillo, el chico de cabello rubio miró a Lucian con una intensidad que hizo que Elías se diera cuenta de algo que nunca antes había considerado, había algo personal en la manera en que Julian lo miraba, algo que no podía ignorar ni pasar por alto. "Tal vez deberías admitirlo." El muchacho rubio continuó, con un tono de voz bajo, pero de todas formas cargado de burla: "No estás actuando por el equilibrio, estás actuando porque no quieres perderlo." Lucian se acercó un paso más, con su figura imponente eclipsando a la de Julian. "No sabes de lo que estás hablando." Dijo con voz controlada. "¿No lo sé?" Julian inclinó

la cabeza, desafiándolo con los ojos. "Por favor, es evidente, pero no te preocupes, no diré nada... por ahora." El silencio que siguió fue ensordecedor, Elías sintió que estaba atrapado en una tormenta que no había provocado, pero que ahora lo arrastraba con fuerza. Finalmente, fue él quien rompió el tenso momento entre esos dos: "Esto no se trata de ustedes." Advirtió con voz firme. "No voy a quedarme aquí mientras intentan decidir mi destino, porque esto se trata de Aidan: De su vida." Lucian se volvió hacia él, su expresión se suavizó ligeramente. "Elías..." Dijo, pero el muchacho levantó una mano para detenerlo. "No voy a parar." Señaló con una resolución que no admitía discusión. "No por ti, ni por Julian, ni siquiera por el maldito jodido equilibrio." Julian dejó escapar una risa breve, pero no dijo nada, en cambio, se giró y comenzó a caminar hacia las sombras, con su guadaña dorada brillando con un resplandor ominoso mientras desaparecía en la oscuridad, Lucian permaneció en silencio, sus ojos grises estaban fijos en los de Elías mientras este se daba la vuelta y comenzaba a alejarse, sus pasos resonaron en el vacío del Salón, pero esta vez, no miró hacia atrás. No obstante, estos aún resonaban en el Salón de las Arenas cuando Julian, envuelto en las sombras, se detuvo en uno de los pasillos laterales, su rostro, por lo general decorado con una sonrisa burlona, ahora se encontraba sumido en una expresión más seria, casi reflexiva; la presencia de Lucian, su imponente figura, y la intensidad del intercambio que acababa de presenciar todavía pesaban en su mente. "Lucian es un predecible." Dijo en voz alta, más para sí mismo, aunque sus palabras carecían de la satisfacción que usualmente las acompañaba. En el fondo, una figura emergió desde las sombras, y Julian no se sobresaltó, porque conocía esa energía tan bien como conocía la suya propia. Marcus, uno de los segadores más antiguos de toda Sombralia, se acercó con una calma calculada, sus ojos oscuros destellaban con curiosidad mientras evaluaba la expresión inusualmente distante del muchacho. "¿Qué tan divertido fue?" Preguntó con un tono ligero, aunque había una pizca de curiosidad sincera en sus palabras. Julian no respondió de inmediato, en cambio, dejó descansar su guadaña dorada contra una de las columnas, cruzando los brazos mientras giraba ligeramente la cabeza hacia él. "Más de lo que esperaba." Dijo finalmente, pero su tono era vacío, carente de la burla habitual. "Lucian siempre ha sido un maestro en ocultar sus emociones, pero esta vez..." Marcus arqueó una ceja, inclinándose contra la pared con una actitud despreocupada. "¿Te sorprendió verlo tan... humano? No es tan frío como pretende ser, ya sabes." Señaló con voz calmada.

"Humano..." Julian probó la palabra, como si fuera algo amargo en su lengua. "Es irónico, ¿No crees? Él, el que siempre predica sobre las reglas, sobre mantener el equilibrio, y sin embargo, se está desmoronando justo frente a nuestros ojos. Tsk, y todo por Elías." Marcus lo observó con más atención ahora, su semblante relajado daba paso a una expresión de interés genuino. "¿Y tú? Pareces más afectado de lo habitual. ¿Te importa tanto lo que Lucian haga con Elías?" Julian dejó escapar una risa seca, pero no contestó de inmediato. En cambio, levantó la vista hacia el interminable vacío del Salón, donde las luces plateadas de los relojes de arena bailaban en la distancia. "Lucian no debería ser débil." Murmuró, con su voz más baja, casi en un susurro. "Es el líder. Es quien mantiene todo esto unido, pero ahora, está tambaleándose, y si él cae..." Chasqueó la lengua. "Si él cae, ¿Qué?" Marcus lo interrumpió suavemente, dando un paso más cerca. Julian apretó los dientes, su mandíbula se tensó mientras luchaba con las palabras que quería decir. Finalmente, giró la cabeza hacia el chico, y sus ojos dorados brillaron con una intensidad que no podía ocultar. "Si él cae, yo no sé si seré capaz de levantarlo." Marcus parpadeó, sorprendido por la honestidad de la declaración, Julian siempre había sido un maestro del engaño, de las medias verdades y las bromas mordaces, pero en ese momento, había algo crudo en sus palabras. "¿Eso es lo que realmente te molesta?" Preguntó, su tono fue más suave

ahora. "¿Que Lucian esté perdiendo el control? ¿O que tú no puedas controlarlo?" Agregó. Julian se giró completamente hacia él, con su rostro endurecido, pero sus ojos traicionaban una mezcla de emociones que no podía ocultar. "No hables de cosas que no entiendes, Marcus." Siseó como una serpiente. El chico a su lado soltó una risita. "Tal vez no entiendo todo." Admitió, encogiéndose de hombros. "Pero lo que sí sé es que hay más detrás de todo esto, porque no estarías tan molesto si no te importara." Sonrió con malicia. Julian dio un paso hacia él, con su figura proyectando una sombra alargada bajo la tenue luz. Por un momento, Marcus pensó que iba a atacar, pero en lugar de eso, le habló con una voz baja y cortante: "Lo único que me importa es que el equilibrio se mantenga, y si para eso tengo que recordarle a Lucian cuál es su lugar, lo haré." Marcus no respondió de inmediato, lo observó con una mirada calculadora, sopesando cada palabra antes de refutar. Finalmente, dejó escapar un suspiro y asintió lentamente. "Como quieras, pero recuerda: Incluso el oro puede quebrarse si lo fuerzas demasiado." Julian frunció el ceño, sus ojos dorados brillaron con algo que podría haber sido furia o desesperación, pero no respondió. En cambio, tomó su guadaña y desapareció en las sombras, dejando a Marcus solo en el Salón de las Arenas, reflexionando sobre las grietas que comenzaban a formarse en el consejo.

ACTO 3



Capítulo 16

El precio de la revelación

La noche se había desplegado sobre la ciudad como un velo profundo, pintando las calles con sombras largas y envolventes, solo las luces de neón, vibrantes y parpadeantes, rompían esa penumbra, reflejándose en charcos esparcidos sobre el asfalto como fragmentos de un universo distorsionado; en lo alto, la luna bañaba con su luz tenue las cimas de los edificios, mientras las estrellas titilaban, pequeñas pero persistentes, en el firmamento despejado. Elías permanecía inmóvil en el balcón del apartamento de Aidan, con su silueta recortada contra el cielo estrellado como una sombra más entre tantas, su postura era rígida, con los hombros tensos, como si cargar con el peso de su propia existencia lo hubiera anclado al lugar; había regresado hacía poco, pero el umbral que lo separaba de la calidez del interior parecía infranqueable, el eco de su reciente enfrentamiento con Lucian y Julian resonaba en su mente como una tormenta distante, un torbellino de rabia, culpa y algo que no podía identificar. A través de las ventanas de cristal, podía ver a Aidan moviéndose por la sala con una serenidad que parecía casi irreal, con gestos tranquilos, acomodaba algunos libros en el estante y revisaba su teléfono, con la luz azulada de la pantalla iluminando momentáneamente sus rasgos, había algo en esa calma que lo desarmaba por completo, como si Aidan fuera un refugio improbable en un mundo lleno de caos: La naturalidad de sus movimientos, la manera en que parecía pertenecer tan perfectamente a ese espacio, a esa vida, era una punzada constante para él. Era consciente de que él mismo nunca podría encajar en ese mundo, era como un intruso, un extraño cuyos bordes afilados siempre amenazaban con romper lo que tocaba; y, sin embargo, el deseo de formar parte de esa tranquilidad era casi insoportable: Era un anhelo visceral que se aferraba a su pecho, una necesidad que dolía tanto como la certeza de que nunca podría ser satisfecha. Elías inhaló profundamente, dejando que la brisa fresca de la noche acariciara su rostro, el aire traía consigo un leve aroma a humedad y el rastro metálico de la ciudad, una mezcla extrañamente reconfortante; cerró los ojos, buscando en ese instante efímero algo de la paz que había sentido la noche anterior. El recuerdo era tan vívido que casi podía palparlo: Aidan y él, tan cerca que sus respiraciones se entrelazaban, compartiendo algo más que caricias furtivas, había sido una entrega completa, un momento suspendido en el que las palabras no eran necesarias porque todo lo esencial ya había sido dicho con miradas y gestos. Y, sin embargo, la intensidad de esa conexión ahora se le antojaba aplastante, lo que significaba para él, y para ambos, era un peso que parecía doblarle la espalda. Finalmente, como si un resorte invisible lo empujara, se obligó a entrar, el suave clic de la puerta llamó la atención de Aidan, quien levantó la mirada desde su lugar junto a la estantería, sus ojos, cálidos y abiertos, se encontraron con los suyos, y una sonrisa ligera, casi involuntaria, se dibujó en sus labios. Por un instante, Elías se detuvo, porque esa sonrisa tenía el poder de hacerle olvidar la oscuridad que lo rodeaba, como si encapsulara todo lo que deseaba y temía al mismo tiempo. "Llegas tarde." Aidan comentó, dejando su teléfono en la mesa. "Por un momento pensé que te habías arrepentido." Añadió con una sonrisa. "No podría." Elías respondió con sinceridad, con voz suave, pero cargada de algo más profundo. Aidan se acercó lentamente, como si entendiera que Elías estaba luchando contra algo más grande que él mismo. "¿Quieres hablar de lo que sea que te tiene así?" Señaló dispuesto. Elías le devolvió la mirada, con su mente

debatíendose entre mantenerlo al margen o decirle la verdad. Ugh, pero antes de que pudiera responder, sintió un escalofrío recorrerle la espalda, algo estaba mal: La habitación pareció oscurecerse ligeramente, y la temperatura descendió de manera casi imperceptible, entonces se giró hacia la ventana, con su postura tensa como la de un depredador que detecta peligro.

"Qué conmovedor." La voz, cargada de burla, resonó en la habitación. Julian estaba allí, apoyado casualmente contra el marco de la ventana abierta, con su guadaña dorada descansando sobre un hombro. Maldición, Aidan dio un paso atrás instintivamente, y Elías se colocó frente a él en un movimiento automático, sus ojos se clavaron en Julian con una intensidad que bordeaba la furia. "¿Qué haces aquí?" Escupió, con su tono de voz más grave de lo habitual. Julian sonrió, un gesto afilado que no alcanzaba sus ojos. "No podía evitarlo, tenía curiosidad por ver qué tiene este humano que te tiene tan... distraído." Espetó con ojos ponzoñosos. "¡Fuera!" Elías le exigió con tono cortante, pero Julian no se movió. En cambio, inclinó ligeramente la cabeza, deslizando su mirada hacia el humano, quien lo observaba con una mezcla de confusión y temor. "Es curioso." Julian murmuró, ignorándolo deliberadamente. "Nunca pensé que alguien como tú se arriesgaría tanto por algo tan frágil, pero aquí estás, dispuesto a destruir todo lo que hemos construido por... esto." Se mofó. La rabia burbujeó en Elías, pero antes de que pudiera avanzar hacia Julian, otra presencia se materializó en la habitación. "Ya basta, Julian." Nathaniel apareció, su figura alta y elegante proyectó una sombra larga sobre la habitación; su mirada era tranquila, pero había un filo en su tono que dejó claro que no estaba de humor para juegos. Julian se giró hacia él, arqueando una ceja. "Oh, mira quién decidió unirse a la fiesta. ¿También estás aquí para defender lo indefendible?" Espetó con cizaña. Los ojos de Nathaniel brillaron antes de responder: "Estoy aquí porque alguien tiene que detenerte, antes de que hagas algo de lo que te arrepientas." Elías aprovechó el momento para dar un paso hacia Aidan, susurrándole: "Quédate detrás de mí. No importa lo que pase." El muchacho lo miró, con sus ojos reflejando más preguntas que respuestas, pero asintió lentamente. Julian observó la interacción, con su sonrisa desvaneciéndose mientras sus dedos se cerraban con más fuerza alrededor de la guadaña. "Esto no puede continuar, Elías. Lo sabes, lo sabes tan bien como yo." Gruñó con determinación. "Eso no te da derecho a intervenir." Nathaniel irrumpió, avanzando hasta colocarse entre Julian y Elías. "Este no es tu problema para resolver." Agregó. Julian lo miró con una mezcla de frustración y algo más, algo que se parecía demasiado a una emoción más profunda que no quería reconocer. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras todo se desmorona." Replicó, con su voz subiendo de tono. "No puedo... no puedo verlo destruirse así." Añadió con irritación. Por un momento, su mirada se desvió hacia Nathaniel, y en sus ojos había algo que no era furia: Era vulnerabilidad, una grieta en la máscara que siempre llevaba, pero la emoción desapareció tan rápido como había aparecido, y volvió a centrarse en Elías. "Esto termina aquí." Advirtió, levantando la guadaña. La tensión en la habitación alcanzó su punto máximo, Elías sintió que el aire a su alrededor se volvía más pesado, cargado de la energía que emanaba de Julian, pero antes de que pudiera moverse, Nathaniel levantó una mano, y una barrera de luz dorada se formó entre ellos. "No tan rápido." Indicó, con tono calmado, pero firme. "Si quieres enfrentarte a él, tendrás que pasar por mí primero." Julian se detuvo, su expresión osciló entre la incredulidad y el enojo. "¿Por qué lo defiendes? ¿Qué te importa lo que pase con él o con el humano?" Nathaniel no respondió de inmediato, su mirada se mantuvo fija en Julian, y por un momento, parecía que estaba evaluándolo. Finalmente, habló: "Porque alguien tiene que hacerlo." La respuesta fue suficiente para que Julian bajara la guadaña, aunque su postura seguía siendo tensa. "Esto no ha terminado." Espetó, antes de desaparecer en un destello de luz dorada.

Nathaniel dejó escapar un suspiro y se giró hacia Elías, quien aún estaba de pie frente a Aidan. "Esto es solo el comienzo." Advirtió. "Si sigues en este camino, no solo Julian estará detrás de ti. Tienes que decidir si estás dispuesto a enfrentarte a todo lo que viene." Elías asintió, pero no dijo nada, sus ojos se encontraron con los de Aidan, y en ese momento, supo que no había vuelta atrás. Cuando Nathaniel también desapareció, la habitación quedó en silencio una vez más, Aidan lo miró, con su expresión en una mezcla de confusión, miedo y algo más profundo. "¿Qué está pasando aquí?" Preguntó finalmente. Elías sabía que ya no podía evitar la verdad, respiró hondo y tomó la mano de Aidan entre las suyas. "Te lo contaré todo." Dijo con voz grave. "Pero necesitas estar preparado para lo que vas a escuchar." Aidan lo miró con confusión en sus ojos, esperando respuestas, con su respiración algo agitada mientras el eco de los eventos sobrenaturales aún resonaba en el aire. "Elías... Dios, ¿Qué demonios acaba de pasar?" Exhaló, luego agregó con voz temblorosa, pero firme: "¿Quién rayos es ese sujeto con pinta de asesino en serie? Además, no entiendo algo, ¿Nathaniel es como tú? Ugh, no entiendo un carajo. Maldición ¿Qué significa todo esto?" Uff, Elías cerró los ojos por un momento, intentando ordenar sus pensamientos. Las reglas, las advertencias de Lucian, el equilibrio, todo lo que había aprendido durante siglos se cruzaba con el rostro de Aidan, lleno de confusión y algo más profundo: Confianza. "No eres como ellos." Aidan respiró, dando un paso hacia él. "Lo sé, lo siento. Ugh, pero también sé que no eres como yo, necesito que me lo digas, necesito y debo saber la verdad." Resopló. Elías lo miró en silencio, por un instante, quiso retroceder, aferrarse a los silencios y las medias verdades que habían mantenido la barrera entre ambos, pero esa barrera ya no existía, no después de todo lo que habían compartido. "Soy un segador." Finalmente lo dijo. Su voz fue apenas un murmullo, pero fue lo suficientemente clara para cortar el aire. Aidan parpadeó, sorprendido. "¿Un... segador?" Su mente no logró comprender el concepto. Elías notó su ignorancia, por lo que continuó con la explicación: "Recolecto almas. Es mi deber, mi propósito. Y tú..." Hizo una pausa, tragando con dificultad. "Tú estás destinado a morir. Muy pronto." El silencio que siguió fue pesado, casi insoportable, Aidan no apartó la mirada de Elías, pero su rostro se endureció levemente, procesando la magnitud de lo que acababa de escuchar. "¿Eso significa que... que viniste a buscarme? ¿Para... llevarme?" Dijo con voz quebrada. "¡No!" Elías respondió rápidamente, dando un paso hacia él. "No puedo, y no quiero. Desde que te vi... algo cambió. Las reglas dejaron de importar, todo lo que importa eres tú." Aidan respiró hondo, su mirada se clavó en los ojos oscuros. "Entonces, ¿Qué significa esto? ¿Qué ... por qué te niegas a hacer lo que se supone que debes hacer?" Tragó saliva. Elías asintió lentamente, con sus hombros cayendo bajo el peso de la confesión. "Estoy rompiendo las reglas por ti, Aidan. Pero no sé cuánto tiempo más podré protegerte, todo el sistema está en mi contra." Suspiró. Aidan permaneció en silencio por un momento, luego se acercó a Elías, y sus manos temblaron levemente cuando las alzó para sostener su rostro. "Si lo que dices es verdad, si todo esto es cierto, entonces necesito que me prometas algo." Dijo, con su tono cargado de una mezcla de miedo y determinación. "Cualquier cosa." Elías respondió con voz quebrada. Aidan tragó saliva, antes de continuar hablando: "Prométeme que, pase lo que pase, no te detendrás. No dejes que esas reglas, esas personas, y ¿Nathaniel? Nos arrebaten esto." Elías cerró los ojos al sentir su toque, permitiéndose unos segundos de vulnerabilidad, y cuando volvió a abrirlos, su mirada estuvo cargada de una fuerza renovada. "Tampoco sé exactamente quién es Nathaniel, pero... Te lo prometo." Espetó con una convicción que no sabía que tenía. Aidan lo atrajo hacia sí, y Elías lo abrazó de vuelta, sosteniéndolo como si pudiera detener el tiempo, como si aferrarse a él fuera suficiente para desafiar las leyes del universo; por unos instantes, el mundo se detuvo, pero en el fondo de su mente, sabía que las fuerzas que los rodeaban no se quedarían quietas por mucho

tiempo.

Capítulo 17

El refugio que se rompe

El Salón de las Arenas era un espacio atemporal, un lugar que existía entre la realidad y el misterio, sus muros parecían respirar con una vida propia, y los relojes de arena colgaban como guardianes silenciosos de secretos antiguos; la luz que flotaba entre ellos tenía una calidad etérea, moviéndose con una cadencia que desafiaba la comprensión humana. El reloj de Aidan destacaba entre todos los demás: Su arena, normalmente constante y predecible, ahora parecía tener voluntad propia, se aceleraba y detenía en intervalos erráticos, como si algo o alguien estuviera interfiriendo con su flujo natural, cada grano que caía enviaba ondas de inquietud a través del espacio. Elías lo observaba con una intensidad que revelaba mucho más que simple preocupación, había algo personal en la forma en que sus ojos seguían cada movimiento de la arena, algo que hablaba de un vínculo más profundo que el simple deber o la vigilancia. "Elías." La voz de Lucian cortó el silencio como una hoja afilada, como siempre no necesitaba más que pronunciar su nombre para llenar la habitación con una autoridad que parecía pesar toneladas. El chico mencionado no se giró inmediatamente, pero la tensión en sus hombros delató que lo había escuchado. "Sabía que estarías aquí." Lucian continuó, acercándose con pasos medidos que resonaban contra el suelo de mármol; su presencia era como una tormenta contenida, una energía que amenazaba con desatarse en cualquier momento. Elías cerró los ojos por un instante, como si ese breve momento pudiera contener toda la complejidad de su conflicto interno. "Algo está mal con el reloj." Dijo finalmente, con su voz tensa, pero controlada. Lucian no respondió inmediatamente, su mirada recorrió el reloj de arena, evaluando cada detalle con la precisión de quien ha observado estos mecanismos durante siglos. "No pertenece a este ritmo." Declaró. "Cada segundo que pasas con él, cada decisión que tomas para protegerlo está alterando el equilibrio que hemos mantenido durante milenios." La confrontación entre ellos fue más que un simple desacuerdo: Fue un choque de voluntades, de filosofías fundamentalmente opuestas sobre el deber, el amor y los límites de la existencia. Elías se giró, enfrentando a su líder con una determinación que brillaba en sus ojos oscuros. "No voy a abandonarlo." Declaró, con cada palabra como una línea de defensa infranqueable. Lucian dio un paso más cerca, reduciendo la distancia física, pero ampliando el abismo emocional entre ellos. "Esto no es solo sobre ti o él." Advirtió, su voz descendió a un tono que era mitad orden, mitad súplica. "Es sobre todo lo que hemos construido, sobre el equilibrio que nos mantiene existiendo. ¿No lo entiendes? Si continuas, no solo lo pondrás en peligro a él... también te destruirás a ti mismo." Un silencio denso se instaló entre ellos, la tensión era palpable, como un campo de energía que amenazaba con estallar en cualquier momento. "No me importa." Le respondió. "Si tengo que elegir entre obedecer tus reglas o protegerlo, siempre lo elegiré a él." Por un instante fugaz, algo más que autoridad cruzó los ojos de Lucian, un destello de comprensión, quizás de dolor contenido, pero tan rápido como apareció, se esfumó, reemplazado por la máscara impenetrable del líder. "Espero que entiendas las consecuencias." Advirtió, antes de desaparecer entre las sombras del Salón.

Tiempo después, Elías regresó al mundo humano, donde Aidan lo esperaba, la inquietud no lo había abandonado, pero la calidez de la presencia del chico lo envolvió, dándole un respiro momentáneo del caos que lo rodeaba. "Hola." Aidan lo saludó con un abrazo apretado. "Te extrañé." Dijo sonriendo, dándole un beso en los labios. "Yo también." Elías contestó, sintiéndose mucho mejor ahora que estaba con él; sin embargo, esa paz fue efímera, porque apenas y había cruzado el umbral del apartamento sintió una presencia familiar, hostil. "Elías." La voz de Julian resonó desde el otro lado de la sala, donde estaba de pie con su guadaña dorada brillando bajo la tenue luz del lugar, su expresión era una mezcla de burla y furia contenida. "No vine aquí para jugar." Advirtió, dando un paso hacia adelante. "Esto ha ido demasiado lejos; si Lucian no va a detenerte, entonces lo haré yo." Carajo, Elías se colocó inmediatamente entre Julian y Aidan, su postura protectora dejó claro que no daría un paso atrás. "Cruzaste los límites. No te acerques a él." Espetó con voz seria. El muchacho rubio rió, con un sonido afilado y lleno de irritación. "Mira quién habla de límites: Tú ya los cruzaste todos." No obstante, antes de que pudiera avanzar más, el aire en la habitación cambió de nuevo, una luz dorada llenó el espacio, y Nathaniel apareció, con su figura alta y serena emanando una calma inquietante. "Ya es suficiente." Habló con tono firme, pero tranquilo mientras miraba a Julian. Sin embargo, el chico rubio lo fulminó con la mirada. "¿Qué estás haciendo aquí? Esto no te concierne." Habló con un gruñido. "Cuando el equilibrio está en peligro, todo me concierne." Nathaniel refutó, dando un paso adelante. "Y ahora mismo, todos ustedes están amenazando ese equilibrio." Elías lo miró con labios torcidos, su frustración era evidente. "No necesito tus sermones, no ahora." El chico lo ignoró, dirigiéndose a Aidan: "Tu conexión con Elías está rompiendo las reglas de este mundo, cada segundo que pasa las barreras entre los planos se debilitan, y si no se corrige pronto, las consecuencias serán catastróficas." Aidan dio un paso al frente, todavía confuso, pero ahora con una determinación que se reflejaba en la línea tensa de su mandíbula, sus ojos se clavaron en Nathaniel, buscando respuestas. "Dices que eres un Guardián del Equilibrio, pero no entiendo. ¿Por qué te acercaste a mí como un amigo? ¿Por qué fingiste ser alguien normal? ¿Qué eres realmente?" Señaló con labios tensos. Nathaniel sostuvo su mirada, pero esta vez su expresión tenía algo de melancolía, pasó un momento antes de responder, como si las palabras que estaba a punto de pronunciar fueran un peso que había llevado durante mucho tiempo. "Me acerqué a ti porque sabía que eras importante." Refutó, con voz baja, pero clara. "No solo para Elías, sino para algo mucho más grande. Desde el momento en que naciste, tu existencia alteró algo en el equilibrio, no sabía qué era al principio, pero lo sentí; un desajuste, un temblor en las conexiones que mantienen este mundo y el mío unidos." Aidan frunció el ceño. "Eso no explica por qué decidiste fingir ser mi amigo." Se cruzó de brazos. Nathaniel suspiró y bajó la vista por un instante antes de volver a mirarlo. "Me acerqué a ti para observarte, para entender por qué eras diferente. Pero con el tiempo, dejé de ser una misión, comencé a ver más allá de lo que eras para el equilibrio: Vi quién eras realmente, tu capacidad de aferrarte a la vida, incluso en los momentos más oscuros, la forma en que encontrabas belleza en cosas que otros daban por sentado, comencé a respetarte... y a apreciarte." Elías, que había estado escuchando en silencio, dio un paso adelante, entonces habló con un tono de voz cargado de desconfianza: "¿Apreciarlo? ¿Es eso lo que llamas? Te acercaste a él como si fueras su amigo, pero todo era una mentira." Chasqueó la lengua, y Julian soltó una carcajada, disfrutando del espectáculo. Nathaniel giró la cabeza hacia Elías, su rostro era sereno, pero con un destello de algo más profundo en su mirada. "¿Y tú eres completamente honesto con él? ¿Le has contado todo lo que significa para ti, o sigues protegiéndolo con medias verdades?" Siseó. La acusación golpeó a Elías como un mazazo, pero antes de que pudiera responder, Aidan intervino: "¡Ya basta!" Exclamó con voz firme, mientras

miraba a ambos. "No me interesa su jodida competencia para ver quién es más protector conmigo. Lo que quiero saber es la verdad: Toda la maldita jodida verdad." Exhaló, pasando una mano por su cabello. Nathaniel asintió lentamente, pero no dejó de mirar a Elías, como si estuviera evaluando cada reacción que pudiera surgir en su rostro, luego volvió la mirada hacia Aidan, cuyos ojos reflejaban una mezcla de incredulidad y desconfianza. Con un soplo, habló: "Tu vida está ligada a algo mucho más grande, Aidan." Su tono fue pausado y deliberado, como si cada palabra estuviera cargada de un peso que no podía subestimarse. "Algo que ni siquiera yo entiendo del todo, pero una cosa es clara: El equilibrio mismo, esa fuerza que sostiene nuestros mundos, está siendo desafiado por tu existencia. Y mi deber, mi único propósito, es asegurarme de que no se rompa. Ahora, estás en el centro de todo." Aidan frunció el ceño, hizo sus manos puños, mientras sus emociones pugnaban por salir. "¿Por qué yo? No soy nadie especial. Solo soy... un hombre común. ¿Por qué estoy afectando algo que ni siquiera sabía que existía hasta hace unos días?" Resopló, sin poder entender. Nathaniel suspiró, pero había un leve destello de algo similar a respeto en sus ojos. "Eso es lo que nos preguntamos todos, Aidan. No debería ser posible que un mortal común desestabilice el equilibrio; y, sin embargo, aquí estamos." Elías intervino, dando un paso hacia Nathaniel. "No lo uses como una excusa para intervenir en su vida, lo que sea que creas que significa para el equilibrio, Aidan no tiene la culpa." Escupió. No obstante, antes de que Nathaniel pudiera responder, una risa baja y cargada de sarcasmo resonó desde la esquina de la habitación, ya que Julian, que había estado observando la conversación con los brazos cruzados y su guadaña descansando contra la pared, decidió finalmente intervenir. "Es fascinante, ¿No?" Se inclinó ligeramente hacia adelante. "Todos aquí actuando como si este humano fuera alguna clase de mesías o destructor del universo, pero nadie se detiene a pensar en lo obvio." Nathaniel giró la cabeza lentamente hacia Julian, su mirada fue tan afilada como un cuchillo al hablar: "¿Y qué es lo 'obvio', Julian? Ilústranos con tu sabiduría." El chico mencionado sonrió con sonrisa desprovista de humor. "Lo obvio es que esto no tiene nada que ver con el equilibrio: Esto tiene que ver con Elías." El pelinegro lo fulminó con la mirada. "¿Conmigo? ¿Qué estás insinuando?" Siseó. "Estoy diciendo que todo esto..." Julian señaló a Aidan con un movimiento vago de su dedo. "No sería un problema si tú hubieras hecho tu trabajo desde el principio; si no te hubieras encaprichado con un mortal, no estaríamos aquí discutiendo sobre relojes de arena y desequilibrios cósmicos." Elías resopló: "Ya basta." Gruñó, pero Julian lo ignoró. "¿No lo ves, Nathaniel?" Continuó, con su atención volviendo al Guardián. "Todo esto gira en torno a Elías: Él es el que está rompiendo las reglas, él es el que está arrastrando a este humano a nuestro mundo, y ahora tú estás aquí, intentando '*mediar*', cuando la solución es bastante simple." Nathaniel alzó una mano, deteniéndolo antes de que pudiera decir más; su voz, aunque calmada, tenía un filo de autoridad que no admitía discusión. "La solución no es tan simple como crees. Si lo fuera, el equilibrio no estaría reaccionando de esta manera." Tsk, tomo aire. "¿Y qué propones entonces, sabelotodo?" Julian replicó, dando un paso hacia adelante. "¿Dejarlos continuar con esta... esta locura y esperar que todo mágicamente se arregle?" Gruñó con ojos brillantes. Nathaniel sacudió la cabeza. "Propongo que nos enfoquemos en el verdadero problema." Dijo, con los ojos fijos en Julian. "Para tu información, el desequilibrio no comenzó con Elías y Aidan. Algo más lo está causando, algo más grande; esto es solo un síntoma."

Elías, que había permanecido en silencio durante el intercambio, habló finalmente, con un tono de voz cargado de frustración. "Entonces, ¿Qué hacemos? Porque estoy harto de escuchar teorías y advertencias sin ninguna solución real." Suspiró irritado, intercambiando una mirada silenciosa con un confundido Aidan. Nathaniel lo miró, con una expresión neutral, pero con un atisbo de empatía. "La única solución que veo ahora es proteger a Aidan: Cueste lo que cueste." Julian

resopló, sus labios se torcieron en una mueca de desdén. "Qué noble de tu parte, Nathaniel. Pero protegerlo solo retrasará lo inevitable, si el equilibrio decide que debe morir, no habrá nada que tú, ni siquiera yo, podamos hacer." El silencio que siguió fue tenso, casi insoportable. Aidan, que había estado procesando todo lo que se decía, finalmente lo rompió: "Entonces..." Habló, con una voz más fuerte de lo que había platicado hasta ahora. "¿Qué es lo que tengo que hacer? ¿Esperar a que todo esto se resuelva solo? ¿O hay algo que pueda hacer para detenerlo?" Nathaniel lo miró directamente, su expresión se suavizó un poco. "Tu papel en esto aún no está claro, Aidan. Pero lo que sí sé es que tu conexión con Elías está intensificando este desequilibrio, y aunque no entiendas todo ahora, debes estar preparado para lo que venga." El castaño se restregó la cabeza, sin saber qué demonios pensar sobre esto. "Elías quiero que se vayan, sólo quiero verte a ti cuando regrese." Salió de la sala y se encerró en el dormitorio. "Ya lo escucharon." El muchacho señaló con voz seria, indicándoles el camino hacia la ventana. "Tsk, te arrepentirás de esto." Julian refutó, saltando por la ventana y desapareciendo en el acto. Elías miró a Nathaniel, quien apretó los labios, antes de desaparecer también.



Horas después, cuando Nathaniel y Julian se habían ido, la calma volvió al apartamento, Aidan estaba sentado en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada perdida en algún punto de la pared, y Elías lo observaba desde la ventana, con sus pensamientos tan agitados como el aire después de la tormenta que acababan de enfrentar. Finalmente, y después de un tiempo, el muchacho caminó hacia él y se sentó a su lado, dejando un pequeño espacio entre ellos. "No tienes que entenderlo todo." Dijo en voz baja, rompiendo el silencio. Aidan giró la cabeza hacia él, sus ojos reflejaron una mezcla de cansancio y una determinación nueva. "No sé ni siquiera cómo enfrentar esto. Todo es... demasiado." Se desinfló. Elías asintió lentamente. "Lo sé, pero estoy aquí y haré lo que sea necesario para protegerte." Aseguró con confianza. Aidan esbozó una sonrisa cansada. "¿Incluso si eso significa romper más reglas?" Alzó una ceja. El chico a su lado asintió. "Especialmente si significa romper más reglas." Entonó, con un pequeño destello de humor en su voz. Aidan lo miró por un largo momento antes de extender una mano y colocarla suavemente sobre la de Elías. "Gracias por quedarte. Necesitaba tiempo a solas, pero no quería que te fueras... solo quería pensar." Elías giró la mano para entrelazar sus dedos con los del chico, un gesto que parecía tan natural como respirar, luego se inclinó hacia él, y apoyó su frente contra la del muchacho mientras sus ojos se cerraban lentamente. "Siempre." Susurró, antes que Aidan lo agarrara del cuello para jalarlo hacia él y besar su boca. Sus labios se encontraron en un beso lleno de promesas silenciosas y emociones que ninguno de los dos podía expresar en palabras, el mundo exterior desapareció nuevamente, dejando solo el calor de sus cuerpos y la conexión que compartían, tan frágil y poderosa como el equilibrio que ahora amenazaba con desmoronarse. "Dios, todo es demasiado ¿No crees?" Dijo al acabar. "Me siento como si estuviera en un sueño del que no puedo despertar." Sonrió. Elías lo observó, con su rostro suavizado por la preocupación, entonces lentamente, extendió una mano y la colocó sobre el hombro de Aidan, un gesto que era más significativo de lo que parecía. "No estás solo en esto." Susurró, como si temiera romper el momento. Aidan levantó la vista de sus labios, encontrando sus ojos. "Eso no lo hace menos aterrador." Murmuró. Elías no respondió de inmediato, en cambio, se inclinó más hacia él, con un movimiento torpe, pero decidido. "Sé que te he puesto en peligro, que todo esto es culpa mía, pero si pudiera cambiarlo, si pudiera devolverte la tranquilidad que tenías antes de que apareciera en tu vida, lo haría." Suspiró. Aidan

negó con la cabeza, una pequeña sonrisa curvó sus labios. "No quiero que lo cambies, si todo esto me llevó a conocerte... entonces vale la pena." La sinceridad en sus palabras hizo que el corazón de Elías latiera más rápido, y antes de poder detenerse, Aidan se inclinó aún más, hasta que sus rostros quedaron a solo centímetros de distancia. "Aidan..." Tragó saliva. "Shh." El castaño lo interrumpió, nuevamente cerrando la distancia entre ellos. El beso fue lento al principio, un roce apenas perceptible que rápidamente se volvió más profundo y apasionado, Aidan levantó una mano para acariciar su mejilla y trazó un camino suave por su piel, mientras sus labios se movían al unísono; un gemido bajo salió de la garganta de Elías cuando Aidan lo aplastó en el sofá, dejando que el calor de sus cuerpos y la intensidad del momento los condujera a algo más íntimo. Elías jadeó cuando el muchacho soltó sus labios, y luego lo hizo con más fuerza cuando lo vio quitarse la camiseta con una rapidez magnífica, solo para volver a su boca, succionarla, acariciar su lengua, al mismo tiempo que sus manos trabajaban para quitarle sus pantalones; podía sentir su respiración mientras succionaba su cuello, sus manos rápidas mientras trataba de quitarle la ropa, pero no tenía el éxito suficiente como para hacerlo. "Espera, yo lo haré." Elías se quitó el abrigo oscuro que lo caracterizaba, al mismo tiempo que Aidan le jalaba los pantalones para deshacerse de ellos, luego una firme mano presionó su nuca mientras lo traía hacia él para besarlo nuevamente. Cielos, luego de unos segundos, Elías gimió con el primer contacto, el miembro dentro de él se deslizó adentro y afuera, mientras que el cuerpo tonificado se deslizó encima, cubriéndole por completo. "Me gusta este sofá..." Aidan le habló jadeante al oído, moviéndose lentamente. "Es lo suficientemente espacioso para hacer esto." Añadió con una gran estocada. Carajo, Elías gimió con el placentero estímulo, sin saber cómo responder a eso; así que solamente asintió haciendo lo mejor que pudo: Correspondiéndole el beso, succionando su lengua y disfrutando del exquisito momento. Jamás pensó que haría esto con un mortal, porque no es que fuera ajeno al mundo del placer, pero en su mundo raramente sucedía; de hecho, existían rumores de segadores perdiendo el control entre ellos mismos, pero nunca había tenido a alguien cerca que le contara de sus propias experiencias al respecto. "¿Te gusta esto?" Aidan lo trajo al presente, con una voz baja y ronca, casi en un gruñido. Luego agarró su cara para que lo mirara directo a los ojos. "Te gusta ¿Verdad?" Dijo con respiración agitada. "Me gusta." Le respondió casi en un balbuceo incoherente, con la necesidad de volver a sentirlo, más profundo. "Continúa por favor." Le rogó, y con eso Aidan se mostró satisfecho, entregándole todo lo necesario para volarle los sesos, dejarlo sin pensamientos, y envuelto en un mar de gemidos y chillidos sobrenaturales que nunca, jamás pensó esbozar. Aidan soltó un gruñido, y con su peso completamente encima de él ahora, comenzó a hundirse, a follarlo duro y rápido, tan perfecto que él solo pudo acudir al agarre en su espalda, sosteniéndose y disfrutando de todo hasta que con un gran retorción se vino viendo estrellas, y gimió audiblemente cuando Aidan también llegó a su orgasmo, desparramándose encima de él. "Carajo, necesitaba esto." Le dijo al oído. Mierda, maldita jodida mierda: Aidan se había venido en él y todavía no salía por completo. Elías tragó saliva, sintiendo la respiración entrecortada en su oído, incapaz de creer que realmente hubiera sucedido en el sofá, y de lo mucho que lo había disfrutado. "¿Puedes quedarte hasta que me duerma?" Aidan murmuró con voz suave, abrazándole apretado. "Vigilaré tu sueño.... siempre vigilo tu reloj de la vida." Le contestó con un suspiro, regresándole el abrazo. "Bien." Aidan susurró lentamente, descansando sobre él. Elías suspiró, se permitió olvidar, aunque fuera por un instante, las reglas, las advertencias y el reloj de arena que seguía corriendo. "Pase lo que pase." Dijo en apenas un susurro. "No te dejaré solo." Aidan asintió, sus manos se aferraron a su cuerpo como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento. "Confío en ti." Elías sonrió y lo abrazó, sosteniéndolo como si pudiera protegerlo del mismo universo que

intentaba separarlos.

Capítulo 18

Aidan en el umbral

El día siguiente había empezado con la misma rutina gris de siempre, pero para Aidan, ese jueves por la mañana era diferente; una sensación de inquietud se deslizaba por sus venas como un veneno frío, una alerta silenciosa que hacía que cada músculo de su cuerpo permaneciera en constante tensión; la realidad, ese concepto que alguna vez le pareció sólido e inamovible, ahora se desmoronaba a su alrededor como un castillo de arena azotado por olas invisibles. Aún estaba recostado junto a Elías, en el viejo sofá de cuero, un mueble que había sido testigo de innumerables conversaciones y silencios a lo largo de los años, la luz del sol matutino se filtraba a través de las amplias ventanas de la sala de estar, creando un mosaico de sombras y destellos dorados que bailaban sobre el suelo alfombrado, no obstante, esos patrones de luz no eran normales, ya que se movían con una gracia casi consciente, serpenteando y transformándose de una manera que desafiaba toda lógica natural. ¿Qué demonios? El muchacho observó esos movimientos con una mezcla de fascinación y terror, sus ojos, habitualmente calculadores y seguros, ahora reflejaban una vulnerabilidad que ni él mismo reconocía; la línea entre lo real y lo imaginario se había convertido en un límite difuso, una membrana traslúcida que podía romperse en cualquier momento, lo que antes parecía pertenecer al reino de las pesadillas o de la más descabellada ficción científica, ahora se aproximaba con una nitidez que le hacía temblar por dentro. Elías, a su lado, permanecía en silencio, su presencia era un ancla, pero incluso ese punto de referencia parecía estar desvaneciéndose sus contornos, como si la realidad misma estuviera dispuesta a licuarse bajo la más mínima presión, Aidan sabía que lo que estaba por suceder cambiaría todo para siempre, no era una corazonada, era una certeza que había crecido en su interior como una semilla oscura y amenazante. Los rayos del sol seguían bailando, ahora casi burlándose de su perplejidad, como si fueran testigos de un secreto que apenas comenzaba a revelarse. "¿Lo ves?" Preguntó, rompiendo el silencio. Elías lo miró con el ceño fruncido. "¿Ver qué?" Dijo con sorpresa, con voz casi somnolienta, lo que era ridículo de pensar porque Elías no dormía, el sueño no lo invadía por las noches o en cualquier momento del día. Aidan tragó saliva, entonces levantó una mano temblorosa, señalando hacia un rincón de la habitación. "Las sombras... No son solo sombras, ellas se mueven... me están mirando." Elías suspiró profundamente, apartando la mano que había estado frotando su rostro con frustración, se inclinó un poco más hacia Aidan, buscando sus ojos, esos azules inquietos que parecían capturar la luz de la habitación de una manera que desafiaba cualquier lógica. "No, no es el purgatorio." Comenzó con voz baja, pero cargada de una mezcla de gravedad y resignación. "Sombralia no es un lugar que la mayoría de los humanos pueda comprender, y mucho menos nombrar: Es un mundo en el que las reglas son diferentes, un plano donde la vida y la muerte no tienen el mismo significado que aquí." Aidan lo observó, su expresión era una mezcla de curiosidad y una sombra de temor. "Entonces, ¿Qué es exactamente? ¿Un lugar donde las almas van después de morir?" Curioseó. Elías negó lentamente, enderezándose y dejando que sus ojos se perdieran momentáneamente en algún punto del suelo, como si intentara encontrar las palabras adecuadas. "No es tan simple, Sombralia no es un destino final, ni un purgatorio en el sentido tradicional. Es más bien un... mecanismo, un sistema diseñado para mantener el equilibrio entre los mundos; es

donde residimos los segadores, pero también es mucho más que eso."

Aidan arqueó una ceja. "¿Más que eso? ¿Qué significa? ¿Es como otro universo? ¿Una dimensión paralela?" Averiguó sin comprender. Elías soltó una risa breve, sin humor, mientras sus labios se torcían en una pequeña mueca. "No me extraña que lo compares con algo que conoces, pero no, Sombralia es... un tejido entrelazado con el mundo humano. No existe aparte de este plano, sino que lo rodea, lo envuelve y lo sostiene, es el lugar donde se decide el destino de las almas, donde el tiempo y el equilibrio se controlan a través de los relojes de arena." Cielos, Aidan parpadeó aturdido, procesando la información mientras sus dedos tamborileaban nerviosamente sobre el reposabrazos del sofá. "¿Los relojes? ¿Como el que mencionaste antes sobre mí el otro día?" Preguntó. Elías asintió, con una expresión más seria. "Cada vida tiene un reloj de arena en Sombralia, cada grano que cae representa un momento en la vida de alguien, y cuando la última partícula de arena cae, esa vida llega a su fin." Explicó con una mordida de labios, sabiendo lo que eso significaba para un mortal como Aidan. "¿Y tú... qué haces con esos relojes?" El muchacho averiguó con cierto brillo en los ojos. Elías desvió la mirada, como si el peso de la pregunta fuera demasiado para sostenerlo. "Yo... recojo las almas cuando el tiempo se acaba. Es mi propósito, mi deber, soy un segador, Aidan: Un sirviente de Sombralia." Sonrió a medias. "*La muerte*" como ustedes le llaman, sólo que nosotros somos más que ese concepto." El silencio que siguió fue pesado, casi insoportable, Aidan finalmente se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, mientras intentaba ordenar sus pensamientos. "Entonces, ¿Y estas sombras que estoy viendo? ¿Qué son? ¿También forman parte de Sombralia?" Inquirió interesado. Elías dudó antes de responder, como si estuviera decidiendo cuánto revelar: "Las sombras que ves... probablemente son ecos. Fragmentos de Sombralia que se están filtrando en este plano a través de ti, nuestra intensa conexión está creando un puente, uno que no debería existir." Se sonrojó levemente, pero Aidan lo notó. "¿Por qué no debería existir?" Lo miró fijamente exigiendo una respuesta, mientras le acariciaba la mejilla. Elías tragó saliva, y sus manos se tensaron sobre sus rodillas. "Porque los mortales no están diseñados para ver Sombralia, es un lugar que no pertenece a los vivos, y cada vez que lo percibes, cruzas una línea peligrosa. No sé cuánto tiempo puedes soportarlo antes de que... antes de que comiences a ser reclamado." Dijo mordiéndose el labio inferior con fuerza. Aidan ladeó la cabeza. "¿Reclamado?" La palabra pareció reverberar en el aire. "¿Quieres decir que Sombralia me está... jalando?" Abrió los ojos, más de lo normal. Elías asintió, su rostro enseñó una mezcla de tristeza y determinación. "Es posible, es como un imán: Cuanto más fuerte es nuestra conexión, más susceptible eres a Sombralia. Uff, no debería haberte permitido acercarte tanto, pero ahora es demasiado tarde para retroceder." Aidan dejó escapar una risa amarga, inclinándose hacia atrás en el sofá. "Así que, básicamente, estoy condenado." Espetó con un silbido. "¡No!" Elías dijo rápidamente, inclinándose hacia él con una intensidad que hizo que Aidan levantara la vista. "No estás condenado, no mientras esté aquí para protegerte." Aidan lo miró por un largo momento, sus ojos buscaron algo en su rostro, alguna certeza en sus palabras. "¿Y cómo piensas hacer eso, cariño? ¿Cómo detienes a un mundo entero de reclamarme?" Suspiró. Elías no tenía una respuesta inmediata, pero colocó una mano sobre la del chico, y su toque fue firme, pero reconfortante. "No lo sé todavía, pero no voy a dejar que te pase nada. Eso te lo prometo." El momento se mantuvo, cargado de emociones no dichas, el mundo que Elías describía era tan extraño, tan ajeno, y sin embargo Aidan podía sentirlo acercándose, envolviéndolo como una marea oscura que amenazaba con arrastrarlo. "Sombralia..." Repitió en un susurro. "Suena como un lugar hermoso y aterrador al mismo tiempo." Sonrió. "Lo es." Elías admitió apenas audible. "Y haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte lejos de él." Aidan asintió, pero luego una

duda vino a su mente: "Entonces, ¿Estoy... cambiando?" Elías sacudió la cabeza. "No estás cambiando." Respondió, colocando una mano en su hombro. "Es nuestra conexión..." Tragó saliva. Aidan sonrió. "Entonces, ¿Qué hacemos cariño?" Dijo envolviéndole la mano en la cintura, trayéndolo hacia él. Elías se sonrojó, cuestión fisiológica que sólo hacía en este mundo, pero últimamente los actos osados de Aidan siempre lo sorprendían. Dejándose abrazar y luego besar, no respondió de inmediato, miró hacia la ventana, donde la luz del día parecía menguar inexplicablemente, y supo que necesitaría ayuda. "Tengo que buscar ayuda." Finalmente habló. "De acuerdo, pero ahora no, necesito acción y relax." Y con eso Aidan lo aplastó nuevamente en el sofá, haciéndolo ver estrellas del mundano placer.



El Salón de las Arenas estaba más silencioso de lo habitual, como si el lugar mismo estuviera conteniendo la respiración, y Caleb, con su andar relajado pero alerta, estaba de pie junto a un conjunto de relojes de arena, observando cómo sus granos fluían con precisión impecable. "¿Buscas algo, Elías, o solo estás aquí para admirar la decoración?" Expresó con una risita divertida. El chico caminó hacia su amigo, apareciendo entre las sombras con una expresión seria como siempre, pero con un aire de urgencia que no pasó desapercibido para el otro muchacho. "Necesito tu ayuda." Dijo sin rodeos. Caleb arqueó una ceja, cruzándose de brazos. "Eso no se escucha todos los días. ¿Qué está pasando?" Preguntó, arqueando una de sus rubias cejas. "Es Aidan." Elías comenzó, con un bajo tono de voz, pero cargado de preocupación. "Está viendo cosas, sombras, luces... partes de Sombralia, y sabemos que no debería poder hacerlo." Mordió su labio. Caleb lo observó en silencio por un momento antes de asentir. "Eso no es normal. ¿Cuánto tiempo lleva así?" Averiguó sin prejuicios. Elías se encogió de hombros antes de responder: "Me lo manifestó hace poco." Admitió. "Y ahora temo que esté cruzando una línea que no podrá deshacer." Agregó con preocupación. Caleb suspiró, pero su postura era relajada dándole un aire tranquilizador. "Déjame adivinar: Lucian ya te ha advertido que lo dejes, el tal guardián ha hecho una aparición dramática para decirte que estás rompiendo el equilibrio, y Julian... bueno, supongo que está siendo Julian." Elías apretó la mandíbula, pero no negó nada. "Sabes que esto solo puede acabar de dos maneras." Caleb continuó, con un tono más suave. "O encuentras una forma de estabilizarlo, o...." Elías sacudió la cabeza. "¡No!" Exclamó con voz cortante. "No voy a perderlo." Exhaló. Caleb lo miró con una mezcla de compasión y preocupación. "Entonces será mejor que lo protejas, porque si sigue viendo Sombralia, eventualmente será arrastrado hasta aquí, y nadie, ni siquiera tú, podrá traerlo de vuelta." Le hizo un guiño. "Te veo luego, debo ocuparme de un alma." Indicó, señalándole el reloj de arena que se había detenido, entonces Elías asintió, desapareciendo junto a su amigo. Mientras tanto y de vuelta en el mundo humano, Aidan estaba en la cocina preparando una taza de café cuando el aire a su alrededor se volvió denso: Todo a su alrededor pareció ralentizarse, como si el tiempo mismo estuviera vacilando. De repente, la escena cambió, ya no estaba en su cocina, sino que se encontraba en un lugar oscuro y vasto, lleno de relojes de arena flotantes que brillaban con una luz tenue, y pudo sentir el peso del lugar, como si la misma atmósfera estuviera viva y observándolo. "¿Dónde demonios estoy?" Susurró para sí, con su voz resonando en el vacío. "Bienvenido a Sombralia." Escuchó una voz conocida, por lo que se giró bruscamente y se encontró cara a cara con Nathaniel. El Guardián estaba de pie con una expresión serena, pero sus ojos reflejaban algo más profundo: Preocupación. "No deberías estar aquí." Habló, avanzando hacia él. Aidan rodó los ojos antes de contestar: "No estoy aquí por elección, Nate." Soltó un

suspiro. "Sólo... aparecí." Nathaniel lo observó por un momento antes de extender una mano hacia él. "Esto no es bueno, Aidan. Cada vez que cruzas esta línea, te acercas más a un punto sin retorno." Advirtió. "¿Qué significa eso?" Le exigió, retrocediendo un paso. "¿Qué me está pasando?" Preguntó con ojos brillantes. "Tu conexión con Elías es más profunda de lo que ambos entienden." Nathaniel explicó, en calma, pero firme. "Pero esa conexión está rompiendo las barreras entre los planos, y si no se detiene, Sombralia te reclamará." Aidan torció los labios antes de refutar: "¿Eso significa que voy a morir?" Nathaniel no respondió de inmediato, pero el silencio fue suficiente para que entendiera la gravedad de la situación. "Voy a sacarte de aquí." Dijo al fin. "Pero necesitas confiar en mí." Añadió lentamente, pero antes de que pudiera responder, el mundo se desvaneció, y Aidan se encontró de nuevo en su cocina, con Elías frente a él, sujetándolo por los hombros. "¿Qué pasó?" Le preguntó, casi en pánico. "Te vi desaparecer por un momento." Aidan lo miró, todavía aturdido. "Vi... Sombralia, a Nathaniel, y me dijo que esto no puede continuar, que estoy cruzando una línea peligrosa." Elías cerró los ojos, con su mente trabajando frenéticamente, porque sabía que las advertencias del guardián no eran exageraciones, pero eso no cambiaba su decisión: No dejaría que Aidan fuera reclamado por Sombralia. "Voy a protegerte." Aseguró finalmente, con su voz más firme de lo que se sentía por dentro. Aidan dio un paso hacia él, con una mirada llena de una mezcla de miedo y determinación. "Entonces quédate conmigo, pase lo que pase, no me dejes." Cielos, Elías no respondió con palabras, en lugar de eso, lo atrajo hacia sí, abrazándolo con fuerza como si ese simple gesto pudiera mantenerlo a salvo de todo. La noche cayó sobre la ciudad, pero en el pequeño apartamento, Elías y Aidan se aferraron el uno al otro, sabiendo que el peligro estaba más cerca que nunca.

Capítulo 19

El ataque de Julian

El crepúsculo había descendido sobre la ciudad con una rapidez que desafiaba la naturaleza misma, como si una mano invisible hubiera corrido un telón de terciopelo negro sobre el cielo, borrando cualquier rastro del día en cuestión de minutos; el cielo, antes pintado con tonos de naranja y rosa, ahora era una extensión de oscuridad profunda y densa, casi táctil en su opacidad. Aidan estaba acurrucado en el pequeño balcón de su apartamento, un refugio minúsculo suspendido sobre el bullicio de la ciudad moderna, la manta que lo envolvía era una reliquia familiar, tejida por su abuela hace años, con hilos gastados que contaban historias de otros inviernos, de otras noches como esta, sus dedos acariciaban distraídamente los bordes deshilachados, un gesto casi inconsciente que revelaba la inquietud que se escondía bajo su aparente calma. A su lado, Elías permanecía inmóvil, más semejante a una escultura que a un ser humano, su silueta se recortaba contra el panorama urbano, una figura de contornos definidos y precisos, como tallada en la penumbra, sus ojos, dos pozos oscuros adaptados a la noche, exploraban el horizonte con una intensidad que parecía traspasar los límites de lo visible; entre ellos se extendía un silencio que no era de ninguna manera un vacío: Era un espacio denso, preñado de palabras no dichas, de emociones contenidas, de historias que amenazaban con escapar de sus gargantas en cualquier momento. No era un silencio incómodo, sino una tregua tácita, un territorio neutral donde la tensión latente entre ambos respiraba y se contenía, las luces de la ciudad parpadeaban en la distancia como un código morse imperfecto, pequeñas explosiones de electricidad que se encendían y apagaban sin un ritmo definido, cada destello era un latido urbano, un recordatorio de que la vida continuaba más allá de su pequeño universo privado, ajeno a los mundos internos que cada uno habitaba. Aidan sintió el frío colarse entre los pliegues de la manta, un frío que no era solo meteorológico, sino un frío que venía de algo más profundo, más íntimo, miró a Elías que seguía en su pose de estatua, pero la tensión de sus hombros traicionaba la calma aparente de su postura; la noche los contenía a ambos, testigo silencioso de un momento suspendido en el tiempo, un instante que podría ser el preludio de algo grande o simplemente el eco de un momento más que pasaría sin pena ni gloria. "¿Qué está sucediendo conmigo?" Aidan finalmente rompió el mutismo, su voz fue apenas un susurro que se mezcló con el sonido lejano de los coches y el viento. Elías giró la cabeza para mirarlo, sus ojos oscuros estaban llenos de una preocupación que no podía ocultar. "Lo que está sucediendo no debería ser posible." Admitió, inclinándose ligeramente hacia él. "Estás viendo cosas, sintiendo cosas que ningún humano debería experimentar, Sombralia está... acercándose a ti de una manera que nunca había visto." Suspiró. Aidan lo miró, con sus ojos azules reflejando una mezcla de miedo y frustración. "¿Qué significa eso? ¿Qué voy a desaparecer? ¿Qué voy a morir?" Tragó saliva. "¡Claro que no!" Elías aseguró con firmeza, sentándose a su lado; la madera crujió bajo su peso, pero su atención no se apartó de Aidan. "No voy a permitir que eso pase: Te lo prometí." La tensión entre ellos se hizo insoportable, Aidan sintió que el mundo se reducía a ese espacio diminuto, a ese momento suspendido entre la promesa y el miedo; sus ojos azules, ahora más claros seguían fijos en los de Elías, la firmeza en su voz había sido como un ancla, pero su vulnerabilidad seguía temblando en la superficie. Sin pensarlo, sin premeditarlo, Aidan acortó la

distancia, sus manos ahora parecían haber encontrado su único punto de certeza: El rostro de Elías. Fue un movimiento casi imperceptible al principio, una aproximación lenta que contenía toda la gravedad del momento, entonces el beso no fue suave ni violento; fue real, fue como si dos océanos se encontraran, dos corrientes de agua que habían estado contenidas durante tanto tiempo que el encuentro sonaba a tormenta. Los labios de Aidan presionaron contra los de Elías con una mezcla de desesperación y ternura, como quien abraza la única tabla de salvación en medio de un naufragio, y Elías sorprendido al principio por esta efusividad, respondió torpemente con una intensidad que hizo que la habitación pareciera cobrar vida propia. No era solo un beso, era una declaración, un '*estoy aquí*', un '*no me dejes*', un '*te necesito*' más profundo que cualquier palabra; los dedos de Aidan se hundieron en el cabello de Elías, como si temiera que fuera a desvanecerse, mientras que sus manos rodearon su cintura, atrayéndolo más cerca. "Te quiero." Jadeó, y cuando se separaron, ambos respiraban entrecortadamente, los ojos de Aidan se mostraban brillantes y miraban directamente a los de Elías, porque ya no había miedo, solo había una certeza: Estaban juntos, y nada, absolutamente nada, podría cambiar eso.

No obstante, a ese íntimo momento, y antes de que el humano pudiera continuar, una sensación extraña recorrió su piel, como si el aire alrededor de ellos se hubiera vuelto más denso, cargado de electricidad. Elías también lo sintió, y se puso de pie en un movimiento fluido, con su cuerpo tenso como un arco a punto de disparar. "Está aquí." Dijo en un murmullo que Aidan apenas pudo escuchar. "¿Quién está aquí?" Le preguntó, levantándose también, pero antes de que Elías pudiera responder, una figura apareció en el umbral de la sala: La luz de la luna iluminó el rostro de Julian, quien estaba de pie con su guadaña dorada descansando sobre su hombro, con su expresión en una mezcla de burla y determinación. "Buenas noches, Elías." Saludó con una sonrisa que no alcanzó sus ojos. Luego, su mirada se deslizó hacia Aidan. "Y tú debes ser el humano que está causando tantos problemas." El muchacho mencionado retrocedió instintivamente, pero Elías se colocó frente a él en un movimiento protector. "Julian, no tienes nada que hacer aquí. Vete." Advirtió con voz gruesa. Sin embargo, Julian rió, un sonido seco y sarcástico que resonó en el aire pesado. "Oh, Elías, ¿De verdad pensaste que esto terminaría sin consecuencias? Sabes tan bien como yo que lo que estás haciendo está mal. Estás desafiando el equilibrio, poniendo todo en riesgo por... ¿Esto?" Señaló hacia Aidan con un gesto despectivo, como si se tratara de un vil insecto. "Esto no es asunto tuyo." Elías respondió en voz baja, pero cargada de peligro. "Al contrario." Julian replicó, dando un paso hacia ellos. "Esto es asunto de todos, y si Lucian no tiene el valor de detenerte, entonces lo haré yo." Elías dio un paso hacia adelante, con su postura rígida mientras bloqueaba cualquier acceso de Julian hacia Aidan. "No voy a permitir que le hagas daño." Señaló con ojos brillantes de seriedad. "¿Y cómo planeas detenerme?" Refutó Julian, su sonrisa se ensanchó. "No puedes protegerlo de todo, Elías. Ni siquiera puedes protegerlo de ti mismo." Con un movimiento fluido, levantó su guadaña, y el aire en la habitación pareció congelarse, la luz dorada que emanaba del arma iluminó las sombras, proyectándolas contra las paredes en formas retorcidas y ominosas. "¡Basta!" La voz resonante de Nathaniel cortó el aire, y de repente, el espacio pareció temblar cuando él apareció en el centro de la habitación, con su figura envuelta en un brillo tenue que contrastaba con la oscuridad creciente. "¿Qué estás haciendo, Julian?" Sonsacó con tono tranquilo, pero cargado de autoridad. El chico rubio chasqueó la lengua antes de responder: "Lo que debería haberse hecho hace mucho tiempo." Bajó ligeramente la guadaña, pero sin soltarla. "Elías necesita aprender que no está por encima de las reglas." Gruñó. "Esto no es el camino." Nathaniel avanzó un paso y continuó hablando: "Estás dejando que tus emociones nublen tu juicio." Tsk, Julian lo fulminó con la mirada. "¿Y tú no? Este humano está desestabilizando todo, y tú solo estás aquí mirando

cómo se derrumba el equilibrio." Espetó con lengua afilada. "Mi trabajo es mantener el equilibrio." El chico le contestó, con una calma que parecía desafiar la furia del otro. "Y tú, Julian, lo estás poniendo en peligro tanto como Elías." Añadió sin tomar el lado de nadie. No obstante, antes de que Julian pudiera responder, Aidan dejó escapar un gemido de dolor y se tambaleó hacia atrás, llevándose una mano a la cabeza, entonces Elías lo atrapó antes de que pudiera caer, pero el pánico era evidente en su rostro. "Aidan, ¿Qué pasa?" Preguntó con un jadeo, su preocupación afloraba a simple vista. "Las sombras." El muchacho le respondió con voz temblorosa. "Están... están aquí, puedo sentirlos." Nathaniel y Julian intercambiaron una mirada rápida antes de que el guardián avanzara hacia ellos. "Tenemos que sacarlo de aquí, está cruzando la línea entre los planos." Elías sacudió la cabeza. "No." Apretó a Aidan contra su pecho. "No voy a dejar que Sombralia se lo lleve." Señaló con angustia. "No tienes elección." Julian irrumpió, levantando su guadaña de nuevo. "Él no pertenece a este mundo, y mientras siga aquí, el desequilibrio solo empeorará." Elías gruñó, su rabia encendió una chispa de energía oscura que comenzó a emanar de su cuerpo. "Si quieres llevártelo, tendrás que pasar por encima de mí."

La tensión que siguió en la habitación fue como un campo de batalla invisible, donde cada respiración podía desencadenar una explosión, el aire se había transformado en una sustancia casi sólida, vibrante y amenazante, cargada de una electricidad que no era meramente metafórica, y las luces del techo comenzaron a parpadear erráticamente, proyectando sombras que bailaban como espectros nerviosos sobre las paredes. Nathaniel se movió con una gracia que desafiaba lo natural, su mano se elevó, no como un gesto humano ordinario, sino como si estuviera tallando el espacio mismo; una barrera de energía pura comenzó a materializarse entre Elías y Julian, una pared translúcida pero innegablemente sólida que brillaba con un resplandor azulado, casi ultravioleta; la energía que emanaba de Nathaniel era como un campo de fuerza vivo, una extensión de su voluntad que cortaba el espacio con una precisión quirúrgica: No era un simple movimiento defensivo, era una declaración de poder, cada partícula de aire parecía condensarse alrededor de su mano, obedeciéndole, transformándose en un escudo inmaterial pero increíblemente potente. Elías y Julian quedaron separados, sus miradas atravesaron la barrera como si pudieran traspasarla con la intensidad de su odio, Julian, con sus ojos oscuros brillando de una rabia contenida, parecía una bestia a punto de atacar. Elías, por su parte, mantenía una calma que era más peligrosa que cualquier amenaza abierta. Nathaniel no dijo una palabra, no necesitaba hacerlo, su presencia era suficiente para contener la tormenta que amenazaba con desatarse, su poder era un recordatorio silencioso pero demoledor de que había límites que no se podían traspasar; la energía seguía vibrando, las luces seguían parpadeando, y en ese espacio suspendido entre la provocación y la contención, el tiempo parecía haberse detenido, esperando el más mínimo cambio para desencadenar el caos. "Esto no va a resolver nada." Espetó con autoridad. "Estamos al borde de un colapso, y ninguno de nosotros puede permitirse cometer más errores." Julian bajó la guadaña lentamente, pero su mirada seguía fija en Aidan. "Esto no ha terminado." Advirtió, antes de desaparecer en un destello dorado. Nathaniel suspiró, dejando que la tensión en sus hombros se disipara un poco antes de girarse hacia Elías. "Necesitas encontrar una solución, y rápido; porque la próxima vez, puede que no lleguemos a tiempo para detenerlo." El chico no respondió, sus ojos estaban fijos en Aidan, que ahora respiraba con dificultad, con sus ojos cerrados mientras se apoyaba en él. "Te protegeré." Susurró, más para sí mismo que para Aidan. "Pase lo que pase." Añadió con un suspiro, sabía que el tiempo se estaba agotando y que su propio movimiento podría cambiarlo todo.

Capítulo 20

La decisión de Elías

El Salón de las Arenas se extendía como un vasto y silencioso mausoleo del tiempo, un espacio donde la quietud no era meramente la ausencia de sonido, sino una entidad tangible que parecía respirar por sí misma, no era un silencio pacífico ni reconfortante, sino un vacío opresivo que contenía en su interior una tensión eléctrica, como la calma que precede a una tormenta inminente; Elías avanzaba entre los cientos de relojes suspendidos, cada uno de ellos colgando como testigos mudos de un drama que estaba a punto de desencadenarse. Su mente era un laberinto de emociones contradictorias, un torbellino de pensamientos que se entrelazaban y se desgarraban, imposibles de ordenar o contener, había recorrido este salón innumerables veces a lo largo de su vida, conocía cada rincón, cada sombra, cada susurro de los mecanismos antiguos, pero en esta ocasión todo parecía diferente, como si el propio espacio hubiera sido transformado por la grieta que él mismo había abierto en el delicado equilibrio del universo; cada reloj vibraba con una energía desconocida y amenazante, no eran ya simples instrumentos para medir el paso del tiempo, sino organismos vivos que percibían el cambio inminente, sus péndulos oscilaban con una sincronía inquietante, sus agujas parecían temblar con una anticipación casi palpable, y en el epicentro de esta extraña sinfonía mecánica, el reloj de arena de Aidan brillaba con una intensidad que desafiaba toda comprensión: Era un objeto singular, más allá de lo físico, más allá de lo comprensible, sus granos de arena caían en un ritmo errático que desafiaba cualquier lógica conocida, como si cada partícula estuviera dotada de voluntad propia; cuando un grano descendía, resonaba en el pecho de Elías como un martillo, cada impacto más profundo y más intenso que el anterior, marcando un cuenta regresiva hacia un destino que aún no podía precisar. Elías se detuvo frente al reloj, su reflejo se distorsionaba por el cristal biselado, sus ojos, normalmente calculadores y fríos, ahora ardían con una mezcla de determinación y un miedo que no quería reconocer, porque sabía que el momento de tomar una decisión había llegado, una elección que no solo lo transformaría a él, sino que alteraría irremediablemente el curso de los acontecimientos que hasta ahora habían permanecido ocultos; su tiempo se agotaba, y con cada grano de arena que caía, la presión aumentaba, no era solo una decisión lo que se avecinaba, era una encrucijada que determinaría no solo su destino personal, sino posiblemente el destino de mundos enteros, y mientras permanecía inmóvil, con la mirada clavada en el reloj de arena, comprendió que ya no había marcha atrás. "Estás jugando con fuego." La voz resonó desde las sombras, profunda y cargada de una calma peligrosa. Elías giró lentamente, encontrándose con Lucian, quien lo miraba con una mezcla de desaprobación y algo que parecía preocupación. "No estoy jugando." Respondió con voz firme, pero carente del usual filo que usaba con su superior. "Estoy intentando salvarlo." Lucian avanzó, su figura alta y regia proyectaba una sombra que parecía alargarse hasta envolver a Elías, sus ojos grises estaban fijos en él, evaluándolo como si intentara descifrar cada uno de sus pensamientos. "¿Salvarlo?" Repitió, con un tono cargado de incredulidad. "¿A qué precio? Has roto las reglas, has abierto una grieta en el equilibrio... ¿Y aún crees que puedes arreglar esto?" Elías apretó los puños, sintiendo la rabia y la desesperación burbujear dentro de él. "Si no hago algo, Aidan morirá. No puedo quedarme de brazos cruzados y verlo desaparecer." Gruñó con determinación. Lucian soltó un suspiro, pero había un matiz de

frustración en su expresión que no pudo ocultar. "¿Crees que eres el primero que enfrenta una decisión como esta? ¿Que eres el único que ha amado lo suficiente como para desafiar las reglas?" Elías levantó la vista, sorprendido por la intensidad en las palabras; era raro verlo perder su habitual control, y por un momento, el aire entre ellos pareció cargarse con una electricidad que iba más allá de la conversación. "Si sabes cómo se siente..." Respondió, con su voz más baja, pero cargada de una honestidad dolorosa. "Entonces entiendes por qué no puedo detenerme." Añadió, sosteniendo su mirada; no obstante, el destello dorado que iluminó el Salón de las Arenas interrumpió la tensa calma que hasta entonces había prevalecido entre ellos, porque Julian apareció repentinamente, con su figura imponente proyectando una sombra amenazante sobre Elías, Lucian y el espacio que los rodeaba. Con su guadaña descansando sobre el hombro y una sonrisa sardónica dibujada en su rostro, representaba la personificación misma de la intimidación. "¿De verdad crees que puedes desafiar el sistema y salir ileso, Elías?" Pronunció con un sarcasmo cortante que hizo vibrar el aire.

Cada palabra destilaba desprecio, cada paso que daba hacia ellos era deliberado y calculado, como un depredador acechando a su presa. "Todo este teatro... por un simple mortal. Es patético." La reacción de Elías fue inmediata: Con los dientes apretados y una determinación que irradiaba desde cada poro de su ser, se interpuso entre Julian y el reloj de arena de Aidan. "Vete." Espetó, su voz fue un látigo de contención. La risa del chico rubio fue una carcajada desprovista de humor, un sonido que más parecía un gruñido. "¿Irme?" Replicó con desdén. "No. Esto ha ido demasiado lejos, y si el jefe aquí presente no tiene las agallas para detenerte, entonces lo haré yo." Lucian intervino entonces, con su voz cortante como el filo de una hoja de obsidiana. "Julian, esto no es el momento." Pero el joven no estaba dispuesto a ser silenciado, porque con una mirada acusadora que parecía querer atravesar a Lucian, se mofó: "Oh, por favor. ¿Vas a seguir protegiéndolo? Todos sabemos por qué lo haces: No es por el equilibrio, es por él." La tensión en la habitación se volvió casi física, un campo de energía que amenazaba con estallar en cualquier instante. Lucian avanzó hacia Julian, su postura se mostró rígida y amenazante. "Cuidado con tus palabras." Advirtió con un tono bajo, pero peligrosamente controlado. "¿Por qué?" Julian replicó, inclinándose hacia él con una sonrisa que no llegaba a sus ojos. "¿Porque estoy diciendo la verdad? Todos lo sabemos, lo has protegido desde el principio porque no puedes soportar perderlo, porque tú también..." Un ruido interrumpió el enfrentamiento, una voz que hizo temblar hasta los cimientos del Salón. "¡Basta!" Nathaniel apareció entre ellos, con su presencia irradiando una calma forzada que contrastaba violentamente con la tensión del momento. "Esto no nos llevará a ninguna parte." Declaró con voz controlada. "El equilibrio está al borde del colapso, y ustedes están aquí peleando como niños." Elías se giró hacia él, y la frustración y la desesperación pugnando por emerger de su interior. "Entonces dime. ¿Qué debo hacer? ¿Dejar que Aidan muera?" Gruñó, con una mezcla de rabia y dolor. Nathaniel lo observó con una expresión neutral, aunque un destello de empatía atravesó momentáneamente sus ojos. "No puedo darte la respuesta que quieres." Respondió. "Pero te advierto: Cada acción tiene un costo, y las reglas existen por una razón." Elías arrugó la nariz. "¿Las reglas?" Repitió con una amargura que lo consumía. "¿Las reglas que me obligan a quedarme de brazos cruzados, mientras él sufre, mientras su tiempo se agota? No puedo... no voy a hacerlo." El silencio que siguió fue denso, pesado, roto únicamente por el girar metódico de los relojes de arena suspendidos. Lucian, que había permanecido en silencio hasta entonces, habló con una gravedad que parecía contener el peso de los mundos. "Si haces esto." Advirtió. "No habrá vuelta atrás, porque no solo pondrás en peligro tu propia existencia, sino también la de Aidan y todo el sistema que mantenemos." La mirada de Elías, endurecida por una determinación inquebrantable,

respondió sin titubear: "Entonces no tengo elección." Con una determinación que trascendía cualquier advertencia o límite establecido, avanzó hacia el reloj de Aidan.

Sus pasos eran firmes, pero la tensión nerviosa se manifestaba en el ligero temblor de sus manos, que revelaba la profundidad de lo que estaba a punto de realizar, a medida que se acercaba, pudo percibir la energía del artefacto, una fuerza pulsante que parecía respirar, como si el reloj fuera un ente vivo con su propia conciencia y voluntad. "Elías." Lucian habló con un tono desprovisto de la dureza anterior, transformándose en un susurro casi suplicante; había en su tono un ruego desesperado, una última tentativa de disuadirlo del camino que estaba a punto de emprender. "Ya he pensado demasiado." El chico le respondió, con voz serena pero implacable. Entonces, sin vacilación, colocó sus manos sobre el cristal brillante del reloj, consciente de que este contacto marcaría un punto de no retorno, y en el instante mismo del contacto, una ola de energía oscura barrió el Salón de las Arenas como un tsunami de sombras. Los cientos de relojes suspendidos comenzaron a temblar, sus mecanismos vibraron con una intensidad que parecía amenazar con hacerlos estallar; las sombras en las esquinas de la habitación se retorcieron como si fueran criaturas vivas, adoptando formas amenazantes y fluidas que danzaban al ritmo de la energía desatada. Elías cerró los ojos, consciente del peso descomunal de su decisión, porque podía sentir la resistencia del universo mismo, la fuerza de un sistema que intentaba contenerlo, pero no se detuvo: Su voluntad era más fuerte que cualquier barrera física o metafísica. Cuando sus ojos se abrieron de nuevo, el cristal del reloj comenzó a agrietarse, y no fue un proceso gradual, sino una fragmentación violenta y hermosa a la vez, ya que de las fracturas comenzó a manar una luz azul profundo, de un tono tan intenso que parecía destilar la esencia misma del tiempo, el resplandor invadió la habitación, creando un ambiente hipnótico donde la realidad parecía volverse líquida y maleable. "¡Elías, maldición, detente!" Nathaniel exigió, avanzando con la intención de interrumpir el ritual. Sin embargo, una fuerza invisible lo empujó hacia atrás, como si una barrera intangible pero infranqueable lo contuviera. "Es demasiado tarde." Julian murmuró, con una voz reducida a un susurro que contenía una mezcla de fascinación y terror. "Perdió la razón." Agregó. Entonces, en un momento de absoluta intensidad, el reloj explotó, y no fue una explosión destructiva, sino una implosión de luz y sombra que se expandió como una onda expansiva, consumiendo todo a su alrededor. El Salón de las Arenas quedó sumido en una oscuridad total, en una negrura que parecía contener todos los secretos y todas las posibilidades del universo, y cuando la luz se desvaneció, solo quedó el silencio; un silencio que lo contenía todo: Esperanza, miedo, posibilidades infinitas y la certeza de que nada volvería a ser igual. Entonces cuando la luz y la sombra finalmente se disiparon, el Salón de las Arenas quedó sumido en un silencio antinatural, los relojes flotantes giraban lentamente en el aire, algunos con grietas en su cristal, y una energía residual latía en el ambiente, como un eco de lo que acababa de suceder, Elías se tambaleó hacia atrás, sus manos temblaban mientras el peso de lo que había hecho comenzaba a asentarse en su mente, porque podía sentir que algo había cambiado, algo que iba más allá de lo visible.

"Elías, carajo..." La voz de Lucian, normalmente firme, ahora estaba teñida de algo raro en él: Vulnerabilidad. El muchacho levantó la vista hacia su superior, pero los ojos de Lucian no estaban fijos en él, sino en un punto más allá, en el centro del Salón, por lo que Elías giró lentamente, y su corazón pareció detenerse: Allí, donde antes no había nada, estaba Aidan. Maldición. No obstante, este no era el Aidan que había dejado en el mundo humano, ya que su figura estaba envuelta en un tenue resplandor azul, y sus ojos, antes tan humanos y cálidos, brillaban intensamente con el mismo tono, como si un fragmento de Sombralia hubiera

encontrado hogar en su interior. "Aidan." Elías susurró, dando un paso hacia él. El muchacho parecía confundido al principio, sus ojos recorrieron el espacio que lo rodeaba, luego sus manos se alzaron hacia su rostro, tocando su piel como si intentara confirmar que aún estaba ahí; y cuando sus ojos se encontraron con los de Elías, algo en su expresión cambió: Había reconocimiento, sí, pero también algo más, una intensidad nueva, una comprensión que no había estado allí antes. "¿Dónde estoy?" Preguntó, su voz resonó con un timbre que no era completamente suyo, como si otra presencia hablara a través de él. Elías se acercó rápidamente, pero Nathaniel apareció entre ellos, levantando una mano como una barrera. "No lo toques." Advirtió con tono firme. "¿Qué estás diciendo?" Replicó, con el pánico empezando a filtrarse en su voz. "Es Aidan, y está aquí porque yo lo traje: necesita mi ayuda." Nathaniel sacudió la cabeza. "No." Habló con los ojos clavados en Aidan. "Ya no es solo Aidan." Añadió lentamente. El muchacho mencionado frunció el ceño, con su mirada alternando entre Elías y Nathaniel. "¿Qué demonios significa eso?" Su tono fue desafiante, pero también había un matiz de miedo en su voz. Nathaniel lo miró con gravedad. "La grieta en el reloj te ha cambiado, no eres completamente humano, pero tampoco perteneces a Sombralia. Eres algo... nuevo. Algo que no debería existir." Tsk, Elías sacudió la cabeza, negándose a aceptar lo que escuchaba. "Eso no importa, sigue siendo él, sigue siendo Aidan." Remarcó, observándolo. "¿Y si no lo es?" La voz de Julian cortó el aire como una hoja afilada, había estado observando desde las sombras, pero ahora dio un paso adelante, su guadaña dorada brillaba débilmente bajo la luz espectral del Salón. "Julian." Lucian le advirtió, pero éste lo ignoró. "¿Qué pasará ahora?" Continuó con sus ojos fijos en Aidan. "Si no pertenece a ningún plano, ¿Qué significa eso para el equilibrio? ¿Cuántas reglas más estás dispuesto a romper Elías, solo para mantenerlo aquí?" Elías apretó los puños, poniéndose entre Julian y Aidan. "Lo que sea que signifique, no te incumbe. No permitiré que le hagas daño." Aidan, que había permanecido en silencio mientras la discusión escalaba, finalmente alzó la voz. "¡Ya basta!" La fuerza de su voz hizo eco en el Salón, una onda de energía azul se extendió desde él, haciendo que los relojes vibraran y las sombras retrocedieran; entonces rápidamente todos se giraron hacia él, sorprendidos por el poder que emanaba de su presencia. "Estoy aquí, y claramente algo ha cambiado." Espetó con su mirada fija en Nathaniel. "Pero si mi existencia está causando tanto problema, entonces díganme qué puedo hacer para arreglarlo. No voy a quedarme aquí parado mientras discuten sobre mi vida como si no fuera mía." Nathaniel lo observó por un largo momento, con una expresión impenetrable. Luego, finalmente, habló: "Eso es lo que ahora debemos descubrir, pero una cosa es clara: Tu conexión con Sombralia y el mundo humano ahora es diferente. Si no aprendemos a controlarla, podría desestabilizar ambos planos." Elías dio un paso hacia Aidan, esta vez sin que Nathaniel lo detuviera. "No importa lo que haya cambiado, estaré contigo, juntos encontraremos la manera." Aidan lo miró, y por un momento, la tensión en su rostro se suavizó, por lo que asintió lentamente, aunque sus ojos seguían brillando con esa luz azul que parecía ajena a todo lo que había sido antes. "Cariño espero que tengas razón, porque todos te están mirando feo aquí." Dijo en voz baja, solo para que él escuchara. Desde la distancia, Lucian y Julian observaban la escena, con sus propias tensiones quedando en segundo plano por el momento. "Esto no ha terminado." Julian murmuró entre dientes, sin apartar los ojos de ellos. "No." Lucian refutó en un tono igualmente bajo. "Esto apenas comienza." Y mientras el grupo intentaba procesar lo sucedido, una grieta tenue apareció en el techo del Salón, dejando escapar un resplandor oscuro y pulsante. Nathaniel, mirando hacia arriba con una mezcla de preocupación y resolución, susurró en voz baja: "El equilibrio ha cambiado, y esto es solo el principio."

Capítulo 21

El umbral del caos

El Salón de las Arenas era un espacio liminal, un umbral entre lo real y lo imaginario donde el tiempo parecía perder toda realidad, la penumbra no era una simple ausencia de luz, sino una entidad orgánica, respirante, que se expandía y se contraía como un pulmón cósmico, las paredes, construidas con un material indescifrable, parecían estar hechas de sombras comprimidas, de memorias olvidadas, los relojes, antiguos y misteriosos que no marcaban el tiempo de una manera convencional; sus agujas se movían en espirales irregulares, a veces hacia atrás, otras suspendidas en un instante eterno, cada grano de arena que caía sonaba como un susurro apocalíptico, como el latido de un corazón dimensional que anunciaba la inminencia de un cambio radical. Elías permanecía inmóvil observando lo que hizo, pero su inmovilidad era solo aparente, porque en su interior, algo que creía muerto desde hacía siglos había despertado: Su corazón. Un órgano que había sido poco más que un recuerdo fragmentado, una reliquia de su existencia humana, ahora latía con una intensidad que amenazaba con desgarrarlo desde adentro, cada pulsación era un recordatorio de su vulnerabilidad, de algo que había sido enterrado bajo capas de oscuridad y poder; frente a él, Aidan no era ya la figura humana que alguna vez conoció; su cuerpo estaba envuelto en un resplandor azul que no provenía de ninguna fuente externa, sino que parecía brotar directamente de Sombralia, ese reino entre realidades, era como una luminosidad que no iluminaba, sino que revelaba, que atravesaba los velos de la percepción ordinaria. Cielos, Aidan había trascendido la simple condición humana, y no era un ser liminal, ya que era la personificación misma del límite, la cual representaba una anomalía ontológica, una criatura que desafiaba no solo las leyes naturales, sino la comprensión misma de lo que significaba existir: Su presencia era una contradicción andante, un error en el código fundamental del universo. Sus ojos, ahora completamente transformados, no lo miraban, lo atravesaban, eran ventanas a dimensiones que ningún ser consciente podía comprender sin volverse inmediatamente insano; en ellos se reflejaban eones de conocimiento, fragmentos de realidades paralelas, verdades que harían enloquecer a cualquier mente finita; Elías comprendió en ese momento que lo que estaba frente a él no era un enemigo, ni siquiera un ser, era un acontecimiento, una convergencia de posibilidades imposibles que desafiaría todo lo que él creía conocer sobre la existencia misma. Ugh, el Salón de las Arenas seguía respirando, los relojes seguían desintegrando el tiempo, y entre él y Aidan, el universo contenía la respiración, esperando. "¿Crees que esto puede detenerse?" La voz de Aidan rompió el silencio, baja pero clara, como si temiera perturbar la frágil realidad que los rodeaba, su mirada, cargada de cansancio, buscó la de Elías, suplicante pero también decidida. El muchacho a su lado tragó saliva, sintiendo la punzada de la culpa en su pecho. "Lo que sea que necesite hacerse, lo haré." Respondió con firmeza, aunque la duda pesaba en cada una de sus palabras. Nathaniel, de pie a una distancia prudente, los observaba con sus ojos afilados y atentos, como un juez que evalúa el desenlace de un juicio inevitable. "No será tan sencillo." Elías se giró hacia él, sus ojos oscuros fulguraron con una mezcla de desafío y desesperación. "¿Por qué no? Si este sistema está dispuesto a sacrificarlo, entonces no me importa lo que tenga que romper para mantenerlo a salvo." Dijo con convicción. Nathaniel no respondió de inmediato, había algo en su mirada, un

destello de empatía mezclado con resignación, y sus palabras, cuando finalmente llegaron, cayeron como un martillo: "El vínculo que has creado no puede deshacerse sin consecuencias. Ni para él, ni para ti: Ambos son parte del desequilibrio ahora." El silencio que siguió fue pesado, opresivo. Aidan permaneció en su lugar observándolos a ambos, su resplandor oscilaba ligeramente como si respondiera a la tensión en el aire.

"Por fin lo admites, guardián de pacotilla." La voz de Julian resonó desde las sombras, cortante y cargada de sarcasmo, su figura emergió de la penumbra con una fluidez casi depredadora, con su guadaña dorada descansando sobre su hombro como si fuera una extensión de sí mismo; había algo inquietante en su sonrisa sardónica, algo que provocó que el resplandor de Aidan titilara levemente. "Admito lo necesario." Nathaniel respondió, manteniendo su postura serena. "Aunque parece que prefieres provocar en lugar de buscar una solución." Añadió. Julian ignoró el comentario, sus ojos estaban fijos en Aidan. "¿Cómo se siente ser el epicentro de una posible catástrofe? Debes sentirte especial." Espetó con ojos brillantes. Aidan no apartó la mirada, aunque su postura se tensó ligeramente. "Me siento confundido." Admitió, con una honestidad que descolocó al chico rubio. "Pero no necesito tus comentarios para empeorarlo." Agregó. Julian dejó escapar una risa breve, seca. "Directo al grano, me gusta." Siseó. Lucian quien también se había mantenido al margen, apareció entonces, con su presencia llenando el espacio con una autoridad que exigía atención, y su mirada helada se fijó en Julian. "Esto no es un espectáculo." Señaló seriamente. "No me digas, ¿No lo es?" Julian replicó al instante, girándose hacia él con una ceja alzada. "Porque parece que todos estamos aquí esperando ver qué sucede con el querido Aidan, mientras Sombralia se desmorona." Agregó con voz pesada. Elías dio un paso al frente, su voz fue como un látigo de contención. "Si no vas a ayudar, sal de aquí." Gruñó. Tsk, Julian lo miró. "¿Ayudar?" Inclino la cabeza, su mirada fue ácida. "Oh, claro. Ayudar a proteger al humano que está alterando todo el sistema. ¡Qué gran idea!" Exclamó con risa que no sentía. Lucian extendió una mano y tomó su brazo con fuerza, obligándolo a retroceder un paso. "Deja de hablar." Le ordenó con voz baja, pero cargada de una autoridad inquebrantable. El intercambio dejó una atmósfera cargada de tensión, pero también reveló algo más: Un destello fugaz de emoción en los ojos de Julian mientras miraba a Lucian, era una mezcla de frustración y algo más profundo, algo que parecía resistirse a ser nombrado. A su vez, Elías lamió sus labios y mientras la discusión entre los demás continuaba, tomó la mano de Aidan y lo guió hacia un rincón más alejado del Salón, el resplandor azul que emanaba del chico bañó sus manos entrelazadas con una luz suave, casi cálida. "¿Cómo te sientes realmente?" Le preguntó con voz suave, pero cargada de preocupación. Aidan miró sus manos unidas, como si intentara descifrar algo en el contacto. "Extraño." Respondió. "Es como si mi cuerpo estuviera aquí, pero mi mente estuviera... en todas partes. Veo cosas que no entiendo, siento cosas que no puedo explicar." Exhaló. Elías apretó su mano con más fuerza, como si pudiera anclarlo a la realidad. "Voy a arreglar esto, lo prometo." Indicó en un susurro. Aidan sonrió. "No necesitas prometerme nada." Levantó la mirada cabizbaja de Elías, y lo observó con ese brillo azul en sus ojos, esa intensidad que tanto le fascinaba. "Solo quédate conmigo, eso es todo lo que necesito." Elías no respondió con palabras, en cambio, levantó una mano y enmarcó el rostro de Aidan con delicadeza, sus dedos rozaron su piel cálida, y por un momento, todo lo demás desapareció; cuando sus labios se encontraron, fue como si el tiempo mismo se detuviera, no fue un beso apresurado ni desesperado; fue lento, profundo, cargado con una mezcla de amor, anhelo y una promesa silenciosa; Aidan sonrió en el beso, pero respondió de inmediato, ya que sus manos se movieron hasta la cintura de Elías, atrayéndolo aún más cerca. Por un instante, el caos del Salón se desvaneció, no había grietas, ni sombras, ni amenazas: Solo ellos dos, perdidos en un universo

que parecía existir únicamente para ellos. Cuando finalmente se separaron, ambos respiraron con dificultad. "Me gusta cuando tomas la iniciativa." Aidan susurró solo para ellos, y Elías mantuvo su frente apoyada contra la del muchacho, cerrando los ojos mientras murmuraba: "No voy a dejar que te pierdas aquí." Aidan sonrió suavemente, su resplandor azul se intensificó. "Lo sé." Lo abrazó apretado, e hizo una mueca cuando Nathaniel se acercó con pasos firmes, rompiendo la burbuja de tranquilidad que habían creado. Su rostro, normalmente sereno, estaba marcado por una urgencia inusual. "Elías, Aidan.... Chicos..." Comenzó, con tono grave. "La grieta se está expandiendo, y está atrayendo algo... que no debería estar aquí." Antes de que pudiera explicar más, un rugido profundo resonó en el Salón, haciendo temblar los relojes suspendidos, y una figura oscura emergió de las sombras, más grande y definida que cualquier otra que hubieran enfrentado antes. Maldición, Lucian y Julian reaccionaron al unísono, colocándose en posición defensiva, pero incluso ellos parecían dudar, porque la criatura, con ojos rojos brillantes y una forma que desafiaba toda lógica avanzó lentamente, con su atención fija en Aidan. "Esto no es solo una grieta." Dijo Nathaniel, retrocediendo un paso. "Es algo más... y quiere a Aidan." Elías apretó la mano del chico, colocándose frente a él como un escudo, y su voz llena de una determinación implacable, resonó en el espacio. "No lo tendrás."

La criatura espeluznante emergió de las sombras, y el suelo del Salón de las Arenas se estremeció con un temblor ancestral, como si el mismo recinto pétreo sintiera el peso de su presencia infernal; su forma era una pesadilla en constante metamorfosis, un borrón de contornos difusos que se retorció y se transformaba sin cesar, como si la materia misma de su cuerpo fuera incapaz de mantener una identidad definida, era un lienzo viviente de oscuridad, donde las sombras danzaban y se entrelazaban en una coreografía de horror: Sus ojos, dos orbes escarlata que latían con un pulso sobrenatural, ardían como brasas infernales, clavándose directamente en Aidan con una intensidad que trascendía lo físico, parecían atravesar no solo su cuerpo, sino su mismo ser, ignorando cuanto lo rodeaba, como si el universo entero se hubiera reducido a ese único punto de contacto visual. Elías sintió la energía oscura que emanaba del ser, una corriente espesa y opresiva que parecía succionar la vida misma del aire, dejando tras de sí un vacío gélido y asfixiante; entonces, instintivamente, apretó la mano de Aidan con una fuerza que denotaba tanto su terror como su determinación, como si ese simple contacto pudiera erigirse como un escudo contra la abrasadora y penetrante mirada que amenazaba con consumirlos. "Elías..." La voz del chico a su lado era apenas un susurro, cargada de un miedo que no podía ocultar del todo. "No temas." Le respondió, con un tono que intentaba ser tranquilizador, aunque él mismo sentía el nudo de la incertidumbre apretándose en su pecho. En eso Lucian avanzó lentamente, y su presencia fue tan imponente como la de la criatura misma. "Esto no es una simple aberración del equilibrio." Habló, resonando con autoridad. "Es una manifestación del colapso. Maldición, si no actuamos ahora, consumiré todo." Julian, sin embargo, no se detuvo en palabras, y con un movimiento rápido y elegante, hizo girar su guadaña dorada con el filo brillando con una intensidad que cortó la penumbra del Salón. "¿Qué estamos esperando? Si quiere al humano, que pase sobre mi cadáver primero." Escupió con labios torcidos. "¡Julian, no!" Lucian extendió una mano hacia él, pero ya era demasiado tarde. El segador rubio, con la gracia de un relámpago y la precisión de un verdugo celestial, lanzó su ataque: La guadaña, una extensión de su voluntad, trazó un arco de luz acerada en el aire, cortando el espacio con un silbido que prometía muerte instantánea, su hoja reflejaba un brillo espectral, como si condensara en su filo la esencia misma de la destrucción. Sin embargo, antes de que el arma pudiera rozar siquiera la superficie de la criatura, esta se desintegró en un remolino de sombras fluidas, como tinta negra dispersándose bajo el agua, y su evasión fue más que un simple movimiento; fue una burla, un despliegue de

desprecio sobrenatural que hacía que el ataque más preciso pareciera torpe y primitivo; la criatura se deslizaba entre la realidad y la oscuridad con una gracia que resultaba más que insultante, era casi obscena. La energía liberada por el ataque frustrado chocó contra las paredes del Salón de las Arenas con una violencia descomunal, los antiguos muros temblaron, y los relojes que colgaban de ellos vibraron como si fueran hojas en medio de una tormenta, sus mecanismos internos repiquetearon en una sinfonía de caos metálico; luego un estruendo ensordecedor estalló, expandiéndose como una onda de choque que parecía querer desgarrar el mismo tejido de la realidad, llenando cada rincón del espacio con su rugido atronador. "¡Imbécil!" Lucian gruñó, cerrando la distancia entre ellos y agarrando a Julian por el brazo. "¿Quieres empeorar esto?" Preguntó con un chasquido de lengua. "¡Al menos estoy haciendo algo!" El chico replicó, sacudiéndose de su agarre, su mirada era un fuego de desafío que solo se intensificaba con la presencia de Lucian. Nathaniel, manteniéndose a una distancia prudente de ellos, observaba la escena con una expresión que mezclaba frustración y cansancio. "Esto no es el momento para disputas personales." Intervino, con tono cortante. "La grieta ya está fuera de control, y esa cosa no está aquí solo por Aidan: Es una advertencia de que el equilibrio está al borde del colapso." Agregó con un soplo.

Mientras las palabras chocaban entre sí como espadas invisibles, Aidan dio un paso adelante, su movimiento fue más que un simple desplazamiento físico: Fue un desafío, una declaración silenciosa que reverberó en el ambiente. El resplandor azul que lo envolvía no simplemente se intensificó, sino que estalló en una aureola de energía luminiscente, como si una constelación hubiera decidido condensarse alrededor de su cuerpo, los tonos añiles y celestes danzaban y palpitaban con una vida propia, tejiendo un aura de poder que parecía desafiar las leyes mismas de la naturaleza. La criatura, en su forma de sombra indescifrable, pareció congelarse ante tal manifestación, su contorno oscuro onduló, no como un movimiento deliberado, sino como una reacción orgánica, como si cada partícula de su ser respondiera a la transformación de Aidan, fue como observar una masa de tinta negra estremecerse bajo la luz de un relámpago, con sus bordes indefinidos temblando, contrayéndose y expansionándose en un baile de incertidumbre y asombro. Un silencio tenso se instaló en el Salón de las Arenas, preñado de una electricidad casi palpable, mientras la luz azul de Aidan y la oscuridad de la criatura parecían librar una batalla que iba más allá de lo visible. "Aidan, no..." Elías espetó, colocando una mano en su hombro, pero el humano no se detuvo. "Déjame intentarlo." Dijo con una firmeza que sorprendió a todos, luego levantó una mano, un gesto aparentemente simple que sin embargo contenía una autoridad primordial, porque del resplandor azul que lo envolvía comenzó a emerger una vibración, más que musical: Era como una sinfonía antigua, una frecuencia que parecía surgir de los intersticios mismos de la realidad, era un sonido que no se escuchaba tanto como se sentía, una nota que atravesaba los muros, las piedras y los huesos, resonando en lo más profundo del Salón de las Arenas como un eco de un lenguaje olvidado. Los relojes, que hasta ese momento habían temblado bajo el peso opresivo de la criatura, como autómatas aterrorizados comenzaron a calmarse, sus agujas, antes erráticas y frenéticas, retomaron un movimiento rítmico, lento y preciso, como si despertaran de una pesadilla colectiva; de hecho, el tiempo mismo pareció recomponerse, encontrando su pulso original bajo el influjo de aquella vibración azulada. Entonces, la criatura retrocedió, apenas en un fragmento de sombra, como si el poder de Aidan la repeliera, y no fue una retirada completa, sino un repliegue estratégico, un reconocimiento silencioso de una fuerza que la superaba; sus ojos rojos, antes ardientes como brasas infernales, se estrecharon hasta convertirse en rendijas de fuego, concentrando en esa mirada toda su rabia contenida: Un instante de suspensión absoluta se extendió por el espacio. Fue como si todo el

Salón contuviera la respiración, como si cada piedra, cada sombra, cada partícula de polvo esperara, conteniendo el aliento, el desenlace de aquel enfrentamiento entre luz y oscuridad, el tiempo pareció dilatarse, convertirse en algo casi táctil, mientras Aidan y la criatura permanecían inmóviles, midiendo sus fuerzas en un duelo que iba más allá de lo físico. "¿Qué demonios está haciendo?" Julian irrumpió, observando con una mezcla de fascinación y alarma. Nathaniel entrecerró los ojos, tenía una expresión cargada de una mezcla de reconocimiento y preocupación. "Está intentando conectar con ella, su vínculo con el desequilibrio le permite sentirla, quizás incluso influir en ella." Susurró lentamente. "¿Y si falla?" Lucian preguntó con tono gélido, pero el guardián no respondió. La tensión en el aire era insoportable, pero Elías no podía quedarse inmóvil mientras Aidan enfrentaba solo aquella abominación; así que dio un paso adelante, colocándose junto a él, y con un movimiento decidido, extendió sus manos. Entonces, de la oscuridad a su alrededor surgieron sombras que se alzaron como alas, envolviendo a ambos en un capullo protector. "Vamos a enfrentarnos a esto." Susurró con determinación. "Lo haremos juntos." Añadió con decisión. La criatura lanzó un rugido ensordecedor, como si respondiera al desafío, sus sombras se arremolinaron, preparándose para atacar, pero Elías mantuvo su posición, con su poder convergiendo con el resplandor azul de Aidan, y cuando la criatura finalmente avanzó, una explosión de energía los envolvió a todos, lanzándolos hacia atrás y llenando el Salón de las Arenas con una luz cegadora. Cuando la luz se disipó, el Salón quedó en un silencio sepulcral, porque la criatura había desaparecido, pero el aire seguía cargado con una energía inquietante. Aidan respiraba con dificultad, su cuerpo se tambaleaba por el esfuerzo, así que Elías lo sostuvo, y sus brazos lo envolvieron con cuidado mientras lo ayudaba a mantenerse de pie. "¿Estás bien?" Susurró, con su voz llena de preocupación. Aidan asintió lentamente, aunque sus ojos seguían brillando con esa intensidad azul que desafiaba toda lógica. "Estoy bien... creo." Murmuró, pero sus palabras no convencieron del todo a Elías. Nathaniel, con la mirada fija en el espacio donde la criatura había desaparecido, se acercó con pasos cautelosos. "Esto no es una victoria." Dijo con gravedad, con sus palabras cayendo como un peso en el aire. "No hemos contenido la grieta, solo hemos aplazado lo inevitable." Resopló. Elías alzó la vista hacia él, su expresión y su voz se endurecieron por la determinación. "Entonces, ¿Qué hacemos ahora?" Antes de que Nathaniel pudiera responder, el suelo bajo sus pies comenzó a vibrar nuevamente, pero esta vez no era la criatura regresando, sino algo más profundo, más antiguo, como si el mismo Salón de las Arenas estuviera protestando por las acciones recientes. "Esto no es normal." Lucian espetó, con su mirada afilada recorriendo el espacio mientras los relojes de arena comenzaban a girar sobre sí mismos, con sus mecanismos emitiendo un ruido chirriante que perforaba el aire. Julian, que había permanecido más cerca de las sombras, frunció el ceño y avanzó hacia el centro del Salón. "¿Qué demonios está pasando ahora?" Exhaló, y de repente, el reloj de arena de Aidan comenzó a brillar intensamente, emitiendo un pulso de luz azul que llenó el espacio; la energía era tan intensa que todos tuvieron que cubrirse los ojos, y cuando finalmente el resplandor disminuyó, el reloj ya no estaba. "¡El reloj!" Elías exclamó, dando un paso hacia el lugar donde había estado, pero solo encontró vacío. "No ha desaparecido." Nathaniel habló en voz baja, pero cargada de significado. "Se ha trasladado... al plano del desequilibrio." Tragó saliva. "¿Qué significa eso?" Aidan preguntó con un tono sacudido. Nathaniel giró hacia él, tenía el rostro sombrío. "Significa que el tiempo de Aidan ya no está ligado a Sombralia ni al mundo humano: Está en un estado inestable... y si no hacemos algo rápido, él también podría desvanecerse." Las palabras apenas habían salido de su boca cuando el resplandor azul que rodeaba a Aidan comenzó a intensificarse, parpadeando de manera errática, como si estuviera siendo arrastrado por una fuerza invisible. "¡Elías!" El muchacho gritó, extendiendo una mano hacia él, con un

tono de voz cargado de pánico. Entonces y sin pensarlo ni un mero segundo, Elías lo tomó por la muñeca, sus ojos oscuros ardieron con una mezcla de desesperación y determinación. "No voy a dejar que te vayas." Dijo entre dientes, apretando su agarre mientras una corriente de energía comenzaba a envolverlos a ambos; el suelo bajo ellos se quebró, dejando escapar una luz azul oscura que se extendió como un abismo pulsante: La grieta estaba viva, crecía rápidamente reclamando todo a su paso. Lucian avanzó, con su rostro endurecido mientras trataba de llegar a ellos. "¡Elías, suéltalo! Si caes con él, no habrá forma de traerlos de vuelta." Advirtió con agitación. Pero el chico no obedeció: "¡No lo entiendes!" Le gritó con voz llena de furia y dolor. "Sin él, no hay nada que traer de vuelta." Tragó cuando la grieta se expandió de golpe, envolviendo a Aidan en un destello cegador, y justo antes de desaparecer por completo, la voz de Aidan resonó en el Salón, cargada de una desesperación que hizo eco en las sombras: "¡Elías, confía en mí!" Luego de eso vino el silencio. Entonces, cuando la luz finalmente se disipó, Aidan ya no estaba y la grieta había desaparecido junto con él, dejando tras de sí un vacío que parecía devorar el aire mismo. Elías permaneció inmóvil, con la mano extendida hacia el lugar donde Aidan había estado, con su cuerpo temblando por la impotencia. Nathaniel rompió el silencio, con su tono bajo y solemne de siempre: "La grieta lo ha reclamado... y si no hacemos algo pronto, él no será lo único que perderemos." Lucian cerró los ojos, su rostro se endureció aún más. "Esto ya no es solo sobre el equilibrio." Murmuró. "Esto es sobre el fin de todo." Exhaló, y mientras el Salón volvía a sumirse en el opresivo susurro de los relojes, Elías juró en silencio que haría cualquier cosa para traer de vuelta a Aidan, incluso si eso significaba enfrentarse a las mismas malditas y jodidas fuerzas que mantenían el universo unido.

Capítulo 22

La puerta del desequilibrio

El Salón de las Arenas temblaba como un organismo herido, sus sombras palpitaban con una consciencia espectral tras la explosión de energía que lo había desgarrado, y los relojes flotaban en una danza macabra y errática, con sus cristales agrietados dejando escapar granos de arena que se derramaban en el vacío como lágrimas de estrellas moribundas; el silencio no era una ausencia, sino una presencia tangible, un vacío preñado de destrucción inminente que parecía respirar con una voluntad propia de aniquilación. Elías permanecía arrodillado en el epicentro del caos, su silueta estaba quebrantada pero no doblegada; su mano, extendida hacia el infinito, seguía aferrándose a la fantasma de Aidan, como si la pura intensidad de su voluntad pudiera rescatarlo de los intersticios de la realidad, su rostro, tallado en una máscara de dolor contenido, era un lienzo de desesperación; sin embargo, sus ojos, profundos como abismos oscuros, ardían con una determinación capaz de desafiar las leyes más fundamentales del universo. Nathaniel, el Guardián del Equilibrio, se mantenía cerca, su figura era una estatua de calma calculada que contrastaba con la tormenta emocional de Elías. Su voz, cuando habló, fue un susurro cortante como un filo de navaja: "Este lugar está muriendo Elías, y tú eres parte de su sentencia de muerte." El muchacho levantó la mirada, con un movimiento lento como si arrastrara el peso de mundos rotos; y sus pupilas, dos pozos de intensidad líquida, se clavaron en Nathaniel con una ferocidad que hacía palidecer cualquier amenaza. "Que se derrumbe entonces." Dijo, con un eco de rocas desplomándose. "No voy a abandonarlo, no voy a dejarlo perdido en la nada." Gruñó. Nathaniel cerró los ojos brevemente, como si la paciencia lo abandonara por un instante. "Elías, entiéndelo, la grieta no es solo una conexión rota entre planos: Es un vórtice que consume lo que toca. Aidan no está simplemente desaparecido; ha sido absorbido por el núcleo del desequilibrio, y si sigues actuando impulsivamente, ambos podrían quedar atrapados para siempre." Advirtió seriamente. El muchacho en el piso se puso de pie de golpe, entonces le refutó: "Prefiero estar atrapado con él que dejarlo solo." Chasqueó la lengua. "Esa es la respuesta más egoísta que podrías dar." Nathaniel le rebatió con frialdad, aunque había un destello de empatía en sus ojos. "¿Egoísta?" La risa de Elías fue amarga. "¿Es egoísmo querer salvar a la persona que amas? ¿Es egoísmo desobedecer malditas reglas que solo nos convierten en herramientas sin alma?" Siseó. Nathaniel abrió la boca para responder, pero fue interrumpido por una voz familiar y molesta que resonó desde las sombras: "Vaya, vaya, pero si no es nuestro querido mártir, proclamando su amor eterno mientras el mundo se desmorona." Julian emergió del borde del Salón, con su guadaña descansando despreocupadamente sobre su hombro; su sonrisa sardónica no encajaba del todo con la tensión en sus ojos, que se clavaron brevemente en Lucian antes de volver a Elías. "Julian, si has venido a empeorar la situación, te sugiero que te vayas a la mierda." Elías escupió, sus manos se cerraron en puños. "¿Y dejar pasar la oportunidad de ver cómo el gran Elías pierde el control? Ni lo sueñes." Le respondió, aunque había algo en su tono que sonaba forzado. Lucian apareció detrás de él, con su porte imponente silenciando momentáneamente las palabras del rubio. "Esto no es un espectáculo, Julian." Dijo con frialdad, luego su mirada se desvió hacia Elías. "Necesitamos claridad, no caos." Añadió. "Lo que necesitamos es actuar." El chico aludido le contestó con dureza, avanzando hacia él. "Tú sabes cómo llegar al núcleo: Dime

cómo abrir la maldita puerta." Demandó con ojos brillantes, llenos de determinación. Lucian permaneció inmóvil, su expresión era indescifrable. Finalmente, habló con una voz pesada: "Abrir esa puerta no es algo que deba hacerse a la ligera. La última vez que un segador intentó entrar al núcleo, fue consumido por completo, y ni siquiera su esencia quedó intacta." Elías siseó. "Eso no me detendrá." Su tono fue cortante. "No me importa lo que cueste, no voy a dejarlo allí."

La tensión en el Salón de las Arenas, hasta entonces contenida como un resorte a punto de explotar, se quebró con el sonido de unos pasos que resonaron con una precisión casi musical: Caleb emergió de entre las sombras, con su presencia transformando instantáneamente el ambiente. Su rostro, que habitualmente irradiaba una despreocupación juvenil y traviesa, ahora estaba modelado en líneas de una seriedad inesperada, pero incluso en medio de aquella gravedad, una chispa de calidez seguía ardiendo en sus ojos, como un rescoldo de fuego que se negaba a extinguirse; era una mirada que hablaba de lealtad, de una determinación que iba más allá de las palabras. "Bueno." Dijo, conteniendo un deje de ironía que resultaba casi reconfortante en medio del ambiente opresivo. "Si vamos a abrir una puerta a lo imposible, necesitarás a alguien que te respalde." Añadió, y cada palabra fue como un compromiso, un ancla en medio del caos. Elías lo miró, con la sorpresa dibujándose en su rostro como un reflejo involuntario; sus ojos, hasta entonces ensombrecidos por el dolor, se abrieron ligeramente, como si la llegada de Caleb hubiera introducido un fragmento de luz en su oscuridad. "¿Qué estás diciendo?" Preguntó, casi en un susurro que contenía tanto esperanza como incredulidad. Su amigo ladeó la cabeza hacia un lado, luego al otro antes de contestar: "Estoy diciendo que no voy a dejar que vayas solo." Se cruzó de brazos y agregó: "Alguien tiene que asegurarse de que no te pierdas por completo. Y, además, no creo que el humano de tus sueños quisiera que te consumieras así." Lucian frunció el ceño antes de intervenir: "Esto no es una misión cualquiera, Caleb. No tienes idea de lo que estás ofreciendo." El chico lo miró fijamente y dijo: "¿Y tú sí?" Su tono desafiaba la autoridad de Lucian. "Puede que no entienda todo esto del desequilibrio que platica el guapo de allí, pero sé lo suficiente como para darme cuenta de que Elías necesita una ancla; y si eso significa arriesgarme, lo haré." Le hizo un guiño a Nathaniel, quien asintió lentamente, aunque su expresión permaneció tensa. "Un ancla podría ser útil, pero eso no cambia el hecho de que entrar al núcleo es prácticamente un suicidio." Elías no respondió a eso, su mirada permaneció fija en Caleb, con una mezcla de gratitud y duda. "No tienes que hacerlo." Señaló finalmente, aunque su voz carecía de convicción. "Ya lo decidí." Caleb respondió con una sonrisa tranquila bailando en sus labios, ese gesto despreocupado que parecía desafiar incluso la gravedad del momento, y un destello de picardía que brillaba en sus ojos. "Además." Añadió con una ligera inflexión de hastío. "Estoy aburrido." Se acercó a Elías, reduciendo la distancia entre ambos hasta que su voz se convirtió en un susurro apenas audible, conspirador. "Oye." Murmuró, rozando apenas el oído de su amigo. "¿Por qué diablos no me dijiste que el guardián era tan malditamente atractivo? Tsk, has estado ocultándome un asunto muy importante aquí, viejo." Su tono fue una perfecta mezcla de reproche juguetón y de genuina curiosidad. Elías, en respuesta, solo pudo rodar los ojos, un gesto que era mitad exasperación, mitad afecto. Un atisbo de una sonrisa casi imperceptible se dibujó en las comisuras de sus labios, como si el comentario de Caleb hubiera logrado atravesar, aunque fuera por un instante, la pesada coraza de dolor que lo envolvía; y mientras discutían los detalles, un eco profundo resonó desde un rincón oscuro del Salón de las Arenas. La penumbra se agitó como si estuviera viva, y todos se giraron hacia la figura que emergía lentamente de las sombras: Marcus. Su presencia, siempre inquietante, parecía amplificarse por la energía fracturada del lugar, su silueta estaba envuelta en una penumbra densa, y sus ojos brillaban con un matiz oscuro que reflejaba la gravedad del

momento. "Lamento interrumpir su conmovedora conversación." Dijo con un tono deliberadamente lento, su voz cortó el aire como una hoja afilada. "Pero tengo información que podría interesarles." Añadió. Elías lo miró con una mezcla de irritación y suspicacia. "¿Qué demonios haces aquí, Marcus?" Espetó con un soplo. "Observando." El hombre respondió, con una indiferencia que parecía desafiar la tensión del lugar, y sus labios se curvaron en una media sonrisa que no alcanzaba sus ojos. "Como siempre." Nathaniel, con los brazos cruzados, dio un paso adelante. Su voz sonó firme, pero no agresiva: "Siempre observas desde las sombras, pero rara vez intervienes. ¿Por qué ahora?" Alzó una ceja, entonces la sonrisa de Marcus se desvaneció lentamente mientras su expresión se endurecía. "Porque incluso yo tengo mis límites." Hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran hondo. "Y no me interesa ver cómo este lugar colapsa debido a su incompetencia colectiva." Continuó. Julian soltó una carcajada sarcástica, rompiendo el silencio: "¿Incompetencia colectiva?" Repitió con una mueca burlona. "Y aquí estás, como un salvador no solicitado. Cuéntanos, Marcus, ¿Qué te hace pensar que necesitamos tu ayuda?" Marcus giró lentamente la cabeza hacia él, y lo miró con una intensidad helada. "Julian." Comenzó, con un tono que parecía un susurro cargado de amenaza. "Me sorprende que todavía tengas tiempo para comentarios vacíos, considerando lo cerca que estás de caer en la irrelevancia." Tsk, Julian alzó las cejas, y una sonrisa peligrosa apareció en su rostro, entonces dio un paso al frente, con su guadaña dorada descansando contra su hombro con una familiaridad intimidante. "Irrelevancia, dices." Habló con un susurro cortante. "Curioso viniendo de alguien que ha pasado siglos escondido en las sombras."

La atmósfera entre ellos se volvió casi insoportable, cargada de una tensión palpable que parecía hacer eco en las paredes mismas del Salón. Lucian levantó una mano, su voz cortante y autoritaria rompió el enfrentamiento antes de que pudiera escalar. "Ya basta, no tenemos tiempo para disputas personales." Marcus lo miró brevemente antes de volver su atención al grupo. "Solo quiere mi atención." Dijo con malicia, por lo que Julian rodó los ojos. "Asno." Murmuró con un tono bajo, solo para que su amigo escuchara. "Lo que importa." Marcus reanudó la charla, su tono volvió a ser frío y calculador. "Es que sé dónde encontrar el núcleo, y sé lo que necesitan para abrir una puerta hacia él." Elías, aún desconfiado, avanzó un paso. "¿Y qué es lo que necesitamos?" Preguntó con un soplo. Entonces con un movimiento fluido, Marcus extendió una mano, y en su palma descansaba un pequeño fragmento de cristal que brillaba con una luz tenue y pulsante: Era como si el cristal respirara, cada destello parecía sincronizado con la energía errática del Salón. "Este fragmento proviene de la grieta misma." Explicó. "Es la llave para abrir la puerta al núcleo del desequilibrio, pero usarlo no será simple." Lucian lo tomó con cuidado, su expresión se mostró seria mientras examinaba el cristal. "¿Y cuál es el precio, Marcus?" Preguntó con voz baja. El hombre inclinó ligeramente la cabeza, su sonrisa regresó, enigmática y provocadora. "Eso depende de ustedes." Respondió con una calma inquietante. "Pero no se equivoquen: Una vez que esa puerta se abra, no podrán cerrarla fácilmente. Lo que venga a través de ella... no obedecerá ninguna de sus reglas." Julian dejó escapar un bufido, pero su mirada estaba fija en el cristal, como si no pudiera apartar los ojos de él. "¿Y cómo sabemos que esto no es otra de tus manipulaciones?" Alzó una ceja. "Porque si quisiera manipularlos..." Marcus replicó, con un destello de diversión oscura en sus ojos. "Ya estarían siguiendo mis órdenes sin darse cuenta." El comentario arrancó una risa corta y seca de la garganta de Julian, pero algo en su expresión se suavizó, aunque fuera por un instante. Lucian finalmente guardó el cristal en un bolsillo interior de su túnica, luego habló con voz firme y decidida: "Si vamos a hacer esto, debemos estar preparados para las consecuencias." Nathaniel asintió, aunque su mirada permanecía fija en Marcus, como si tratara de descifrar sus verdaderas intenciones. "Cada

segundo cuenta, el núcleo no esperará por nosotros." Elías miró a los demás, luego apretó los puños con fuerza. "No importa lo que venga." Espetó con una determinación que parecía grabada en piedra. "Voy a traerlo de vuelta." Pero justo cuando los planes comenzaban a tomar forma, el Salón volvió a estremecerse, un eco profundo resonó en el aire, como un susurro distante que envolvía a todos en una sensación de inquietud. "¿Qué demonios fue eso?" Julian preguntó, con su voz llena de tensión. El eco se transformó en una voz, suave pero dolorosamente clara, era un llamado que parecía provenir de todas partes y de ninguna. "Elías... ayúdame..." Se escuchó y el muchacho mencionado sintió un escalofrío recorrer por su columna vertebral, y su corazón latió con fuerza mientras reconocía la voz al instante. "Aidan." Susurró, con su mirada fija en las sombras, como si pudiera alcanzarlo con solo desearlo. El silencio que siguió fue opresivo, roto únicamente por el girar inestable de los relojes de arena, Nathaniel, mirando hacia las grietas que se expandían en el techo del Salón, murmuró en voz baja: "El núcleo nos está llamando... y no es solo a él a quien quiere." Elías avanzó hacia las sombras de donde parecía emanar la voz de Aidan, sus pasos eran firmes, pero el temblor en sus manos traicionaba el remolino de emociones que lo consumía. El resto del grupo lo observaba en silencio, tensos, mientras el aire del Salón se volvía más pesado, casi irrespirable. "Elías, detente." El guardián advirtió, colocándose frente a él con una mano alzada. "Ese no es Aidan... no como tú lo recuerdas. Esa voz... viene del núcleo. Está intentando manipularte." Elías lo ignoró, su mirada estaba clavada en el horizonte sombrío del Salón, donde las grietas en el espacio parecían pulsar con cada palabra de Aidan. "No lo entiendes. Sé que es él, porque lo siento."

Julian soltó un bufido desde atrás, su guadaña todavía estaba apoyada en su hombro. "Esto es una trampa, y él está cayendo de cabeza, deberíamos detenerlo antes de que arrastre a todos con él. ¿No creen?" Comentó. "¡Cállate, Julian!" Elías gruñó sin volverse. "No entiendes lo que estoy sintiendo." Escupió. "Oh, claro." Julian respondió con sarcasmo, dando un paso adelante. "El amor eterno que desafía las leyes del universo, bla, bla, bla. Hemos escuchado esto antes, Elías, y siempre termina mal." Indicó con ojos brillantes. "¡Eso es suficiente!" Lucian rugió ahora, con su voz resonando con una autoridad que hizo que todos se quedaran en silencio. Luego, dio un paso al frente, colocándose entre Julian y Elías, con su mirada fija en este último. "Elías, escucha, si esa voz es Aidan, entonces está en el núcleo, un lugar que no puede entender el concepto de lo que tú sientes. Si vas sin pensar... no lo salvarás, te perderás con él." Advirtió con voz calmada, pero seria. Elías apretó los puños, y el brillo azul de las grietas se reflejaba en sus ojos oscuros. "Prefiero perderme a quedarme aquí y no hacer nada." Y antes de que alguien pudiera detenerlo, Marcus habló desde las sombras, con un tono calmado pero cargado de un peligro latente: "Si cruzas esa puerta sin la llave, te destruirás antes de llegar a él." Elías se giró hacia él, con una mirada llena de desesperación y rabia. "Entonces dámela. Ahora." Marcus sonrió levemente, con esa expresión enigmática que siempre parecía saber más de lo que dejaba entrever. Lentamente, sacó el fragmento de cristal que había mostrado antes, su luz tenue parecía pulsar con una sincronía perfecta con las grietas. "Puedo dártela." Dijo, dando un paso hacia él. "Pero ¿Estás listo para pagar el precio?" El Salón entero pareció contener el aliento. Incluso Lucian, Nathaniel y Caleb permanecieron en silencio, con sus miradas fijas en Elías. "Lo que sea." Éste respondió, con una voz que resonaba con la certeza de alguien que no tenía nada que perder. Sin embargo, antes de que Marcus pudiera extenderle el cristal, el Salón volvió a temblar, y esta vez, las grietas comenzaron a expandirse rápidamente, y un rugido gutural resonó desde su interior, más profundo y primitivo que el anterior. De repente, de las sombras emergió una figura, pero esta vez no era simplemente una criatura oscura como las que habían enfrentado antes, era una amalgama de formas, un ser que parecía retorcerse sobre sí mismo, con ojos rojos que brillaban

como brasas y extremidades imposibles que arañaban el aire. Nathaniel dio un paso atrás, sus ojos se estrecharon mientras su energía comenzaba a concentrarse en sus manos. "Eso... no debería estar aquí." La criatura fijó su mirada en Elías, entonces su boca deformada se abrió, revelando múltiples filas de dientes afilados mientras un susurro inhumano escapaba de sus labios. "Elías... ven." Lo llamó, y el muchacho, sin dudarlo, extendió la mano hacia el cristal de Marcus, pero antes de que pudiera tomarlo, Julian se interpuso entre él y la criatura, con su guadaña dorada brillando con un resplandor feroz. "¿De verdad planeas irte sin una pelea?" Preguntó con una sonrisa feroz, aunque había un destello de preocupación en sus ojos. "Esto no es tu pelea." Elías le respondió con frustración. "Si eso llega a ser lo que pienso que es..." Lucian interrumpió con voz grave. "Entonces es la pelea de todos nosotros." La criatura soltó otro rugido, y el Salón comenzó a derrumbarse a su alrededor, los relojes explotaban en una lluvia de arena y cristal, entonces Nathaniel levantó una barrera con un movimiento rápido de su mano, protegiendo a los demás de los escombros. "El núcleo está llamándolo." Murmuró con su tono cargado de urgencia. "Pero no se detendrá con él, y si no actuamos ahora, arrasará con todo Sombralia." Elías chasqueó la lengua, finalmente tomó el cristal de la mano de Marcus, con su mirada fija en la criatura mientras apretaba el fragmento en su puño. "Si esto puede llevarme a él, entonces no hay nada más que discutir." Julian lo miró con una mezcla de exasperación y algo que casi parecía respeto. "Eres un idiota, ¿Sabes? Pero al menos eres un idiota consistente." Y antes de que alguien pudiera detenerlo, Elías avanzó hacia la criatura, con el cristal brillando en su mano y su determinación ardiendo en su mirada. "¡Espera, Elías!" Aidan gritó, su voz resonó desde algún lugar profundo dentro de la grieta. "No vengas solo..." Añadió. Después de eso, las sombras, y un estallido de luz azul dejó a todos atrapados entre la decisión de seguirlo, o quedarse atrás mientras el núcleo comenzaba a consumirlo todo.

Capítulo 23

El umbral del núcleo

El silencio en el Salón de las Arenas se quebrantó con un crujido subterráneo, un gemido que sonaba como el lamento de una dimensión moribunda, las grietas pulsantes en las paredes destilaban una energía caótica, todo parecía suspendido en el instante previo al colapso, semejante a un castillo de cartas construido sobre un abismo de cristal. Lucian apretó los puños, sus nudillos se tornaron blancos mientras escudriñaba el espacio desgarrado tras la enigmática desaparición de Elías y Caleb. A su vez, Nathaniel se mantuvo erguido, como una columna de determinación con el rostro tallado en piedra de obsidiana, sus manos proyectaban pulsos de energía azul eléctrica contra las grietas expansivas, y cada descarga era un intento de contener lo incontenible. Sin embargo, la tensión en sus ojos, ese brillo de inquietud apenas contenida revelaba que incluso para él existían límites. "Esto no resistirá mucho más." Declaró, con su voz cortando el aire como una hoja de acero templado. "Las grietas están conectadas al núcleo, y si no actuamos ahora, Sombralia se desmoronará como un espejismo al alba." Lucian asintió, pero antes de que pudiera articular palabra, Marcus emergió de las sombras, con su tono calculador y frío como el filo de un bisturí: "Elías, Caleb y el humano están dentro del núcleo, pero eso no significa su perdición; el fragmento que utilicé abrió una puerta, lo que sugiere que aún existe una oportunidad de rescate." Julian, con su guadaña descansando sobre su hombro como una extensión de su propio ser, dejó escapar un bufido que destilaba sarcasmo y frustración. "¿Y qué propones, Marcus? ¿Qué simplemente nos lancemos y esperemos una recepción cordial?" El chico mencionado ladeó la cabeza, y un destello de desafío danzó en sus pupilas. "Si tienes una alternativa más brillante, querido, este sería el momento perfecto para compartirla." Julian lo fulminó con una mirada que hubiera hecho retroceder a cualquiera, pero su característico sarcasmo había sido reemplazado por una gravedad casi tangible. "Lo que digo es que precipitarnos sin un plan es equivalente a un suicidio. Estamos suspendidos sobre un hilo tan delgado que prácticamente se ha convertido en polvo." Antes de que Lucian pudiera mediar, otra presencia cortó el ambiente: Caleb emergió de las sombras con un paso que destilaba determinación. Sus ojos, brillantes como fragmentos de luz lunar, evaluaron la escena con una seguridad que contrastaba con la tensión del ambiente. "He estado siguiendo estas grietas desde su origen del mero aburrimiento." Declaró con una sonrisa que bordeaba lo desafiante. "Y sé manejarlas mejor que cualquiera de ustedes." Nathaniel lo observó con una mezcla de sorpresa y recelo. "¿Qué haces aquí?" Preguntó sorprendido. "Evitar que mueran por su propia necedad." Caleb respondió con un guiño. Nathaniel parpadeó con eso, luego la transición que vino fue inmediata y desorientadora: Sombralia se desvaneció, reemplazada por un vacío vibrante donde la realidad se fragmentaba en islas flotantes, estructuras imposibles que se retorcían como serpientes de luz, conectadas por hilos espectrales que se tejían y deshacían al azar. "Estamos en el núcleo." Nathaniel murmuró en una advertencia susurrada. "Aquí, el tiempo y el espacio son meros conceptos, no leyes." Agregó. Julian giró su guadaña, con un movimiento de pura anticipación: "Y por supuesto, no estamos solos." De las sombras emergieron figuras espectrales: Cuerpos humanoides contruidos con fragmentos de espejo que reflejaban el caos primordial, sus movimientos eran una danza epiléptica, cada paso como un desafío a toda lógica conocida. "Son manifestaciones del núcleo." Marcus explicó, mientras levantaba el fragmento de cristal que

había utilizado antes. "Son parte de su defensa." Añadió, viendo como la primera criatura caminaba hacia ellos con un chillido agudo y distorsionado. Julian reaccionó instantáneamente, girando su guadaña en un arco perfecto que cortó a la criatura antes de que pudiera acercarse. "Bueno, al menos no son indestructibles." Comentó con una sonrisa arrogante. "Esto es solo el principio." Caleb advirtió, mientras un montón de figuras emergían de las sombras.

Las criaturas atacaron en oleadas salvajes, con cada embestida más despiadada que la anterior, sus cuerpos espectrales, hechos de fragmentos de espejo que reflejaban pesadillas cambiantes, se lanzaban contra el grupo con una ferocidad primordial. Nathaniel levantó un escudo de energía pura, una membrana translúcida de luz azulada que vibraba con cada impacto, protegiendo al grupo de la avalancha de entidades caóticas, Lucian y Julian luchaban con una sincronización casi telepática, sus movimientos eran una danza letal de destrucción; cada golpe de Lucian era un movimiento calculado que desintegraba a las criaturas, mientras Julian blandía su guadaña con una gracia mortal, transformando a los atacantes en meros fragmentos de luz dispersa; sus cuerpos se movían como si fueran una única entidad, anticipándose mutuamente con una precisión que bordeaba lo sobrenatural. A su vez, Caleb se deslizaba entre las criaturas con la agilidad de un felino dimensional, con su conocimiento del núcleo convirtiéndose en su arma más letal; cada movimiento era un cálculo matemático perfecto, esquivando ataques y guiando al grupo hacia una plataforma más estable, flotante entre los fragmentos de realidad distorsionada. Marcus por su lado, permanecía en la retaguardia con su figura inmóvil pero concentrada, el fragmento de cristal en sus manos pulsaba con una energía antigua, estabilizando las áreas circundantes con sutiles ondulaciones de luz que parecían tejer la realidad misma; sus movimientos eran precisos, casi quirúrgicos, conteniendo el caos que amenazaba con engullirlos. A pesar de su devastadora eficacia, el avance era terriblemente lento, cada metro ganado parecía cobrar un precio en sangre y energía. "Esto se está convirtiendo en una pesadilla sin fin." Julian gruñó, desintegrando otra criatura con un movimiento de su guadaña que dejó un rastro de luz espectral; su voz destilaba frustración contenida. "¿Nos estamos acercando siquiera a Elías y Aidan?" Exhaló. Marcus, con los ojos fijos en el fragmento de cristal que temblaba entre sus dedos, respondió con una urgencia apenas contenida: "El cristal está reaccionando, su frecuencia está cambiando, resonando con algo... o alguien. Estamos en el camino correcto, solo necesitamos resistir un poco más." El fragmento de cristal emitió un brillo intermitente, como un faro en medio de un mar de pesadillas, prometiendo algo más allá del caos actual: Una posibilidad, una esperanza. Finalmente, el grupo emergió en una plataforma más extensa, suspendida en un vacío de pesadilla, un resplandor azul, intenso como la luz de un relámpago congelado que emanaba de un punto central, proyectando sombras espectrales que bailaban en los bordes de la realidad. Allí estaban Elías y Aidan, pero la escena era más que un simple encuentro: Era una fotografía de una tragedia inminente: El cuerpo de Aidan irradiaba una luminiscencia casi insoportable, como si un sol interior estuviera consumiéndolo desde dentro, una barrera de luz azul, etérea y pulsante lo separaba de Elías, cuya figura permanecía arrodillada frente a aquella muralla luminosa, con sus manos extendidas con una desesperación que trascendía lo físico, como si intentara atravesar la misma existencia para alcanzar a Aidan. "¡Elías!" El grito de Lucian cortó el aire, una mezcla de orden y súplica. El muchacho levantó la mirada, y sus ojos oscuros como pozos sin fondo se encontraron con los de su superior; no había sumisión en su mirada, solo una determinación que rozaba la locura. "No puedo dejarlo aquí." Declaró, con su voz en una amalgama de resolución y desesperación contenida. Nathaniel dio un paso adelante, su presencia era una advertencia viva. "Elías, retrocede, porque si cruzas esa barrera, podrías perderte en la eternidad." El chico sacudió la cabeza. "No voy a dejarlo." Cada

palabra que dijo fue como un cuchillo afilado que cortaba cualquier posibilidad de negociación.

Desde el otro lado de la barrera luminosa, Aidan extendió una mano temblorosa y habló: "Elías, no puedes quedarte. Este lugar... me está transformando, no quiero que sufras mí mismo destino." Suspiró. "Me importa poco." El muchacho le respondió, con sus ojos destilando emociones crudas como lava ardiente. "No me importa lo que tenga que sacrificar: Nunca te abandonaré." Afirmó con decisión. A su vez, el fragmento de cristal en la mano de Marcus comenzó a vibrar una frecuencia que parecía desgarrar la realidad misma, una onda de energía se propagó haciendo que el núcleo temblara como si fuera un organismo vivo a punto de colapsar. "¡El núcleo está desintegrándose!" Caleb gritó, con una mezcla de alarma y fascinación. La barrera comenzó a fragmentarse, revelando grietas en la realidad, y Aidan, con el rostro surcado por lágrimas de luz, extendió su mano. "Si cruzas, no hay retorno posible." Advirtió, con su voz apenas en un susurro que contenía mundos enteros de dolor; sin embargo, Elías no vaciló ni un instante, dio un paso adelante, atravesando la barrera mientras el núcleo estallaba en un destello que podría haber cegado a los Dioses. Finalmente, cuando la luz se desvaneció, Elías y Aidan habían desaparecido, dejando tras de sí solo una grieta palpitante, más inestable que nunca. Nathaniel, con el rostro más pálido que el mármol, murmuró: "El núcleo los ha consumido... y desconocemos su destino." Lucian apretó los puños, su mirada era una tormenta de determinación. "Entonces los encontraremos, sin importar los límites de la realidad misma que tengamos que atravesar." Espetó con la mandíbula contraída, luego el destello cegador se desvaneció lentamente, dejando al grupo en una plataforma inestable, rodeados por un vacío que parecía respirar con su propio ritmo; las grietas del núcleo chisporroteaban con energía, emitiendo pulsos irregulares que hacían temblar las islas flotantes a su alrededor. Nathaniel permaneció de pie, observando la grieta donde Elías y Aidan habían desaparecido, su expresión reflejaba más que cansancio, una mezcla de temor y resignación. "Esto no está bien." Murmuró, pasando una mano por su frente perlada de sudor. "El núcleo no solo los absorbió... los transformará. Maldición, está claro que este lugar no quiere dejarlos ir." Apretó los labios. Lucian avanzó con pasos firmes hasta el borde de la plataforma, sus ojos grises brillaban con una intensidad contenida. "No vamos a dejarlos ahí. Marcus, Caleb, ¿Pueden estabilizar esto lo suficiente como para abrir una nueva entrada?" Preguntó con voz seria. Marcus, quien aún sostenía el fragmento de cristal, lo alzó lentamente, y su luz ahora oscilaba de manera impredecible. "Podemos intentarlo." Dijo con un tono que no prometía éxito. "Pero cada segundo que pasamos aquí el núcleo se vuelve más impredecible." Agregó. Caleb asintió, arrodillándose junto a Marcus mientras sacaba un pequeño dispositivo metálico de su abrigo. "Esto debería ayudarnos a canalizar la energía del núcleo, pero necesitaré tiempo, y eso significa que alguien tendrá que mantener a raya cualquier cosa que intente detenernos." Advirtió. Lucian asintió, su mirada se desplazó hacia Julian, quien había permanecido al margen hasta ese momento. "¿Puedes hacerlo?" Preguntó con ojos brillantes. El muchacho levantó su guadaña, la hoja dorada brillaba bajo el resplandor errático del núcleo. Su sonrisa, esta vez sin el sarcasmo habitual, se inclinó hacia lo sombrío. "¿Y perderme la oportunidad de salvar a nuestro querido mártir? Claro, cuenta conmigo." Indicó con firmeza. Lucian asintió, entonces mientras Marcus y Caleb comenzaban a trabajar en el fragmento, el núcleo pareció reaccionar, porque sombras densas emergieron de las grietas, tomando formas humanoides que emitían un zumbido constante, como si cada movimiento desgarrara la estructura misma del espacio. Nathaniel levantó un escudo translúcido para proteger a los dos que trabajaban, mientras Lucian y Julian se colocaban al frente, listos para enfrentarse a las criaturas. "¿Crees que podemos contenerlos?" El chico rubio preguntó, con su tono mitad desafiante, mitad curioso. Lucian no apartó la vista de las sombras

que se aproximaban al contestar: "No es una cuestión de si podemos: Es una cuestión de cuánto tiempo podemos resistir."

Cuando las criaturas finalmente atacaron, la primera oleada fue brutal, las sombras se movían con una rapidez antinatural, y sus ataques parecían perforar la misma esencia del espacio. Julian giró su guadaña con una precisión letal, desintegrando a dos figuras con un solo movimiento. "¿Es todo lo que tienes?" Exclamó, con una chispa de adrenalina en su voz. Lucian, mientras tanto, canalizó energía oscura desde sus manos, lanzando ráfagas que dispersaban a las criaturas. Sin embargo, cada vez que una sombra caía, otra surgía en su lugar, más grande y agresiva. Nathaniel, luchando por mantener el escudo, lanzó una advertencia: "Esto no es una pelea que podamos ganar. Marcus, ¿Cuánto tiempo más necesitas?" Indagó. El segador, con el rostro iluminado por el fragmento que ahora brillaba intensamente, respondió sin apartar la vista de su tarea: "Unos minutos más, pero necesito que Caleb mantenga la energía estable." El chico nombrado asintió, enfocándose en el dispositivo que sostenía. "Esto es como caminar sobre una cuerda floja en un terremoto, pero puedo manejarlo... creo." Luego de eso, y en medio del caos, Marcus observó a Julian de reojo mientras combatía con un fervor casi salvaje, entre un golpe y otro, dejó escapar un comentario que cortó como un bisturí: "Siempre tan dramático, Juls." Julian, bloqueando un ataque con un giro hábil de su guadaña, le lanzó una mirada rápida antes de responder: "¿Y tú siempre tan misterioso, Mark? Es casi como si te gustara vernos sufrir antes de intervenir." Marcus sonrió ligeramente con el apodo, aunque había un destello de seriedad en su mirada. "Alguien con experiencia tiene que asegurarse de que no arruinen todo antes de tiempo." Julian dejó escapar una risa breve, aunque carente de humor. "Por supuesto, el omnisciente Marcus. Dime, ¿Qué secretos guardas esta vez? Porque estoy seguro de que no estás aquí solo por altruismo." Indicó de soslayo. Marcus no respondió de inmediato, en cambio, sus ojos se enfocaron en el fragmento que sostenía. "Digamos que tengo mis razones, pero no son relevantes ahora." Julian lo observó por un momento más antes de volver su atención al combate. "Siempre tan enigmático, me pregunto cuánto tiempo más podrás mantener esa fachada." Regresó al combate, destruyendo a cada criatura que se cruzaba en su camino. Finalmente, después de un tiempo, el fragmento de cristal reaccionó: Una onda de energía se extendió desde el, y una nueva grieta se abrió frente a ellos, iluminando el espacio con un brillo azul profundo. "Eso es." Dijo Marcus, con una mezcla de alivio y advertencia. "Esa es nuestra entrada al núcleo." Nathaniel dejó caer su escudo, su energía estaba casi agotada, mientras Lucian y Julian se colocaban frente a la grieta. "Esto no será fácil." Caleb advirtió con voz grave. "El núcleo sabe que estamos aquí, y no nos dejará pasar sin pelear." Lucian asintió, y su expresión fue severa al hablar: "Entonces será mejor que estemos preparados." Cuando el grupo se preparó para cruzar la grieta, un rugido resonó desde las profundidades del núcleo, la figura de sombras y energía pura que habían enfrentado antes emergió nuevamente, esta vez más grande y definida. "NO PASARÁN." Tronó su voz, llenando el espacio con una vibración que hizo temblar las plataformas. Lucian alzó una mano, su energía oscura brilló intensamente mientras se preparaba para el enfrentamiento. "No tenemos opción, tenemos que atravesarla." Con la grieta brillando frente a ellos y la criatura bloqueando su camino, el grupo se preparó para lo que sería su desafío más grande hasta ahora; y mientras la tensión alcanzaba su punto máximo, una voz suave pero clara rompió el caos: "El núcleo los está esperando, pero no todo lo que encontrarán será un enemigo." Todos se giraron hacia Caleb, quien, con una mirada fija en la grieta, añadió: "Porque algo dentro de ese núcleo... los está llamando."

Capítulo 24

El corazón del núcleo

El resplandor cegador del núcleo se desvanecía con una lentitud deliberada, como si la realidad misma se resistiera a cicatrizar; dejó tras de sí una penumbra pulsante que respiraba, literalmente respiraba, con un ritmo orgánico que desafiaba toda lógica y comprensión: El aire se había convertido en algo más que un medio, era una sustancia densa, casi líquida, donde cada movimiento parecía desafiar no solo las leyes de la física, sino la lógica misma de la existencia. La voz de Nathaniel cortó aquel silencio multidimensional, tensa como un cable de acero a punto de romperse, pero impregnada de una determinación que rozaba lo metafísico. "Esto no es una simple grieta." Declaró lentamente, cada palabra fue como un cincel tallando la realidad. "Es una entidad viva... y nos está observando, evaluando." Agregó. A su vez, Lucian escudriñaba el caos circundante con la intensidad de un depredador: Fragmentos del núcleo flotaban en un espacio imposible, suspendidos como islas de pesadilla, conectados por corrientes de energía que chisporroteaban con una vida propia, su cuerpo era pura tensión muscular, un resorte preparado para estallar en acción en cualquier momento. La proximidad de Julian desvió momentáneamente su concentración. "¿Siempre tienes que hacerte el listo, Nathaniel?" Murmuró, girando su guadaña en un movimiento que era mitad advertencia, mitad danza mortal. Sus ojos dorados, más intensos que el ámbar fundido, se desviaron hacia Lucian con una mirada que contenía un desafío, pero también una profundidad de emociones que parecía consumirlo desde dentro, como un fuego interno que amenazaba con devorar cualquier rastro de contención. Caleb se acercó con una sonrisa ladeada que era pura provocación, su actitud desafiaba la gravedad del entorno, como si el caos fuera para él un mero juego de niños. "Déjalo, Julian." Ronroneó. "La arrogancia de Nathaniel tiene su propio encanto." Sus ojos brillantes como fragmentos de hielo lunar se encontraron con los de Nathaniel en un duelo silencioso. "¿O no, guardián?" Añadió, con un tono juguetón ocultando algo más profundo. El muchacho aludido arqueó una ceja, incómodo, pero sin retroceder. "Esto no es un juego, Caleb." Advirtió, y su voz fue un témpano de gravedad. "¿Quién dice que no puede serlo?" El chico rubio replicó sonriente, y la ligereza de sus palabras contrastó brutalmente con la densidad del momento. Sin embargo, cuando señaló un fragmento flotante que latía con un pulso regular, casi orgánico, su expresión se transformó, la broma se desvaneció y fue reemplazada por una seriedad que parecía tallada en piedra antigua. "Ese es nuestro camino." Indicó con una pausa. "Pero no será un viaje para débiles." Agregó. El grupo entonces avanzó hacia el fragmento señalado por Caleb, moviéndose sobre un terreno que era una pesadilla geométrica en constante mutación, ya que, bajo sus pies, la realidad misma temblaba: Un instante era sólida como el mármol más puro, al siguiente se licuaba en una sustancia viscosa que amenazaba con tragárselos. Las sombras que los rodeaban no eran simples oscuridades, sino entidades que se manifestaban con voluntad propia, tomando formas humanoides con ojos brillantes como brasas que seguían cada uno de sus movimientos. "¿Es esto parte del núcleo o una ilusión diseñada para consumirnos?" Julian preguntó, con su guadaña describiendo arcos mortales que mantenían a raya a las criaturas espectrales. Nathaniel extendió su energía, creando un escudo translúcido que envolvía al grupo como una segunda piel dimensional. "Ambas cosas." Respondió con gravedad. "El núcleo no solo nos observa, nos analiza. Nos percibe como una invasión, como un cuerpo extraño que amenaza su integridad."

Explicó. Lucian se detuvo, sus ojos grises, más duros que el acero templado, estaban fijos en la distancia donde un destello azul latía con un ritmo casi hipnótico. "Ese es el centro." Espetó, y su voz fue como un corte limpio, a través de la tensión del ambiente. "Allí encontraremos a Elías y Aidan." Julian se acercó, y su proximidad fue una provocación tan tangible como su guadaña. "¿Y cuál es el plan, Lucian? Porque hasta ahora solo veo improvisación." Indicó con labios torcidos. El encuentro de sus miradas fue una tormenta contenida, Lucian giró lentamente, con cada movimiento calculado. "El plan es salvarlos, si eso no te basta, puedes quedarte atrás." Dijo con voz afilada. La carcajada de Julian fue como un latigazo de sarcasmo: "Oh, claro. Porque salvar a Elías no tiene absolutamente nada que ver con tus propias emociones, ¿No?" Lucian avanzó, y su postura fue un despliegue de autoridad pura. "Mide tus palabras, Julian." Advirtió. La tensión entre ellos era casi física, un campo de energía que podría haber cortado el aire, los ojos dorados de Julian brillaban con un desafío que iba más allá de lo superficial. "¿Vas a hacerme callar? Porque créeme, estoy más que acostumbrado a tu control... y no me intimida." Parloteó, entonces Nathaniel intervino: "Suficiente. Si seguimos perdiendo el tiempo, el núcleo será lo menos que colapsará." Marcus solo observó en silencio, y Caleb apreció el intercambio con una sonrisa que era pura provocación, pero cuando miró a Nathaniel, algo en su expresión se suavizó. "Siempre tan directo." Murmuró. "Te queda bien, guardián." Agregó con un guiño. Nathaniel soltó un soplando que contenía mundos de cansancio, pero su concentración siguió enfocada en mantener estable el terreno que los sostenía: Un equilibrista manteniendo el mundo a raya.

Finalmente, llegaron a una plataforma más grande, donde un resplandor azul los envolvió como una membrana dimensional, transformando el espacio a su alrededor en un lienzo de luz pulsante; la plataforma donde emergieron era más que un simple terreno: Era un altar de energía pura, un punto de convergencia donde la realidad se doblaba sobre sí misma. En el centro, Elías y Aidan flotaban como figuras de un fresco celestial, separados por una barrera de luz que latía con vida propia, parecían dos mitades de un mismo ser condenadas a la separación eterna: Elías luchaba contra la energía que lo repelía, cada intento era más desesperado que el anterior. Sus manos se extendían hacia Aidan como quien intenta atrapar un espejismo, y a su vez el humano permanecía en un trance dimensional, su cuerpo irradiaba una luminiscencia tan intensa que podría haber cegado a los mismos Dioses; y sus ojos azules, normalmente cálidos, ahora miraban un horizonte más allá de la comprensión humana. "¡Elías!" El grito de Lucian cortó el aire como un lamento de guerra. El muchacho nombrado giró, y su rostro fue un lienzo de emociones contradictorias: Alivio por ver a sus compañeros, desesperación por su situación imposible. "¡No puedo alcanzarlo! Este lugar... lo está consumiendo." Gritó de vuelta. Nathaniel se acercó, con su mirada analítica desmenuzando la barrera como un cirujano. "Es más que una simple defensa." Declaró. "Es la conciencia del núcleo intentando integrarlos, fusionarlos con su propia existencia." Agregó. Caleb, con sus ojos brillantes fijos en Aidan, preguntó: "¿Y cómo lo detenemos?" Entonces Marcus emergió de las sombras, su voz fue un susurro calculador al hablar: "El fragmento es la solución. Si lo sincronizamos con la energía de Aidan, podríamos crear una fisura momentánea en la barrera." Julian exhaló. "¿Podría?" Repitió con sarcasmo. "¡Perfecto! Nuestras vidas dependen de una posibilidad." Se burló. Nathaniel extendió su mano hacia Caleb, y con un gesto de autoridad, habló: "Dame el fragmento: Yo me encargaré." El chico rubio apretó el cristal contra su pecho, su mirada fue un desafío puro. "Ni lo pienses, si alguien va a arriesgarse, seré yo. Tú ya estás al límite, guardián." La tensión entre ellos era palpable, un campo de energía que podría haber cortado el aire. Nathaniel dio un paso adelante. "No es tu responsabilidad." Espetó, y una sonrisa ladeada floreció en los labios de Caleb. "Y, sin

embargo, aquí estoy. Sería una verdadera tragedia que Sombralia perdiera a alguien como tú." Había algo más en sus palabras, un matiz que iba más allá de lo profesional. Nathaniel se quedó momentáneamente descolocado, sorprendido por la genuina sinceridad en el tono del segador, pero el tiempo era un lujo que no podían permitirse. Lucian dio un paso al frente y arrebató el fragmento. "No hay tiempo para flirteos." Declaró con irritación, cortando la tensión. "Lo haré yo." Añadió, y mientras avanzaba hacia la barrera con el fragmento, el núcleo pareció reaccionar violentamente. El terreno comenzó a temblar con una violencia que hacía crujir la tierra, agrietando el suelo bajo sus pies, las sombras que los habían perseguido durante kilómetros se fusionaron en una figura masiva y amorfa, un titán de oscuridad y pesadumbre que bloqueaba completamente el camino de Julian y los demás, proyectando una amenaza tan palpable que el aire parecía espesar con terror. "¡Por supuesto que hay un jefe final!" Julian exclamó, con su voz teñida de una mezcla de adrenalina y sarcasmo; luego con un movimiento de una elegancia letal, hizo girar su guadaña, dejando un rastro de destellos metálicos que cortaban la penumbra circundante. En el entretanto Lucian llegó a la barrera, su presencia imponente y su voz resonaron con una intensidad que atravesó el caos como un rayo de precisión cortante. "Elías, esto terminará ahora." Habló con cada palabra cargada de una determinación que parecía desafiar a la misma realidad. Entonces, el fragmento comenzó a brillar en su mano, una luz pulsante que parecía contener mundos enteros en su interior, pero antes de que Lucian pudiera invocar su poder, una explosión de energía lo envolvió, una onda expansiva de luz y sombras que lo separó violentamente del resto del grupo, arrancándolo de su posición como si la misma existencia lo hubiera expulsado.

Finalmente, cuando la luz se disipó, revelando los contornos de la nueva realidad, Lucian se encontraba dentro de la barrera, cara a cara con Elías y Aidan. El núcleo se manifestaba como una figura imponente y aterradora, formado por fragmentos de realidad que giraban en un baile caótico y amenazante, con cada trozo reflejando dimensiones imposibles y secretos ancestrales. "Si insistes en desafiarme..." El núcleo habló, y su voz no fue solo un sonido; fue una fuerza que reverberaba en cada rincón del espacio, una vibración que resonaba dentro de los huesos y las mentes de todos los presentes, ya que no era una voz singular, sino un coro infinito de tonos, desde susurros inquietantes hasta rugidos atronadores, como si cada dimensión que el núcleo tocaba hablara al unísono. El espacio alrededor de Lucian, Elías y Aidan comenzó a fragmentarse aún más, como si la realidad estuviera cediendo bajo el peso de esa entidad, el núcleo no era un ser, sino una amalgama de todo lo que había existido y de lo que nunca debería existir, una paradoja viva que contenía en su esencia el caos primordial y el orden absoluto. "Te atreves a entrar en mi dominio, a perturbar mi equilibrio." Continuó, con un tono frío y omnisciente, como el juicio de un Dios antiguo. "Y ahora te enfrentas a la verdad que has ignorado: No puedes ganarme, porque no hay nada que ganar aquí, solo la disolución de todo lo que crees ser." Lucian ignoró sus palabras, dio un paso adelante con su mirada fija en la figura cambiante que representaba al núcleo; cada movimiento suyo parecía ser desafiado por una fuerza invisible, como si el propio aire tratara de detenerlo. A pesar de ello, su postura seguía siendo firme, y la luz del fragmento en su mano crepitaba con una energía que respondía a su determinación. "Si crees que voy a retroceder ahora, entonces no entiendes lo que significa proteger a los míos." Dijo con voz cortante y cargada de un desafío que parecía atravesar incluso el peso de la presencia del núcleo, quien se rió, o al menos eso parecía; porque su risa era un sonido disonante, un crujido que podría haber sido el desgarramiento del tiempo o el colapso de una estrella distante. "Proteger a los tuyos." Repitió con burla. "¿Acaso no ves que ya los has condenado? Tu intervención ha roto las leyes que sostienen todo lo que conoces, has abierto una

puerta que jamás debió cruzarse. Ahora, todos ustedes son míos." Aidan, quien estaba aún atrapado dentro de la barrera de luz azul, levantó su mirada hacia el núcleo, sus ojos, brillaron con una intensidad que no parecía humana, estaban cargados de algo que desafiaba el miedo: Una comprensión naciente. "No estás enfadado porque rompimos tus leyes." Dijo con voz calmada, pero penetrante. "Estás enfadado porque hemos cambiado algo que ni tú puedes controlar." El núcleo pareció titubear por un breve instante, su forma fluctuó, y los fragmentos que lo componían comenzaron a girar con más fuerza. "Lo que tú llamas cambio, yo lo llamo corrupción." Respondió con un tono cargado de furia contenida. "Tú, anomalía, no deberías existir. Eres un error, un fallo en el tejido del equilibrio, y si no te elimino, serás el fin de todo." Gritó con ruidos inhumanos. Elías, que había estado en silencio, avanzó con una mirada decidida, sus ojos oscuros brillaban con la misma intensidad que el fragmento en la mano de Lucian. "No es un error." Señaló con una firmeza que sorprendió incluso a Aidan. "Es humano, y es mío. Si eso significa enfrentarte, entonces que así sea." Gruñó. La figura del núcleo se expandió, llenando el espacio con su presencia abrumadora, su voz resonó con una fuerza que parecía desgarrar la realidad misma. "Si insistes en desafiarme, entonces enfrentaremos el final juntos, pero te advierto, segador: No habrá vencedores, solo cenizas." El fragmento en la mano de Lucian comenzó a brillar con una intensidad cegadora, respondiendo tanto al desafío del núcleo como a la fuerza de voluntad de quienes lo enfrentaban, las corrientes de energía que rodeaban a la entidad se arremolinaron, formando una tormenta de luz y oscuridad que amenazaba con consumirlo todo. "Aidan, escúchame." Dijo Elías, girándose hacia él mientras el núcleo rugía alrededor de ellos. "Voy a sacarte de aquí, no importa el costo. No importa lo que venga después." Aseguró seriamente. Aidan lo miró con suavidad, y por un momento, todo el caos a su alrededor pareció detenerse, su expresión era una mezcla de gratitud y dolor. "Elías... esto no es algo de lo que puedas salvarme, pero si vas a intentarlo... entonces yo estaré contigo." Sonrió, y el núcleo, como si respondiera a sus palabras, lanzó un estallido de energía que golpeó a Lucian y a Elías, empujándolos hacia atrás. "¡No hay juntos!" Rugió, con su voz alcanzando un clímax ensordecedor: "Aquí solo hay desintegración: Desaparecerán, como todo lo que me desafía." Lucian se levantó con esfuerzo, sus ojos grises brillaron con una furia contenida, entonces levantó el fragmento, que ahora parecía estar al borde de explotar. "Si desaparecemos, no será sin pelear." Murmuró, y con un grito que resonó en el vacío, canalizó toda su energía hacia el núcleo, lanzando un rayo de luz directamente a su centro.

Capítulo 25

Fragmentos de lo perdido

El Salón de las Arenas se desmoronaba como un lienzo cósmico desgarrado, revelando la fragilidad de su inmensa estructura; el núcleo, una extensión del espacio que desafiaba toda comprensión racional, oscilaba entre un orden aparente y un caos absoluto: Plataformas etéreas giraban en una danza errática, con sus delicados hilos de luz desintegrándose como telarañas espectrales, mientras la gravedad se comportaba como un elemento caprichoso, amenazando con succionar a cualquiera hacia el abismo infinito. Elías emergió de entre las sombras fracturadas, sosteniendo en sus brazos el cuerpo de Aidan, el joven brillaba con un resplandor de azul profundo, una luminiscencia que parecía fundirse orgánicamente con la textura misma del núcleo; su figura permanecía inmóvil, pero no inerte, un calor extraño lo envolvía, como si una fuerza interior luchara por mantenerlo anclado a la realidad. "Aidan." Elías susurró suavemente, su voz destiló una desesperación contenida, casi tangible, lo sacudió con una suavidad que contrastaba con la intensidad de su mirada, pero el chico no respondía. De pronto, una masa de sombras cristalizadas se elevó detrás de él, una criatura compuesta de fragmentos oscuros que emitía un sonido escalofriante, una sinfonía de discordancia que hacía vibrar el aire a su alrededor. Elías giró con la rapidez de un felino, interponiéndose protectoramente entre la amenaza y Aidan, sus manos se alzaron cargadas de energía potencial, preparadas para desatar una ráfaga destructiva, pero antes de que pudiera actuar, una figura familiar emergió del espacio distorsionado. "¿Pretendes enfrentar a eso completamente solo?" La voz de Julian, arrogante y melodiosa, cortó el ambiente tenso; su guadaña dorada describió un arco perfecto, desintegrando a la criatura en un movimiento tan fluido como letal. "Siempre tan oportuno." Elías murmuró, sin apartar la mirada de Aidan, con un tono a medio camino entre la gratitud y la exasperación. "Digamos que tengo un talento especial para los momentos dramáticos." Julian replicó, esbozando una sonrisa que no lograba ocultar la preocupación subyacente en sus ojos; su ligereza era solo una delgada máscara que cubría una tensión más profunda. Poco después, Nathaniel, Caleb, Lucian y Marcus aparecieron, materializándose como espectros en una de las plataformas más estables, sus rostros tallados por la batalla y la incertidumbre reflejaban una determinación que trascendía el agotamiento. "Aidan no está bien." Elías señaló con angustia, elevando su mirada hacia Nathaniel con una intensidad que pedía respuestas. "Está cambiando más rápido de lo que cualquiera podría haber anticipado." El chico le respondió, observando al humano con el escrutinio de quien analiza un mecanismo complejo, con cada movimiento de sus ojos calculando milimétricos detalles. "El núcleo lo está absorbiendo." Explicó, con una voz que combinaba conocimiento científico y una sombra de preocupación. "Su conexión con Sombralia se ha vuelto demasiado intensa, si no encontramos una forma de estabilizarlo, el núcleo no solo lo consumirá a él, sino que probablemente nos arrastrará a todos en su vorágine destructiva." Añadió con un soplido, y antes de que alguien pudiera contestarle, Aidan comenzó a removerse en los brazos de Elías como si despertara de un sueño primordial, su resplandor azul se intensificó hasta convertirse en una luminosidad casi etérea, que hacía palidecer el entorno fracturado del núcleo; sus ojos se abrieron de golpe, irradiando un brillo tan intenso que parecía desgarrar la oscuridad circundante, un fulgor casi cegador que obligó a todos a entrecerrar los

párpados. Cuando finalmente habló, su voz ya no era completamente suya, era una sinfonía de sonidos superpuestos como si múltiples entidades hablaran a través de su garganta, creando una reverberación que hacía temblar el aire a su alrededor. "El núcleo... busca equilibrio." Pronunció, con cada palabra resonando con una profundidad que trascendía lo meramente auditivo. "Anhela algo que está más allá de nuestra comprensión limitada." Agregó, y después de eso un silencio denso, casi palpable, envolvió al grupo: Cada uno procesó las palabras como si fueran fragmentos de un enigma cósmico. De hecho, fue Marcus quien finalmente se atrevió a romper aquella atmósfera de asombro contenido. "¿El núcleo te habló directamente?" Dijo casi en un susurro, entre la cautela y la fascinación. "No." Aidan respondió, parpadeando con una lentitud casi contemplativa; su tono había recuperado algo de su naturaleza original, aunque persistía en él un deje de fragilidad. "No fue una comunicación verbal, fue más bien... una certeza: Una sensación que atraviesa los límites de lo comprensible."

Lucian frunció el ceño, sus ojos grises se clavaron en Aidan como si pudiera arrancar la verdad mediante la intensidad de su mirada. "¿Y qué implica eso para nosotros? ¿Qué busca realmente?" Preguntó con interés. Aidan movió la cabeza en un gesto de incertidumbre, con sus mechones brillando en un arco luminoso. "No lo sé con precisión... pero tengo la impresión de que su intención no es destruirnos, porque parece estar intentando reparar algo que permanece roto desde hace una eternidad." Explicó, intercambiando una mirada con Elías. Luego de eso, una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Caleb, quien se inclinó hacia Aidan con una mezcla de humor y genuina curiosidad. "Fascinante." Murmuró. "Nunca imaginé que tendría una conversación filosófica tan profunda con alguien que literalmente brilla como una lámpara de neón cósmica." Soltó una risita, y la mirada que Aidan le devolvió fue débil, pero estaba impregnada de un reconocimiento silencioso; un agradecimiento por ese intento de alivianar la tensión de introducir un resquicio de normalidad, en medio del caos absoluto que los rodeaba. Sin embargo, la frágil calma que habían construido se desmoronó cuando Julian soltó un bufido que cortó el aire como un látigo. "Esto es una pérdida de tiempo absoluta." Declaró, destilando frustración y una urgencia apenas contenida. "Mientras seguimos aquí disertando como académicos, el núcleo continúa desintegrándose, y seguimos sin un plan medianamente coherente." Exhaló.

Lucian lo miró con una dureza que podría haber congelado el espacio mismo, sus ojos, normalmente calculadores, ahora ardían con una intensidad que hablaba de una paciencia al límite. "¿Y qué sugieres?" Preguntó, con cada palabra cargada de un sarcasmo cortante. "¿Que actuemos como una manada de guerreros sin cerebro? Eso solo nos conducirá directo al abismo." Añadió con una mueca, y Julian avanzó con un paso desafiante, como un depredador que marca su territorio; su figura se irguió, proyectando una energía que hacía que el aire a su alrededor pareciera vibrar. "Lo que sugiero..." Pronunció cada sílaba cortante como un filo de cristal. "Es que dejemos de comportarnos como si esto fuera una aburrida reunión burocrática, y hagamos algo verdaderamente útil." La tensión entre ellos era más que palpable; era una entidad viva que parecía electrificar cada partícula del espacio fracturado. Julian estaba ahora a escasos centímetros de Lucian, tan cerca que podía sentir el calor del otro, sus ojos dorados brillaban con una intensidad que bordeaba la ira, pero había algo más: Un destello de vulnerabilidad, una emoción compleja que luchaba por emerger más allá de la máscara de provocación. "Si quieres ir solo al matadero, nadie va a detenerte." Lucian habló con su voz baja, pero cargada de una autoridad que resonó como un eco en el núcleo inestable. "¿Y simplemente dejarte arrojarte al fuego por todos nosotros?" Julian replicó, y su sarcasmo ahora era una delgada capa que apenas ocultaba una preocupación genuina. Por un instante electrizante, el espacio entre ellos pareció

desaparecer, Julian estaba tan próximo que podía sentir cada respiración de Lucian, cada latido; su mirada era un huracán de emociones: Desafío, frustración, algo que se resistía a ser nombrado y que palpitaba entre ellos como un secreto a voces. Fue Nathaniel quien intervino al fin, y su voz fue serena al hablar, pero firme cortando aquella extraña tensión entre ellos como un bisturí. "Esto no nos está llevando a ninguna parte." Declaró, con la autoridad de quien ha visto demasiadas batallas. "Si realmente queremos salvar a Aidan y salir con vida de este lugar, necesitamos dejar de lado nuestros orgullos y trabajar juntos." Tsk, Julian miró al chico, pero no dijo nada, Lucian tampoco habló, solo se cruzó de brazos y miró hacia el lado contrario del muchacho rubio.



Mientras el grupo comenzaba a tejer los hilos de su estrategia en medio del caos del núcleo fracturado, Caleb se deslizó hacia Nathaniel con la gracia de quien está acostumbrado a moverse entre sombras, una sonrisa juguetona bailaba en sus labios, ese gesto característico que parecía ser tanto una invitación como un desafío. "Debo admitir..." Murmuró, con su voz impregnada de una ligera burla que no lograba ocultar la genuina admiración. "Es francamente impresionante verte en acción." Continuó. Nathaniel arqueó una ceja, su expresión fue un lienzo perfecto de sorpresa contenida. "¿Impresionante?" Repitió, como si la palabra fuera un objeto extraño que necesitara ser examinado. Caleb se inclinó un poco más cerca, y su proximidad fue casi como un secreto compartido. "Sí." Dijo con sinceridad, algo que contrastaba con su habitual tono juguetón. "No todos los días presencias a alguien enfrentándose a un núcleo que amenaza con desintegrarse, y aún conservar ese aire de autoridad que hace que hasta el caos parezca ordenarse a tu voluntad." Sonrió. Un ligero rubor, traicionero como un susurro, se extendió por las mejillas de Nathaniel, su expresión seguía siendo un bastión de seriedad, pero ese delicado cambio de color era una rendija por donde se filtraba algo más: Una vulnerabilidad apenas perceptible. "Sólo estoy haciendo mi trabajo." Respondió, con su voz descendiendo a un tono más bajo, casi intimista, como si estuviera compartiendo un secreto. La sonrisa de Caleb se ensanchó, mostrando una mezcla de triunfo y genuina calidez. "Pues lo haces extraordinariamente bien, guardián." Ronroneó, dejando que cada sílaba vibrara con una intención que iba más allá de un simple cumplido. "Además eres tan rudo, ¿Te han dicho que eres bastante alto?" Sonrió. "Muy intenso e intelectual." Añadió. Nathaniel negó con la cabeza, un gesto que pretendía ser de desaprobación, pero había algo nuevo en sus ojos; un brillo que no había estado allí antes, una chispa que hablaba de algo más que una simple respuesta profesional. "Disculpa, tengo que platicar de un asunto con Lucian." Dijo antes de marchar con el chico. "Eres pésimo para ligar." Julian se mofó desde la esquina en la que se encontraba. Caleb giró la cabeza para mirarlo, entonces refutó: "Si yo soy malo, tú eres el rey de los perdedores." Indicó con malicia. Después de un tiempo, con Aidan, frágil como un cristal a punto de romperse, y apoyado en los brazos protectores de Elías, el grupo avanzó hacia el corazón mismo del núcleo, cada paso era una negociación con el caos: Las plataformas se tambaleaban como si fueran construidas de niebla y promesas rotas, amenazando con desintegrarse bajo sus pies; las criaturas que emergían de las sombras fragmentadas se multiplicaban con una ferocidad que bordeaba lo irracional, cada nueva forma más agresiva y distorsionada que la anterior. Finalmente, tras lo que pareció una eternidad de avance, llegaron a una extensión que desafiaba toda comprensión, un vasto espacio donde la luz y la oscuridad no competían, sino que danzaban en una simbiosis primordial, un lugar que parecía respirar, pulsar con un ritmo que iba más allá de lo orgánico, como si fuera un organismo

vivo y consciente.

En el centro de aquel lienzo de realidades entrelazadas, una figura comenzó a condensarse, no era una aparición, sino una materialización: Una versión oscura y retorcida de Aidan. Un reflejo que no era un reflejo, sino algo más profundo, más íntimo, sus ojos, idénticos al Aidan que Elías sostenía, brillaban con la misma luz azul, pero ahora teñida de un matiz que hablaba de peligro, de un conocimiento que trascendía lo comprensible. "¿Qué... es eso?" Aidan susurró, con su voz quebrada como un eco perdido. Nathaniel dio un paso al frente, su expresión era casi tallada en piedra, y sus ojos calculadores analizaron cada detalle de aquella manifestación imposible. "Una proyección del núcleo." Respondió, con sus palabras medidas como un golpe de precisión. "Es un reflejo de ti mismo, pero también el eco de aquello que el núcleo está intentando preservar. Una memoria, un mecanismo de defensa, algo que va más allá de nuestra comprensión." Elías se movió rápidamente, colocándose estratégicamente delante de Aidan; su cuerpo era un escudo, su postura un desafío silencioso. "Sea lo que sea." Dijo con un rugido contenido. "No voy a permitir que se acerque." Entonces, la figura oscura se movió, no como un ser físico, sino como una ondulación en el tejido de la realidad. Su voz no sonó, sino que reverberó, atravesando el espacio como una advertencia ancestral: "No deberían estar aquí. Ninguno de ustedes debería haber traspasado estos límites." La figura avanzó hacia ellos, mientras las plataformas comenzaban a desmoronarse y el núcleo emitía un rugido que parecía provenir del mismo corazón del caos.

ACTO 4



Capítulo 26

La oscuridad frente al espejo

El núcleo palpitaba como un corazón cósmico, una entidad orgánica de caos primordial que latía con una energía oscura e infinita, las plataformas de Sombralia flotaban en un equilibrio imposible, bailando una danza al borde del colapso, con sus bordes desintegrándose y reconstituyéndose con cada latido de aquella realidad fragmentada; las grietas en el tejido mismo de la existencia exudaban una luz que no era luz, sino una sustancia viva y consciente, que parecía observarlos con pupilas invisibles, con la mirada de algo que conoce secretos más antiguos que el tiempo. Frente a toda esa adversidad, Elías sostenía la mano de Aidan con una intensidad que iba más allá del contacto físico: Era un ancla, un último vestigio de conexión humana en medio de un mar de abstracciones que amenazaban con desintegrarlo todo. "Estoy aquí contigo." Susurró, y su voz era más que palabras: Era una promesa, un conjuro, el último hilo que podía mantenerlo unido a la cordura. Aidan lo miró, sus ojos antes de un azul profundo ahora ardían con un resplandor sobrenatural, como si algo más que él mismo estuviera mirando a través de aquellas pupilas, una luz que no pertenecía a ningún espectro conocido, que parecía estar arrancándolo lentamente de los límites de la realidad. "No sé cuánto más podré soportar esto." Admitió, y su vulnerabilidad era una daga que atravesó el pecho de Elías, desgarrando cada fibra de su ser. "No importa lo que pase." Respondió el segador, con su voz forjada en el acero más puro, templada por una determinación que desafiaba incluso a las leyes del núcleo. "No te dejaré." Y antes de que pudiera decir más, una figura comenzó a materializarse frente a ellos; no era una aparición sólida, sino una entidad imposible: Su cuerpo parecía tejido con sombras y fragmentos luminosos que reflejaban la luz del núcleo como un mosaico de espejos rotos. Se movía entre la existencia y la no existencia, como un pensamiento que toma forma, pero lo verdaderamente perturbador fue el rostro, ya que era el rostro de Aidan, y a la vez no lo era, porque se veía como una versión distorsionada, como vista a través de un prisma de pesadilla; una sonrisa cruel se extendía por sus labios, una expresión que jamás había pertenecido al Aidan que Elías conocía, amaba y protegería, era una sonrisa que hablaba de conocimientos prohibidos, de verdades que ningún ser humano debería comprender jamás. "¿Eso... soy yo?" El susurro de Aidan fue como un cristal a punto de romperse, impregnado de un miedo primordial y una confusión que parecía desgarrarlo desde el interior. Elías se movió con la rapidez de un Dios protector, colocándose al instante frente a él, con su cuerpo convertido en un escudo viviente. "¡No!" Dijo en un rugido contenido de determinación. "Eso no eres tú, es el núcleo jugando con nuestras mentes, retorciéndonos como si fuéramos simples hilos en su telar." Apretó la mandíbula, y la manifestación rió, un sonido que no pertenecía a ninguna dimensión conocida; era un alarido agudo y discordante que parecía desgarrar el tejido mismo de la realidad, reverberando en el vacío infinito como una blasfemia cósmica. "¿Estás seguro de eso?" Preguntó, con cada palabra destilando un veneno de burla. "¿O quizás esto es lo que él realmente es? ¿Lo que será si continúas empecinándote en salvarlo?" Añadió malévolamente. Con eso, el grupo se reagrupó con la sincronización de un organismo múltiple: Lucian como una estatua de rigidez y control, evaluaba la situación con una mirada tan gélida que podría congelar el caos circundante, y Julian con su guadaña descansando sobre su hombro como una extensión

de su propio ser, soltó un bufido que era mitad desprecio, mitad resignación. "Fantástico." Murmuró. "Ahora estamos luchando contra nuestros propios reflejos, como si el núcleo no fuera suficientemente complicado." Chasqueó la lengua. Nathaniel, con la precisión de quien ha estudiado cada recoveco de lo desconocido, frunció el ceño; sus ojos, instrumentos de análisis más que órganos de visión, seguían cada movimiento de la figura imposible. "No es una simple ilusión." Pronunció, con cada palabra medida como un golpe de bisturí. "Es una manifestación del núcleo, claramente está alimentándose de nuestras emociones, nutriéndose de nuestros miedos más recónditos." Apretó los labios. Marcus, que había permanecido en un silencio que era casi una presencia física, avanzó un paso y su voz, cuando habló, fue baja y contemplativa, como si estuviera descifrando un enigma ancestral. "No está simplemente mostrando lo que Aidan teme." Explicó, con una profundidad que hacía que el aire pareciera más denso. "Está reflejando lo que cada uno de ustedes teme más profundamente, es un espejo que no solo muestra, sino que disecciona." Agregó con un soplo, observando la figura distorsionada de Aidan que permaneció inmóvil, como una estatua de pesadilla suspendida entre la realidad y la abstracción.

Sus ojos, pozos de luz azul sobrenatural, se deslizaron sobre los miembros del grupo con una precisión casi quirúrgica, evaluándolos como un depredador analiza a su presa. "Todos tienen miedo." Espetó con un eco perverso del verdadero Aidan, una melodía compuesta de verdad y veneno. Elías sintió que un nudo de plomo se formaba en su estómago, cuando aquella aberración de la realidad se giró hacia él. "Tú, el salvador romántico." Le dijo con cada una de sus palabras destilando un sarcasmo cortante. "Dispuesto a incendiar el mundo entero, a condenar a todos por salvar a este humano de la muerte. ¿Llamas a esto amor?" Rió con maldad. "El idiota tenía pensamientos suicidas, es por eso por lo que de un momento a otro moriría ¿Y qué crees? No se iría al plano celestial exactamente, sino que al reino oscuro." La figura se inclinó, su sonrisa ahora era como un filo de navaja. "No, esto es puro egoísmo, porque él nunca volverá a ser quien era, y tú tampoco segador. Estás destruyendo todo lo que conoces por un espejismo." Elías gruñó: "¡Cállate!" Su voz tembló como un cristal a punto de romperse, pero su mirada permaneció inquebrantable, un desafío silencioso contra aquella manifestación de sus propios miedos. El reflejo rió, un sonido que era más un siseo que una risa, antes de dirigirse a Lucian. "Y tú, el líder infalible, tan perfecto como atractivo, tan controlado. ¿Cuánto más planeas ocultarte detrás de esa máscara de indiferencia?" Su voz se suavizó, volviéndose casi íntima. "Todos sabemos que no es a Aidan a quien realmente quieres proteger, ¿Verdad?" Lucian no respondió, pero el destello en sus ojos como un relámpago de emoción contenida, fue suficiente para que Julian interviniera. "¡Basta!" Gritó, haciendo girar su guadaña en un arco defensivo que cortó el aire como una advertencia. "No tenemos tiempo para tus manipulaciones." Exhaló con labios toscos. La figura se detuvo frente a él, inclinando la cabeza con una curiosidad casi académica, como si lo estudiara bajo un microscopio. "Ah, el observador. Siempre tan astuto, pero siempre en las sombras, jugando al estratega, al margen. ¿Cuánto tiempo más vas a fingir que realmente no te importa Lucian?" Dijo con malicia. Julian se tensó como un resorte a punto de dispararse, pero antes de que pudiera responder, Marcus dio un paso al frente, y su movimiento fue sereno, calculado. "Ya hemos escuchado suficiente." Declaró, cortando la tensión. La manifestación se giró hacia él ahora, su sonrisa se ensanchó como una herida. "Y aquí está el misterioso Marcus, siempre al margen, siempre calculando. Un observador perfecto." Su tono descendió, volviéndose un susurro que parecía atravesar capas de realidad. "¿Qué es lo que realmente quieres? ¿Ayudar? ¿O estás aquí simplemente para satisfacer tus propios designios?" Espetó con voz pesada. "Estoy aquí para terminar esto." Marcus le respondió con

una calma que era más profunda que el silencio, aunque un destello fugaz en sus ojos, como un relámpago de ira contenida, traicionaba las emociones que bullían bajo su superficie. Caleb quien se encontraba en silencio, al lado de Nathaniel, se acercó al chico y le habló en voz baja, pero llena de intención. "Esto se está saliendo de control, la manifestación está hablando tonterías y si no hacemos algo pronto, esto nos destruirá desde adentro." Nathaniel lo miró de reojo, con su rostro tenso por el esfuerzo de mantener el equilibrio del núcleo. "¿Y qué sugieres?" Preguntó con una mueca. "Confía en mí." El rubio le respondió con una media sonrisa. "Solo una vez, prometo que no te arrepentirás." Nathaniel levantó una ceja, pero antes de que pudiera responder, Caleb ya estaba avanzando. El chico lanzó un fragmento de energía hacia la manifestación, distrayéndola lo suficiente para que el resto del grupo pudiera avanzar. "¿Siempre eres así de imprudente?" Nathaniel murmuró cuando lo alcanzó, pero su tono era una mezcla de reproche y admiración. "Solo cuando creo que vale la pena." Caleb contestó, con una sonrisa que hizo que el guardián desviara la mirada momentáneamente. Luego de ese enfrentamiento, la manifestación estalló como un huracán de energía oscura, y sus tentáculos retorcidos amenazaron con consumir todo a su paso. Sin embargo, el grupo, unido por un vínculo más fuerte que el miedo, logró debilitarla con una determinación inquebrantable; aun así, antes de desvanecerse, la entidad despidió una última y escalofriante advertencia: "Si insistes en desafiarme, entonces enfrentaremos el final juntos: Un final que hará temblar los cimientos mismos de la realidad."

Elías, con los ojos brillando con una intensidad sobrenatural, sabía exactamente lo que debía hacer, su mirada, templada por años de conflictos ancestrales, se posó brevemente en Aidan. Entonces, con un movimiento calculado y sutil avanzó hacia la manifestación, con sus pasos firmes resonando como un desafío contra lo desconocido. "No dejaré que te quedes con él." Declaró, en un susurro de acero que cortaba la oscuridad como un cuchillo. Aidan intentó detenerlo con sus manos extendidas en un gesto de súplica, pero Elías le dirigió una mirada que era una combinación de promesa y advertencia. "Confía en mí." Musitó, con cada palabra cargada de una seguridad inquebrantable que trascendía el miedo. Entonces, se enfrentó a la manifestación como un guerrero de leyendas antiguas, absorbiendo la energía oscura que intentaba consumirlo; cada paso que daba era una danza mortal entre la luz y la sombra, y después de un tiempo, la energía azul de Aidan comenzó a crecer, primero como un destello tenue, luego como una marea luminosa que contrarrestaba la oscuridad, expandiéndose con una fuerza que parecía desafiar las leyes mismas de la existencia. Finalmente, cuando la manifestación se disolvió dejando tras de sí solo un eco de su terrible presencia, el núcleo comenzó a temblar con una violencia propia de terremotos primigenios. Nathaniel observó con horror, sus ojos reflejaron un terror ancestral, mientras nuevas grietas se abrían a su alrededor, como heridas en la piel misma de la realidad. "Esto aún no ha terminado." Advirtió, con una sentencia de gravedad que resonaba con la profundidad de los siglos. Luego, desde las sombras, emergió Marcus con su figura apenas distinguible, pero su voz aguda cortó el aire como un bisturí: "El núcleo está reaccionando, si no hacemos algo ahora, no quedará nada más que cenizas y memoria." Y mientras se preparaban para lo que vendría, como soldados ante una batalla final, la voz del núcleo resonó una vez más, antigua e implacable: "Han ganado esta batalla, pero el equilibrio no puede ser restaurado sin un sacrificio: Un precio que ninguno de ustedes está verdaderamente preparado para pagar." Después de eso, todos contemplaron el resplandor creciente del núcleo, un brillo que prometía tanto destrucción como redención; y cada uno de ellos sabía que la próxima decisión podría costarles todo: Sus vidas, sus almas, hasta su misma existencia.

Capítulo 27

El límite del sacrificio

El núcleo latía con una intensidad creciente, enviando pulsos de energía que sacudían las plataformas flotantes y hacían vibrar el aire, las grietas se expandían lentamente, destilando una luz azul que parecía envolverlo todo, un recordatorio constante del peligro inminente; la presencia de la Muerte dominaba el lugar, y aunque no había hecho ningún movimiento, su mera existencia pesaba sobre cada uno de los presentes como una sentencia aún no pronunciada. Elías permanecía frente a Aidan, con su cuerpo erguido como un escudo, sus ojos ardían con una mezcla de desafío y desesperación. Aidan, por su parte, luchaba por mantener la calma, aunque sus manos temblaban ligeramente. La conversación entre ellos había quedado interrumpida por la llegada de la Muerte, pero sus emociones seguían siendo un torbellino que amenazaba con consumirlos. "El tiempo no está de su lado." Dijo la Muerte finalmente, su voz resonó con una gravedad que parecía emanar de las mismas grietas en el espacio. "El núcleo exige equilibrio, y si ustedes no toman una decisión, lo hará por ustedes." Nathaniel dio un paso al frente, su rostro estaba tenso pero decidido. "Si el núcleo necesita un sacrificio, ¿Por qué no ofrecerme a mí? Mi papel es proteger el equilibrio, y estoy dispuesto a cumplir con mi deber, sea cual sea el costo." Se mostró seguro. "Qué noble." Respondió la Muerte con una sonrisa tenue, aunque sus palabras destilaban un sarcasmo gélido. "Pero el núcleo no elige basándose en la nobleza. Lo que busca es equilibrio, y tu sacrificio no sería suficiente para repararlo." Agregó. "¿Y el de Aidan sí lo sería?" Elías preguntó, con su voz baja, pero cargada de intensidad. "¿Por qué él?" La Muerte lo miró, sus ojos etéreos brillaron con un fulgor que parecía atravesar cada capa de su ser. "Porque Aidan no es solo un humano. Desde el momento en que interrumpiste su destino, lo vinculaste a este núcleo de formas que ni siquiera comprendes. Ahora él es parte del desequilibrio, y su conexión es tanto la causa como la posible solución." Elías negó con la cabeza, apretando los puños. "Debe haber otra forma. No voy a dejar que lo tome." El grupo quedó en silencio, cada uno procesando las palabras de la Muerte a su manera. Julian observó a Lucian desde el rabillo del ojo, con una tensión palpable entre ellos que parecía una chispa esperando encenderse. Finalmente, rompió el silencio con su tono sarcástico habitual. "Por supuesto. Porque todos aquí somos héroes dispuestos a sacrificarnos por un humano al que apenas conocemos." Lucian giró hacia él, con su mirada helada. "¿Y tú qué sugieres, Julian? ¿Que simplemente lo dejemos morir?" exhaló. "Lo que sugiero." Le respondió, avanzando un paso hacia él. "Es que dejes de actuar como si el equilibrio fuera lo único que te importa. Todos lo vemos, Lucian. Esto no tiene nada que ver con el núcleo, y todo que ver con tu incapacidad para aceptar lo que realmente sientes." Lucian lo miró con una mezcla de furia y algo más profundo, algo que parecía estar a punto de romperse. "¿Y qué hay de ti, Julian?" Replicó con voz baja pero cortante. "Siempre tan rápido para señalar las debilidades de los demás. Quizás deberías mirar más de cerca las tuyas." La atmósfera entre ellos se tensó aún más, y aunque ninguno dijo nada más, la intensidad de sus miradas hablaba de una historia no contada, una verdad que ninguno estaba dispuesto a admitir. Mientras tanto, Caleb se acercó a Nathaniel, su tono ligero contrastaba con la seriedad de la situación. "Supongo que esto es lo que llaman un momento decisivo." Nathaniel lo miró de reojo, exhalando con frustración. "Esto no es un juego, Caleb." Torció los labios. "No, no lo es." El muchacho

respondió, cruzando los brazos. "Pero si seguimos peleando entre nosotros, no vamos a llegar a ningún lado. Tal vez deberíamos escuchar lo que Aidan tiene que decir." Nathaniel frunció el ceño, pero antes de que pudiera responder, Aidan tomó la palabra, su voz temblaba ligeramente, pero había una firmeza en sus palabras que captó la atención de todos. "Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para arreglar esto. Si mi sacrificio puede salvarlos, entonces no hay nada que pensar." Dijo con firmeza. "¡No!" La voz de Elías resonó con una fuerza que sorprendió incluso a la Muerte. Dio un paso al frente, interponiéndose una vez más entre Aidan y el núcleo. "No voy a permitirlo. Aidan, te prometí que encontraríamos otra forma, y lo haré. No importa lo que cueste." La Muerte observó la escena con un interés distante, como si ya supiera cómo terminaría. Finalmente, habló, su tono era sereno pero implacable. "El tiempo se agota. La decisión debe tomarse ahora, o el núcleo tomará a ambos." Elías apretó los puños, su mente corría en busca de una solución, cualquier alternativa que pudiera salvar a Aidan sin condenarlos a todos. Finalmente, sus ojos se encontraron con los de la Muerte, y en su voz había una determinación que resonó en el espacio. "Si el núcleo necesita equilibrio, entonces tómate a mí. Deja ir a Aidan." La Muerte lo miró, evaluándolo con una calma inquietante. "El núcleo aceptará lo que crea necesario. Pero recuerda, Elías, este no es un sacrificio que puedas deshacer. Una vez hecho, será final." Elías asintió, su mirada fija en Aidan. "Lo sé. Pero no voy a perderte." Aidan intentó protestar, pero Elías lo detuvo con una mano en su rostro, su toque era suave, pero había una firmeza en él que no dejaba lugar a dudas. "Confía en mí," susurró. "Juntos siempre encontraremos una forma." Elías avanzó hacia el núcleo, mientras Aidan, con lágrimas en los ojos, lo observaba, incapaz de detenerlo, La Muerte lo seguía de cerca, su figura imponente como un juez llevando a cabo una sentencia ineludible: El núcleo brilló con una intensidad cegadora, y el aire se llenó de una energía que parecía contener todas las posibilidades de lo que estaba por venir, pulsó con una intensidad que se sentía más allá del físico, como si cada latido resonara directamente en las almas de los presentes. Elías se acercó al resplandor creciente, su cuerpo irradiaba una determinación que desafió incluso la opresión palpable de la Muerte, que lo seguía como una sombra silenciosa, cada paso parecía estirarse en el tiempo, convirtiendo segundos en eternidades mientras la grieta pulsaba con una energía que amenazaba con consumir todo a su paso. Aidan, incapaz de soportarlo más, corrió tras él, sus pasos eran rápidos pero vacilantes, como si luchara contra un viento invisible. "¡Elías, detente!" Gritó, con su voz quebrándose bajo el peso de la emoción. "No tienes que hacer esto. No puedes." Elías se dio la vuelta, y en sus ojos había una mezcla de dolor y amor que hizo que Aidan se detuviera en seco. "Tengo que hacerlo." Susurró con voz firme, pero su mirada suavizó el impacto de sus palabras. "Aidan, esto no es solo por ti. Es por nosotros, por todos." Señaló con una sonrisa apenas perceptible. "Pero yo puedo hacerlo." Aidan le refutó, avanzando hacia él con las lágrimas ya corriendo por sus mejillas. "Este caos empezó conmigo, y debería terminar conmigo. No puedo dejar que te sacrifiques por algo que es mi culpa." Elías sacudió la cabeza. "No es tu culpa." Declaró, tomando su rostro entre sus manos con una ternura que contrastaba con la intensidad del momento. "Nunca lo fue. Esto... esto es más grande que cualquiera de nosotros, pero no dejaré que seas tú quien pague el precio. Si alguien tiene que hacerlo, seré yo." Suspiró. "Elías, por favor..." Aidan susurró, su voz se quebró mientras sus manos se aferraban a los brazos del segador como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento. Elías inclinó su frente contra la de Aidan, cerrando los ojos por un breve instante mientras intentaba encontrar las palabras. Finalmente, habló, y su tono era bajo pero cargado de emociones. "Te prometí que encontraríamos una forma juntos, pero esta es la única manera de salvarte, de salvarnos." Aidan lo miró, sus ojos brillaban con una intensidad casi sobrenatural, un reflejo del vínculo único que

compartían. "No quiero un mundo en el que no estés, Elías. No quiero ser salvado si significa perderte." Sus palabras perforaron el corazón del segador, pero en lugar de dudar, su resolución se fortaleció. "Vivirás, Aidan. Vivirás para recordarme, para recordar lo que somos y lo que luchamos por proteger. No dejaré que todo esto sea en vano." El núcleo brilló con un destello cegador, interrumpiendo su intercambio. La Muerte avanzó, su voz era como un trueno distante, calmada, pero cargada de un peso que silenciaba todo a su alrededor. "La decisión debe tomarse ahora. Cualquier vacilación será fatal." Sentenció.

"Entonces ya está decidido." Dijo Elías, soltando suavemente a Aidan y girándose hacia el núcleo. "Si mi sacrificio es suficiente, entonces que así sea." Añadió con decisión. "¡No!" Aidan gritó, con voz llena de desesperación mientras lo agarraba de la muñeca. "No voy a dejar que lo hagas. Hay otra forma, debe haberla. Encontraremos una solución juntos, como siempre." Antes de que Elías pudiera responder, un destello de luz azul los envolvió, separándolos momentáneamente, Aidan cayó al suelo, jadeando, mientras la figura espectral de la Muerte se interponía entre ellos. "El núcleo no aceptará indecisión." Declaró, con tono implacable. "Aidan, tu conexión con el desequilibrio lo hace único. No puedes ser reemplazado tan fácilmente, pero..." Se giró hacia Elías. "Tu vínculo con él podría ser la clave para resolver esto sin perderlo completamente." Indicó. "¿Qué significa eso?" Elías preguntó, su voz estaba cargada de sospecha, pero también de esperanza. "Significa que puedes compartir el peso." Explicó la Muerte, con tono frío, pero calculador. "Sin embargo, este camino no está exento de riesgos. Vincular tu existencia con el núcleo a través de él te hará vulnerable, podrías perderte en su energía, convirtiéndote en parte de su caos." Aidan levantó la mirada, sus ojos estaban llenos de miedo. "No. No puedo dejar que eso pase. Elías, no puedes hacerlo." Sacudió la cabeza de lado a lado. "¿Y qué sugieres entonces?" Elías replicó, su tono fue más suave, pero no menos determinado. "¿Que te deje asumir todo esto solo? No puedo, Aidan. No lo haré." Espetó con ojos brillantes. "Si eligen este camino." la Muerte irrumpió, ignorando su intercambio. "Ambos quedarán marcados por el núcleo. Sus destinos estarán irrevocablemente ligados, y su existencia nunca volverá a ser la misma." Elías se giró hacia Aidan, su mirada era intensa, pero llena de amor. "Estoy dispuesto a correr ese riesgo, Aidan. Porque estar contigo, incluso en medio de todo esto, vale más que cualquier otra cosa." El chico lo miró por un largo momento, luchando con las emociones que amenazaban con abrumarlo. Finalmente, asintió, y sus palabras fueron apenas un susurro: "Juntos." La Muerte levantó una mano, y el núcleo respondió con un resplandor que iluminó todo el espacio. "Entonces que así sea." Su voz resonó como un veredicto. Elías y Aidan se acercaron al núcleo, con sus manos entrelazadas mientras el resplandor los envolvía, sus cuerpos comenzaron a brillar con la misma luz azul, y una energía cálida y vibrante los conectó de una manera que trascendía lo físico. El resto del grupo observaba con una mezcla de temor y asombro, el destino de ambos estaba sellado, y el equilibrio de Sombralia dependía ahora de lo que sucediera en ese instante eterno entre la luz y la sombra.

Capítulo 28

La eternidad en un suspiro

El núcleo palpitaba con una intensidad abrumadora, un ritmo primordial que hacía temblar los cimientos mismos del espacio, era como un corazón cósmico desenfrenado, latiendo en un frenesí apocalíptico mientras sus grietas se extendían como voraces raíces espectrales, ansiosas por devorar cada ápice de existencia, las fracturas serpenteaban con una energía destructiva, amenazando con desgarrar los últimos vestigios de realidad; y en medio de aquel torbellino de caos inconmensurable, la figura de la Muerte permanecía inmutable, cual columna vertebral de la devastación, era como el eje central de toda aquella locura cósmica. Su manto negro, más profundo que la ausencia misma, devoraba toda luz que osaba acercarse, tragando los brillos espectrales de las plataformas flotantes como si fueran simples destellos de una vela contra la noche eterna; sus ojos, abismos de energía etérea más antiguos que el tiempo, contenían un poder de contemplación tan penetrante que parecían capaces de perforar no solo almas, sino las mismas estructuras del universo. Elías, con una determinación que desafiaba la inmensidad que lo rodeaba, dio un paso al frente, su mano seguía entrelazada con la de Aidan, un nexo de resistencia contra lo incomprensible; se colocó como un escudo viviente entre la Muerte y el humano al que había jurado proteger, su silueta se recortaba contra el caos como un faro de desafío. A pesar de la atmósfera opresiva que amenazaba con aplastar cualquier pizca de esperanza, su postura era inmovible, tallada en un granito de voluntad inquebrantable, y cuando habló, su voz no fue un grito ni un susurro, sino algo más: Un trueno de claridad que cortó el silencio como una espada de luz, desafiando la misma esencia del horror que los rodeaba. "Si alguien debe pagar este precio, seré yo. No permitiré que lo toques." Aidan lo miró con ojos llenos de emociones contradictorias. Por un lado, el amor que sentía por Elías lo impulsaba a aceptar ese sacrificio, pero por otro, no podía soportar la idea de que él fuera quien se perdiera. "Elías... no puedes tomar esta decisión por mí." El núcleo emitió un latido más fuerte, como si se uniera a la discusión. Entonces, La Muerte inclinó la cabeza, observándolos con una mezcla de curiosidad y paciencia infinita. "Tu devoción es conmovedora." Su voz resonó como un eco en las profundidades del vacío. "Pero esto no es algo que puedas elegir tan fácilmente, el núcleo no busca actos de valentía o amor desmedido: Busca equilibrio." Explicó. Nathaniel, de pie a un lado, frunció el ceño. Su mirada, normalmente fría y analítica, reflejaba la frustración que sentía ante la situación. "¿Entonces qué propones?" Preguntó, con su voz controlada, pero cargada de una urgencia que no podía ocultar. La Muerte alzó una mano, y con un movimiento que parecía ralentizar el tiempo, señaló a Elías y Aidan. "Ellos han creado un desequilibrio que ha alterado las reglas mismas de este plano. Se enamoraron y eso es una alteración entre los mundos, pero en esa alteración, también han creado una posibilidad única." Hizo una pausa y luego continuó: El núcleo puede estabilizarse, pero requiere que ambos renuncien a todo lo que son aquí." Julian, apoyando su guadaña en su hombro, observó a la Muerte con una mezcla de escepticismo y desafío. ¿Qué significa eso?" Preguntó con un brillo en los ojos. "Significa..." La Muerte continuó, sin molestarse en mirarlo. "Que deberán dejar Sombralia, abandonar esta existencia y todo lo que han conocido. Serán humanos, mortales, tan frágiles como cualquier otro en el plano terrenal."

Un silencio absoluto cayó sobre el grupo. Incluso Julian, siempre dispuesto a hablar, se quedó sin palabras. Elías apretó la mano de Aidan, sintiendo el temblor que recorría su cuerpo. "¿Humanos?" Aidan murmuró, con su voz apenas audible. "Sí." La Muerte giró lentamente hacia él, su presencia imponente parecía llenar todo el espacio. "Vivirás la vida que se te arrebató en otro lugar y tiempo, pero será una vida normal. Y tú, Elías, compartirás esa existencia con él, perdiendo todos los dones y maldiciones de tu naturaleza como segador." Lucian, siempre racional, dio un paso al frente. "¿Por qué esta solución? ¿Por qué no simplemente estabilizar el núcleo sin más sacrificios?" Espetó, intercambiando miradas con Elías, quien se mostraba satisfecho con ese veredicto, que para Lucian se escuchó como un sacrilegio. La Muerte lo observó por un momento, y aunque su rostro estaba oculto por la sombra de su capucha, había algo en su postura que transmitía paciencia. "Porque este vínculo que ellos han forjado es único. Ha reescrito las reglas mismas de este plano, si ellos permanecen aquí, continuarán alterando el equilibrio, y si se van, su conexión restaurará lo que han roto." Aidan apartó la mirada de la Muerte, dirigiéndola hacia Elías, sus ojos brillaban con lágrimas, pero había una determinación inquebrantable en ellos. "No puedo pedirte que hagas esto, Elías. No puedo permitir que renuncies a todo por mí." Susurró. Elías soltó un suspiro profundo, como si las palabras que estaba a punto de decir cargaran el peso de siglos de existencia. "No lo estoy haciendo solo por ti, Aidan." Sus manos se movieron para enmarcar el rostro del humano, sus dedos rozaron su piel con una ternura que parecía desafiar el caos que los rodeaba. "Lo estoy haciendo por nosotros, porque quiero una vida contigo, aunque sea una mortal: Una vida diferente, donde podamos ser libres de todo esto." Aidan cerró los ojos, dejando que el peso cayera, mientras apoyaba su frente contra la de Elías. "Siempre haces que todo parezca posible, cariño." Murmuró con una sonrisa temblorosa. "Porque lo es." Le respondió, inclinándose para presionar un beso suave en sus labios; el contacto fue breve, pero estaba cargado de promesas, de una intensidad que trascendía las palabras. La Muerte observó la escena en silencio, y cuando habló, su voz resonó como un juicio final. "Si ambos aceptan, el núcleo será estabilizado. Sus vidas comenzarán de nuevo en el plano terrenal, lejos de todo lo que conocen. Esta decisión no puede deshacerse." Aidan miró a Elías, buscando en sus ojos una confirmación final, y la encontró en la firmeza de su mirada, en la determinación que siempre había definido al segador. "Lo aceptamos, comenzaremos de otro lugar, desde cero." Contestó, con una voz más fuerte de lo que esperaba. "Muy bien." La Muerte alzó ambas manos, y el núcleo comenzó a reaccionar. Su luz, que antes era caótica y descontrolada, se volvió más tranquila, envolviendo a Elías y Aidan en un resplandor cálido. Los demás observaron en silencio, cada uno lidiando con sus propios pensamientos, Nathaniel intercambió una mirada breve con Caleb, quien le sonrió con una mezcla de alivio y admiración; Julian cruzó los brazos, evitando la mirada de Lucian, pero no pudo evitar sentir una punzada de respeto por Elías. Cuando el proceso finalmente terminó, Elías y Aidan cayeron de rodillas, ambos humanos y vulnerables, pero juntos, la luz del núcleo comenzó a desvanecerse, y las grietas que habían amenazado con destruirlo todo se cerraron lentamente. Lucian fue el primero en acercarse. "Han hecho algo extraordinario." Dijo con un tono que mezclaba admiración y tristeza. Elías lo miró, con una sonrisa cansada pero sincera. "No habría podido hacerlo sin todos ustedes." La Muerte dio un paso atrás, con su figura comenzando a desvanecerse. "El equilibrio ha sido restaurado, pero no olviden que todo tiene un precio: Cuiden lo que han elegido." Con esas palabras, desapareció, dejando al grupo en un silencio cargado de emociones.

Nathaniel se acercó a Caleb, quien lo observaba con una sonrisa que intentaba ocultar su tristeza por la partida de Elías al mundo mortal. "¿Crees que lo lograron?" Preguntó, con su tono más serio de lo usual. "Creo que hicieron lo que debían." Nathaniel murmuró, permitiéndose por

primera vez una pequeña sonrisa. "Lo extrañaré, eso que ni se diga." Caleb suspiró, pero en su interior sabía que todo estaba bien. Mientras tanto, Elías ayudó a Aidan a ponerse de pie, sus manos permanecían entrelazadas, y aunque ya no tenían el brillo sobrenatural que los había definido, había algo en ellos que parecía más fuerte que nunca. "¿Estás listo?" Aidan preguntó con voz suave, pero llena de expectativa. Elías asintió. "Para cualquier cosa, mientras estés conmigo." Respondió, inclinándose para darle otro beso, esta vez más lento, más profundo, como si quisiera asegurarse de que ese momento quedara grabado en sus almas. Nathaniel observó a Caleb por un instante más antes de dar un paso hacia Elías, quien después de ese beso, se encontraba ayudando a Aidan a estabilizarse; había un aire solemne en el ambiente, como si el núcleo mismo contuviera el aliento en un momento de despedida. El guardián alzó la voz, lo suficiente para hacerse escuchar sobre el murmullo del núcleo estabilizándose: "Elías." El aludido giró la cabeza, aun sosteniendo la mano de Aidan, la mirada de Nathaniel era una mezcla de respeto y algo que no solía mostrar abiertamente: Gratitud. "Te lo has ganado." Dijo con un paso más cerca, sus manos descansaban a los lados de su cuerpo, como si luchara por no ofrecer una despedida más física. "No solo has salvado este plano, sino que has hecho lo que pocos habrían tenido el valor de hacer." Elías sonrió, su expresión reflejaba una mezcla de alivio y nostalgia. "Lo único que hice fue seguir lo que sabía que era correcto." Nathaniel asintió, con los labios apretados. Caleb, que estaba a su lado, avanzó un poco más, la sonrisa juguetona que solía usar estaba teñida de melancolía. "No te vas a deshacer de mí tan fácilmente, ¿Sabes?" Habló, con sus palabras llenas de calidez, aunque el peso de la despedida era evidente en su tono. Elías dejó ir la mano de Aidan por un momento y avanzó hacia Caleb, los dos intercambiaron una mirada cargada de historia, de batallas compartidas y complicidad que no requería palabras. Finalmente, Elías extendió una mano, pero Caleb, siendo Caleb, lo atrajo para un abrazo rápido pero sincero. "Sé feliz, ¿Entendido?" Murmuró junto a su oído, apretando a Elías un poco más antes de soltarlo. "Porque si no lo haces, prometo que encontraré una forma de patearte el trasero." Elías dejó escapar una risa, más ligera de lo que esperaba. "Lo intentaré, y.... cuida de Nathaniel, ¿Sí? Puede que finja ser indestructible, pero todos sabemos que no lo es." Caleb alzó una ceja, fingiendo sorpresa. "¿Yo? ¿Cuidarlo? Creo que es él quien tendría que cuidarme a mí." Nathaniel soltó un suspiro exasperado, pero su leve sonrisa lo traicionó al hablar: "Estoy bastante seguro de que se meterá en problemas sin ti." Elías asintió, regresando a donde estaba Aidan, pero entonces se giró hacia Lucian, que había permanecido en silencio hasta ese momento. El líder del grupo tenía los brazos cruzados, y su expresión, aunque como siempre controlada, mostraba un destello de emoción que rara vez permitía que otros vieran. "Lucian." Elías se acercó, dejando que Aidan esperara unos pasos detrás. El chico lo observó por un largo momento antes de hablar. "Sabía que eras impulsivo, pero esto supera cualquier cosa que imaginé que harías." Elías sonrió, aunque sus ojos reflejaban el peso de la despedida. "Gracias por confiar en mí, incluso cuando probablemente no lo merecía." Sonrió. "Siempre lo hiciste." Lucian respondió, con un tono más suave de lo usual. "Y por eso mismo, espero que aproveches esta segunda oportunidad que la Muerte te ha dado. No la desperdicies como en tu primera vida." Indicó. Elías sonrió. "No recuerdo mi vida pasada, pero prometo que viviré esta al máximo." Extendió una mano, pero Lucian, con un gesto que sorprendió incluso al propio Elías, lo atrajo para un abrazo breve pero firme. "Buena suerte, Elías." Dijo antes de soltarlo. El chico volvió junto a Aidan, quien lo esperaba con una expresión tranquila pero expectante, luego volvió a tomar su mano, entrelazando sus dedos con los del humano que había cambiado todo para él. "¿Listo?" Aidan preguntó, aunque en sus ojos brillaba la certeza de que no había vuelta atrás. "Sí." Elías asintió, con su voz cargada de una paz que rara vez había sentido en su existencia.

Nathaniel, Marcus, Caleb, Julian, y Lucian observaron en silencio mientras Elías y Aidan se acercaban al portal que la Muerte había dejado abierto para ellos, el resplandor cálido de la luz comenzaba a envolverlos, y con cada paso, el peso de Sombralia y su antigua vida se desvanecía un poco más. Antes de cruzar completamente, Elías se giró una última vez hacia el grupo que había sido su familia en este plano, su mirada fue una mezcla de despedida y agradecimiento. "Gracias... por todo." Y con esas palabras, él y Aidan cruzaron el umbral, desapareciendo en la luz, dejando atrás un silencio que no era de tristeza, sino de algo más profundo: Respeto y esperanza; juntos se prepararon para enfrentar el mundo mortal, sabiendo que, aunque sus días serían simples, estarían llenos del amor que los había llevado a desafiar al destino.

Capítulo 29

Un nuevo comienzo

La luz del portal los envolvió como un abrazo de madre, tan cálido y reconfortante que parecía desdibujar los recuerdos de la gélida Sombralia y el caos del núcleo; Elías sintió un tirón en su pecho que lo hizo estremecerse, como si cada célula de su cuerpo estuviera siendo arrancada, estirada y tejida de nuevo en un segundo, era un dolor y regeneración al mismo tiempo, una sensación que no se podía describir con palabras. A su lado, Aidan apretó su mano, un contacto simple pero poderoso, en medio de aquella vorágine de transformación, ese agarre era más que un gesto; era su único punto de anclaje, el hilo que lo mantenía amarrado a algo tangible, a algo real, y cuando sus pies tocaron tierra firme, el cambio fue tan radical como pasar de una pesadilla a un sueño; el espacio a su alrededor explotó en color y vida, ya no había sombras amenazantes ni vibraciones inquietantes, solo un cielo azul tan limpio que parecía recién lavado, una brisa suave, casi traviesa, se deslizó entre ellos, cargada con el aroma de hierba recién cortada y el perfume silvestre de las flores campestres. Elías parpadeó, sus ojos todavía estaban ajustándose a tanta claridad después de la oscuridad de Sombralia, su mirada, antes tensa y alerta, comenzaba a relajarse. Aidan lo observaba con una sonrisa que lo decía todo: Habían sobrevivido, habían vuelto, sus ojos brillaban con un alivio tan intenso que casi parecía lágrimas contenidas. "Estamos en casa." Aidan murmuró al fin, y en esas tres palabras había más historia, más emoción que en cualquier relato épico. Elías tardó un momento en procesar esas palabras, observó sus propias manos, esperando ver el resplandor sobrenatural que había definido su existencia durante siglos, pero no había nada, eran manos normales, humanas, y su respiración se aceleró, una mezcla de sorpresa y emoción lo inundó al darse cuenta de lo que realmente significaba. "Lo logramos." Elías habló con un temblor de asombro, como si apenas pudiera creer que la pesadilla había terminado. Aidan se acercó, más que un paso, un movimiento de fusión, sus dedos rozaron la mejilla de Elías con una caricia que no era solo un gesto, sino un mapa de todo lo que habían atravesado: Cada batalla, cada miedo, cada esperanza. Una ternura que parecía condensar días de lucha, de resistencia, de amor inquebrantable. "Sí, cariño." Susurró. "Somos libres." Los ojos de Elías se inundaron, pero no eran lágrimas de dolor, sino de liberación; lágrimas que no intentó esconder, porque ya no tenía que ocultar nada. "Por primera vez en mi existencia..." musitó. "Me siento vivo... completo." La palabra sonó como una revelación, como un suspiro contenido por siglos. Aidan lo miró, y su sonrisa era un paisaje en sí misma: Esperanza, dolor, amor, victoria. Sus propios ojos brillaban con lágrimas que no eran de tristeza, sino de un júbilo casi salvaje. "Y ahora..." Dijo, entrelazando sus dedos con los de Elías. "Podemos vivir juntos." El paisaje parecía ser un lienzo que habían pintado sus propias emociones, un río serpenteaba a lo lejos, con sus aguas tan transparentes que parecían hechas de luz líquida, reflejando el cielo como un espejo perfecto e imperfecto a la vez; árboles antiguos, testigos silenciosos de incontables historias, se alzaban a su alrededor, sus hojas no solo susurraban con el viento, ya que parecían contar secretos, celebrar su libertad. Era un lugar que no había sido creado para ellos, sino que parecía haber esperado toda la eternidad para recibirlos, un lienzo en blanco, sí, pero también un libro abierto donde cada hoja prometía una nueva página, cada rama un nuevo capítulo. "¿Qué lugar crees que es este?" Elías preguntó, con un

destello de curiosidad atravesando sus ojos, mientras escrutaba el paisaje urbano que los rodeaba: Su mirada saltaba de un punto a otro, absorbiendo cada detalle como si estuviera descifrando un misterio. Aidan restregó su barbilla, adoptando un aire de detective vintage, sus ojos exploraban el entorno con una mezcla de fascinación y picardía. "Mmm, no lo sé." Dijo, dejando que la duda flotara en el aire. "Pero apuesto a que estamos en los años 50." Su dedo señaló un cartel publicitario que se erguía en el fondo, con su estética impecablemente retro. "Mira el estilo." Explicó. "Las letras, las ilustraciones... todo grita década del 50." Una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios. "Oh, y por si quedaba alguna duda..." Señaló con énfasis. "Literalmente dice 'Bienvenidos a 1956'." Soltó una risita que sonaba entre la sorpresa y la diversión. "Me pregunto cómo serán las cámaras fotográficas en esta época. Probablemente enormes y con flash de magnesio." Agregó, dejando volar su imaginación. Elías lo miró, parpadeando con una mezcla de asombro y resignación. "Cielos." Murmuró. "El maestro sí hablaba en serio cuando dijo lo de comenzar desde cero." Tragó saliva, como quien acepta un destino inesperado pero inevitable. La mirada de Aidan se suavizó, lentamente, sin prisa, pero sin pausa, deslizó su mano por la cintura de Elías, acercándolo; no fue solo un movimiento físico, fue una declaración, un mapa de intenciones: Sus cuerpos se encontraron con la naturalidad de dos planetas que finalmente alinean sus órbitas. "No me molesta." Susurró, su voz era como terciopelo y promesa, estaban tan cerca que podían sentir el aliento del otro, ese espacio íntimo donde las palabras se vuelven casi tangibles. "Si es a tu lado, acepto cualquier cosa, cariño." Y entonces lo besó. No fue un beso, fue una declaración, sus labios se encontraron con la intensidad de quien ha atravesado mundos para estar juntos, fue lento pero profundo, como si cada milímetro de contacto estuviera grabando una historia; un beso que contenía la suavidad de una caricia y la pasión de una eternidad, sus labios se movían con la precisión de quien conoce cada recoveco del otro, con la ternura de quien ha esperado siglos por este momento. Era un beso que decía más que mil palabras: Sobrevivimos, estamos juntos, nada más importa. "Aidan." Elías lo tuvo que separar." Jadeó. "Exploremos un poco ¿Sí?" Sugirió sonrojado. El chico aludido sonrió, lo besó una vez más y asintió. "Tienes razón, tienes razón." Murmuró risueño.

En los días que siguieron, Elías y Aidan comenzaron a tejer su vida como quien construye un mosaico, pieza por pieza; la pequeña cabaña que encontraron junto al río no fue solo un refugio, fue su santuario personal; sus paredes de madera desgastada parecían guardar secretos, y sus ventanas enmarcaban paisajes que les recordaban cada mañana lo lejos que habían llegado. Aidan retomó actividades que alguna vez consideró mundanas, ahora convertidas en rituales de libertad, cocinar se transformó en una danza de sabores y memorias, con sus manos preparando pan como quien escribe una carta de amor; el jardín fue su nuevo campo de batalla, donde cada semilla plantada era un acto de esperanza, cada surco una herida que sanaba, también leía junto a la ventana, dejando que la luz del sol se deslizara entre las cortinas como dedos traviesos, acariciando las páginas de sus libros. Por su lado, Elías era un náufrago en un mar de sensaciones nuevas, cada experiencia era un descubrimiento, cada momento un nacimiento: El mundo se desplegaba ante él como un libro infinito, y lo devoraba con la voracidad de quien ha estado hambriento por siglos. "¿Así que esto es lo que sienten los humanos?" Murmuró una mañana, sosteniendo una taza de café entre sus manos. El calor no era solo una sensación física, era una caricia, un abrazo inesperado viniendo de algo tan simple como una bebida. Aidan lo observaba desde el sofá, su mirada era un universo de ternura. "¿Qué sientes?" Preguntó con una suave sonrisa. Elías cerró los ojos, el aroma del café era una sinfonía, una historia contada sin palabras. "Calidez." Susurró. "Satisfacción y paz." Dijo cuando abrió los ojos, y su sonrisa era la de alguien que había descubierto un gran secreto del universo. "Es... increíble." Añadió sonriente.

Aidan dejó su libro, un gesto que contenía toda su atención, toda su devoción. Entonces, se acercó y se sentó junto a Elías, con sus cuerpos encontrándose con la naturalidad de dos planetas que finalmente alinean sus órbitas. "Eso." Dijo con suavidad. "Es estar vivo, y ahora tenemos todo el tiempo del mundo para disfrutarlo." La mirada de Elías se transformó, levantó su mano, esa mano que había sostenido guadañas, que había atravesado dimensiones con su anillo plateado que aún conservaba en su dedo, pero sin efecto, y la posó en el rostro de Aidan con una delicadeza que parecía desafiar su propia historia. "Todo el tiempo del mundo contigo." Repitió, como si cada palabra fuera un juramente. "Más de lo que jamás imaginé que podría tener." Aidan inclinó la cabeza, apoyándola en el hombro de Elías, un gesto simple que contenía universos de intimidad. "Prométeme algo." Susurró. "Lo que quieras." Elías respondió al instante. Aidan sonrió antes de hablar: "Que nunca olvidaremos lo que nos trajo aquí. Todos los sacrificios, todas las batallas, todo lo que tuvimos que perder para ganar esto." Elías asintió, sus labios se presionaron en los de Aidan, un beso que no era solo un contacto, sino una promesa grabada en la piel. "Te lo prometo." Susurró, y en esas cuatro palabras había más verdad que en todos los tratados de la historia.

Aunque habían dejado atrás el mundo de los segadores y el caos del núcleo, los recuerdos de sus compañeros no eran heridas, sino cicatrices que les recordaban de dónde venían. En las noches quietas, cuando las estrellas sembraban el cielo como un puñado de diamantes dispersos, Elías dejaba que su memoria se permitiera extrañar: Lucian, cuya fuerza era un monolito de determinación. Julian, un libro cuya primera página mostraba arrogancia, pero cuyas últimas páginas revelaban un corazón capaz de arder por lo que amaba. Nathaniel, tan firme como una columna de mármol, tan racional que podía desentrañar el caos con pura lógica. Caleb, cuyo humor era un escudo y cuyo encanto podía derretir los muros más gruesos. Y Marcus, ese observador enigmático que parecía tener mapas de universos que nadie más podía ver. "¿Los extrañas?" Aidan preguntó una noche, mientras compartían una manta bajo el lienzo estrellado, su voz era un susurro, casi una caricia. "Sí." Elías admitió, girando su rostro para encontrar su mirada; y no había tristeza en su admisión, sino una paz profunda. "Pero sé que están donde deben estar. Sé que están bien." Aidan entrelazó sus dedos, un gesto que era más que un contacto físico: Era un ancla, era un hogar. "Ellos también te extrañan." Habló con la certeza de quien conoce los caminos del corazón. "Estoy seguro." Una sonrisa iluminó el rostro de Elías, cerró los ojos mientras la brisa nocturna lo acariciaba como un viejo amigo. "Quizás algún día nuestros caminos vuelvan a cruzarse." Murmuró. "Pero por ahora, este es nuestro momento." Aidan lo abrazó, fundiéndose con él mientras devolvía su mirada al cielo infinito. "¿Qué crees que sucedió con mi vida anterior?" Su voz era un hilo de duda. "Mi apartamento, mis cosas..." Elías mordió su labio inferior, un gesto que revelaba que estaba eligiendo cuidadosamente sus palabras. "Lo más probable..." Hizo una pausa. "Es que borrarán nuestra existencia por completo." Se encogió de hombros cuando Aidan lo miró, buscando más explicaciones. "Viviste tu vida hasta que llegaste a Sombralia, al Salón de las Arenas. Así que supongo que borrarán cualquier memoria de ti, de cualquier persona que te hubiera conocido, cualquier rastro." Aidan asintió, procesando. "Significa que técnicamente nací, morí ese día, y resucité en esta época." No sonaba triste, sonaba reflexivo, casi filosófico. "Sí." Elías confirmó, con su sonrisa conteniendo un universo de complicidad. "Por lo menos..." Agregó con un tono juguetón. "No borrarán nuestros recuerdos. Cielos, habría sido un lío conquistarte de nuevo; no soy muy fan de eso." Arrugó la nariz, y la risa de Aidan estalló, luminosa y libre. "Eres estupendo ligando." Dijo abrazándolo con fuerza, besándolo por todos lados. "Que nadie te diga lo contrario." Se mofó. "¡Oye!" Elías protestó empujándolo suavemente, pero en realidad buscando que lo abrazara más. Y así, bajo un cielo

que era un lienzo de recuerdos y promesas, se fundieron en un abrazo que era más que un contacto físico: Era la geografía de su amor.



Con el paso del tiempo, Elías y Aidan encontraron en la quietud de su nueva vida un propósito que resonaba más profundo que cualquiera de sus batallas pasadas, Aidan se convirtió en el alma de la escuela local, un profesor de fotografía cuyas palabras no solo enseñaban las técnicas del lenguaje de las fotos, sino que despertaba en los niños un amor por los relatos que les contaba de historias que trascendían en el tiempo; y sus ojos brillaban cuando compartía anécdotas, siendo su voz un puente entre el pasado y el presente. Elías, por su parte, se transformó en el corazón práctico de la comunidad, sus manos, alguna vez forjadas para empuñar armas, ahora construían, reparaban, sostenían. De hecho, un día arregló el techo de un granero, y al otro ayudó a levantar un cercado: Cada trabajo era un acto de conexión, cada herramienta un instrumento de pertenencia. No obstante, no pasaron desapercibidos, porque se convirtieron en ese par de forasteros que, de alguna manera inexplicable, parecían haber estado siempre allí. Los niños los buscaban para escuchar historias, los adultos para pedir consejo, su bondad era su verdadera carta de presentación, su amor mutuo, un faro de esperanza. Lo extraordinario no estaba en sus hazañas, sino en cómo miraban la vida, cada amanecer era un milagro, cada atardecer una celebración; habían visto la oscuridad más profunda, habían luchado contra fuerzas que desafían la comprensión humana, y ahora valoraban la luz de una manera que pocos pueden entender. Una tarde dorada, mientras trabajaban en su jardín, ese pequeño reino que habían construido con sus propias manos, Aidan se detuvo. Su mirada, siempre profunda, buscó a Elías con una pregunta que llevaba tiempo creciendo en su interior. "¿Alguna vez te preguntas..." Dijo en pausa, con su voz suave como un secreto. "Por qué la Muerte nos permitió esto? ¿Por qué nos dio esta oportunidad?" Elías se incorporó, con el sudor brillando en su frente como diminutas estrellas, sus ojos, que habían visto mundos más allá de la comprensión humana, se suavizaron. "Creo que lo hizo porque sabía que esto era lo correcto, porque entendió lo que significaba para nosotros." Un silencio se extendió entre ellos, un lenguaje más profundo que las palabras. Aidan lo observó, como quien contempla un paisaje infinito. "¿Y qué haremos con esta oportunidad?" Preguntó. "¿Cómo aseguramos que valga la pena?" Elías dio un paso hacia él, no se trataba de distancia física, sino de una conexión que trascendía lo corporal; su mano se posó en el hombro de Aidan, y su mirada era tan intensa que parecía capaz de desdibujar los límites de la realidad. "Lo que siempre hacemos." Respondió, cada palabra era un juramento. "Vivir, amarnos, y nunca olvidar por qué estamos aquí." Sonrió y Aidan asintió. No era un gesto simple, era un reconocimiento, una confirmación de un pacto que iba más allá de lo terrenal, juntos, contemplaron el horizonte; el sol comenzaba a descender, derramando sobre el cielo un lienzo de naranjas y púrpuras, como si el mismo universo quisiera celebrar su historia: Ese era su nuevo comienzo, no era una vida simple, sino una existencia tejida con hilos de sacrificio, esperanza y un amor tan profundo que podía desafiar incluso a la muerte. "¿Crees que piensan que somos hermanos?" Elías murmuró, con un destello de picardía bailando en sus ojos, su parpadeo era más una complicidad que una duda genuina. Aidan soltó una carcajada que sonó como música, una melodía que contenía años de secretos compartidos. "Probablemente." Respondió, jugando con el mismo tono de complicidad. "Estamos en los años 50, después de todo. La gente de esta época no imaginaría lo que realmente somos." Sus risas se entrelazaron, un sonido que parecía desafiar el tiempo mismo, Juntos observaron el jardín que habían construido, un lienzo verde

donde cada planta, cada surco, cada flor era un capítulo de su historia, era un jardín que hablaba de ellos: Algunas plantas cuidadas con precisión, otras creciendo con la libertad de quien ha sido liberado de ataduras; Aidan lo había diseñado como quien escribe una carta de amor, cada semilla un susurro, cada surco una promesa. La risa se fue apagando, pero la complicidad permaneció, suspendida en el aire como un aroma delicado.

Epílogo

En Sombralia, Lucian se encontraba de pie en una plataforma suspendida cerca del núcleo, observando cómo las grietas que habían amenazado con consumirlo todo finalmente se habían sellado, la energía del lugar aún era palpable, un eco persistente del caos que habían enfrentado; su postura era rígida, imponente como siempre, pero había algo diferente en su mirada, una profundidad que revelaba un atisbo de vulnerabilidad rara vez permitida en su semblante. El sonido de pasos ligeros detrás de él no fue una sorpresa, Lucian no se giró, reconociendo inmediatamente la presencia de Julian por el tintineo metálico de su guadaña que descansaba sobre su hombro: Siempre había algo en la forma en que Julian se movía, con una mezcla de confianza despreocupada y un desafío constante al mundo. "¿Pensando en lo que pudo haber sido?" Le preguntó rompiendo el silencio con su habitual tono sarcástico, aunque esta vez había una ligera suavidad en sus palabras. "Pensando en lo que será." Lucian respondió sin volverse, había algo en la firmeza de su tono que no coincidía con la melancolía que reflejaba su postura. Julian se detuvo a pocos pasos de él, observándolo con un destello de algo que intentaba ocultar tras su habitual expresión burlona: "Vaya, el gran Lucian, mirando al futuro en lugar de planearlo hasta el último detalle. Sinceramente, me sorprendes." El chico aludido finalmente se dio la vuelta, y sus ojos se fijaron en los de Julian, profundos y calculadores como si trataran de desentrañar algo más allá de las palabras. La tensión entre ellos se intensificó al instante, una corriente silenciosa que ninguno parecía dispuesto a nombrar. "¿Y tú? ¿Qué haces aquí, Julian? ¿O solo viniste a hablar de desastres inminentes?" La sonrisa del muchacho rubio se amplió, aunque no llegó a sus ojos, luego dio un paso hacia adelante, cerrando ligeramente la distancia entre ellos, y la guadaña sobre su hombro pareció inclinarse con él, como un reflejo de su equilibrio precario. "Ya sabes, no puedo resistirme a un escenario dramático. Pero si debo ser honesto, tenía curiosidad, quería ver cómo te las arreglabas ahora que Elías no está para que te enfoques en él." Lucian levantó una ceja, su expresión fue de una calma peligrosa, pero había un destello en sus ojos que traicionaba una mezcla de irritación y algo más. "¿Es eso lo que crees? Que mi preocupación por Elías era una distracción para ti." Espetó con voz de piedra. "¿Yo?" Julian fingió sorpresa, dando otro paso. "Por favor. No tengo tiempo para tus obsesiones heroicas, pero admito que es entretenido verte debatirte entre ser un líder infalible o.... bueno, algo más humano." Su tono adquirió una calidad más baja, menos burlona, casi íntima.

Lucian no apartó la mirada, y durante un momento, el espacio entre ellos se sintió más pequeño de lo que realmente era: El aire estaba cargado de electricidad, y la atmósfera de Sombralia, habitualmente opresiva, parecía detenerse en espera de algo inevitable. "Siempre crees que tienes todas las respuestas, ¿No es así?" Murmuró con una voz que cortó la tensión como un cuchillo. "No todas." Julian replicó, con una sonrisa desvanecida. Su voz bajó, volviéndose más honesta de lo que pretendía: "Pero sé reconocer cuando alguien se está torturando a sí mismo por cosas que no puede cambiar." Lucian dio un paso adelante, acortando aún más la distancia entre ellos, sus miradas se cruzaron como una chispa que encendía un fuego contenido. "¿Y qué sabes tú de cargar con el peso de otros, Julian? Tu especialidad siempre ha sido mantenerte al margen, observando desde lejos, jugando al cínico." Su tono tenía un filo, pero también una invitación implícita. "¿Y tú qué sabes de mí?" El chico rubio refutó, su voz tembló con una mezcla de

desafío y algo que parecía un roce de vulnerabilidad. "Siempre tan seguro, tan perfecto. Pero déjame adivinar... toda esa perfección es solo una fachada para evitar que nadie vea lo que realmente hay detrás." Lucian lo observó en silencio, y por un momento pareció que no iba a responder, pero entonces dio un último paso hacia él, quedando lo suficientemente cerca como para que Julian pudiera percibir el leve aroma que siempre lo rodeaba: Una mezcla de frescura y algo oscuro, casi intimidante. "¿Y qué crees que hay detrás, Julian? Si eres tan experto en leer a los demás." Alzó una ceja, y el chico aludido abrió la boca para responder, pero las palabras no salieron. La cercanía era abrumadora, y por primera vez, sintió que la seguridad que siempre lo acompañaba tambaleaba, su mirada se desvió por un instante a los labios de Lucian antes de volver a sus ojos, pero fue suficiente para que la tensión explotara en su interior. "No importa." Declaró, dando un paso atrás como si necesitara espacio para respirar. "Solo digo que tal vez no seas tan diferente de mí como te gusta pensar." Lucian lo dejó retroceder, pero no apartó la mirada, había algo en sus ojos que parecía haber cambiado, un reconocimiento tácito que ni él mismo estaba listo para admitir en voz alta. "Tal vez." Dijo en un tono bajo, casi un susurro, pero cargado de significado. Julian tragó saliva, y su habitual sonrisa sardónica volvió a aparecer, aunque esta vez parecía más un escudo que una expresión genuina. "No te acostumbres a esto, Lucian. No me gustan las confesiones emotivas, y mucho menos en medio de un plano que podría intentar matarnos en cualquier momento." Lucian dejó escapar una risa suave, apenas audible. "Y, sin embargo, aquí estás." Sonrió. "Por puro aburrimiento, claro." Julian sonsacó, girándose para marcharse, pero el leve rubor en sus mejillas lo traicionó. "Alguien tiene que asegurarse de que no hagas algo estúpido." Añadió con un chillido. Lucian lo observó irse, y una ligera curva apareció en sus labios, pero no era una sonrisa completa; algo había cambiado entre ellos, algo que ni siquiera las constantes amenazas de Sombralia podían ignorar, y cuando finalmente volvió su atención al núcleo, su expresión fue contemplativa, como si estuviera viendo algo más que grietas cerradas y energía estabilizada. Tal vez, pensó, el caos también podía construir algo nuevo



El sol descendía como un pintor cansado, derramando sus últimos pinceles de luz sobre el horizonte, tonos dorados y carmesíes se fundían en un lienzo celestial, prometiendo un atardecer que parecía diseñado únicamente para ellos; una brisa, suave como un suspiro, deslizaba sus dedos invisibles por el pequeño jardín, ese espacio que había dejado de ser simplemente un pedazo de tierra para convertirse en el territorio sagrado de Elías y Aidan. Las flores que éste último había plantado meses atrás estaban en plena floración, cada pétalo parecía contar una historia, y su fragancia dulce, delicada, persistente, se entrelazaba con el aroma primordial de la tierra recién removida; creando una sinfonía olfativa que hablaba de vida, de crecimiento, de esperanza. No era un jardín espectacular, no tenía diseños complejos ni plantas exóticas: Era modesto, sencillo, pero irradiaba una calidez que ningún paisaje diseñado por manos expertas podría duplicar; su magia no provenía de su tamaño o su estética, sino del amor que lo habitaba, del amor que lo había hecho crecer. Elías estaba inclinado sobre un macizo de flores, con sus manos cubiertas de tierra como si estuviera tejiendo un conjuro terrenal, a su lado descansaban los guantes que Aidan le había regalado, blancos, impecables, intactos, una prueba silenciosa de su terquedad: Él prefería sentir, literalmente, la textura de su nueva realidad, cada grano de tierra era un recordatorio, cada raíz arrancada una metáfora. Sentir la tierra era tan diferente de su vida anterior como la luz lo es de la oscuridad, antes, sus manos habían sostenido espadas, habían

trazado estrategias en mapas de mundos imposibles, y ahora, arrancaba malas hierbas con la misma concentración con la que antes descifraba códigos de batalla. En el porche, Aidan era una estampa de quietud, sentado en una silla de madera desgastada, con un libro abierto en su regazo, ese ritual que lo acompañaba desde siempre representaba la calma que habían construido juntos; sus ojos, alguna vez portales de energías sobrenaturales, ahora eran simplemente humanos; intensos, sí, profundos, sin duda, pero anclados a esta realidad, a este momento. El muchacho alzó la vista de su lectura, y su sonrisa fue más luminosa que el atardecer, contempló a Elías, a su silueta recortada contra los colores cálidos, fuerte y segura, una imagen que contenía todo su universo. "Si sigues ignorando los guantes, terminarás con las manos hechas un desastre." Le habló con un tono ligero pero cargado de afecto. Elías levantó la vista y sonrió de vuelta. "No puedo sentir las plantas con los guantes, es como si estuviera desconectado de ellas." Su voz, aunque tranquila, contenía una pasión por los detalles simples que había redescubierto en esta nueva vida. Aidan cerró el libro y se levantó, caminando descalzo por el césped hasta llegar a su lado; se inclinó y le limpió suavemente un poco de tierra de la mejilla. "Te has adaptado bien a esto." Comentó, con sus palabras cargadas de admiración. "Contigo, cualquier cosa es posible." Elías respondió, dejando la planta que sostenía para entrelazar sus dedos con los de Aidan. El contacto fue cálido, humano, y el peso de lo que habían dejado atrás hacía que cada momento compartido se sintiera aún más precioso, el silencio que siguió no fue incómodo; fue un silencio lleno de comprensión, de gratitud por todo lo que habían superado juntos, Aidan inclinó la cabeza y dejó un beso suave en la frente de Elías, sellando el momento como uno de los innumerables recuerdos felices que estaban construyendo en su vida compartida.

Más tarde, mientras Aidan estaba en el pueblo comprando algunas provisiones, Elías se quedó solo en el jardín, organizando las herramientas, el sol ya se había puesto, y las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo. Fue entonces cuando lo sintió: Una presencia familiar, como un susurro en la brisa, un eco de Sombralia que aún residía en lo más profundo de su ser. Elías se giró lentamente, y allí, de pie al borde del jardín, estaba Nathaniel: Su figura alta y elegante destacaba incluso en la penumbra, su rostro, normalmente impassible, tenía una expresión más suave de lo habitual. "¿Esperabas que no viniera a despedirme?" Preguntó, con un tono que mezclaba formalidad con una pizca de calidez. Elías sonrió y caminó hacia él, sacudiéndose los restos de tierra de las manos. "No esperaba nada, pero me alegra verte." Nathaniel asintió, observando el jardín con un leve destello de curiosidad en los ojos. "Esto te queda bien." Dijo, refiriéndose a la vida mortal que Elías había elegido. "Parece que encontraste lo que estabas buscando." Añadió. Elías sonrió. "Lo encontré." Contestó sin dudar. "¿Y tú? ¿Cómo está Sombralia?" Curioseó. "Estabilizándose." Nathaniel replicó, cruzando los brazos mientras miraba hacia las estrellas. "El núcleo está estable por ahora, pero el equilibrio siempre será un desafío." Lamió sus labios. "Siempre lo es." Elías asintió, recordando los incontables años que había pasado como segador, navegando las complejidades de los planos. "Gracias, Nathaniel. Por todo." El guardián levantó una ceja. "¿Gracias? No hice esto por ti." Espetó con una sonrisa apenas perceptible. "Lo sé." Elías sonrió de lado. "Pero, aun así, lo aprecio." Nathaniel lo miró por un momento más, luego inclinó ligeramente la cabeza en señal de despedida, pero antes de desaparecer, dejó un mensaje que resonó en la brisa: "Si alguna vez necesitas volver, el portal siempre estará abierto para ti." Elías observó el espacio vacío donde el guardián había estado, sintiendo una mezcla de gratitud y nostalgia, pero no había tristeza en su mirada, solo una tranquila aceptación de que su lugar estaba aquí. Tiempo después y de regreso, Aidan avanzaba por el sendero del jardín, sosteniendo una cesta colmada de frutas frescas que brillaban con tonos carmesí y dorado, junto a un pan recién horneado cuyo aroma a masa tostada flotaba en el aire.

vespertino; al divisar a Elías inmóvil en el porche, contemplando el horizonte con una mirada que parecía atravesar los límites de lo visible, depositó la cesta con suavidad sobre los escalones de madera desgastada y se acercó. "¿Todo en orden?" Preguntó, casi en un susurro que contenía a la vez preocupación y ternura. Elías giró levemente, esbozando una sonrisa que irradiaba una paz difícilmente conquistada. "Absolutamente perfecto." Respondió, con sus ojos reflejando un universo de experiencias compartidas. Aidan se acomodó a su lado, permitiendo que el silencio se extendiera entre ellos como un manto invisible, cómplice de sus secretos, las estrellas parpadeaban en el firmamento, cual testigos celestiales de su travesía, brillando con una intensidad que parecía celebrar cada latido de su historia. "¿Crees que alguna vez nos encontrarán?" Aidan murmuró, apenas audible contra el telón de fondo nocturno. "Quizás." Elías respondió, entrelazando sus dedos con una seguridad que trascendía el miedo. "Pero incluso si lo intentan, estaremos preparados, y juntos." La palabra '*juntos*' resonó como un mantra de resistencia y amor. Aidan reclinó su cabeza sobre el hombro de Elías, un gesto que representaba más que un simple contacto físico: Era refugio, era confianza, era hogar. "Te amo, chico gótico." Dijo con una gran blanca sonrisa. "Yo también te amo, humano." Elías le respondió con emoción, correspondiendo el beso que Aidan le dio, y mientras las constelaciones derramaban su luz plateada sobre el jardín y el mundo parecía expandirse más allá de cualquier límite conocido, ellos encontraron en su mutua presencia una paz que ninguna adversidad había logrado quebrantar. Su amor, templado en las fraguas de circunstancias extremas, se elevaba ahora como un testimonio silencioso de resiliencia y conexión inquebrantable.

FIN

Latidos de lo prohibido

Próximo libro de la trilogía.

Prólogo:

Las sombras de Sombralia se agitaban en un silencio cargado, como si el plano mismo contuviera el aliento, en lo más profundo del núcleo, Lucian observaba el mapa del equilibrio recién restaurado; las grietas apenas visibles que lo recorrían eran un recordatorio constante de lo frágil que era la paz. Sabía que no duraría. Sabía que algo más oscuro acechaba. En las sombras, Julian lo observaba con los brazos cruzados, con una sonrisa ladeada que no alcanzaba a ocultar su curiosidad. "Siempre tan dramático, jefe." Lucian no se inmutó. "Si estás aquí para molestarme, no tengo tiempo." Contrarrestó. Julian soltó un bufido, acercándose hasta quedar peligrosamente cerca de él. "No tienes tiempo para nada, excepto salvar este maldito plano. ¿Alguna vez te detienes a preguntarte qué hay más allá de tus responsabilidades?" Exhaló. "¿Y qué propones?" Lucian replicó, girándose finalmente para enfrentarlo. La intensidad de su mirada hizo que Julian se tensara, había algo en el líder de los segadores que lo desarmaba, algo que no quería admitir ni ante sí mismo. "¿Que ignore las grietas? ¿Qué lo deje todo al azar?" Julian inclinó la cabeza, con sus ojos dorados capturando los grises de Lucian con una chispa que desafiaba su control habitual. "Propongo que recuerdes que no estás solo, aunque actúes como si lo estuvieras." La tensión entre ellos se volvió casi palpable: Julian estaba demasiado cerca, su presencia invadía el espacio de Lucian con una mezcla de desafío y algo más, algo que ambos evitaban nombrar. "Siempre debes tener la última palabra, ¿No es así?" Lucian murmuró con voz grave. "Siempre." Julian refutó con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Sin embargo, lejos de ellos, en el rincón más oscuro de Sombralia, una fisura invisible comenzó a expandirse, liberando un susurro antiguo que prometía caos, porque en el frágil equilibrio recién restaurado, una fuerza primitiva iniciaba su despertar: Una energía tan antigua que ni siquiera La Muerte podría contenerla, y en el centro de esta corriente, Lucian y Julian permanecían, dos destinos entrelazados desafiando las reglas que habían gobernado los planos durante milenios, sin saber que su conflicto personal sería apenas el prólogo de una tormenta mucho más devastadora.

Las sombras de Sombralia seguían respirando, y esperando.

Próximamente

Sigan mi Instagram: @r.j_roman para tener noticias de mis libros y más contenido.

CUANDO LA
MUERTE
SE ENAMORA

